



PAUL CLEAVE

EL LAGO DEL CEMENTERIO

ALGUNOS SECRETOS SE NIEGAN
A PERMANECER ENTERRADOS...



Lectulandia

Algunos secretos se niegan a permanecer enterrados...

Una vibrante novela de misterio y crimen que te mantendrá intrigado hasta la última página.

Una exhumación normal se convierte en todo, menos eso, para el investigador privado Theodore Tate cuando los cuerpos empiezan a salir a la superficie del lago del cementerio. Tate sabe que debe mantenerse alejado y dejar que sus antiguos compañeros de la policía se ocupen de ello. Pero, cuando se abre un ataúd y su ocupante no es el anciano que se supone que debe estar allí, el detective sabe que tiene que implicarse para evitar que la policía siga con la investigación, pues se está acercando peligrosamente a la verdad: la verdad sobre él.

Con las pruebas acumulándose en su contra, Tate debe utilizar sus habilidades para anticiparse a la policía y mantenerse fuera de la cárcel a fin de encontrar a un asesino. Un asesino con una misión... Una persona que matará una y otra vez y que convertirá a Tate en un hombre que él desprecia.

Paul Cleave

El lago del cementerio

Theodore Tate - 1

ePub r1.0

Titivillus 17-09-2023

Título original: *Cementery Lake*
Paul Cleave, 2018
Traducción: Jorge de Buen Unna

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Joe... quien logró que la pelota cayera de su lado de la cancha.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

Uñas azules.

Son el motivo por el que estoy aquí, de pie en el viento frío, temblando. Las uñas azules no son mías, sino que están unidas a otra persona... a un tipo muerto que jamás he visto antes. El sol de Christchurch que me quemaba la piel esta tarde más temprano se ha ido. El típico clima inconsistente al que estoy acostumbrado. Hace una hora estaba sudando. Hace una hora quería tomarme el día libre para ir a la playa. Ahora me alegro de no haberlo hecho. Es probable que mis propias uñas se estén volviendo azules, pero no me atrevo a mirar.

Estoy aquí por un tío muerto. No el que está en el suelo frente a mí, sino uno que todavía está en la morgue. Parece despreocupado, para un tipo a quien lo han abierto por medio y luego lo han cosido como un muñeco de trapo. Despreocupado para un tipo que murió por envenenamiento con arsénico.

Me ciño la chaqueta, pero no sirve de nada contra el viento frío. Debería haberme abrigado más. Debería haber mirado el sol brillante hace una hora e imaginado cómo proseguiría el día.

El césped del cementerio está largo en algunas partes, sobre todo alrededor de los árboles, donde no llega la cortadora de césped, y se extiende desde mí en todas direcciones, como si yo fuera el epicentro de una tormenta. En los sitios donde el tránsito peatonal es intenso, está corto y marrón, pues el sol ha absorbido toda la humedad y lo ha quemado. Los árboles cercanos son robles gruesos que crujen ruidosamente y dejan caer bellotas alrededor de las lápidas. Al golpear contra las losas de cemento, suenan como si los huesos de los muertos estuvieran enviando un mensaje SOS. El aire es frío y húmedo como el de la morgue.

Veo las primeras gotas de lluvia en el parabrisas de la excavadora antes de sentir las en la cara. Vuelvo los ojos hacia el horizonte donde las lápidas cubiertas de moho se despliegan en la distancia en dirección a la ciudad, los muertos que se van acumulando y se acercan a la ciudad. El viento empieza a soplar, las hojas de los robles susurran y más bellotas caen de las ramas. Doy un respingo cuando una de ellas me golpea el cuello. Alzo una mano y me la quito del cuello de la chaqueta.

El motor de la excavadora gira con ruido mientras el conductor, un tipo con sobrepeso cuya contextura sobresale por la puerta, se acomoda en el asiento. Parece tan entusiasmado de estar aquí como yo. Está empujando y tirando de una serie de palancas, con la cara rígida por la concentración. El motor resuella cuando el conductor coloca la excavadora junto a la tumba, luego se estremece y se esfuerza cuando la pala se clava en la tierra endurecida. La pala cambia de posición, sube desde abajo, y se llena de tierra. La cabina gira y la tierra se apila sobre una lona cercana. El cuidador del cementerio observa con atención. Es un tío joven que intenta encender un cigarrillo en el viento fuerte; las manos le tiemblan casi tanto como los hombros. La excavadora deja caer dos montones más de tierra antes de que el cuidador se guarde los cigarrillos en el bolsillo, dándose por vencido. Me lanza una mirada que no logro identificar, tal vez porque solo consigue hacer contacto visual durante una fracción de segundo antes de mirar hacia otro lado. Rezo para que no se acerque a quejarse por tener que desalojar a alguien de su lugar de descanso final, pero no lo hace... sino que vuelve la vista hacia el pozo en la tierra.

Las vibraciones de la excavadora me llegan a los pies y ascienden por mi cuerpo, haciéndome estremecer las piernas. El árbol a mis espaldas también las siente, porque lanza más bellotas hacia mi cuello. Salgo de la sombra hacia la llovizna y casi me tuerzo el tobillo con algunas de las raíces del roble que han atravesado el suelo. Hay un pequeño lago a unos quince metros de distancia, del tamaño de una piscina olímpica. Está completamente rodeado por el terreno del cementerio, alimentado por un arroyo subterráneo. El lago convierte al cementerio en un lugar popular para la muerte, pero no para la recreación. Algunas de las tumbas están cerca de él, y me pregunto si los ataúdes se verán afectados por la humedad. Espero que no estemos a punto de desenterrar un cajón lleno de agua.

El conductor hace una pausa para pasarse la mano por la frente, como si accionar todas esas palancas fuera un trabajo caluroso en este clima frío. El guante le deja una marca grasienta en la piel. Observa los robles y las parcelas de césped exuberante, el lago quieto, y quizás proyecta ser enterrado aquí algún día. Todo el mundo piensa eso cuando ve este lugar. «Bonito lugar para ser enterrado. Bonito y pintoresco. Tranquilo». Como si cambiara algo. Como si te fueras a enterar si alguien viniera y cortara todos los árboles. Aun así, supongo que si tienes que ser enterrado en alguna parte, este lugar supera a muchos otros que he conocido.

Un segundo camión de plataforma se abre paso entre las lápidas. Está decorado con una franja roja alrededor y unos dados de tela afelpada que cuelgan en una ventana, pero no ha sido limpiado en meses y las manchas de óxido en los bordes de las puertas y el parachoques han sido ignorados. Se detiene junto a la tumba. Un tipo calvo con mono gris sale de detrás del volante, se mete las manos en los bolsillos y contempla el espectáculo. Un tío más joven se baja del otro lado y empieza a jugar con su teléfono móvil. No hay mucho más que puedan hacer mientras el montón de tierra crece cada vez más. Puedo ver las gotas de lluvia que caen en el lago, partículas diminutas que saltan hacia el cielo. Me acerco a la orilla. Cualquier cosa es mejor que mirar a la excavadora haciendo su trabajo. Todavía puedo sentir las vibraciones. Pequeños pedazos de tierra ruedan por la orilla del lago y salpican el agua. Arbustos de lino y helechos y algunos álamos dispersos bordean el agua. Los juncos altos sobresalen cerca de la orilla, como intentando tocar el cielo. Ramas rotas y hojas empapadas y enredadas yacen en el margen del agua.

Me vuelvo hacia la excavadora cuando oigo el ruido de la pala al raspar la tapa del ataúd. Suena como dedos que se deslizan por una pizarra y me produce un escalofrío. El cuidador está temblando bastante ahora. Parece muerto de frío y cabreado. Hasta el momento en que llegó la excavadora, pensé que iba a encadenarse a la tumba para evitar el desarraigo de uno de sus inquilinos. Tenía mucho que decir sobre las implicaciones morales de lo que estábamos haciendo. Actuó como si estuviéramos desenterrando el ataúd para meterlo a él dentro.

El operador de la excavadora y los dos tipos del camión se colocan máscaras que les cubren la nariz y la boca y se dejan caer dentro de la tumba. El gordo de la excavadora se mueve con la facilidad de alguien que ha ensayado este momento una y otra vez. Los tres desaparecen de la vista, como si hubieran hallado una entrada oculta a otro mundo. Pasan un tiempo encorvados, al parecer decidiendo la forma de fijar la cadena entre el ataúd y la excavadora. Cuando la cadena está asegurada, el conductor vuelve a ocupar su sitio y los otros dos salen de la tumba. El conductor vuelve a enjugarse la frente. Levantar a los muertos es un trabajo que te hace sudar.

El motor se sacude al soportar el peso del ataúd. El camión se pone en marcha y retrocede un poco más. El temblor violento de ambas máquinas hace desprender más tierra de la orilla, que se desliza hacia el agua.

A unos cinco metros dentro del lago, veo unas burbujas que suben a la superficie y luego un pedazo de barro. Pero hay algo más allí también. Algo

oscuro que parece una mancha de aceite.

El ataúd es depositado en la plataforma trasera del camión con un ruido sordo. Los muelles rechinan con el peso. Oigo a los tres hombres hablar con rapidez entre ellos; por poco tienen que gritar para poder escucharse por encima de los motores. La lluvia es cada vez más intensa. La mancha oscura que se eleva desde abajo del agua emerge en la superficie. Parece un globo negro gigante. He visto estos globos negros gigantes antes. Esperas que sean una cosa, pero siempre son otra.

—Oye, amigo, tal vez quieras echar un vistazo a esto —grita uno de los hombres.

Pero estoy demasiado ocupado mirando otra cosa.

»¡Ey! ¿Estás escuchando? —La voz está más cerca ahora—. Hay algo aquí que tienes que ver.

Levanto la vista hacia el operador de la excavadora que se acerca a mí. El cuidador también empieza a acercarse. Ambos hombres miran el agua y no dicen nada.

La burbuja negra no es en verdad una burbuja, sino la parte trasera de una chaqueta. Cuelga en el agua, y conectado a ella hay un objeto del tamaño de un balón de fútbol. Tiene pelo. Y antes de que yo pueda responder, otra forma asciende entre burbujas a la superficie, y luego otra, mientras el lago se desprende del pasado.

CAPÍTULO DOS

El caso nunca fue noticia porque nunca fue un caso. Fue un hecho de la vida que ocurre todos los días, por mucho que uno lo intente evitar. Ocupó las últimas páginas donde aparecen las esquelas mortuorias, junto con los John Smith de este mundo que son padres y abuelos queridos y que serán muy echados de menos. Fue la típica historia de un hombre que envejece y muere. De las que todos conocemos.

Sucedió hace dos años. Algunas personas se levantan cada mañana y leen los avisos fúnebres mientras comen huevos revueltos y beben zumo de naranja, buscando un nombre que surja de su pasado. Es una forma loca de matar unos minutos. Es como una lotería morbosa, ver qué número ha salido, y no sé si estas personas sienten alivio cuando llegan al final y no encuentran a nadie conocido o alivio cuando lo hacen. Buscan una razón; buscan a alguien, desean establecer una conexión y sentir su propia mortalidad.

Henry Martins. Extraje los artículos de la base de datos del periódico esta mañana, tal como lo hice hace dos años, y leí lo que la gente tenía que decir sobre él cuando murió, que no era mucho. Ahora bien, no es fácil resumir la vida de una persona en cinco líneas de texto de seis puntos. Es difícil expresar cuánto la vas a extrañar. Hubo once esquelas para Henry de familiares y amigos a lo largo de tres días. Nadie me facilitó el trabajo con la frase «Me alegro de que estés muerto» junto con sus manifestaciones de tristeza, y todas las esquelas eran iguales: aburridas, sin emoción. Al menos, esa es la impresión que te dan cuando no conoces a la persona.

La hija de Henry Martins vino a la comisaría una semana después de que el hombre fue enterrado. Se sentó en mi oficina y me dijo que su padre había sido asesinado. Le respondí que no había sido así. Que si lo hubieran asesinado, el médico forense lo habría descubierto. Los forenses hacen eso. Era fácil advertir que la mujer estaba convencida de sus sospechas, y le dije que lo investigaría. Hice algunas averiguaciones. Henry Martins era un gerente de banco que había dejado atrás mucha familia y muchos clientes, pero su ocupación no representaba una oportunidad para llenarse los bolsillos con dinero ajeno. Investigué su vida tanto como pude en el poco tiempo que pude dedicar a la «corazonada» de su hija, pero nada me llamó la atención.

Dos años más tarde, y el ataúd de Henry Martins está detrás de mí, sujetado con una cadena, mientras el viento arrecia. Y la esposa de Henry Martins no quiere saber nada con la policía ahora que su segundo marido ha muerto: las uñas azules son el primer indicio de que fue envenenado. La hija de Henry no ha hablado conmigo porque ya no ocupó el mismo cargo que hace dos años. Es fácil dejar que mi mente divague y piense en cómo podrían haber sido las cosas. Podría haber hecho más en aquel entonces. Podría haber resuelto un homicidio, si eso es lo que había sido. Podría haber evitado la muerte de otro hombre. Resta por decidir si la señora Martins tuvo mala suerte o mal criterio a la hora de elegir hombres.

La lluvia se intensifica y crea mil ondas diminutas en la superficie del agua. El cuidador se aleja pero mantiene sus ojos en el agua. Poco a poco, los elementos parecen desaparecer... también las voces y las vibraciones. Lo único que queda son los tres cadáveres que flotan delante de mí, cada uno víctima de algo... víctima de la edad, del juego sucio, de la mala suerte, o tal vez víctima de la falta de espacio en el cementerio.

Los tres trabajadores se han acercado. Sus comentarios excitados pero impostados han cesado. Estamos de pie, los cuatro, frente al agua; hay tres personas en ella: es como si fuéramos parejas para una reunión social, salvo que sobra una persona. La ocasión exige sigilo y nadie está dispuesto a decir nada que pueda romper el silencio que se ha instalado entre nosotros. Más tierra se desliza y se mezcla con el agua, volviéndola turbia y amarronada. Uno de los cuerpos se hunde fuera de la vista y desaparece. Los otros dos se desplazan en nuestra dirección, nadando sin movimiento. No pienso saltar al agua y sacarlos. Lo haría, sin duda, si se movieran. Pero no lo hacen. Están muertos, lo han estado durante quizás mucho tiempo. La situación puede parecer urgente, pero en realidad no lo es. Ambos están boca abajo, y ambos parecen estar vestidos, y no mal vestidos. Podrían estar de camino a un evento. A un funeral o una boda. Excepto por las sogas. Hay trozos de soga verde atados a los cuerpos.

El operario de la excavadora no para de entrecerrar la mirada hacia los dos cadáveres, como si sus ojos lo estuvieran engañando. El camionero está de pie con la boca abierta y las manos en las caderas, mientras su ayudante no deja de consultar su reloj como si todo este asunto pudiera implicar horas extras.

—Tenemos que sacarlos de ahí —digo, aunque ambos cuerpos ya están tocando la orilla.

Había planeado permanecer seco hoy. Había planeado ver un único cadáver. Ahora todo es incierto.

—¿Por qué? No es que vayan a irse a ninguna parte —responde el conductor del camión.

—Podrían hundirse como el otro —señalo.

—¿Con qué los vamos a agarrar?

—No sé. Con algo —contesto—. Con una rama, tal vez. O con tus manos.

—Siéntete libre de usar las tuyas —replica, y los otros dos asienten con rapidez.

—Vale, ¿y qué tal una sogá? —pregunto—. Supongo que tienen una, ¿verdad?

—Ese de ahí —comenta el camionero en dirección al cadáver más cercano a nosotros—, ya tiene una sogá.

—Parece podrida. ¿No tienes algo más nuevo en el camión? —Todos nos damos la vuelta hacia el camión justo cuando lo oímos que se pone en marcha.

El cuidador está sentado en la cabina.

—¿Qué coño? —exclama el camionero. Empieza a correr hacia allí, pero no es lo bastante rápido. El cuidador coloca la marcha y se aleja deprisa. El ataúd no está asegurado. Empieza a resbalar. Produce un ruido chirriante, como si alguien arrastrara un papel de lija grueso por una tabla de madera en el suelo. Golpea contra el borde y comienza a deslizarse sobre él, y entonces, por un momento, parece que va a quedar colgado allí, que va a desafiar la gravedad. Sin embargo, al alcanzar el punto crítico, el impulso y la física intervienen y un momento después, se estrella contra el suelo.

El conductor sigue corriendo detrás del camión a pesar de que la distancia es cada vez mayor.

»¡Oye, vuelve aquí, vuelve aquí!

—¿A dónde va? —me pregunta el operador de la excavadora y me imagino que se refiere al cuidador y no al tipo que lo persigue.

—A cualquier sitio menos aquí, supongo —respondo, lo que es a la vez muy vago pero también muy acertado. Saco el teléfono móvil de mi bolsillo—. ¿Tienes una sogá en la excavadora?

—Sí, aguarda.

Camina hacia la excavadora. Llamo a la comisaría y me transfieren con un detective que solía conocer. Le cuento la situación. Me contesta que deje la bebida. Me dice que es lógico que haya cuerpos en el cementerio. Tardo un minuto en persuadirlo de que los cuerpos están brotando de las profundidades del lago. Y otro minuto en convencerlo de que no estoy bromeando.

—Y trae algunos buzos —concluyo, antes de colgar.

El operario de la excavadora ha regresado. Me entrega la cuerda. El camionero también ha vuelto; está maldiciendo mientras su compañero usa el móvil para llamar al jefe y pedir que alguien venga a buscarlos. Ato una rama del largo de un brazo alrededor del extremo de la cuerda y me dirijo hacia la pendiente suave de la orilla con la intención de lanzar la rama hacia el cadáver más cercano para intentar atraerlo, pero resulta que la hierba resbaladiza bajo mis pies tiene otras ideas. En un momento estoy en la orilla. Al siguiente estoy en el agua.

Mis pies están hundidos en el barro y el agua me llega a las rodillas. Algo me coge el tobillo y me voy hacia adelante, mis brazos golpean la superficie junto al cadáver antes de empezar a hundirme. Saco mis piernas del barro, pero no hay nada en donde poder hacer pie. Este lago es una maldita trampa mortal, y ahora sé por qué está lleno de cadáveres. Esta gente vino a llorar a los muertos y terminó uniéndose a ellos. El agua está helada, me agarrota el pecho y el estómago y me acalambra los músculos. Tengo los ojos abiertos y me arden. Solo hay oscuridad a mi alrededor, agudizada por el silencio, y puedo sentir las manos de los muertos que me tiran hacia las profundidades: quieren que me una a ellos, quieren sangre fresca.

Entonces, de repente, estoy subiendo a la superficie, con la mano apretada alrededor de la soga que me tira hacia arriba. Pataleo con los pies. Apunto mi cuerpo hacia arriba. Un segundo después, estoy junto a una mujer hinchada con un largo vestido blanco. Parece un vestido de boda. Me alejo de ella y los tres hombres me ayudan a trepar a la orilla. Me siento, jadeando. Me faltan los dos zapatos.

—Joder, tío, ¿estás bien?

La pregunta suena como si proviniera del otro lado del lago y no estoy seguro de quién la ha hecho. Tal vez los tres al unísono. Me inclino sobre las rodillas y empiezo a toser. Siento que me ahogo. Estoy temblando, estoy enojado, pero, sobre todo, me siento avergonzado. Sin embargo, ninguno de los hombres se ríe. Todos se inclinan sobre mí, con cara de preocupación. Con dos cadáveres flotando cerca, es fácil entender por qué nada aquí es gracioso.

—Hay algo más que debes saber —indica el operador de la excavadora cuando he dejado de toser lo suficiente para poder escucharlo—. Traté de decírtelo antes —agrega, y desliza esa última parte en la conversación como si cada palabra fuera una frase en sí, y hace una mueca ligera como si cada palabra tuviera su propio gusto y ninguno fuera agradable. Hace que parezca

que lo que va a decir será peor que lo que acaba de pasar, y yo solo puedo pensar en una sola cosa que podría ser.

—¿Sí?

—Marcas. Encima del ataúd.

—¿Cómo sabía que ibas a decir eso?

Ahora le toca a él encogerse de hombros. No se le ocurre sugerir que pueda haberle leído la mente ni nada parecido.

—Líneas finas —añade—. Como cortes. Como cortes de pala.

—Hechos con una pala —preciso. Me mira con extrañeza. Lo ignoro. Mi mente está funcionando con un poco de lentitud después del baño que acaba de tomar—. ¿Crees que este ataúd ha sido desenterrado antes?

—No solo lo pienso, estoy seguro. El cajón tiene marcas que no fueron hechas por ninguno de los que estamos aquí. Mierda, me pregunto qué llevará adentro.

«Qué llevará adentro». Como si fuera un avión o un barco, porque en cierto modo, el ataúd es una nave que te lleva a algún lugar.

Caminamos hacia él. El cajón ha sobrevivido a la caída bastante bien. Tiene una rajadura larga desde la esquina inferior a lo largo del costado, producto del impacto, pero no se alcanza a ver adentro. Estoy tentado de abrirlo, ver qué carga tiene o si ha sido saqueado, pero las sirenas que se acercan acaban con la idea.

Observo la llegada de los dos coches patrulla junto con una ambulancia y un par de furgonetas.

CAPÍTULO TRES

Hay una progresión natural de las cosas. Una evolución. Primero hay una fantasía. La fantasía pertenece a un pobre diablo sádico, un tipo que come, respira y sueña con el exclusivo deseo de matar. Luego viene la realidad. Una víctima cae en su red, es utilizada, y la fantasía no suele estar a la altura de la realidad. De modo que hay más víctimas. El deseo se intensifica. Comienza con una al año, se convierte en dos o tres al año, y luego sucede cada dos meses. O cada mes. Sus cuerpos aparecen. La policía se involucra. Traen médicos y patólogos y técnicos para analizar fibras y muestras de sangre y huellas dactilares. Crean un perfil para ayudar a atrapar al asesino. Y después están los medios de comunicación. Los medios convierten la fantasía del asesino en oro. La muerte es una industria lucrativa. Los empresarios fúnebres, los vendedores de ataúdes, los que leen las bolas de cristal y las palmas de las manos, los operadores de excavadoras y los investigadores privados: somos el siguiente paso en la progresión, de pie bajo la lluvia y observando cómo una parodia de justicia cede paso a la siguiente.

Me he quitado la chaqueta y la camisa mojadas, me he secado con una toalla que me dio el conductor de la ambulancia y me he puesto un rompeviento nuevo. Mis zapatos siguen durmiendo con los peces y mis pantalones y ropa interior están empapados, pero estoy a salvo de la neumonía. Nadie me presta atención mientras me siento en el suelo de la ambulancia con las piernas colgando y contemplo la escena, en este momento, de un crimen indeterminable.

La tumba ha sido acordonada. Los dos coches de policía se han convertido en doce. Las dos furgonetas se han convertido en seis. Han bloqueado la entrada principal del cementerio, como si la policía se preparara para defenderse de un levantamiento de cadáveres furiosos. Hay dos lonas tendidas en el suelo; sobre cada una descansa un cuerpo bien vestido, pero en proceso de descomposición o descompuesto. Se ha levantado una tienda de lona sobre ellos para protegerlos de los elementos. Alguien ha colocado cinta amarilla de «NO PASAR» alrededor de la tienda. Esto evita que los cadáveres se vayan a alguna parte. Hombres y mujeres con trajes de nailon estudian los cuerpos. Otros están de pie cerca del lago. Parecen buzos alistándose para una misión en aguas profundas, solo que no hay buzos aquí. Al menos, no todavía.

Debajo de la tienda hay maletas abiertas con herramientas y pruebas. La lluvia sigue cayendo y el césped alto ondea en el viento. Se han llevado la excavadora y el ataúd ha sido trasladado a la morgue.

Me ciño el rompeviento y busco una segunda manta. El interior de la ambulancia está desordenado, como si hubiera pasado sobre docenas de baches en el camino: sabe Dios cómo los paramédicos pueden encontrar algo. Me rodeo los hombros con la manta y dejo que me castañeteen los dientes mientras observo a los pocos detectives que se han presentado. Pronto llegarán más. Siempre lo hacen. Hasta ahora no han tenido mucho para hacer salvo observar dos cuerpos y un montón de lápidas. No pueden peinar la zona porque todos los vecinos están muertos. No tienen a nadie a quien interrogar más que al cuidador, y el cuidador está en algún lugar en un camión robado.

El viento se ha exacerbado. Las bellotas siguen cayendo sobre las lápidas y producen pequeños ruidos metálicos al golpear los techos de los vehículos. Todo este tráfico extra y, sin embargo, ningún otro cuerpo ha emergido de las aguas profundas de sea cual sea el Infierno que hay ahí abajo. Me vuelvo hacia el conductor de la ambulancia. No tiene a nadie a quien salvar. No tiene nada más que hacer que contemplar el espectáculo, hundir las manos en los bolsillos y hacerme compañía. Todos estamos en lo mismo. Es probable que esté haciendo tiempo mientras espera una llamada que le informe que alguien está muerto o moribundo, su sangre y sus miembros esparcidos por la autopista de la vida que él limpia todos los días.

El zumbido de un helicóptero de la prensa que se acerca desde el norte suena como un mosquito. Toco el exterior del bolsillo de mi pantalón y paso el dedo por el bulto del reloj de pulsera que me robé de uno de los cadáveres después de sacarlo del agua.

Uno de los médicos forenses, un hombre de unos cincuenta años que lleva casi la mitad de su vida haciendo esto, sale de la tienda, echa un vistazo a la pequeña multitud de gente, me ve, y luego se dirige a un detective. Hablan durante unos minutos, todo muy distendido: la conversación relajada de dos hombres acostumbrados a hablar y a escuchar sobre la muerte. Para cuando se acerca, suspira, como si estar en el mismo cementerio que yo fuera un trabajo agotador. Lleva las manos en los bolsillos. Sus gafas están salpicadas con pequeñas gotas de lluvia. Me pongo de pie, pero no me alejo de la ambulancia. Tengo una idea bastante clara de lo que el médico forense va a decir. Después de todo, pasé un rato con esos cuerpos. Vi cómo estaban vestidos.

—¿Y bien? —pregunto con la mandíbula apretada para evitar que mis dientes castañeteen.

—¿Dijiste que había tres cuerpos? —inquieta el médico forense con un tono deprimente, el tipo de tono que no querrías escuchar si llamaras a una línea de asistencia al suicida y quisieras que te dijeran que todo va a estar bien.

—Sí.

—Tenemos dos.

—El otro se volvió a hundir.

—Ajá. Los cuerpos hacen eso. Los cuerpos hacen muchas cosas extrañas. Tiene razón. Lo ha visto mucho a lo largo de los años y yo también.

—¿Qué más?

—Schroder —dice y se da la vuelta para mirar al detective con el que estaba hablando, el mismo detective al que yo llamé—, me dijo que te diera algunos datos básicos, pero nada más. Las mismas cosas que les dirá a esos buitres ahí afuera cuando haga una declaración dentro de una hora. —Señala el límite del cementerio donde los medios de comunicación deben estar congregándose detrás de las barreras policiales.

—Anda, Sheldon, puedes darme algo más que los datos básicos.

—¿Eso crees?

De pronto no estoy tan seguro. Un día todo el mundo es tu mejor amigo; al siguiente, no eres más que un gigantesco grano en el culo.

—¿Me vas a hacer conjeturar?

—Mis conjeturas están respaldadas por la ciencia —replica.

—Vamos con la ciencia entonces.

—¿Viste la soga?

Asiento con la cabeza.

—Diría que en algún momento todos tuvieron una soga atada. Pero ya no.

—No entiendo.

—Me imagino que habrás deducido que no se trata de homicidios, ¿verdad?

Vuelvo a asentir con la cabeza.

—La idea se me pasó por la cabeza.

—Al menos no en un sentido tradicional —precisa—. Tal vez en ningún sentido.

Dejo de asentir.

—¿Quieres aclarar eso?

—¿Por qué? ¿Crees que es tu caso ahora?

—Tengo curiosidad —le digo—. Puedo ser curioso, ¿no? Fui quien encontró a estos pobres desgraciados.

—Eso no los hace tuyos.

—¿Crees que los quiero?

—Sabes a qué me refiero. —Voltea hacia la tienda que cubre los cadáveres. El viento se ha apoderado de una de las puertas y la agita de lado a lado como a una vela. Un oficial consigue controlarla y la asegura. Si el viento se vuelve más fuerte, las cosas podrían empezar a volarse—. Vale, déjame retroceder un poco —añade—. En primer lugar, de los dos cuerpos que tenemos... solo uno de ellos está intacto.

—Eso tiene que ser por una de dos razones, ¿verdad? —sugiero.

—Sí. Y es por la buena. Nadie torturó ni descuartizó a estas personas, al menos esa es mi conclusión preliminar. El cuerpo en peor estado se está deshaciendo por una simple cuestión de descomposición. Le falta todo de la cintura pélvica para abajo, y lo poco que le queda se mantiene unido más que nada por la ropa. Es difícil saber cuánto tiempo ha estado en el agua, pero parece obvio que cuando encontremos el resto de él encontraremos más soga. Podría haber montones de huesos atascados en el barro ahí abajo. El tema es, Tate, que a juzgar por la mujer que encontramos, estoy bastante seguro de que estas personas no fueron asesinadas y arrojadas al lago. Ya estaban muertas. Muertas y enterradas, diría yo —señala y pienso en el ataúd con las marcas de una pala—. No sé cómo murieron, pero ya lo descubriremos. Podremos establecer algunos marcos temporales.

Miro más allá de Sheldon hacia las lápidas que nos rodean. Varias cosas se cruzan por mi mente. Estoy pensando que en algún lugar hay un empresario fúnebre o un ayudante de la morgue que ahorra dinero revendiendo los mismos ataúdes a diferentes familias. Los ataúdes son caros. Se usan una vez, se desentierran, se arrojan los cuerpos al agua, se lava la madera, se rocían con un poco de desodorante de ambiente y se les pasa una capa de cera para muebles que los deja brillantes. Y luego regresan al mercado. Flamantes. Sin ninguno de esos letreros que dicen, «Como nuevo, único dueño, señora mayor, bajo kilometraje». Un ataúd podría ser usado por docenas de personas.

»¿Sabías que podrías comprar un coche por el mismo precio que un ataúd? —reflexiona el médico forense.

—No se trata de eso —me doy cuenta.

—¿Qué?

—No tiene que ver con revender ataúdes —preciso.

—¿Por qué estás tan seguro?

Una cosa que me hace estar seguro es el reloj en mi bolsillo. Si se tratara de hacer dinero, ese reloj nunca habría sido arrojado al agua con su dueño. Pero no puedo decirle eso. En vez de eso, le doy otra razón todavía mejor.

—¿Por qué tirar los cuerpos al lago? ¿Por qué no volverlos a dejar en la tierra? ¿O cambiar los ataúdes por otros más económicos? No, no se trata de eso. Es otra cosa.

—Sí... puede ser. Supongo.

—Me pregunto cuántos cuerpos más habrá ahí abajo.

El médico se encoge de hombros.

—Pronto lo sabremos.

Si hay más cuerpos en el lago, los buzos los encontrarán. Para entonces, ya me habré ido. Es poco realista pensar que alguien me mantendrá informado, me enteraré de las cifras por los periódicos. Una cosa que aprendí en los años antes de dejar el cuerpo de policía es que la vida y la muerte tienen que ver con los números. A la gente le encantan las estadísticas. En especial las desagradables.

—¿Cuántos años crees que tiene este cementerio? —pregunto.

Se encoge de hombros. No se esperaba la pregunta.

—¿Qué? ¿Cómo diablos voy a saberlo? ¿Sesenta, ochenta años? No lo sé.

—Bueno, el lago siempre ha estado aquí —señaló—. No es que construyeran el cementerio primero y luego hicieran el lago por una cuestión de paisaje. Eso significa que tal vez ni siquiera sea la escena de un crimen. Excepto tal vez de negligencia criminal.

—¿Quieres explicarte?

—No es disparatado imaginar que por una mala gestión o con el propósito de utilizar el espacio algunas de estas tumbas estén demasiado cerca del agua. Puede que algunos de los ataúdes se hayan podrido por daños causados por el agua y los cuerpos hayan sido arrastrados al lago, o que una corriente subterránea esté succionando los ataúdes. Es posible que hayan emergido a la superficie antes y que para esconderlos, el cuidador los haya atado a bloques de cemento.

Sheldon sacude la cabeza.

—No en este caso.

—¿Estás seguro? —pregunto, pero me doy cuenta de que está seguro.

—Sí, por la mujer —contesta—. Ha estado en el agua apenas un par de días. Eso descarta tu teoría del ataúd podrido. Además, el cuerpo tiene señales de haber sido preparado para un funeral, por eso estoy convencido de que

estas personas fueron enterradas alguna vez. De hecho, la mujer es la razón por la que todos estamos aquí. Ella es el catalizador... los depósitos de grasa y los gases la hicieran ascender a la superficie y ella arrastró a los demás.

—¿Habría pasado lo mismo si hubiera estado embalsamada?

—No estaba embalsamada.

—Pensé que...

Comienza a asentir.

—Sé lo que pensabas. Pensabas que todo el mundo tiene que ser embalsamado por ley. Pero no es así. El embalsamamiento retrasa la descomposición por unos pocos días para que el cuerpo pueda ser exhibido... es todo lo que hace. Y es opcional.

—¿Se puede saber si le han hecho algo más a los cuerpos?

—¿Cómo qué?

—No sé. No se trata de revender ataúdes y nada de esto es resultado de la naturaleza, pero estas personas fueron desenterradas por algo ¿verdad? ¿Han sido utilizadas para algo? ¿Alguna clase de experimento?

—No puedo saberlo en este momento. Pero una cosa que puedo contarte es que una de las víctimas llevaba anillos y un collar. Así que puedes descartar el robo de tumbas.

Robo de tumbas. Me siento como en una novela de Sherlock Holmes. Holmes, por supuesto, encontraría alguna lógica en todo esto. El famoso detective solía resolver un caso con solo recordar algo que había leído en algún libro de texto diez años antes; al final lo lograba y lo hacía parecer fácil. Miro a mi alrededor y no estoy seguro de que las pruebas con las que contamos sirvan para que alguien pueda deducir si la persona que hizo esto era zurda o diestra o trabajaba como aprendiz de zapatero. Solo Holmes lo haría. Era un hijo de puta con suerte.

—¿Hay forma de que podamos identificarlos? —pregunto.

—¿Podamos?

—Sabes a qué me refiero.

—Empezaremos con la mujer. Debería ser fácil. Y de ahí trabajaremos hacia atrás.

Miro más allá del médico forense hacia la tienda que cobija a los muertos y los mojados. La temperatura parece haber bajado unos cinco grados y el viento haber aumentado veinticinco kilómetros más por hora. Los laterales de la tienda están inflados. La manta que me cubre ya no me da calor.

—¿Entonces cómo...?

Levanta la mano para detenerme.

—Mira, Tate, tus colegas saben lo que hacen y ya te he dicho más de lo que debería. Déjalos trabajar.

Tiene razón y se equivoca. Claro que saben lo que hacen, pero ya no son mis colegas. Pienso en el reloj en mi bolsillo, con la esperanza de que tenga grabada una de esas inscripciones del tipo de «Para Doug, te amo, Beryl». Entonces será cuestión de encontrar una lápida que pertenezca a un tal Doug casado con una tal Beryl. Con suerte, esa lápida está aquí. Con suerte, estas personas fueron enterradas por sacerdotes adecuados en las condiciones adecuadas y no fueron sometidas a una autopsia ni vestidas por algún maníaco homicida en el sótano de su casa.

Un todoterreno se detiene junto a la tienda. Dos tipos se bajan y dan la vuelta a la parte trasera. Cada uno saca un tanque de buceo y luego retiran más equipo.

»Vale, Tate, te he dicho lo que puedo. Esto no te incumbe, pero si crees que lo hace, háblalo con alguno de tus viejos camaradas. Tengo que volver al trabajo.

Observo a Sheldon mientras regresa a la tienda. El helicóptero sigue zumbando de un lado a otro, las palas del rotor suenan como el comienzo de un dolor de cabeza cada vez más intenso. Imagino lo que los periodistas están diciendo, lo que están elucubrando, y no hay duda de que lo están disfrutando. Las cosas malas que le ocurren a la gente buena son siempre las mejores noticias.

CAPÍTULO CUATRO

Odio los cementerios. No les tengo miedo, no es una fobia como la de alguien que tiene demasiado miedo a volar pero debe hacerlo de todos modos. Simplemente no me gustan. No puedo decir que representan todo lo que está mal en este mundo, porque eso no sería un comentario justo. No sería lógico. Pero así es como lo *siento*. Creo que es porque simbolizan lo que le sucede a toda la gente del mundo que ha sido víctima de una injusticia y, aun así, solo representan a aquellas que han sido encontradas. Porque existen otras víctimas por ahí, en tumbas poco profundas, en arroyos, grietas y océanos, o encadenadas, sin lápidas que las evoquen, solo recordadas en la memoria de sus seres queridos. Por supuesto, esa tampoco es una afirmación justa. Eso significaría suponer que todas las tumbas que están aquí pertenecen a víctimas de la delincuencia y por supuesto, solo unas pocas lo son. La mayoría pertenecen a personas demasiado viejas para vivir, demasiado jóvenes para haber muerto o demasiado desafortunadas para seguir viviendo.

La lluvia es cada vez más fuerte y el cielo se está oscureciendo. Mi teléfono móvil no para de sonar mientras me alejo en el coche, y tengo suerte de que siga funcionando a pesar de mi caída en el agua. El agua salada habría sido una historia diferente. En cuanto paso los portones de entrada me encuentro con la barricada policial: los coches de policía están aparcados en ángulos a través de la calle para impedir que otras personas vengán a llorar a los muertos o para impedir que los muertos se escapen y se mezclen con los dolientes. Me abro paso a través de ellos hacia el bloqueo de los medios de comunicación. Esto es como el círculo de la vida. Furgonetas y todoterrenos con los logotipos de los canales de noticias en un costado y antenas parabólicas en los techos están aparcados en ángulos fortuitos y la lluvia no disuade a las cámaras ni a los reporteros que intentan verse guapos bajo la llovizna. Me las arreglo para pasar, fingiendo que no puedo oír las mismas preguntas que me gritan todos los reporteros.

A continuación, me topo con la primera ola de tráfico en el sentido a mi casa que crea un embotellamiento en la ciudad a esta hora del día. Mi chaqueta y mi camisa mojadas están en el asiento trasero junto con el rompeviento prestado. Puse la manta sobre el asiento para que mi ropa no moje el tapizado. Con la calefacción al máximo, se forma humedad en el

parabrisas que el aire acondicionado no logra disipar. Cada medio minuto tengo que limpiar la condensación con la palma de la mano. Enciendo la radio. Suena una canción de *Talking Heads*. Sugiere que sé a dónde voy pero que no sé dónde he estado. Apago la radio. *Talking Heads* se ha equivocado en mi caso.

La primera llamada que contesto es del detective inspector Landry que me pide que vaya a la comisaría para hacer una declaración formal. Es probable que piense que puede hacerle un favor al mundo manteniéndome durante unas horas repasando todas las razones exactas que me llevaron a estar en un cementerio con cadáveres que nadie puede explicar. Cuando le pregunto si han localizado al cuidador, me contesta que me informarán cuando lo hagan, y ambos sabemos que es mentira.

Las dos llamadas siguientes son de periodistas. Sabía que algunos de ellos me reconocerían mientras me alejaba. Los periodistas son rápidos para eso. Mi historia se remonta mucho más atrás que las noticias de ayer, y estos tipos tienen memoria de larga duración. Cuelgo antes de que puedan terminar de formular sus preguntas.

Luego me llama mi madre. Me dice que me vio en la televisión sentado en la parte trasera de una ambulancia y que quiere saber qué me ha pasado. Está claro que la policía no tenía el cementerio tan bien acordonado como pensaban. Le explico que me caí al lago, eso fue todo, y que todavía tengo todas mis extremidades. Me dice que tenga cuidado, que no debería nadar con tanta ropa, y que ella y papá están preocupados. Bridget, mi mujer, señala, también estaría preocupada.

Cuando consigo colgar, el teléfono vuelve a sonar y otro periodista me pregunta si he sido reincorporado a la nómina de la fuerza policial de la ciudad. Decido apagar el teléfono, lo que es una decisión bastante acertada en vista de la alternativa de bajar la ventanilla y arrojarlo a la intemperie.

Apoyo las dos manos en el volante y me pongo a pensar en los tres cuerpos, preguntándome si habrá más. Empiezo a darle vueltas a las posibilidades en mi mente, pero no pasa mucho tiempo antes de que tenga que concentrarme menos en los cadáveres y más en tratar de no convertirme en uno de ellos, ya que el tráfico se toma denso con todoterrenos que bloquean las intersecciones.

Mi oficina está en la ciudad, situada en un complejo con un centenar de otras oficinas, la mayoría de ellas pertenecen a firmas legales y compañías de seguros de las que obtengo la mayor parte de mi negocio. Seguir a maridos infieles para los acuerdos de divorcio y fotografiar a personas que estafan a

sus prestadores de seguros me permiten pagar el alquiler y, de vez en cuando, incluso comer. Ahora estoy desenterrando ataúdes y nadando con cuerpos y la paga es la misma. Aparco en mi lugar detrás del edificio y todavía sin zapatos y empapado, corro hacia los ascensores en el interior y subo ocho pisos más cerca del Cielo.

Como la mayoría de mis clientes están en el mismo edificio y cualquier otro negocio que consigo viene a través de llamadas telefónicas y del boca a boca, voy y vengo a mi antojo, permitiendo que mi contestador automático sea mi secretaria. Tengo suficientes conocimientos de informática para teclear mis propios informes; sé cómo archivar; y sé preparar café. Una empleada de la limpieza viene una vez al mes y pasa una aspiradora y un plumero, pero el resto del tiempo me ocupo yo mismo de la limpieza y el orden. En estos días, los investigadores privados que trabajan en oficinas que parecen basureros, munidos de sombreros de fieltro y cigarrillos, solo existen en las mentes de los guionistas. Mi oficina tiene obras de arte bonitas, plantas bonitas, alfombras bonitas, todo bonito. De hecho, es tan bonita que es difícil mantenerla.

Abro la puerta de mi despacho y enciendo la luz. El aire es cálido y ha mantenido el olor del café de esta mañana, tal vez porque la mitad se derramó sobre el escritorio por accidente. El olor aumenta unos puntos mi nivel de energía. La habitación en sí no es grande; mi escritorio ocupa una cuarta parte y tiene una vista a Christchurch que a veces me inspira y a veces me deprime. En el lado opuesto hay una pizarra blanca sobre un caballete en la que suelo anotar ideas cuando intento establecer conexiones. Las alfombras y paredes son una combinación de beis neutros y grises que suenan como si tuvieron nombres de tipos de café. Los expedientes se apilan en mi escritorio, con un ordenador en el centro, y una pila de memos de los que tengo que ocuparme.

Contemplo la ciudad. No me hace sentir lo bastante nostálgico como para bajar a la planta baja y salir a la lluvia para ver qué me estoy perdiendo. Me pongo a jugar con el móvil. Lo vuelvo a encender. Empieza a sonar. Saco las baterías y pongo las dos piezas bajo la lámpara para que se sequen.

Voy a un pequeño baño anexo y me aseo. Tengo un traje de repuesto colgado detrás de la puerta, ante la eventualidad de que un día me caiga en un lago de cadáveres o me disparen en el pecho. Me cambio y meto las cosas mojadas en una bolsa, pero primero saco del bolsillo el reloj que me encontré. Aunque quizás «que me encontré» no es tan exacto como «que me robé». Es un Tag Heuer caro, analógico, y todavía funciona. Las baterías de estas cosas

por lo general duran alrededor de cinco años y son sumergibles hasta doscientos metros. Miro la parte trasera: no hay ninguna inscripción. Pero un marco temporal ya empieza a tomar forma.

Mi ordenador es un poco lento y con cada año que pasa, parece tardar un minuto más en arrancar. Empiezo a buscar noticias antiguas en línea, utilizo motores de búsqueda para acotar la búsqueda, atento a cualquier mención de ataúdes reutilizados para ganar dinero; pero si ha ocurrido en este país, nadie se ha enterado.

Uso los mismos buscadores para rastrear el nombre del cuidador y encuentro otras personas con el mismo nombre haciendo otras cosas en otras partes del mundo; extendiendo la búsqueda a campos de ocupaciones y religiones y cultura y crimen. Encuentro un enlace que me lleva a un artículo en un periódico sobre el padre del cuidador. Se jubiló hace dos años tras cuarenta años de servicio en el cementerio.

Utilizo la base de datos de prensa en línea de las bibliotecas de la ciudad de Christchurch para revisar las necrológicas y ver quién murió la semana pasada y quién encajaría con la descripción de la mujer en el agua. Termino con cuatro nombres, pero no puedo reducirlos más porque los avisos necrológicos no dan descripciones ni especifican los lugares de los funerales. Me pregunto si el detective Schroder ya habrá logrado una identificación y decido que es posible que sí. Es sencillo cuando se tienen los recursos. Debe estar haciendo circular una foto del cuerpo de la mujer entre las empresas fúnebres de la ciudad; o, más fácil aún, debe haberle pedido al cura de la iglesia católica dentro del cementerio que le eche un vistazo. Si la han identificado, estarán en el proceso de conseguir una orden judicial para reabrir la tumba de la que fue desenterrada. Consulto mi reloj. Son más de las cinco y treinta: todo el mundo trabajará horas extras, pero se hará hoy.

Armo mi móvil y lo guardo en el bolsillo. El viaje en coche desde mi oficina hasta el hospital lleva diez minutos, pero me demoro treinta a causa del tráfico pesado y la sucesión constante de semáforos en rojo. No hay nada peor en Christchurch que las horas pico en un día de mal tiempo. Imagino que debe ser lo mismo en la mayoría de las ciudades. Los coches están atascados y bloquean las intersecciones, y las cunetas comienzan a desbordar con el agua de lluvia. Me veo obligado a desviarme cuando el tráfico queda interrumpido por un autobús que se ha estrellado contra un grupo de semáforos, aplastándolos bajo quince toneladas de metal y unas cuantas toneladas de pasajeros, lo que ha dejado a la intersección inutilizada. Los

conductores tocan el claxon de sus coches, pero la lluvia les impide bajar las ventanillas y gritar.

El hospital es un edificio de aspecto insípido, sin una estética apacible y con un diseño adecuado para una cárcel. Aparco en la parte posterior, me dirijo a la puerta lateral con un letrero que reza «Exclusivo para personal autorizado», uso el intercomunicador y, un momento después, suena el zumbido y entro. Tengo que firmar un libro de registro e intercambio una conversación intrascendente con un guardia de seguridad mientras lo hago. Estoy empezando a sentir bastante frío de nuevo y la idea de ver el ataúd y que lo abran delante de mí no me devuelve el calor. El ascensor parece tardar una eternidad en llegar y me pregunto desde dónde estará subiendo. Cuando por fin se abren las puertas, entro y bajo al sótano.

La morgue es puro azulejo blanco y luz fría y dura. Es como un mundo alienígena. Hay formas debajo de las sábanas y herramientas con bordes afilados. El aire parece más frío que el lago. Los armarios están llenos de frascos y productos químicos e instrumentos plateados. Los bancos, las camillas y las bandejas poseen artículos diseñados para desarticular un cuerpo hasta lo más básico.

El ataúd parece más viejo bajo las luces blancas, como si el viaje en coche lo hubiera envejecido un cuarto de siglo. Además, está más estropeado de lo que pensé en un principio. Tiene rajaduras en el costado y hendiduras en la parte superior. Es evidente que lo han cepillado antes de entregarlo, pero no lo han limpiado. Tiene tierra y barro apelmazado en los bordes y también manchas de óxido. Está apoyado sobre una mesa a la altura de las rodillas, por lo que la tapa queda un poco por debajo de la altura del pecho.

Aprieto las manos en un esfuerzo vano por defenderme del frío. El dolor de cabeza se ha convertido en mi compañero; late a diferentes ritmos. Ojalá se me fuera. Ojalá yo también pudiera irme. El olor de los productos químicos mantiene un frágil equilibrio entre ser demasiado penetrante y no ser lo bastante penetrante para ocultar el olor de los muertos. Nunca puedo recordar el olor... lo único que puedo recordar es mi reacción... sin embargo, durante esos pocos minutos, cada vez que solía bajar aquí, pensaba que nunca sería capaz de olvidarlo. Los cuerpos no se están pudriendo, no se están descomponiendo ni apestando el lugar, pero el olor está aquí... el olor de la ropa vieja y de huesos frescos y de cosas viejas que ya no volverán a ser.

La tapa del ataúd sigue cerrada y es fácil imaginar que debería estar envuelta por una cadena con uno de esos grandes candados antiguos. Apenas puedo distinguir mi reflejo manchado en algunos lugares, en especial en las

manijas de bronce, mi cara salpicada por las picaduras de óxido. Paso un dedo por las marcas de la pala que me señalaron antes los conductores de la excavadora y el camión. Están justo en medio de una larga hendidura cóncava.

—Ha sido abierto antes —afirma la médica forense al salir de su oficina y entrar en la morgue detrás de mí, y aunque yo sabía que estaba allí, su aparición me sobresaltó—. Me pregunto qué habrá dentro.

—O qué no habrá adentro —aventuro.

Extiendo mi mano, esperando que la suya esté fría cuando la estreche, pero no es así.

»Me alegra verte, Tracey.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, Tate? ¿Dos años? ¿Tres?

—Dos —respondo.

—Por supuesto. Debería haberlo sabido.

Le sonrío y le suelto la mano. La observo de arriba abajo sin que parezca que la observo de arriba abajo. Aunque Tracey Walter debe tener mi edad, parece diez años más joven. Lleva el pelo negro recogido y atado en un moño apretado; su tez pálida es color blanco hueso bajo las luces de la morgue; sus ojos verdes me miran con fijeza desde detrás de unas gafas de diseño. Pienso en la última vez que la vi y sé que ella está pensando en lo mismo.

—Supongo que se rompió cuando se cayó del camión —comento mientras estudio las largas rajaduras—. El cuidador tenía mucha prisa.

—Nunca has visto un ataúd exhumado, ¿verdad?

—¿Eh? ¿Se nota?

Sonríe.

—Las películas no muestran el peso que soportan los ataúdes cuando están bajo tierra. A menudo es suficiente para provocar daños graves. Parte de esto es por la caída del camión, pero la mayor parte es por la presión de estar bajo tierra. Dos metros de profundidad significan dos metros de tierra apilada encima, como dije, eso es mucha presión.

Empiezo a asentir. Mucha presión. No se me había ocurrido.

—¿Hay algo que necesites que haga? —pregunto.

—Solo firma esto y puedes irte.

—¿No vas a abrirlo mientras estoy aquí?

—Tu trabajo te llevó al cementerio, Tate. No debió extenderse más allá de eso.

—Sí, pero mi trabajo era asegurarme de que Henry Martins llegara aquí y esas marcas de pala en el ataúd sugieren lo contrario.

Suspira, y me doy cuenta de que sabía desde un principio que no iba a discutir demasiado.

—Ponte esto —me ordena y me entrega unos guantes y una mascarilla—. El olor no va a ser agradable. Y será mejor que no le cuentes a nadie que presenciaste esto.

Nos acercamos un poco más al ataúd y de repente no quiero ver lo que hay adentro. Este es un mundo al revés donde los cadáveres brotan de los lagos y los ataúdes están llenos de respuestas vacías. Me pongo los guantes de látex y deslizo la mascarilla sobre mi nariz y la boca. Si Henry Martins está adentro, sus uñas pueden o no estar azules. Si no está adentro y el ataúd está vacío, entonces Martins es uno de los cuerpos en la orilla del lago, o en las profundidades de sus entrañas.

Tracey rocía un poco de lubricante en las bisagras antes de acomodar una pequeña palanca en su lugar y empujar hacia abajo.

La tapa del ataúd se adhiere por física básica. Fueron diseñados para colocar a la gente en la tierra, no para sacarla de ella y, como Tracey señaló, la estructura de este cajón ha sido alterada por toda la tierra que ha presionado sobre él durante los últimos dos años. Le doy un poco de peso a la palanca para ayudar. La tapa empieza a gemir, luego a crujir; entonces se abre. Desde el interior, la oscuridad se escapa, y junto con ella, el olor de la carne muerta hace mucho tiempo que penetra los poros de mi mascarilla y llega a mis senos nasales. Casi me dan arcadas. Tracey levanta la tapa hasta el final. De pie a su lado, observo el interior.

No es en absoluto lo que ninguno de los dos esperaba.

CAPÍTULO CINCO

Christchurch está rota. Lo que no tenía sentido hace cinco años tiene sentido ahora, no porque nuestras perspectivas hayan cambiado, sino simplemente porque es así. Sus habitantes estamos atrapados en una creencia de cómo debería ser la ciudad, pero Christchurch se nos está escapando sin que nadie pueda sujetarla con la firmeza necesaria para evitar su descenso en espiral a un estado de pánico absoluto. Coges un periódico y los titulares solo hablan de El Carnicero de Christchurch, un asesino en serie que ha estado aterrorizando a la ciudad durante los últimos años. La policía lo odia, los medios de comunicación lo adoran. Un único hombre que se ha convertido en una industria lucrativa y que está agotando los recursos de la policía, cuya mejor respuesta es realizar campañas publicitarias en la televisión en un intento por alistar nuevos reclutas. Pero los números no alcanzan. No lo hacen porque la policía no puede hacerle frente a El Carnicero y mucho menos a la creciente pandemia de delincuencia.

Las soluciones son pocas, pero al menos las hay, y ahí es donde la gente como yo entra en escena. Algunos de los trabajos menores se eternizan, las cosas más pequeñas en las que la presencia policial no es necesaria, y al principio la gente se quejaba. Ya no lo hace.

Así que ayer, cuando alguien del bufete de abogados del piso de arriba se puso en contacto conmigo por el trabajo, me pareció dinero fácil. La lucha contra la delincuencia ha recorrido un largo camino desde Batman y Robín: ahora todo gira en torno de los abogados y, a veces, hasta de la ley. Y en este caso, nadie necesitaba un policía para que estuviera parado en el frío mientras desenterraban un ataúd. A los policías se les pagaba para darles un mejor uso. Estaban en las calles tratando de detener el flujo de violencia, hacer retroceder las hordas y luchar por la buena causa. Así que me pagaron para estar allí... un profesional que se asegurara de que la cadena de pruebas permaneciera intacta.

Pero nadie me ha pagado para estar aquí en la morgue con una chica muerta en el ataúd de otra persona.

Y los recursos de la policía están a punto de agotarse todavía más.

Me cuesta concentrar mis pensamientos. Abarcan toda una gama de posibilidades y de emociones. Siento pena y dolor por quienquiera que sea

esta mujer y no puedo pensar en ninguna razón que no sea mala para que esté en este ataúd. Estoy pensando en bromas pesadas y en chistes y espero como loco que se trate de eso; y por mucho que quiera pensar que podría haber sido una jugarreta elaborada, sé que es mucho más que eso. Esto es real. No debería estar mirando a una mujer, no debería estar muerta, no debería estar en un ataúd que no es suyo y, sin embargo, aquí está, tendida frente a mí.

Tracey se inclina sobre el cajón.

—Este no es Henry Martins —declara, pero no para hacerse la graciosa, no para afirmar lo obvio, sino con toda naturalidad, de una manera que no sugiere la misma incredulidad que siento yo, sino con ese control que proviene de haber activado esa parte fría de su mente que le permite hacer este trabajo. Tracey ha bloqueado sus emociones.

»El cuerpo está descompuesto, pero no mucho. La descomposición tiene que ver con la temperatura, el suelo, la profundidad del ataúd y el tiempo que el cadáver estuvo expuesto al aire antes de ser colocado aquí. A esta altura no hay manera de saber qué edad tenía.

Apenas la escucho. Mi corazón está muy acelerado mientras observo el cuerpo. En algunas partes, la carne se ha encogido y se ha secado, mientras que en otras, ha desaparecido por completo. La mujer parece haberse reducido a una cáscara, de tal manera que si yo fuera a tocarla con el dedo se convertiría en polvo. Los pocos trozos de piel que quedan son casi transparentes y no logran ocultar los huesos del color de las nubes de tormenta que en su mayoría están al descubierto. El rostro y los ojos han desaparecido, solo restos de piel, carne y cuero cabelludo reseco cuelgan del cráneo. Los dientes parecen demasiado grandes al no tener nada que los oculte. El cabello está desplegado en forma de abanico debajo del cuerpo; es largo y marrón oscuro y me imagino que solía estar bien cuidado, que a ella le gustaba pasarse los dedos por él, que olía a champú y a acondicionador y que rozaba la cara de su amante cuando se abrazaban día tras día. Los dedos son solo hueso; uno descansa sobre el pecho, el otro a un costado. Entre la palma de la mano y el muslo hay un pequeño anillo de diamantes que se niega a brillar bajo la luz de la morgue. Supongo que se le salió cuando se le pudrieron los dedos y se soltó cuando el cajón se cayó de la parte trasera del camión robado.

La ropa está desprolija; el vestido corto está torcido y los botones de la blusa no coinciden, como si se hubiera vestido de prisa o alguien la hubiera vestido después de muerta. Meto la mano en mi bolsillo y empiezo a

juguetea con las llaves del coche, las envuelvo en mi pañuelo una y otra vez mientras mi mente no para.

Tracey se vuelve hacia mí.

»¿Estás bien? Parece como si hubieras visto un fantasma.

Siento el sudor que empieza a resbalar por el costado de mi cuerpo. La temperatura aquí adentro debe estar en el punto de congelación y estoy sudando.

—Había otras personas en el agua, Tracey —señalo, y me cuesta formar las palabras—. Tal vez eso signifique que hay otras chicas, y si las hay... Jesús, la he cagado.

—¿De qué estás hablando?

—Hace dos años. Debería haber desenterrado a Henry Martins hace dos años y habríamos encontrado a esta chica. Habríamos sabido que estábamos buscando a un asesino. Podríamos haberlo atrapado antes de que matara a otras.

Tracey me mira, pero no sabe qué decir. No puede decirme que el mundo no funciona así, porque ambos sabemos que sí. No dice que cualquiera podría haber cometido el mismo error. No intenta decirme que no es mi culpa. Lo único que ocurre es que sus hombros se hunden un poco y desvía la mirada, incapaz de mantener el contacto visual conmigo.

Pero entonces comenta:

—No sabemos cuándo pusieron el cuerpo ahí, Theo. Puede que solo haya estado ahí un año.

—Espero que tengas razón.

—Tienes que irte ahora, Theo.

—Anda, Tracey, tiene que...

—Hablo en serio —replica y levanta la vista—. Querías saber si Martins estaba adentro... vale, ahora lo sabes. Ese era el trato. No puedes mirar a esta mujer y pensar que se ha convertido en tu caso. Lo único que logras estando aquí es comprometer la investigación.

—No lo entiendes, ¿verdad?

—¿Qué? ¿Qué podrías haber hecho algo distinto hace dos años? Conozco el caso y tienes razón. Puede ser que la hayas cagado y que otras chicas hayan pagado por eso, pero todavía no lo sabemos y no lo haremos hasta que sepamos quién es esta chica y cuándo fue puesta en este ataúd. Al margen de eso, ¿cuántos otros allá afuera están vivos gracias a que tú sacaste a los malvados de las calles?

—Esto no se trata de pesos y contrapesos.

—Lo sé. ¿Y tú? Y ahora sé que tienes que irte.

—¿Crees que eso es lo que ella querría? —pregunto y asiento con la cabeza hacia la joven muerta—. ¿O crees que querría que toda la gente posible tratara de descubrir quién le hizo esto?

—Anda, Theo, es hora de que te vayas. Te avisaré si uno de los cuerpos que aparecen es el de Martins.

—Sí. Vale, hazlo —respondo mientras me acompaña al pasillo.

En el momento en que entramos en él, suena su móvil. Tracey lo abre y empieza a hablar. Me palpo los bolsillos y luego los doy vuelta. Articulo la palabra «llaves» y señalo hacia la morgue detrás.

—Date prisa —me pide mientras baja el teléfono para que la persona al otro lado no pueda oírla.

Entro en la morgue otra vez. Me quedo mirando a la chica muerta y me pregunto qué aspecto tendría antes de que la Muerte la apretujara dentro de este cajón y le arrebatara todo en un único insulto brutal. Contemplar esta imitación barata de ella me da náuseas.

Tracey está terminando la llamada telefónica cuando me reúno con ella en el pasillo.

—Encontraron el cuerpo que se volvió a hundir y otro más —me informa y guarda su móvil en el bolsillo—. Son cuatro en total.

—¿Pudieron identificar a alguno?

—Están cerca de identificar a uno de ellos.

—¿Cómo subió a la superficie? ¿El último?

—Por un bloque de cemento —explica—. Parece que tenía una soga atada alrededor de un bloque de cemento, pero esos bloques pueden tener bordes afilados. El bloque aterrizó contra otro bloque allí abajo y la soga se dañó. Se cortó en parte. La acumulación de gases en el cuerpo fue suficiente para romperla. Mira, en serio, tienes que irte.

—Tengo la sensación de que voy a escuchar eso mucho en los próximos días.

—Entonces hazte un favor y olvídate de este asunto —contesta, antes de darse la vuelta y regresar a la morgue.

CAPÍTULO SEIS

El ascensor está helado, como si chupara la mayor parte del aire frío cuando se abren las puertas. Afuera ha vuelto a hacer apenas un poco más de calor. Creo que el sol podría estar derritiendo la ciudad en una piscina de lava y seguiría sintiéndome igual después de salir de allí.

Sigue lloviendo. Por supuesto. De camino a mi coche, saco del bolsillo el anillo de diamantes de la mujer muerta y empiezo a estudiarlo. Hay una inscripción en el lado interno y tengo que entrecerrar los ojos en la débil luz del aparcamiento para poder leerla. «Rachel y David para siempre». Puede haber sido un anillo de boda. Parece una inscripción adolescente tallada en un árbol. Las tres piedras no son diamantes, lo que podría explicar por qué el anillo estaba todavía junto a la mano de la mujer y no en una casa de empeño acumulando polvo. Son de cristal, un cristal de aspecto turbio que por alguna razón hace que el patetismo de lo que le ocurrió a la mujer sea mucho más terrible. Alguien compró esto para ella, alguien que no podía costear diamantes de verdad, pero ella no necesitaba diamantes de verdad. Tal vez habían hecho la promesa de que cuando las cosas mejoraran, cuando el dinero empezara a fluir de algún plan que él algún día idearía, le compraría cualquier piedra que ella quisiera.

Si Tracey vio el anillo, entonces se dará cuenta muy pronto de que ha desaparecido. La cuestión es qué hará al respecto. ¿Me llamará a mí? ¿O llamará a alguien para contarle de mí? Nunca debí ponerla en esa posición.

Esta vez, cuando vuelvo a mi oficina, me siento frente al ordenador, lo enciendo y examino el anillo mientras espero. Si el anillo hubiera sido caro, o hecho a medida, podría haber sido fácil de rastrear. Navego por un sitio seguro de personas desaparecidas al que solo pueden acceder la policía, los trabajadores sociales y un puñado de investigadores privados. En unos pocos minutos, obtengo una lista de mujeres desaparecidas con el nombre de Rachel. Establezco los parámetros de la búsqueda para que se remonte a dos años atrás, estimando que murió después de que Henry Martins fue enterrado.

Obtengo dos nombres y uno de ellos coincide con la misma semana en que murió Henry Martins. Su nombre es Rachel Tyler y tenía diecinueve años cuando desapareció. La segunda Rachel tiene diez años y desapareció hace dos meses y no era la que acabo de ver. La mujer que vi en el ataúd era

Rachel Tyler. Estoy seguro. Es como un puñetazo en el estómago. Dos años... si es ella, entonces es probable que la hayan colocado en ese ataúd no mucho después de que desapareciera. Significa que hace dos años, yo podría haber hecho algo para cambiar las cosas.

Imprimo los datos de Rachel Tyler. Sus padres denunciaron su desaparición. No recuerdo el caso y supongo que es porque debió ser una de las tantas chicas que suele creerse que escapan de sus casas. Además, hace dos años, yo tenía muchas otras cosas en la cabeza. La realidad es que en este país desaparecen personas todos los días. A veces aparecen: sin un centavo, drogadas, en una habitación de motel, después de haber quemado todo su efectivo en los casinos apostando al rojo en vez de al negro. A veces son forzadas a prostituirse para devolver el dinero que han malgastado en el juego o las drogas o como una forma de autoabuso. Otras veces han dejado a su mujer o marido por alguien con una cuenta bancaria más grande o una casa más grande o un cuerpo más joven. Otras veces no aparecen nunca.

La fotografía de Rachel fue tomada en un momento de malhumor, ya sea fingido o real, y sin duda es mejor que la imagen de una chica feliz y extrovertida sosteniendo helados o diplomas o ayudando a los enfermos y ancianos. Si alguien no la hubiera matado y metido en un ataúd, hoy tendría veintiún años.

Estudio la fotografía. Su pelo castaño es más oscuro que cuando lo vi hace menos de una hora; sus ojos azules en la foto son brillantes y vivaces. Leo el expediente. La conclusión es que se había escapado, que se había peleado con sus padres o con su novio y que no pudo soportarlo más.

Busco a los padres de Rachel en la guía telefónica y descubro que siguen en la misma dirección. Me pregunto si seguirán casados y cómo estarán. Me pregunto cuántas noches se sentarán a vigilar la puerta con la esperanza de que ella entre y les diga que todo va a estar bien.

Deslizo el anillo dentro de una pequeña bolsa de plástico y la dejo caer en mi bolsillo. Luego vuelvo a mirar el reloj que cogí del cuerpo en el lago. Comparo la hora con el mío. Hay apenas unos minutos de diferencia, pero puede ser que el Tag Heuer sea preciso y el mío no. Su dueño debe haber muerto en el mismo período de seis meses en el que estamos ahora, entre octubre y marzo, porque el reloj está ajustado al horario de verano. La fecha está atrasada catorce días.

Cojo un bolígrafo y empiezo a sumar. Cada mes, un reloj analógico marca treinta y un días, sin importar el mes que sea, y el usuario tiene que ajustarlo en forma manual en los otros cinco meses, que tienen menos días. Calculo

que esos cinco meses sumarían siete días de desfase en el reloj si no se lo ajustara. Eso significa que este reloj no ha sido tocado en dos años. O sea... Estamos cerca de finales de febrero. El dueño de este reloj fue enterrado en algún momento de hace dos años después de principios de diciembre y antes de fines de febrero.

Recojo el expediente con los datos de Henry Martins. Murió el nueve de enero. Podría ser suyo.

Tomo el teléfono. El detective Schroder tarda medio minuto en atender.

—Vamos, Tate, sabes que no puedo responder a ninguna pregunta —se ataja cuando escucha mi voz—. No tiene nada que ver contigo. Y pronto tampoco tendrá nada que ver conmigo.

Tengo demasiadas cosas para ocuparme de esto también.

—¿Estás trabajando en el caso de El Carnicero?

—Lo intento. Amenos que me jubile. Y tal vez lo haga.

—Una pregunta. El cuerpo sin las piernas que apareció flotando. ¿Es el más viejo?

Lo oigo exhalar con fuerza.

—Mira, Tate, en serio, no puedo...

—Solo una pregunta, eso es todo —le aseguro.

—¿Eso es todo? —repite—. ¿Lo prometes?

—Por ahora.

—El forense dijo que es difícil saber quién fue arrojado primero, pero que lo descubrirá. Cree que los dos cuerpos fueron arrojados en un lapso bastante cercano. ¿Por qué?

—¿Puedes avisarme cuando te lo diga?

—No. Adiós, Tate —se despide y cuelga.

Consulto el reloj. Ha estado en la muñeca de un tipo muerto durante dos años, pero no necesariamente en el agua durante dos años. Depende de cuánto tiempo estuvo en la tierra antes de que lo tiraran al agua. De cualquier forma, parecería que dos años es el perímetro externo de la línea de tiempo.

Chequeo los informes de personas desaparecidas, pero la lista de nombres que surge enseguida es demasiado larga y no hay manera de reducirla hasta saber si el asesino tenía una tipología. Podría ser que todas las chicas tuvieran edades similares o descripciones parecidas. O podría ser que en los otros cajones no hubiera mujeres sino hombres.

Tomo mi móvil seco y la hoja impresa sobre Rachel Tyler y me dirijo al coche.

Apenas he salido del aparcamiento y me detengo a pensar dos veces en mi impulso inicial. Es el momento equivocado del día para presentarse en la casa de alguien y decirle que es probable que su hija esté muerta. La mayoría de la gente pensaría que nunca hay un momento adecuado, pero lo hay. Es el tipo de cosa que uno prefiere hacer en un horario temprano para que las personas puedan llamar a amigos y familiares que vengan a consolarlas. De todos modos, el anillo puede ser de Rachel, pero eso no significa que el cuerpo sea el de ella.

Conduzco hacia las afueras de la ciudad y aparco frente a una floristería que está abierta todos los días de semana hasta las siete. Necesito sustituir esta oscuridad con algo de luz, pero lo primero que pienso es en que las flores y la muerte han sido entrelazadas a lo largo del tiempo tanto como las flores y el amor.

—Hola, Theo. —Una joven muy bonita y de trato fácil me sonríe cuando entro.

—¿Cómo estás, Michelle? —Hago lo posible por devolverle la sonrisa.

Intercambiamos la cháchara habitual y luego me pregunta si voy a llevar lo de siempre. Le digo que sí.

—A tu mujer le deben gustar mucho las flores —comenta Michelle y asiento despacio con la cabeza.

Michelle elige un ramo que cree que le gustará a Bridget, envuelve los tallos con celofán y me lo entrega. Anota el precio en una pequeña libreta detrás del mostrador. A final de mes, como cada dos meses, me enviará la factura.

»Saluda a Bridget de mi parte —agrega, y su sonrisa es contagiosa. A veces pienso que podría mirar sonreír a esta mujer durante años.

Vuelvo al coche y dejo las flores en el asiento del pasajero, con cuidado de no aplastarlas. Miro mi reloj. Bridget no tendrá prisa por verme, así que cambio de idea y decido que después de todo, tal vez le haga una visita a la familia de Rachel Tyler. Hago un giro en U y conduzco en dirección contraria, llevando conmigo un ramo de flores que ya han comenzado a marchitarse y un montón de malas noticias.

CAPÍTULO SIETE

Villa Monotonía. Ahí es donde viven los Tyler. Todas las casas de la calle están bien cuidadas, pero no tienen nada en especial, como si cada residente tuviera demasiado miedo de que su casa se destaque sobre otra. No hay casas enormes con ventanas gigantes, ni coches caros aparcados afuera, ni Porsches ni BMW que sugieran un mundo de dinero y grandes deudas. No hay coches destartados sobre tacos de madera ni piezas de coches desparramadas por los jardines. Los médicos, los abogados y los traficantes de drogas viven en otros lugares. Esto es típico de la vida en los suburbios, donde la tasa de robos es alta pero la de homicidios es baja. Es un lugar agradable para vivir. Sin duda es mejor que algunas de las alternativas.

Disminuyo la velocidad y miro los buzones para hacerme una idea de cuánto falta para llegar a destino. Este no era mi caso cuando los cuerpos salieron a flote. No era mi caso cuando el cuidador del cementerio huyó. Pero se convirtió en mi caso en el momento en que el cajón fue abierto y el cuerpo de Rachel Tyler sugirió que hay otras personas allí afuera que podrían seguir vivas si no fuera por mi equivocación. Echo un vistazo al cóctel de geranios en el asiento contiguo y durante unos segundos pienso en mi esposa. Me gusta pensar que sé lo que ella querría que hiciera, pero no puedo estar seguro. Hace mucho tiempo que no me da ningún consejo.

Salgo a la lluvia ligera frente a una casa de una sola planta que fue construida en masa al comienzo de la era de las casas adosadas. Se ve prolija, pero un poco estropeada. El jardín tiene algunas malas hierbas, el césped está un poco largo y toda la vivienda parece un poco venida a menos.

Una mujer de unos cuarenta y tantos años, casi cincuenta, abre la puerta. Tiene el aspecto de haber estado con los nervios de punta durante los últimos dos años, como esperando noticias en cualquier momento. Es como la casa: prolija, ordenada, pero desgastada.

—¿Sí?

—¿Señora Tyler?

—Sí...

Me doy cuenta de que no está segura de si estoy aquí para venderle enciclopedias o a Dios, o si estoy aquí para reforzar o destruir sus esperanzas sobre su hija desaparecida. Meto la mano despacio en el bolsillo y saco una

tarjeta comercial. Sus ojos se agrandan y su boca se entreabre cuando se la entrego, pero cuando la lee, vuelve a cerrar la boca con firmeza. No parece segura de qué decir. Como si no supiera si alegrarse o asustarse por mi presencia en su puerta.

—Me llamo Theodore Tate —me presento—, y soy investigador privado.

—Eso dice la tarjeta —responde, sin ningún tipo de sarcasmo.

—¿Puedo disponer de unos minutos de su tiempo?

—¿Sabe dónde está ella? —pregunta, ya segura del motivo de mi visita.

—Se trata de Rachel —preciso—, pero no directamente. Por favor, si me permite entrar, podrá contarle más.

Se debate con el principio de una frase; tal vez se debate con los cientos de preguntas que intentan aflorar a la vez, cien formas diferentes de preguntar si su hija sigue viva. Apuesto a que ha ensayado este momento una y otra vez, pero la realidad la está sofocando, la está confundiendo. Retrocede y yo entro.

El pasillo es cálido y acogedor. Las paredes están cubiertas de docenas de fotografías de Rachel que abarcan los diecinueve años que pasó en este mundo. Hay fotos de cuando era bebé, en los brazos firmes de su madre. Los años han hecho mella en la señora Tyler. Hay imágenes de Rachel junto a un triciclo, en un arenero, bajando por un tobogán. Un hombre aparece en algunas de ellas; sostiene la mano de Rachel o la columpia en el parque o la ayuda a soplar las ocho velitas en una tarta. Rachel se hace mayor. También sus padres. Las modas cambian y los tres envejecen, pero las sonrisas siguen ahí y mantienen jóvenes a los padres. Una de estas fotos debería haber estado en el expediente de persona desaparecida, pero es probable que la señora Tyler no pudiera desprenderse de ninguna de ellas. Estoy seguro de que el dormitorio de Rachel estará tal como lo dejó, los mismos pósteres en las paredes, sus peluches favoritos esperándola en la cama, tal vez hasta una pila de regalos de Navidad y de cumpleaños fallidos. Será como una cápsula del tiempo.

Patricia Tyler me guía hacia la sala de estar.

»¿Su esposo está en casa? —pregunto mientras rezo para que no me diga que están separados o, peor aún, que su marido ha muerto a causa del dolor de haber perdido a su hija de manera misteriosa y que ha pasado los últimos seis, ocho o diez meses bajo tierra.

—Está en el trabajo. A veces trabaja hasta tarde —explica con un tono triste y no puedo imaginarla usando otro tipo de tono—. Sobre todo en estos días. Debería llamarlo por teléfono, supongo. ¿Lo hago?

—Sería bueno.

—Pero ¿qué... qué le digo? —pregunta.

—Quizá deberíamos sentarnos unos minutos antes.

—Claro, vale, claro, no sé dónde están mis modales. ¿Quiere algo para beber? ¿Té? ¿Café? —Empieza a ponerse de pie—. Lo que sea, solo dígalos. —Está a medio camino de la sala cuando se detiene; entonces, mientras se estruja las manos con nerviosismo, se da la vuelta con lentitud hacia mí—. No sé lo que estoy haciendo —agrega y se pone a llorar.

No es la única que no sabe lo que está haciendo y de pronto deseo no haber venido. Siento el impulso de abrazarla mientras llora y otro impulso igual de fuerte de darme la vuelta y echar a correr por el pasillo y largarme de esta calle. Acabo quedándome quieto.

»Por favor, dígame por qué está aquí —me pide.

No hay forma de que pueda decirle a esta mujer que su hija ha muerto ni tampoco mostrarle las fotos del cadáver. No puedo hablarle del lago del cementerio ni sobre una mujer cuyos restos descompuestos parecen pertenecer a Rachel. No puedo mencionar la exhumación, no puedo detallar mi chapuzón con los cadáveres, no puedo comentar que es el mismo cementerio en el que casi enterré a mi esposa hace dos años después del accidente. Meto la mano en el bolsillo y saco la pequeña bolsa de plástico con el anillo de Rachel. La toma sin decir nada, luego se hunde despacio en una silla frente a mí. Yo también me siento. Durante mucho tiempo, no dice nada.

—Apareció hoy en una investigación —explico y, por fin, la mujer logra apartar la vista del anillo y mirarme—. ¿Lo reconoce? ¿Pertenece a Rachel?

—¿Dónde lo encontró? —pregunta—. ¿Quién lo tenía?

—No lo tenía nadie —miento, y me siento mal y preocupado por el rumbo que está tomando esto. Pero por supuesto, ¿qué otra forma había?

—Pero ¿cómo, entonces?

—Por favor, necesito hacerle unas preguntas. La inscripción dice «Rachel y David para siempre».

—¿Fue David? —inquire, alzando la voz—. ¿Él le dio el anillo?

—No. No lo tenía nadie. Lo encontré.

—¿Dónde? —insiste, casi como exigiendo ahora.

—Por favor, señora Tyler, ¿puede contarme sobre David?

—¿Cómo supo que tenía que venir aquí?

—Por la inscripción —respondo, pero de pronto me doy cuenta de mi error. La única razón por la que chequearía personas desaparecidas sería si creyera que el anillo pertenecía a una persona muerta. Gracias a Dios, la señora Tyler no establece la relación—. Por favor, cuénteme sobre David.

—David se lo regaló para su cumpleaños.

—¿David es su novio? —pregunto, con cuidado de no decir *era*.

La mujer asiente.

—Ya le he dicho a la policía todo lo que sé.

—Pero yo no soy la policía —la corrijo—, y eso significa que puedo abordar las cosas de otra manera.

Se toma unos segundos con eso y asiente despacio con la cabeza mientras lo piensa bien.

—Cree que está muerta, ¿no? —No es una pregunta.

Pienso en las flores en el asiento del pasajero de mi coche y me arrepiento de no haber ido a ver primero a mi mujer. Podría haber hablado con ella. Podría haberle contado mi día. Decirle cuánto la extrañé. Podría haberle tomado la mano y contárselo todo.

—No lo sé.

—¿Qué le hace pensar que puede ayudarla, entonces?

Es interesante que me haya preguntado cómo puedo ayudar a Rachel y no a ella y a su esposo. *Interesante* no es la palabra. Es *devastador*. Esta mujer no solo se aferra a la posibilidad de que su hija esté viva, se aferra a la realidad de ello. Pero la pregunta va más allá. Me hace pensar en qué puedo hacer de verdad para ayudar a Rachel: nada. Nada por ahora. Ni siquiera puedo ayudar a los otros que la han seguido.

—Me imagino que Rachel querrá que la ayude la mayor cantidad de gente posible —sugiero.

La idea parece surtir efecto porque la señora Tyler asiente con la cabeza de nuevo y empieza a hablarme sobre su hija. Me doy cuenta de yo que podría ser cualquier otra persona y ella estaría igual de feliz de hablar de Rachel. Es probable que hubiera actuado de la misma manera si yo hubiera golpeado a su puerta para venderle enciclopedias o a Dios. Habla durante casi veinte minutos y no la interrumpo. Sé lo que es mantener la esperanza. La falsa esperanza es cruel, pero quizás no tan cruel como no tener esperanza. Es una apreciación que solo aquellos que lo han experimentado pueden emitir.

»¿Y David? —pregunto, después de que me ha contado lo que puede sobre la vida de Rachel, incluido un relato detallado de los días previos a su desaparición—. ¿Qué puede decirme de él?

—Yo pensaba que él sabía lo que había pasado —responde—. Durante esas semanas, estaba segura de que Rachel estaba viviendo con él. Verá, estaban viviendo juntos, pero no del todo. Las cosas de ella estaban aquí, todavía están aquí, pero podían pasar días enteros sin que Rachel viniera a

casa. Después de una semana de no verla, tratamos de ponernos en contacto con ella, y luego con él, pero nos dijo que no la había visto. Pensé que estaba mintiendo y que la estaba protegiendo de nosotros por algo que habíamos hecho. Pero yo sabía, sabía que algo no andaba bien. No sé cómo, pero lo sabía. Así que Michael, mi esposo, llamó a la policía. Hicimos una denuncia por desaparición. No habíamos tenido noticias de ella durante casi una semana. No era habitual en ella.

—¿Qué pasó cuando la policía habló con David?

—Nada. Dijeron que no tenían razones para creer que estaba mintiendo. Aun así, yo no estaba convencida. Yo... —empieza, y luego se toma unos segundos para ordenar sus pensamientos. Baja la mirada a sus pies—. Iba a su casa en distintos horarios, pero nunca había señales de ella. Llamaba a su puerta en mitad de la noche. Después de un tiempo, comencé a darme cuenta de que David estaba tan angustiado como nosotros y empecé a dejarlo en paz. No sé si él de verdad cree que Rachel sigue viva.

Levanta la vista. Asiento con comprensión. Luego le lanzo un par de nombres: Bruce Alderman y Henry Martins. Menea la cabeza y me dice que nunca ha oído hablar de ellos y me pregunta quiénes son. Le cuento que los nombres han surgido pero que no estoy seguro de qué relación pueden tener y que es poco probable que tengan alguna. Me da una lista de los amigos de Rachel, de los lugares que le gustaba frecuentar, fotografías de ella, de la gente con la que trabajaba, la dirección de David. Está haciendo un gran esfuerzo, con la esperanza de una conexión, con la ilusión de mencionar un nombre que sea la clave para recuperar a su hija.

Me acompaña hasta la puerta. Parece reacia a dejarme ir. Me siento culpable por haberla engañado, por haberle dado más esperanza hoy de la que tenía ayer, y la culpa se convierte en una sensación nauseabunda que hace que el mundo se tambalee mientras me dirijo al coche. La policía identificará a Rachel Tyler. Vendrán aquí mañana o pasado mañana y le dirán a Patricia que su hija está muerta. No puedo evitar que ocurra. No puedo prepararla para eso.

Son casi las ocho y oscurecerá dentro de veinte minutos, las nubes densas traerán la noche antes de lo habitual en esta época del año. Las flores en el asiento delantero aún parecen lo bastante frescas como para seguir creciendo. Arranco el coche y me alejo, y una vocecita en mi cabeza se pregunta qué demonios estoy haciendo y la voz más grande, la que uso todos los días para justificar mis acciones, me dice que no tengo ni idea.

CAPÍTULO OCHO

La percepción es algo curioso. Sobre todo en lo que hace a la suerte. Alguien que sobrevive a un accidente de avión es considerado afortunado. ¿Se lo considera afortunado por el hecho de haber estado en ese vuelo? ¿O desafortunado? ¿La mala suerte de estar sentado en un vuelo fatídico contrarresta la buena suerte de sobrevivir? No entiendo que la gente tenga suerte de haber perdido solo un brazo.

Mi mujer tuvo suerte. Eso dice la gente. Unos centímetros aquí o unos segundos allí y las cosas habrían sido diferentes. Habría terminado enterrándola y las flores que sigo comprando irían a una tumba. Centímetros. Segundos. Suerte. Buena suerte para ella. Buena suerte para todos. No tiene sentido. Ella no tuvo suerte. Para nada. No tuvo suerte cuando el coche la arrolló. Tuvo suerte de que su cabeza golpeó la acera a cuarenta kilómetros por hora y no a cincuenta, pero tuvo la mala suerte de que su cabeza golpeará la acera a cuarenta y no a veinte. No tuvo suerte cuando sus piernas se hicieron añicos y sus costillas se rompieron. Suerte de haber vivido, sí, pero no suerte.

La residencia de ancianos está en las afueras, donde comienzan los suburbios y el ruido de la ciudad desaparece. Tiene una extensión de cinco hectáreas, con un terreno lo bastante pintoresco para celebrar una boda. Los edificios tienen cuarenta años, de ladrillo gris con el brillo ocasional de alféizares de roble lustrado, una combinación de malas ideas o quizás de buenas ideas que no funcionaron. El camino de entrada es largo y está cubierto de sombra por árboles gigantes que florecen en verano y parecen esqueletos en invierno. Aparco frente a la oficina principal y durante unos segundos, intento imaginar que este mundo no se ha vuelto loco.

Las puertas principales son pesadas y de roble, como si quisieran impedir que los débiles se marcharan o tentar a los afligidos a darse la vuelta. La enfermera en la recepción me sonríe. Su cabello rojo oscuro hace juego con la puesta de sol en el cuadro a sus espaldas.

—Hola, Theo. ¿Qué has hecho con el tiempo? Yo también finjo una sonrisa, del tipo a la que cualquiera con habilidades sociales recurriría cuando el clima se convierte de repente en el tema de conversación.

—Mañana planeo sol. Dios me debe un favor. Ella asiente, tal vez de acuerdo en que sí, en que Él me lo debe.

—¿Flores para mí esta vez? —pregunta, como hace siempre, como hará siempre.

Las enfermeras y los médicos son siempre amables, siempre simpáticos, siempre profesionales, sus preguntas y cumplidos atentos siempre un cliché. La alternativa es impensable. Si les preguntaras cómo va su día, te dirían la verdad y jamás regresaría.

—La próxima —contesto, que es lo que siempre contesto—. ¿Cómo está?

—Está bien, Theo. ¿Y tú? ¿Eres tú a quien vi en las noticias?

—Sí, ha sido uno de esos días de locos. —Un resumen bastante correcto, supongo. Tampoco es que todos los días de locos terminan con alguien nadando en un lago lleno de cadáveres.

Ella asiente.

—Esta ciudad nos demuestra todos los días un poco más que las cosas no tienen sentido.

—A veces pienso que Christchurch está rota —comento—, y que nadie la arreglará nunca.

Camino por el pasillo y paso junto a asientos vacíos y puertas cerradas y un puesto de enfermeras que parece vacío, pero es muy probable que no lo esté. El suelo es de linóleo verde moteado, del tipo del que es fácil de limpiar la sangre, el vómito y la mierda y que durará doscientos años. El día está frío, pero el ambiente aquí adentro es agradable. Siempre es agradable, y así debería ser. Algunos de los pacientes aquí no saben cómo quejarse y otros que sí saben simplemente ya no tienen la capacidad. Hay más cuadros de marinas y atardeceres, escenas relajantes que tal vez se supone que ayudan a calmar a los residentes antes de que pasen de este mundo al otro. Hay macetas llenas de plantas artificiales. Y hay decoraciones para facilitar la vida cotidiana de los pacientes al borde de la demencia senil.

Subo un tramo de escaleras y en la mitad de otro pasillo, me detengo en la habitación de Bridget. La puerta está abierta. Bridget está sentada junto a la ventana, contemplando la lluvia brumosa y los árboles y la falta de buen clima que las enfermeras suelen mencionar cada vez que llego. Parece interesada en todo. No sé si me oye entrar. Cierro la puerta detrás de mí. Ella sigue mirando hacia afuera.

—Hola, cariño, te extrañé —le digo, pero no contesta.

Saco las flores de ayer del jarrón y pongo las de hoy. Ella no se da cuenta. No se da cuenta de que las acomodo en un intento de que luzcan más bonitas.

Me siento en la silla junto a ella y tomo su mano entre las mías. Está tibia. Siempre está tibia, por muy fría que esté la habitación. Me alegra, porque me ayuda a recordar que mi esposa sigue viva.

De vez en cuando parpadea mientras le cuento mi día. No hay expresión en su cara mientras le paso un cepillo por el pelo y lo deslizo una y otra vez, ansioso por un reconocimiento que no se produce. No se ríe cuando le cuento que me caí al agua. No me regaña por no decirle a Patricia Tyler que su hija ha estado muerta todo el tiempo que ha estado desaparecida. Otros ruidos... los pasos de otros pacientes, el chirrido de ruedas giratorias... llegan del interior de la residencia misma, que, en los últimos años, he apodado en voz baja El Refugio de la Muerte. No sé muy bien por qué se me ocurrió ese nombre. No estoy seguro de si el hecho de pensar en este lugar como El Refugio de la Muerte lo ha hecho más personal para mí, o menos. Todos los días tengo esta idea romántica de que voy a entrar aquí y Bridget me mirará y me sonreirá. Todos los días. Pero no lo hace. Me aferro a la esperanza, me he apegado a ella sentimentalmente, de la misma manera que la señora Tyler se ha apegado a la idea de que su hija se ha fugado y está viviendo la vida perfecta en un pueblo perfecto y es tan perfectamente feliz que no ha tenido tiempo para llamar.

Sigo hablando hasta que me duele la garganta y me quedo sin palabras. Bridget ha permanecido en su estado catatónico todo el tiempo, feliz en su mundo, o tal vez triste; ojalá hubiera una forma de saberlo. La ventana y los árboles más allá ejercen sobre ella la misma fascinación que han ejercido día tras día durante los dos últimos años. Me siento agotado, como siempre que me quito de encima los acontecimientos del día. El silencio en la habitación es apacible y en estos momentos de calma, suelo pensar que estaría mejor si también pudiera estar catatónico, inconsciente e insensible, haciéndole compañía a Bridget. Me quedo sentado sosteniendo su mano unos minutos más, luego me levanto y apenas tiro de su mano. Ella viene conmigo y se acerca a la cama. Sus acciones son involuntarias, su cuerpo realiza los movimientos de manera casi automática. Puede pasar de la cama a la silla y viceversa. A veces las enfermeras la encuentran de pie en el pasillo, inmóvil, y en dos ocasiones, ha llegado hasta el vestíbulo. Si le acercas un vaso a los labios, bebe. Si llevas un tenedor a su boca, come. Pero no puede valerse por sí misma, no puede hablar, no puede mirarte con una expresión que sugiera que sabe que estás ahí. Todo está a miles de kilómetros de distancia y sus ojos están fijos en ese punto en la distancia, buscando y buscando sin cesar, pero sin encontrar nada.

Se acuesta. La beso en un lado de su rostro frío: sus manos siempre están tibias, sus mejillas siempre frías, y salgo con lentitud de la habitación. No me vuelvo. Nunca lo hago, no estos días. La veré mañana. Y pasado mañana. Y el día después.

Patricia Tyler no es la única persona en esta ciudad que está dejando pasar el tiempo. Ni manteniendo la esperanza.

Afuera, el aire frío se siente como seda contra mi cara. Me quedo de pie junto al coche durante casi cinco minutos. No hago nada mientras la lluvia moja mi chaqueta. Ni siquiera estoy seguro de si estoy pensando en mi mujer o en chicas muertas o en la mala suerte y los malos augurios, lo único que estoy haciendo en realidad es mojarme sin que me importe demasiado. Por fin, encuentro la fuerza para marcharme.

CAPÍTULO NUEVE

Enciendo el móvil y espero a que suene, pero no lo hace. Podría significar que están matando gente en otra parte de la ciudad y los periodistas que acuden allí se han olvidado de mí. Podría ser que la policía sepa quién puso los cuerpos en el agua y no sienta la necesidad de contármelo. Podría ser que Tracey no haya notado que falta el anillo en el dedo de la chica muerta y que yo esté libre de complicaciones. Podría no ser nada de eso. Podría ser una mera cuestión de mala señal. O que llevarlo a nadar esté por fin pasándoles factura a los componentes internos.

Conduzco a fuerza de hábito, cambiando las marchas y evitando otros coches cuando me doy cuenta de que no estoy yendo a casa, ni siquiera a mi oficina, sino de vuelta al cementerio donde de pronto mi día se volvió interesante. Donde hay muerte hay vida... al menos en este momento. Los coches de policía están diseminados por el paisaje, pero la mayoría se concentra junto al lago. Ya no vigilan la entrada. Los ignoro y me dirijo al lado opuesto del cementerio, donde los muertos siguen en paz.

Hago el recorrido en la oscuridad sin necesidad de una linterna. Es un trayecto que podría hacer con los ojos cerrados. El césped está mojado y pronto se me mojan los bajos de los pantalones y los zapatos.

Ha pasado un tiempo desde la última vez que estuve junto a la tumba de mi hija. Después de su funeral, nunca quise volver. Ver la lápida lisa con la placa de bronce grabada con su nombre y las fechas me dolía demasiado. Pero más me dolía mantenerme lejos y acabé visitando su tumba dos o tres veces por semana durante el primer año, y con menor frecuencia desde entonces, y ya no más desde hace dos meses. Los médicos me dicen que no creen que Bridget sepa que Emily está muerta o que siquiera existió. Espero que tengan razón, aunque no sé en qué clase de persona me convierte eso. Emily no tuvo la buena suerte de quedarse catatónica, sino la mala suerte de morir: tenía el doble de huesos rotos que mi esposa, golpeó el pavimento con la misma fuerza, con la misma torpeza, y así como así, se murió. Nada de suerte, a menos que cuentes la mala suerte.

Ahora ya no lloro tanto. El dolor es parte de quien soy ahora. Deshacerme de él sería como perder una pierna.

Las flores en su tumba se han marchitado y muerto; supongo que las habrán colocado mis padres o los padres de Bridget. El ataúd bajo tierra es del tamaño de un niño y el mero hecho de que exista un mercado de ataúdes infantiles demuestra que el mundo está jodido y por un breve instante, pienso en el estado en que se encontrará el cajón, si estará tan abollado y deteriorado como el que sacaron de la tierra hoy o si su pequeñez le ayudó a soportar el peso de la tierra sobre él. Luego me pregunto si mi hija estará ahí adentro.

No me molesto en contarle mi día a Emily porque no puede oírme. Emily está muerta, y ninguna de las ideas románticas que tengo en el Refugio de la Muerte se extienden hasta aquí.

Camino hacia el lago y me detengo cerca de la cinta policial. Pareciera que cada año la gente que fabrica esta cosa tiene que añadir otro kilómetro más al rollo para mantenerse al día con la tasa de homicidios de Christchurch. Un buen año para ellos significa un mal año para nosotros. La escena parece una excavación arqueológica. Hay más grúas y camiones que antes. Las cuerdas con luces en los bordes de las tiendas brillan como si se estuviera desarrollando una obra teatral, excepto que los actores son mujeres y hombres con monos de diferentes colores que caminan de un lado a otro mientras catalogan la muerte junto con los diferentes tipos de muestras que la acompañan. Hay un montículo de tierra de otro ataúd que ha sido desenterrado. Doy gracias a Dios de que Emily esté enterrada lejos de esta escena y luego lo maldigo por haberla tenido que enterrar en primer lugar. Entonces pienso en la ironía de esa afirmación, ya que sé que no es posible que haya un Dios o, que si lo hay, abandonó esta ciudad hace mucho tiempo.

Estoy a punto de pasar por debajo de la cinta cuando un oficial que no estaba aquí más temprano se me acerca y me dice con su voz más severa que no puedo seguir avanzando.

—Solo quiero saber cómo van las cosas.

El oficial me dirige su ensayada mirada fría como el hielo y me dice que lea el periódico de mañana. Me dan ganas de pegarle.

»¿Alguien ha hablado ya con el cuidador? —le pregunto.

—Escucha, tío, esto no es asunto tuyo.

—He venido a visitar a mi hija —explico, a punto ahora de jugar la carta de la compasión—. Su tumba está aquí.

Sus ojos se entrecierran y parece a punto de decirme que tener una hija muerta no me confiere una invitación gratuita para ir a donde me plazca, pero poco a poco parece darse cuenta de que es la clase de comentario que yo lo haría arrepentirse de haber dicho.

—Lo siento, tío —se disculpa—, pero has elegido un mal momento para venir.

—Vale, bueno, ella eligió un mal momento para morirse.

No sabe qué decir, así que no dice nada; supone que es lo mejor y yo supongo que tiene razón. Me quedo junto a la cinta y trato de hacer contacto visual con alguien que me diga algo, pero están pasando demasiadas cosas como para que eso ocurra. El oficial no me quita los ojos de encima, como si fuera un ladrón. Siento sus ojos en mi espalda cuando camino de regreso al coche. Quizás si se esté preguntando si habré hablado en serio.

El predio del cementerio es como un campo de golf, dividido en muchas secciones delimitadas por setos y árboles y arbustos, y es fácil perderse. Hay un camino principal que lo atraviesa del que salen otros caminos secundarios que conducen a las distintas áreas, y uno de esos caminos más grandes lleva a la iglesia católica, que se encuentra a la izquierda del cementerio, a unos cuarenta metros del camino.

Un cinturón de árboles forma una barrera en forma de herradura alrededor de los costados y la parte posterior de la iglesia, de modo que si estás en el lago o incluso en otras partes del cementerio, es posible que ni siquiera sepas que está allí. Esta es la iglesia donde se celebró una ceremonia para mi niña muerta y, hace poco, donde entregué al sacerdote la orden de exhumación de Henry Martins.

Aparco lo más cerca que puedo de las enormes puertas de roble por las que podría pasar un gigante de cuento de hadas y subo los escalones de piedra. La puerta de madera de la derecha se abre con facilidad y sin hacer ruido. Dentro de la iglesia, la temperatura parece bajar un grado con cada paso que doy. La mayor parte de la iluminación procede de velas, con algunas luces en el techo que iluminan tenuemente la capilla mayor. Hay docenas de bancos, todos vacíos excepto uno en la parte delantera, donde un hombre mira con fijeza hacia adelante, perdido en sus pensamientos, al parecer ajeno o indiferente a mi presencia.

Recorro el pasillo y dejo que las puntas de mis dedos golpeen los bancos al pasar. A izquierda y derecha hay tapices de Jesús y vitrales de Jesús y cuadros de Jesús. Es probable que en algún lugar por aquí haya una tienda de regalos con tazas de café con un Jesús sonriente. En la cabecera de la iglesia, detrás del altar, se alza un gran crucifijo de madera con un gran Jesús de madera tallada. A Jesús no parece importarle estar colgado en cierto ángulo ni tampoco ser tan promocionado.

Antes de llegar al final del pasillo, una de las tablas bajo mis pies emite un crujido y el sacerdote se da la vuelta de repente. Sale del banco y me sonríe, pero al cabo de unos segundos, su sonrisa flaquea y me doy cuenta de lo difícil que debe ser para él mantener la compostura bajo la tensión no solo de este día sino de todos los días. Los curas no ven la misma violencia que los policías, pero sí oyen hablar de ella... y peor aún. Son ellos quienes intentan recoger los pedazos de una familia rota que busca culpar a algo más que al hombre o a la enfermedad que se llevó a un ser querido.

Hace dos años me ofreció su apoyo. Hace dos años intentó ayudarme a recoger los pedazos de mi vida, solo que yo no quería su ayuda. En realidad, no. Quería recoger esos pedazos a mi manera.

El padre Stewart Julián, un hombre de unos cincuenta y tantos años que ha estado aquí desde que tengo memoria, me extiende su mano. En la otra mano tiene una libreta en la que no ha escrito nada y hay un periódico doblado en el banco donde estaba sentado. Su rostro suave, el pelo gris y las cejas negras le dan un aspecto amable, pero en este momento, parece cansado. Sin embargo, me imagino que en su época, si el padre Julián no se hubiera hecho cura, las mujeres se le habrían echado encima.

—Qué día horrible, Theo —comenta mientras sacude la cabeza, demostrando lo horrible que es de verdad el día—. Espantoso. —El tono de su voz es bajo y fácil de escuchar, un tono adecuado para la radio—. Ha sido largo y ya es tarde. No te imaginas la cantidad de horas que me he pasado hablando con la policía. O con las familias de los que tienen seres queridos enterrados aquí. Siguen llamando, Theo, con temor a que sus madres y padres e hijos e hijas estén siendo profanados. Se ha corrido la voz sobre los cuerpos en el agua y la gente cree que podrían ser personas que fueron enterradas aquí. Las llamadas cesaron por fin hace una hora y desde entonces he estado buscando una distracción. —Agita un poco la libreta—. ¿Has visto esto? —pregunta y coge el periódico.

—¿Si he visto qué? —pregunto, bastante seguro de que la distracción estaba a cientos de kilómetros de distancia, porque hacia allí parecía estar mirando el padre Julián antes de oírme llegar.

—Esto —responde y señala un artículo.

—Lo he visto. —Es un artículo sobre la campaña publicitaria del agua de manantial McClintoch. Se han colocado carteles publicitarios en todo el país y anuncios en los periódicos. Los anuncios dicen: «¿Qué bebería Jesús?» y muestran a Jesús convirtiendo vino en agua con las etiquetas del agua mineral McClintoch en las botellas.

—No lo entiendo —se lamenta el sacerdote en tanto menea la cabeza.

—Los tiempos están cambiando —señalo, con la esperanza de que mi respuesta se aplique para la ocasión. Me gusta darle respuestas vagas al cura, de la misma manera que él solía darme respuestas vagas a mí. Cuando mi hija murió y mi esposa yacía en un estado cercano a la muerte, solía decirme que eso era parte del plan de Dios—. Padre, esperaba que pudiera ayudarme.

—He tenido un día muy largo por ayudarte, Theo.

Asiento con la cabeza. Tiene razón.

—¿Preferiría haber dejado las cosas como estaban?

—Vale, claro que no. Pero creo que necesito que me avises con más antelación antes de ayudarte para poder planificar unas vacaciones.

Nos sentamos frente a frente, imitando la posición del otro con los codos apoyados en la parte superior del banco. Los bancos son de madera maciza y están un poco desgastados en los bordes, pero han resistido el paso de los años como solo pueden hacerlo los muebles fabricados por expertos. El Jesús de madera nos mira desde arriba, con clavos de madera en sus manos de madera. Él también ha resistido bien.

»Ha sido un día tremendo para mí —agrega—. Para todos nosotros. A veces me pregunto... —No termina la frase, la deja en suspenso, haciéndome pensar que se pregunta muchas cosas, y no lo culpo. Todos nos preguntamos muchas cosas. Ante todo, es probable que se pregunte dónde encaja Dios en todo esto.

—¿Está empezando a pensar en jubilarse?

Su sonrisa vuelve por unos segundos, se forman algunas arrugas alrededor del borde de sus ojos, pero luego suspira.

—No, no, todavía no. Si parezco más viejo de lo normal, es por el día. Ha sido largo.

—Para todos nosotros, padre. ¿Qué puede decirme del cuidador que me ayudó esta tarde?

Ladea un poco la cabeza y echa los hombros hacia atrás durante unos segundos, como si estuviera estirándose de una contracción en la espalda.

—¿Bruce? ¿Bruce Alderman? ¿Por qué lo preguntas?

—Quiero hablar con él.

—Ah —exclama y sacude despacio la cabeza. De pronto no parece tan cansado sino triste—. Crees que es responsable. Vale, no puedo decirte nada más de lo que ya le he dicho a la policía.

—¿Y qué les dijo? —pregunto.

—Que Bruce es un buen hombre —contesta— y que este tipo de depravación no concuerda para nada con él.

La experiencia me ha demostrado que la depravación concuerda con muchas más personas de lo que nos gustaría creer y estoy bastante seguro de que el padre Julián no necesita que se lo diga.

Me acomodo en el banco. Bien hecho no significa cómodo.

—¿Les dijo dónde podían encontrar a Bruce?

Sacude la cabeza.

—No lo sabía.

—La culpa hace huir a los hombres, padre.

El cura pasa de menear la cabeza a asentir con ella.

—El miedo también, Theo. A nadie le gustaría ver lo que él vio.

—Pero el miedo no les hace robar un camión y ocultarse.

Deja de asentir. Ahora mantiene la cabeza inmóvil.

—Ojalá pudiera pedirte simplemente que confiaras, Theo. Te aseguro que Bruce no es un mal chico. Y no hay forma de que supiera que esa pobre gente iba a surgir del lago.

—Sabía lo que estábamos desenterrando.

—Por supuesto que sí. Tenías una orden de exhumación.

—No, era más que eso. Sabía que estábamos desenterrando algo más.

—¿Algo más?

—El cuerpo que desenterramos no era el de Henry Martins.

—Vi la orden de exhumación, Theo. Estoy seguro de que...

—No era Martins quien estaba en el cajón —repito.

—Pero... —comienza y no sabe cómo continuar. Al menos durante unos cinco segundos—. ¿Dónde está Henry Martins, entonces? —pregunta—. Era... oh, oh no, era uno de los cuerpos en el agua, ¿verdad?

—No lo sé, pero es probable.

—¿O sea que el ataúd estaba vacío? —El tono de su voz sugiere que espera que a su pregunta le siga un sí.

—No. No estaba vacío. Contenía el cuerpo de una joven mujer llamada Rachel Tyler.

La expresión de espanto en su rostro se extiende por sus facciones con tanta intensidad que me preocupa que se establezca allí. No parece cómodo. De hecho, parece sentirse mal. Alarga la mano y se toma del respaldo del banco, como si quisiera evitar caerse y descender a un abismo que se abre bajo sus pies.

»Fue asesinada —preciso—. Y no sé si el cuidador lo hizo, pero no tengo duda de que sabe algo. Por favor, padre, tiene que ayudarme.

Se suelta del banco, se frota la cara con la palma de la mano y luego levanta ambas manos en el aire como si el gesto pudiera mantenerme a distancia.

—Yo... ojalá pudiera ayudar, pero no tengo nada para decir.

—¿Quiere que le traiga una fotografía de Rachel? ¿Que le muestre lo que le hicieron?

La iglesia parece enfriarse a medida que su espanto se convierte en desagrado, casi ira, y se me hace un nudo en el estómago. Ojalá no le hubiera dicho eso. Es un hombre demasiado bueno para decirle estas cosas de mierda. Este es el tío que me sacó adelante en el momento más duro de mi vida. Este es el tío que me llamaba todos los días después de que murió mi hija y que cuando no podía localizarme, venía a mi casa para asegurarse de que no hiciera nada estúpido. A veces me traía comida. A veces se sentaba a tomar una cerveza conmigo. Noventa y cinco por ciento de esas veces no hablábamos de Dios ni de religión ni del Gran Plan. Solo hablábamos de la vida. Hablábamos de mi esposa y de mi hija.

Antes de que pueda disculparme, se pone de pie y me mira, y no parece enfadado, parece decepcionado, y eso es mucho, mucho peor.

—Esa clase de golpe bajo no es digna de ti, Theo. Si pudiera ayudarte, lo haría, como te ayudé hace dos años cuando estabas perdido.

—Por favor, vuelva a sentarse —le pido.

—No puedes...

—Rachel no tiene a nadie que alce la voz por ella. Tengo que hacer lo que pueda —le explico.

—Lo tiene a Dios.

—Dios la defraudó.

Vuelve a sentarse. Exhala con fuerza.

—Debes tener fe, Theo.

—La fe te defrauda.

—La gente se defrauda a sí misma.

Quiero discutir, pero no existe argumento que un sacerdote no haya escuchado y para el que no esté preparado. Sus respuestas pueden no tener sentido, pero son una doctrina que ha de ser repetida una y otra vez como si la mera repetición las validara. Podría sacar una fotografía de mi cartera y enseñarle a mi esposa y a mi hija, pero por supuesto el padre Julián las recuerda. Las conoció antes de que las mataran y después. Podría preguntarle

dónde estaba Dios durante el accidente, pero el padre Julián tendría alguna respuesta dogmática que a la gente que ama y teme a Dios le encanta usar, muy probablemente el dicho genérico «Dios obra de formas misteriosas» que me da ganas de gritar cada vez que lo escucho.

—Tiene razón —concedo— y no debería haber dicho eso de enseñarle una foto de Rachel. Pero tiene que ayudarme a encontrar al cuidador. Nos vio desenterrando algo que lo hizo salir corriendo.

—Todavía me cuesta creerlo —señala el padre Julián, pero estoy empezando a convencerme de que la expresión de su cara sugiere que en realidad no le resulta difícil—. Por desgracia, Theo, como ya he dicho, no sé dónde está.

—Empiece por decirme dónde vive.

—La policía ya ha estado allí y para ser honesto, no me siento cómodo dándote información. Ya no eres un policía. No es tu investigación.

—No, esto se ha *convertido* en mi investigación. Hace dos años tenía una excusa para desenterrar el ataúd de Henry Martins y nunca lo hice. Eso significa...

—Sé lo que significa. Crees que si hay otra gente en ataúdes en los que no deberían estar, tú podrías haberlo evitado. Quizá sea verdad.

—Es verdad —afirmo, un poco sorprendido por lo rápido que ha llegado a esta conclusión.

—Hace dos años —repite—. ¿Hace dos años exactos?

—Más o menos —respondo y sé qué dirá a continuación.

—Entonces sabes que no puedes culparte —dice, pero sus ojos parecen traicionar sus verdaderos sentimientos—. El accidente fue hace dos años, ¿verdad? ¿Fue en la misma época?

—Aun así, debería haber hecho más. Pero me desconcentré.

—Perdiste a tu familia. Y perdiste el control. Esto no es culpa tuya, Theo.

—Va a haber más chicas en esos cajones, padre. Tres chicas. Lo presiento. No puedo solucionarlo, pero tampoco puedo mirar para otro lado.

Baja los ojos al suelo como si se hubiera desatado un debate interno dentro de su cabeza. El debate dura casi un minuto. No lo interrumpo. Cuando levanta la vista, parece haber envejecido unos cuantos años. Cree que ha tenido un día duro, pero si mañana lo llevara a la casa de Rachel Tyler a conocer a sus padres, se daría cuenta de que, en comparación, ha tenido un día fácil.

—Supongo que podrías hablar con el padre. Tal vez pueda decirte algo útil.

Recuerdo el artículo que leí sobre Sidney Alderman antes de abandonar la oficina para ir a la morgue. El hombre se había jubilado el año pasado y el hecho había aparecido en el periódico, pero no era en realidad una noticia sino una de esas historias de interés humano que resultaban interesantes para la gente que conocía a Alderman y para nadie más.

—¿Vive cerca?

—Más cerca de lo que te imaginas —contesta—. Prométeme que tendrás cuidado. Prométeme que buscas a Bruce para interrogarlo, no para castigarlo.

Me encojo de hombros.

—¿Castigarlo? No entiendo.

El padre Julián suspira otra vez y sacude la cabeza con lentitud.

—No hagas justicia por mano propia, Theo. La venganza es de Dios, no tuya, lo sabes. Lo sabes mejor que nadie.

Me sigue hasta las puertas de la iglesia y me da indicaciones de dónde puedo encontrar a Sidney Alderman. Le agradezco y me desea buenas noches, y vuelve a pedirme que tenga cuidado. Le digo que siempre tengo cuidado.

Me estrecha la mano antes de irse y, cuando la retira, veo que está temblando. Luego desaparece por las puertas. La jornada laboral de Dios no ha terminado aún.

CAPÍTULO DIEZ

La lluvia ha desaparecido. Por ahora. Y se ha hecho de noche. Estoy sentado en el coche con la calefacción encendida, tratando de ordenar mis pensamientos, preguntándome por qué estoy dedicando mi tiempo a Bruce el cuidador cuando debería estar en casa dedicando mi tiempo a una pizza y un vaso de *bourbon* Jim. No sé, tal vez sea que mi vida no es lo bastante interesante como para estar en casa emborrachándome delante de reposiciones de malas comedias y reposiciones de malas noticias que suceden todos los días. Ese es el problema de las noticias. Las víctimas tienen nombres diferentes, los presentadores llevan trajes diferentes, pero las historias son las mismas. Algunos levantamos la mano y decimos basta; intentamos hacer algo. Cuando era policía, arrestábamos a un asesino y aparecía otro. Era como Mickey Mouse, el aprendiz de brujo, que cortaba escobas malvadas por la mitad, solo para que cada mitad se convirtiera en una escoba entera nueva y siguiera haciendo lo que fuera que hicieran las escobas malvadas.

El parabrisas se está empañando por dentro, así que redirijo la calefacción para desempañarlo. Mi reflejo, que aparece con lentitud en el cristal que se entibia, se ve verde pálido por las luces del tablero. Me desvío un poco y vuelvo a pasar por la escena del crimen que una vez fue un lago tranquilo en el centro de un cementerio tranquilo. La excavadora sigue trabajando, puedo oírla y verla, y me pregunto qué chica desafortunada estará siendo desenterrada por una pala metálica gigante.

El camino del cementerio me aleja de la excavadora, del lago, de mi hija, y hacía más oscuridad y más árboles y menos lápidas antes de depositarme en la calle. Desde allí son treinta segundos hasta la casa de Alderman, y la mayor parte del trayecto se compone de vistas de la hilera de setos que bordea el cementerio. Solo se ven unas pocas casas cerca. Una es vieja y parece a punto de desmoronarse; otra parece nueva, como si la hubieran construido ayer. Se me ocurre que las casas en esta área, como muchas otras, están siendo reemplazadas poco a poco. Lo nuevo sustituye lo viejo. Y luego lo nuevo se convierte poco a poco en viejo. Y entonces lo nuevo se vuelve tan viejo que es oficialmente declarado inhabitable. Supongo que cuando se construye una casa debe ser difícil imaginar que irá mutando de ese modo. Pero me imagino que debe ocurrir lo mismo con las personas. Es el ciclo de la vida.

Me esfuerzo por leer los números en los buzones y por fin aparco afuera y camino el sendero de entrada; con cada paso que doy, la luz sombría de las farolas deja ver más detalles de la casa. Revestimiento combado, baldosas de hormigón rotas, ventanas sucias o resquebrajadas, alféizares desiguales. No hay jardín, solo hierba, maleza y barro. Los cimientos y los escalones que conducen a la puerta principal están moteados de verde a causa del moho y es la primera vez que me entero de que el hormigón puede descomponerse. No hay luces en el interior. Si una casa pudiera parecer que tiene cáncer y está a punto de morir, sería esta.

Cuando golpeo a la puerta, la casa cruje y tengo un miedo repentino a que se derrumbe. Alguien adentro me grita que me vaya. Sigo llamando con el talón de la mano para que el impacto sea fuerte y molesto. Pasan otros treinta segundos. Luego un minuto.

—Por Dios, tío, ¿qué coño quieres? —La voz viene de detrás de mis golpes.

Se está convirtiendo en uno de esos días largos en los que no estoy de humor para choques de personalidad, así que en vez de decirle que abra la maldita puerta antes de que la patee, cojo una tarjeta comercial, me identifico, y le digo que tengo un par de preguntas.

»Llevo todo el día con preguntas —responde—. La gente solo viene a mi puerta cuando quiere algo. Estoy harto de que la gente quiera algo. Y lo que yo quiero, ¿qué? Quiero que la gente me deje en paz. Jesús, ¿no se nota que quiero estar solo? ¿Ves alguna invitación?

—No demorará mucho.

—No.

—Es una verdadera lástima —señalo—, porque hace frío aquí afuera. Voy a tener que mantenerme caliente de alguna manera y la mejor manera de hacerlo es seguir aporreando tu puerta.

La puerta tiembla un poco cuando se traba, luego se libera del marco antes de abrirse.

El hombre frente a mí es el hombre que vi más temprano en la foto del artículo sobre el cuidador jubilado. Alargo mi mano hacia Sidney Alderman y le ofrezco mi tarjeta, pero me deja colgado.

—Sé quién eres —dice—. Eres el policía que tuvo que enterrar a su hija.

Lanza el comentario como si fuera una especie de insulto y no estoy seguro de cómo responder. El hecho de que este hombre me recuerde me da un escalofrío. Hace dos años cubrió el ataúd de Emily con tierra. ¿Cómo carajo se acordaba? La forma en que lo dice me da ganas de pegarle.

Sonríe y su rostro envejecido despliega docenas de arrugas en docenas de direcciones. Tiene una barba canosa de un par de días y el cabello desaliñado, igual que su ropa. Parece como si acabara de pasar una semana en el desierto. Si lo vi hace dos años, no lo recuerdo. Es imposible leer sus ojos en esta luz.

Huele a cerveza barata y a vodka aún más barato, y a algo más también, algo que no puedo identificar pero que me hace pensar en los ancianos que se pasean en los hospitales y en los geriátricos recopilando una colección de viejas enfermedades.

—Estoy buscando a tu hijo —explico.

—Solo que ya no eres un policía, ¿verdad, Tate?

—No hace falta ser policía en este mundo para querer buscar a alguien. Para eso existen las guías telefónicas.

—Pues entonces usa tus malditos dedos —replica y empieza a cerrar la puerta.

La detengo con el pie.

»¿Qué pasó? —pregunta—. ¿Te hartaste de las donas? —Se echa a reír y se rasca la barriga como si se le acabara de ocurrir algo increíble—. No, te echaron, ¿no es cierto? ¿Por qué fue?

Sigue sonriéndome. Sus dientes parecen no haber visto flúor en años.

—Tienes un lindo lugar aquí —comento y diablos, tal vez el día no es lo bastante largo después de todo, porque se avecina el choque de personalidades—. ¿Estás haciendo renovaciones?

—Sí. Es un verdadero palacio —responde, con una risa que no tiene ni una pizca de humor. Es como si lo hubiera oído hacer a otras personas, quizás en la televisión o en la radio, y está tratando de imitarlas—. Alguien murió, ¿verdad? ¿No es por eso que te despidieron?

—¿Dónde está tu hijo? —le pregunto.

—Nadie lo sabe. La policía ha estado aquí toda la tarde. Registraron el lugar de arriba abajo y me hicieron las mismas malditas preguntas una y otra vez, y mi respuesta no cambió para ellos y no va a cambiar para ti.

—Tu hijo es culpable de algo. Las cosas serán más fáciles para él si empieza a ayudarse a sí mismo. Dime dónde está y podré empezar a ayudarlo.

—No me jodas. —Hace una mueca burlona durante unos segundos y luego sonríe como el loco que está resultando ser. Me da náuseas saber que este hombre fue quién cubrió con tierra el cajón de mi niña. Me da náuseas el solo hecho de que estuviera cerca de ella.

—No puedes esconderlo para siempre —le advierto.

—¿Terminaste?

Pienso en Bruce Alderman y en cómo se comportó mientras desenterrábamos el ataúd y pienso en él alejándose en el camión robado con el ataúd que se deslizó por la parte posterior y cayó al suelo. Pienso en cómo se habrá comportado toda su vida. Este hombre era su modelo a seguir. Quizás el mundo debería estar agradecido de que solo se encontraran cuatro cadáveres en el lago y no cien.

—Sabes, lo voy a encontrar —afirmo—, solo que ahora va a ser de la manera más difícil.

—No me interesa hacerte la vida fácil.

—No hablo de difícil para mí —aclaro—. Deberías haberlo entregado, Alderman.

En lugar de enfadarse, Alderman se echa a reír de nuevo.

—Eres un cliché —dice—. Y además no tienes ninguna autoridad en esto. —Se recompone de inmediato, como si la risa fuera tan falsa como la preocupación que ha demostrado durante años rellenando y cavando hoyos—. Nunca lo encontraron, ¿verdad?

—¿Qué?

—Sabes de lo que estoy hablando.

Deslizo mi tarjeta comercial en el bolsillo.

Me alegro de que no la haya cogido. No quiero que este tipo toque mi tarjeta; no me gusta la idea de que mi nombre pueda estar impreso en algún lugar dentro de esta maldita casa, peor aún, no me gusta la idea de que sus dedos rocen los míos.

—Encontraré a tu hijo —prometo.

—¿Eso crees?

—Lo sé.

Se encoge de hombros, como si le diera igual. Tal vez le da igual. Tal vez no le importa de verdad y ese ha sido siempre el problema para su hijo. Me imagino a Bruce Alderman siendo declarado inocente por salud mental. Con este hombre como padre, ningún jurado en el mundo dejaría de compadecerse.

»Ha sido un placer —me despido y retrocedo de la puerta sin quitarle los ojos de encima. Me mira con fijeza como si estuviera intentando desvelar un gran misterio. El único misterio aquí es cómo alguien tan antisocial pudo haber trabajado en el cementerio durante tantos años. Cierra la puerta.

Estoy avergonzado de mí mismo y furioso con él. Vine aquí para entrevistar al desgraciado y lo único que logré fue dejar que me enfadara. Y no puedo desquitarme con ninguno de los dos.

Llego a la acera, desbloqueo el coche y abro la puerta. Y entonces ocurre. Lo percibo al instante. La piel de gallina me cubre los brazos y la nuca y, al principio, creo que es solo una sensación residual que tendría cualquiera que saliera de esa casa, pero entonces algo me toca la espalda. Sé que es una pistola, aunque nunca antes he sentido una en ese lugar.

—D-d-despacio. Muévete d-d-despacio.

—¿Adónde?

—Al asiento d-d-del conductor. Sube.

Hago lo que Bruce Alderman me pide y trato de mantener la calma mientras él se sienta detrás de mí.

CAPÍTULO ONCE

Demasiada formación y poca experiencia. Ese es mi problema. Además, la formación nunca detalló nada como esto. Fue más bien algo general, como una advertencia de sentido común. Si te apuntan con un arma muy de cerca, mantón la calma. Intenta convencer a tu atacante de que desista. Es un consejo que se me habría ocurrido a mí mismo incluso si nunca me lo hubieran enseñado.

—N-n-no intentes nada —agrega Bruce, así que no lo hago. No trato de quitarle el arma. No abro la puerta e intento huir. No hago nada de eso porque no tendría sentido, a menos que quisiera que me dispararan.

En vez de eso, acomodo despacio mi cuerpo para poder girar la cabeza y enfrentarlo. El arma parece enorme, pero solo por el ángulo de visión y porque no soy yo quien la sostiene. Me pregunto de dónde la habrá sacado. Hay dos manos en la empuñadura. Ambas tiemblan. Un dedo rodea el gatillo.

Me cuesta mantener los ojos en el cañón, pero lo hago. Si Bruce Alderman me quisiera muerto, ya me habría matado, pero siento que si aparto la vista del cañón, voy a morir.

—¿Qué quieres?

—N-n-no lo sé —contesta y su respuesta es un problema. Si no lo sabe, significa que no tiene un plan, y eso lo hace mucho más peligroso, y significa que tal vez está planeando dispararme. Tal vez su plan lo lleve a eso.

Sus manos siguen temblando y el arma sube y baja con movimientos diminutos.

—Debes quererme para algo —sugiero—. Quizás para decirme algo, ¿no? ¿Para decirme que no tuviste nada que ver con la chica muerta que encontramos?

—¿Por qué e-e-estabas hablando con mi p-p-padre? —pregunta.

—Te estaba buscando.

—Tú e-e-empezaste esto —alega Bruce—. Si no hubiera sido por ti, todo e-e-estaría bien. Estaría bien.

No, no estaría bien. No ha estado bien para Rachel Tyler desde hace un tiempo.

—¿Y eso por qué? —pregunto.

—¿Qué dijo mi padre?

—Tu padre es un tipo muy amable. Tenía mucho que decir.

Se mueve hacia atrás en el asiento, pero mantiene la pistola apuntándome a la cabeza.

—¿Crees que m-m-maté a esas chicas?

No contesto. Miro la casa de Sidney Alderman y me pregunto qué estará haciendo en este momento. Tal vez Sidney sabía que su hijo estaba esperándome aquí afuera y había montado un espectáculo para despistarme. Tal vez no lo sabía. No había forma de que pudieran haber anticipado mi llegada. Bruce debía haber estado aquí todo el tiempo, o haberme seguido desde la iglesia.

»Por f-f-favor, yo... necesito que nos vayamos de aquí.

Me vuelvo hacia él y clavo los ojos en el cañón de la pistola.

—¿Que nos vayamos? ¿Adónde?

—No... no lo sé.

—No soy un servicio de taxi. No voy a llevarte a ningún sitio donde puedas matarme en privado. Si quieres hacerlo, hazlo aquí, y tal vez tu viejo pueda ayudarte a deshacerte de mi cuerpo. O puede que no tengas suerte y la policía oiga el disparo. No están tan lejos.

—¿Eso e-e-es lo que quieres? —pregunta y empuja la pistola hacia adelante unos centímetros más—. ¿Crees que n-n-no lo haré? ¿Crees que tengo algo que perder si lo hago?

—No creo que ese sea tu plan —respondo y trato de sonar calmado—, y no creo que vayas a apretar el gatillo. Ya lo habrías hecho. Quieres decirme algo. Tal vez quieras confesar. Quizás quieras contármelo todo antes de meterme una bala en el pecho. —Sus manos tiemblan un poco más. Calculo que faltan unos pocos temblores para que la parte posterior de mi cabeza se desparrame por el parabrisas—. Pero no quieres que eso ocurra aquí.

—Quizá te equivoques.

Pienso en mi mujer. Si me equivoco, no volveré a verla de nuevo. Si me equivoco, y tengo suerte, tal vez vea a mi hija. El único problema es que no creo en la vida después de la muerte. Pienso en Bridget, que ya está sola y a punto de estarlo aún más. Excepto que ella miraría por la ventana mientras los periódicos y la televisión anunciaran mi muerte y nunca sentiría la pérdida.

—¿A dónde quieres ir? —pregunto.

—Lejos de aquí. A-a-ahora.

Consigo desviar la mirada del cañón hacia su rostro pálido. Sus facciones se han hundido desde la tarde, como si la burbuja de paranoia que los mantiene en su sitio se estuviera desinflando despacio. Sus ojos se mueven

con nerviosismo de aquí para allá, incapaces de fijarse en una sola cosa durante más de una fracción de segundo, como si estuviera drogado. Gotas de sudor amenazan con rodar dentro de sus ojos enrojecidos. Detrás de él, calle arriba, están encontrando personas muertas en las tumbas de otras muertas. Miro la pistola de nuevo y luego sus ojos. De un lado a otro, de un lado a otro, sus ojos buscan algo... ya sea ayuda o a los demonios que lo han perseguido toda su vida, ¿quién sabe? Tal vez está buscando a su padre, el cuidador, para que lo cuide en esta situación.

»Por favor —repite, más como suplicando que exigiendo.

Me doy la vuelta y es difícil seguir mirando al frente con el peso de la pistola que me incita a mirar hacia atrás. Giro el coche y me pregunto si el viejo estará viendo todo esto desde sus ventanas mugrientas o incluso si podrá ver a través de ellas. En el espejo retrovisor, bajo el resplandor de las luces de freno, la casa parece salida de Marte. Pongo rumbo más allá del cementerio, más allá de la docena de personas que están ayudando a los muertos y, por el momento, ignorando a los vivos. Paso frente a los portones de hierro que parecen haber sido esculpidos hace dos mil años para custodiar alguna fortaleza mitológica griega. Paso por la iglesia alejada de la calle. No estoy seguro de cuáles son los planes de Bruce Alderman y espero que al menos él lo sepa. Elijo una dirección y me atengo a ella.

Nos detenemos en la primera intersección detrás de una camioneta destartada con una pegatina descolorida por el sol en la parte trasera que dice «Chúpamela». Miro a Bruce por el espejo retrovisor. Parece asustado.

—¿Por qué no me cuentas qué está pasando?

El cuidador no contesta.

»Puedo ayudarte.

—¿Ayudarme? —Debes querer algo.

—Nadie puede darme lo que quiero.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

—Lo sé. Es imposible. A menos que puedas retroceder el tiempo. ¿Puedes hacerlo? ¿Puedes hacer desaparecer los últimos diez años?

Su tartamudeo ha desaparecido y sospecho que es porque estamos lejos del cementerio. O, mejor dicho, lejos de su padre. Suena igual que esta tarde cuando intercambié unas palabras con él antes de que llegara la excavadora y desenterrara todas estas preguntas. También suena como si su pregunta fuera genuina, como si tuviera la esperanza de que tal vez yo pueda hacer que suceda lo imposible. Espero que no sea parte de su plan.

—No eres el único al que le gustaría poder retroceder el tiempo — respondo—. Lo único que puedo hacer es escuchar lo que tienes que decir. Y luego puedo darte algunas opciones. ¿Quieres contarme por qué mataste a Rachel Tyler?

—¿Sabes su nombre? —inquire, en lugar de negarlo como haría cualquier hombre inocente.

—Aprendo rápido.

—Por eso me estás buscando. Crees que yo maté a esas chicas.

—¿Quieres que piense lo contrario? Sacude la cabeza.

—Nunca maté a nadie.

—Eh eh. ¿Por eso tenías tanta prisa por irte esta tarde que robaste el camión? ¿Por eso estás apuntándome a la cabeza con una pistola? Un hombre inocente no haría nada de eso.

—No lo sabes. No puedes saberlo. Tú harías lo mismo.

—Estoy bastante seguro de que no.

La intersección se despeja y continuamos, sumándonos al flujo del resto del tráfico. Avanzamos en silencio durante unos segundos. Necesito que mantenga la calma.

—Tienes una oficina, ¿verdad? —pregunta.

—¿Por qué?

—Debes tenerla. Todos los detectives privados tienen una oficina.

—No conozco a todos los detectives privados de este mundo —replico—. Por lo que sé, la mitad de ellos podrían estar trabajando desde sus coches. O sus casas.

Bruce hunde el cañón en mi nuca. Parece sentirse cada vez más y más confiado. Solo que es una clase de confianza en una escala variable. Está más confiado, tal vez, que una niña de seis años que tuviera que atravesar un cementerio por una apuesta. No tan seguro como un tipo asaltando un banco.

—¿Estaremos solos allí?

—Sí. —Cambio de carril y empiezo a modificar mi rumbo—. Pero el café no es nada del otro mundo.

No vuelve a hablar mientras proseguimos el viaje y decido no hacerlo tampoco. Dejo que permanezca sentado en silencio y le doy tiempo para que se le ocurra algo.

Entro en el aparcamiento detrás de mi edificio y aparco en mi sitio, de donde en el pasado he hecho sacar coches con la grúa. Lo miro de nuevo por el espejo retrovisor.

»¿Y ahora qué?

—¿Hay algún guardia de seguridad?

—Esto no es un banco.

Se mantiene alejado mientras caminamos hacia la entrada trasera, pero se acerca cuando llegamos. Hay un lector de tarjetas montado en la pared, —de muy baja tecnología— y deslizo una tarjeta por el lector. Se oye un sonido mecánico de metal que se desacopla de otro metal y empuja la puerta para abrirla. Bruce me sigue de cerca y pierdo mi primera oportunidad de cerrarle la puerta en la cara y librarme de él.

—¿Cuántos pisos? —pregunta.

—¿Cuántos pisos qué?

—¿En qué piso queda?

—En el octavo.

—Vamos por las escaleras.

Ya he pulsado el botón del ascensor y las puertas se han abierto.

—Esto es mucho más rápido.

—Demasiado encierro.

—¿Eres claustrofóbico?

—¿Dónde están?

—Por aquí.

Lo guío al hueco de la escalera. Hace frío y nuestras pisadas resuenan mientras tomamos los escalones de dos en dos durante los primeros cuatro pisos y luego uno a la vez durante el resto. Cuando llegamos al octavo, ambos respiramos con dificultad. No nos cruzamos con nadie en el pasillo. Hay macetas con plantas llenas de hojas verdes lozanas y ninguna marrón, y cuadros al óleo que no representan nada, solo colores y formas mezclados de forma atractiva.

Llegamos a mi oficina. Entro. Bruce se estira y cierra la puerta detrás de él.

—Siéntate y mantén las manos sobre el escritorio —me ordena.

Obedezco y apoyo las palmas a ambos lados del reloj que tomé hoy más temprano. Bruce se sienta al otro lado del escritorio como si fuera un cliente. Se queda mirando el reloj.

—¿Lo reconoces? —le pregunto.

—¿Cuánto sabes?

—¿Sobre qué?

—No hagas esto —exclama y golpea el costado de la silla con una mano mientras mantiene la pistola en la otra. Ahora con firmeza, como si se le hubieran ido todos los nervios. Como si estar lejos del cementerio lo hubiera

curado. Como si durante los últimos quince minutos, toda la confusión, todo el miedo y toda la culpa se hubieran alineado de alguna manera y encontrado una forma de congeniar, y se les hubiera ocurrido una idea brillante sobre qué hacer a continuación.

—Vale, esto es lo que sé —comienzo—. Desde el momento en que te enteraste de que estábamos desenterrando a Henry Martins, te pusiste nervioso. A pesar de eso te quedaste, pero tan pronto como los cuerpos empezaron a subir a la superficie del lago, saliste corriendo. La cosa ya era inevitable. Estábamos todos en el mismo barco. Hace un rato en el coche te sorprendió que yo hubiera identificado a la chica. Rachel Tyler. Me preguntaste si creía que habías matado a las chicas. No a personas, sino a chicas. Eso significa que ya sabes que cuando los otros cuerpos sean identificados y se desentierren los ataúdes correspondientes, habrá mujeres allí. La única forma en que podrías saber eso es si tú las pusiste allí.

No contesta. Me mira con fijeza, la mano le tiembla un poco, sus opciones se suceden a toda velocidad detrás de sus ojos nerviosos. Espero que no se detenga una y otra vez en la opción en la que aprieta el gatillo. Tal vez ese fue su plan desde un principio y lo ha tenido desde el momento en que se subió a mi coche. Junta la mano libre con la otra para estabilizar el arma.

»¿Qué quieres de mí, Bruce? —Me reclino y mantengo los brazos extendidos para que mis manos no se levanten de la mesa—. Dímelo.

—Necesito un cigarrillo —señala y se lleva la mano al bolsillo.

—Aquí no se puede fumar —le advierto, y cuando saca la mano del bolsillo, está vacía. No se queja.

—Nunca he matado a nadie —asegura, tras unos segundos de mirarse las manos temblorosas, una de las cuales aferra la pistola con fuerza—. Sé que no me crees, pero es la verdad. Tengo pruebas. Están debajo de mi cama. Podría llevarte allí. Podrías hablar con mi padre. Él sabe la verdad.

—Eh, eh.

—Pero no me dejarías llevarte allí, ¿verdad?

—No.

—No me crees, ¿no es cierto?

Resisto la tentación de sacudir la cabeza.

—¿Por qué no me das más detalles primero?

—No tiene sentido. Nunca me creerás. Y sabía que no lo harías.

—¿Entonces por qué traerme aquí? ¿Por qué pasar por todo esto?

—No tuve nada que ver con sus muertes. Nada. Pero las enterré, tenía que hacerlo. Las chicas se lo merecían. Y ahora —añade—, ahora sus fantasmas

me dejarán en paz, y tú, tú me tomarás en serio. —Mi corazón se acelera cuando gira la pistola y hunde el cañón debajo de su barbilla. Es casi tan aterrador como tenerla apuntándome.

—Espera, espera —le pido, y mi instinto es estirar el brazo para detenerlo. Pero mantengo las manos sobre la mesa—. Escúchame, escucha, Bruce.

Relaja el arma un momento y me mira como si yo fuera un idiota por no entenderlo, y es un momento suficiente para hacerme creer que hay una posibilidad de que ninguno de los dos tenga que morir aquí. No una posibilidad muy grande, no un momento lo bastante largo.

»¿Por qué desenterraste los cuerpos? ¿Qué se merecían estas chicas?

Por unos segundos, parece confundido, como si no pudiera encontrar las palabras adecuadas, pero de pronto su rostro se vuelve tranquilo y distendido, como si una claridad perfecta hubiera descendido sobre él, y sé que es la claridad de un hombre que ha hecho las paces con su decisión y que no hay nada que yo pueda decir o hacer para evitar su siguiente paso.

—Por dignidad —contesta—, merecían dignidad.

El disparo retumba en mis oídos. El olor a polvo y a carne quemada persiste mucho después de que la niebla rosada se ha asentado y mucho después de que los fragmentos de hueso y cerebro se hayan clavado en el techo.

CAPÍTULO DOCE

Es uno de esos momentos claves en la vida. Una de esas instantáneas que no te abandonan nunca, que nunca parecen desvanecerse. De hecho, ocurre exactamente lo contrario: los colores, las imágenes, los detalles, no se diluyen, se vuelven más fuertes, más nítidos; el momento se vuelve más poderoso con los años, mientras que otros desaparecen con lentitud. El olor... el olor de la carne quemada, el olor cobrizo de la sangre, la pólvora, el hedor de los esfínteres relajados, el sudor. El aire tiene gusto caliente, me seca la boca y hace que la lengua se me pegue al paladar. Lo único que oigo es un pitido que parece como si nunca fuera a apagarse, como si también él fuera a hacerse más poderoso.

Es uno de esos momentos claves en la vida. Me quedo quieto, con los ojos hacia el frente, asimilándolo todo. No sé si hay otras personas en el edificio. No sé si alguien habrá reportado el disparo. La sangre ha formado manchas espesas en el techo. Parecen colgar allí, inmóviles, como si la gravedad no las afectara. El cuerpo de Bruce Alderman también parece estar colgando, la mano todavía en la pistola, la pistola todavía presionada contra el cuello. La parte delantera de su camisa está limpia, sin una gota de sangre. El cabello está revuelto, la bala ha formado una figura como un volcán en lo alto del cráneo. Y aun así, permanece sentado allí, tal como yo lo hago aquí, inmóviles, mirándonos el uno al otro, un momento crucial de mi vida, un momento crucial de su muerte. El tiempo se ha detenido, como en una instantánea.

Luego arranca de nuevo. Su mano, que aún sujeta el arma, cae. Golpea la parte superior de su muslo y se desliza por el brazo de la silla; la pistola produce un chasquido contra la silla y cae sobre la alfombra. Su cabeza se desploma hacia adelante, la barbilla golpea el pecho; el orificio del disparo en el cráneo es como un ojo que me mira con fijeza, la sangre se desliza fuera de él y me da la impresión de que me hace un guiño. El pelo ensangrentado se acomoda en su lugar y bloquea la vista. La sangre se acumula en su camisa. Empieza a desprenderse del techo: las gotas forman estalactitas antes de separarse y precipitarse hacia abajo. Acolchonan la alfombra y producen pequeños ruidos sordos al golpear la parte delantera de sus piernas, la nuca, la parte superior de la cabeza. Caen sobre mis hombros, sobre mis brazos, sobre

mis manos que aún están sobre el escritorio para que él las vea. Se queda allí desplomado, este peso muerto en la silla de mi oficina; entonces, con lentitud, se inclina hacia adelante, coge impulso y luego su frente se estrella con fuerza contra el borde del escritorio, el impacto le arroja la cabeza hacia arriba en tanto el cuerpo cae, lo mantiene en equilibrio un momento más, con la parte posterior de la cabeza casi tocando los hombros, la cara expuesta y los ojos vacíos clavados en mí, antes de continuar hasta el suelo donde yace en un ovillo que hace cinco segundos era una persona, pero que ya no lo es. Queda tendido sobre el arma, y yo sigo aquí sentado, observando, esperando: tal vez venga alguien y me diga que esto es lo que me pasa por seguir una línea de una investigación que ni siquiera me han asignado.

La niebla rosada se asienta despacio; el olor del disparo empieza a desvanecerse, reemplazado por el olor a orina y a mierda; y el pitido en mis oídos se va apagando hasta convertirse en un sonido estridente.

Me levanto despacio, como si cualquier movimiento brusco pudiera hacer que él vuelva a coger la pistola e intente anteponer a su suicidio la palabra *homicidio*. Doy la vuelta al escritorio hacia el cuerpo, con cuidado de no pisar la sangre. Pienso en sus últimas palabras. «Merecían dignidad». Quería que yo lo tomara en serio, y lo consiguió. El único problema es que todavía no creo que sea inocente. No necesitaba suicidarse en mi oficina para demostrar inocencia en lugar de culpabilidad; en todo caso, lo que hizo fue contribuir a sugerir locura en vez de cordura. Se lo habría dicho si me hubiera dado la oportunidad.

Me agacho y apoyo una mano en su hombro. Sin hacerlo rodar, casi sin tocarlo, reviso sus bolsillos.

Hay un sobre pequeño con mi nombre, solo que está mal escrito. En el fondo del sobre hay una llave pequeña. Estoy a punto de dejarlo sobre mi escritorio cuando veo que la bruma de sangre ha cubierto la superficie. Doblo el sobre por la mitad y lo meto en mi bolsillo. Reviso el resto de sus bolsillos. Encuentro las llaves de un coche y una cartera; encuentro pañuelos de papel, dos sobres de antiácido, un lápiz roto y una de mis tarjetas comerciales. Dejo todo dónde está.

Uso mi móvil para llamar a la policía porque el teléfono de mi oficina está cubierto de sangre. Pregunto por el detective Schroder, pero me pasan con el detective inspector Landry. Preferiría no hablar con él, pero no tengo demasiadas opciones. Le cuento la situación como un policía cualquiera reportando un incidente. Antes de terminar, le pido que traiga café.

—Jesús, Tate, este no es mi primer homicidio —dice.

—Querrás decir suicidio.

—Vale. Da igual. —Corta.

Me siento en el suelo del pasillo, coloco un cojín entre la pared y yo para no mancharla con la sangre en mi chaqueta y me reclino contra ella. Pienso en lo que me dijo Bruce. ¿Por qué suicidarse si no estás admitiendo ninguna culpa? ¿Cómo podría alguien creer que enterró a esas chicas pero no tuvo nada que ver con sus muertes?

Saco el sobre del bolsillo. La llave parece un poco diferente a otras que he visto y no puedo identificarla. No tiene marcas, ni números, ni letras. Podría ser de una casa, una caja fuerte, un barco... podría ser de cualquier cosa. Es solo un objeto más que le he quitado a alguien hoy. El anillo sigue en mi bolsillo y el reloj de pulsera sigue en mi escritorio. Regreso a la oficina y meto el reloj en una bolsa de plástico que dejo caer en mi bolsillo. Toda esta área es ahora la escena de un crimen y no necesito preguntas incómodas. Saco la llave y la engancho en mi llavero para que parezca mía.

Todavía estoy en la oficina cuando los oigo llegar. El ascensor hace *ping*, las puertas se abren y media docena de policías, incluido Landry, se esparcen por el pasillo. Pronto llegarán otros para ayudar a interrogar y fotografiar y documentar y estudiar. La escena del crimen en el cementerio me fue arrebatada, pero esta es mía.

Permanezco junto a la puerta y observo. He trabajado con la mayoría de estos hombres y mujeres en el pasado, pero me miran como si fuera un extraño. Los saludos son bruscos y alguien me pide que salga al pasillo y espere.

CAPÍTULO TRECE

La noche se alarga. Mi oficina queda aislada, de mí y del resto del mundo, por una cinta amarilla con letras negras. Los hombres del equipo forense, vestidos con monos blancos de nailon, se mueven con lentitud por el interior, registrando cada centímetro cuadrado en caso de que la pista vital sea microscópica. Nadie ordena que me registren, pero me examinan las manos en busca de residuos de pólvora y me quitan la chaqueta debido al polvo de sangre que se ha depositado en ella. No estoy preocupado en lo más mínimo, porque las pruebas demostrarán que el disparo ocurrió exactamente como yo dije. No hay ninguna otra posibilidad. No pueden volver a mí mañana y decirme que han sopesado todo y llegado a la conclusión de que yo le puse la pistola en la barbilla y apreté el gatillo.

Aun así, es un caso claro de suicidio que no ha de ser tan claro en vista del tiempo que se están tomando para estudiar los ángulos y los patrones de sangre. Al menos eso es lo que parece. Se están tomando todo este tiempo porque se trata de mí. No confían en mí de la misma manera que confiaban cuando yo era uno de ellos. Como alguien de afuera, quedo comprendido dentro del margen de sus sospechas, y el único culpable de eso soy yo. Hace dos años, yo era un hombre diferente. Un hombre muy diferente.

Al cabo de un rato, las preguntas empiezan a repetirse. El fraseo varía un poco, pero son variaciones del mismo tema, un tema que enseguida se vuelve cansino y parece sugerir que yo tengo cierto grado de culpa. Pero no es así. Yo noforcé al cuidador a entrar en mi coche. No lo obligué a venir aquí. No lo obligué a despararramar cerebro y materia ósea sobre mis muebles.

Al fin, me dicen que me vaya a casa. No estoy seguro de hasta dónde me hace feliz hacerlo, pero tampoco estoy seguro de cuál es la alternativa. Quedarme dando vueltas y mirar, supongo, aunque no hay mucho que mirar. Apenas un grupo de tipos que hacen el tipo de trabajo tedioso que los tipos como yo no tienen la paciencia para hacer. Si fuera de día, habría una multitud de curiosos tropezándose unos con otros para echar un vistazo al cadáver, pero yo ya le he echado un vistazo, y más aún... le he robado.

—Una última cosa —me grita Landry mientras me dirijo a la escalera.

Me doy la vuelta, pero mantengo la mano en la puerta de la escalera. Landry no es uno de mis mayores admiradores. Hubo un tiempo en que

éramos bastante parecidos, pero su vida se convirtió en su trabajo mientras yo hacía lo que podía para mantener un equilibrio. Tiene la misma edad que yo, pero no ha envejecido muy bien en los dos años que no lo he visto. No tiene buen aspecto. Huele a humo de cigarrillo y a café.

—¿Qué te llevaste? —pregunta.

—¿Qué?

—De tu escritorio. Hay tres manchas bien definidas. Está todo cubierto por esa bruma de sangre, excepto en tres lugares. Dos marcas son de tus manos. Lo cual es bueno, porque muestra dónde estabas cuando él apretó el gatillo. Pero hay algo más. Una marca más pequeña.

—Mis llaves.

—No parecen ser de llaves.

—Fue todo muy rápido. No sé. Tal vez fue mi teléfono.

—Tampoco parece de un teléfono. Si te registrara, ¿no encontraría nada más?

—¿Adónde quieres llegar, Landry?

—Nada. Solo siento curiosidad por saber qué sería lo bastante importante como para que lo robaras de la escena de un crimen.

—No robé nada y, de todas formas, es mi oficina. Todo lo que hay ahí me pertenece.

—No todo —replica y vuelve la cabeza hacia mi oficina donde están sacando el cuerpo de Bruce Alderman en una bolsa de lona oscura.

Afuera, llovizna de nuevo. Son casi las dos de la mañana. Mi coche sigue húmedo por dentro, pero al menos no hay nadie con una pistola en el asiento de atrás. Coloco una de las mantas de la ambulancia sobre el asiento del conductor para protegerlo de la sangre que aún queda en mi ropa y empiezo a conducir de vuelta a casa. Las prostitutas y los vagabundos me miran al pasar. Yo podría ser su salvación, su próxima comida, su próxima bebida, su próxima conquista.

El viaje a casa demora apenas diez minutos y, cuando llego, estoy a punto de quedarme dormido. Mi casa no es nada llamativa, sino una de tantas situadas en el centro mismo de los suburbios. La gente vive aquí, pasa su vida aquí, tiene hijos y paga hipotecas importantes y, en teoría, *en teoría*, si sigue las reglas, no le ocurre nada malo. El problema es que esta noche hay una furgoneta aparcada afuera que bloquea el sendero de entrada, de modo que no puedo guardar el coche en el garaje y caminar hacia la casa e ignorarla. Me detengo detrás de ella y salgo del coche, demasiado cansado para cualquier tipo de confrontación. Las puertas de la furgoneta se abren de inmediato. Se

enciende un reflector, un hombre con una cámara apoyada en su hombro da la vuelta a mi derecha, y una mujer con el pelo hasta los hombros aparece a mi izquierda. La luz acentúa su maquillaje recargado.

—Sin comentarios —pronuncio antes de que el cámara se acomode y la periodista pueda ponerme el micrófono en la cara. Estoy demasiado cansado para esta mierda.

—Casey Horwell —dice la mujer—. De TVNZ noticias, solo unas preguntas rápidas.

—Sin comentarios —repito—, ¿y podríais mover la furgoneta? Está bloqueando mi entrada.

—Nos han informado que Bruce Alderman, el sospechoso en el caso de Los Asesinatos en el Cementerio fue asesinado esta noche en su oficina.

Me pregunto cuánto tiempo les habrá llevado encontrar un nombre para el caso... ¿*Los Asesinatos en el Cementerio*?... o si mañana a alguien se le ocurrirá uno mejor. Casey Horwell me acerca el micrófono a la cara. La reconozco de los telediarios. Su carrera decayó hace un año cuando dio a conocer información que nunca debería haber tenido, además de su propia interpretación de lo que significaba y, en última instancia, comprometió una investigación. Provocó que un hombre inocente fuera declarado culpable por el tribunal de la opinión pública por la violación de un niño pequeño. La noche que el asunto salió al aire, la casa del hombre fue quemada con él adentro. Sobrevivió con quemaduras de tercer grado, pero su novia no tuvo la misma suerte. Supongo que esta noche Horwell está tratando de repuntar su carrera.

—Sin comentarios.

—Esto no lo va a ayudar —advierde.

—Moved la furgoneta —insisto, y estoy empezando a cabrearme.

—¿Puede hablarnos de su participación hoy? —No.

—Ya no es policía. ¿Por qué estaba en el cementerio?

Tengo las manos en los bolsillos y cierro los puños.

—Sin comentarios.

—Bruce Alderman fue asesinado hace cuatro horas y, sin embargo, aquí está usted, volviendo a casa —persiste—. ¿Por qué?

Casi le digo que no fue asesinado, que se suicidó, y que hay una diferencia, una gran diferencia. Pero no digo nada.

»¿Cómo es que todavía tiene un caso a su cargo? —continúa—. ¿En especial de este tipo? Tenía entendido que todos en el cuerpo lo odiaban.

—No todos me odian —contesto—. Estoy seguro de que te odian mucho más a ti después de que esa mujer murió por tu culpa. Al menos yo todavía tengo algunos amigos en el departamento. Hacen lo que pueden para ayudar.

Sonríe y no sé por qué.

—¿Algo más que quiera añadir?

—No.

—Ha sido un día muy largo, me imagino. Relajo la tensión de mis puños.

—Así es.

—Ha sido un día largo para todos. Supongo que habrá sido duro para usted.

—¿Podéis mover ya la furgoneta?

—Por supuesto. Gracias por su tiempo detect... quiero decir, señor Tate.

La luz de la cámara se apaga. Casey Horwell me mira unos segundos más, con la misma sonrisa en el rostro, luego se da la vuelta y sube a la furgoneta. Unos segundos después, el vehículo se aleja. Vuelvo al coche y lo aparco en el sendero de entrada, demasiado cansado para entrarlo en el garaje.

Mi casa tiene tres dormitorios, pero uno solo de ellos está en uso. La habitación de mi hija sigue preparada como si algún día fuera a volver a casa, y no estoy muy seguro de que eso sea muy saludable y no estoy muy seguro de que me interese saberlo. Si mi esposa estuviera aquí, tal vez habría tomado una decisión diferente, pero no está. Es lo mismo que Patricia Tyler, que mantiene una habitación para su hija. Una instantánea temporal. Parece que de eso trata la vida.

Me meto en la ducha para lavarme la sangre y quitarme los trozos de cráneo del tamaño de confeti del cuidador del cementerio. Cuando salgo, me siento más despierto.

Pongo un CD en el equipo de música, cojo una cerveza y salgo a la terraza; en el camino, presiono el botón de reproducir en el contestador. Es mi madre. Llama para ver cómo me ha ido el resto del día y para preguntarme qué ha pasado. Tomo nota mental de llamarla mañana.

La noche se ha templado un poco y me siento en la tumbona bajo la lluvia brumosa a contemplar la noche mientras escucho la música y la cerveza me ayuda a calmar los nervios. Solía sentarme aquí con Bridget después de que Emily se dormía. Es un sitio protegido del viento cuando hace frío, pero cuando el viento está caliente, entra con fuerza desde la dirección opuesta y barre la terraza. Yo solía beber una cerveza despacio y ella bebía una copa de vino despacio y conversábamos sobre nuestro día. Siempre sentí que podía contarle cualquier cosa, pero había casos que no podía discutir en casa. Los

guardaba en mi mente, pero no los quería en la mente de ella. Eran parte de mi vida y no quería que se entrometieran en la de ella. Bridget y yo hablábamos de nuestro pasado y de nuestro futuro; teníamos planes de mudarnos a una casa más grande, estábamos debatiendo si tener más hijos. Nos sentábamos aquí y nos reíamos, hacíamos planes, discutíamos.

La lluvia se aleja y el cielo se despeja un poco; un resquicio asoma entre el manto de nubes y por un momento, deja ver una luna creciente que arroja suficiente luz pálida para que cuando miro el reloj, advierto que la noche avanza con rapidez. El gato de Emily, un gato anaranjado llamado Dexter, entra por la puerta corrediza y salta a mi regazo. Se pone a ronronear mientras le rasco debajo de la barbilla. Tenía apenas seis meses cuando murió Emily, y cualquier duda sobre si los gatos pueden recordar a las personas ha sido respondida por el hecho de que el único lugar donde duerme es sobre la cama de Emily, y que a veces tiene la misma mirada que mi esposa... como si estuviera buscando algo que ya no está ahí.

Termino la cerveza y vuelvo a entrar. Relleno los cuencos de Dexter con comida y agua y parece bastante agradecido. Paso frente al dormitorio de mi hija, pero no entro. Pienso en Rachel Tyler, pero me esfuerzo por no pensar en cómo fueron sus últimos minutos. Intento imaginar un escenario en el que Bruce el cuidador muerto sea inocente, pero me cuesta. Luego pienso en Casey Horwell y no puedo evitar preguntarme si habrá algo de cierto en lo que dijo sobre que todo el mundo me odia.

Cuando por fin me acuesto, Dexter está dormido en la cama de Emily. Me tiendo en la oscuridad y pienso en mi familia muerta y en el hombre que lo provocó. Desearía que en esta casa ordinaria en esta calle ordinaria nunca hubiera pasado nada malo, pero ya es demasiado tarde.

CAPÍTULO CATORCE

Acabo durmiendo hasta tarde, lo que no es un buen comienzo para el caso. Cuando abro el móvil, descubro que se ha dado por vencido. El paseo en el lago le ha sentado peor de lo que pensaba. Lo sacudo un poco y flexiono la carcasa, meto y saco la batería y trato de enchufarlo, pero no pasa nada. No tengo ni idea de cuántas llamadas me he perdido.

Conduzco a través de la ciudad y pienso que Christchurch y la tecnología se llevan igual que beber y conducir: no es una buena combinación, pero algunos siguen pensando que es una buena idea. Aquí todo parece viejo, y en su mayor parte lo es. La gente que vive en el pasado ha dado valor histórico a edificios de más de cien años y los ha protegido del futuro. Los inversores no pueden venir y reemplazarlos con rascacielos y complejos de apartamentos. Es una ciudad de aspecto frío cuyo clima desapacible la hace parecer todavía más fría. Todo tiene un aire arcaico. Hasta las prostitutas parecen de cincuenta años. Un esnifador de pegamento en una bicicleta de montaña lleva un tubo de cartón desde la boca hasta la bolsa de plástico junto al manillar. Es un tío multitarea. Está esnifando pegamento y pedaleando por la acera, y puede hacer ambas cosas sin la distracción de tener que llevarse la bolsa a la cara.

Son apenas las once de la mañana, pero me cuesta encontrar un lugar para aparcar en el centro comercial. Me apretujo junto a un Skyline costoso y de algún loco del volante que sugiere que su dueño tiene trabajo, aunque si está aquí a la misma hora que yo un día de semana, es probable que no lo tenga, a menos que sea un investigador privado. Me dirijo a una tienda de teléfonos y me atiende un tipo que parece más interesado en observar unas peluqueras a través del centro comercial que en el teléfono que le estoy enseñando. Me vuelvo hacia las peluqueras y no puedo culparlo.

—Conviene más comprar un modelo nuevo —sugiere— que arreglar este. Además, te quedarás varias semanas sin teléfono. ¿Qué le pasó?

—Se me cayó en la bañera.

—Vale, con razón. De todos modos, esta cosa es obsoleta.

—Lo compré hace dieciocho meses.

—Sí, como dije, es obsoleto.

Me muestra una gama de teléfonos móviles y elijo uno que da la impresión de que no debería complicarme demasiado y que también será obsoleto dentro de un año. El empleado lo configura con mi número y me advierte que tardará entre una y dos horas en activarse.

»¿Te reconozco de algún lado? —pregunta mientras me devuelve la tarjeta de crédito.

Me encojo de hombros.

—Ni idea.

Sacude la cabeza despacio.

—Estoy seguro de que te he visto —insiste.

Yo también estoy seguro... probablemente me vio ayer en la televisión cuando estaba sentado en la parte de atrás de una ambulancia. Terminamos y lo dejo para que siga mirando a las peluqueras.

La comisaría es un edificio de diez pisos de bloques de hormigón y cristal que ya era anticuado cuando se construyó. Aparco en la calle y pongo el dinero en el parquímetro antes de subir los escalones hacia el vestíbulo. No hay mucho movimiento en la planta baja, solo algunas personas haciendo cola para presentar reclamaciones. Me identifico en un mostrador; el proceso es bastante sencillo ya que me esperan arriba. Pulso el botón de subida y un momento después, llega el ascensor. Presiono el botón para el cuarto piso y el ascensor se detiene en la primera planta y tengo compañía. Un tipo con un mono de trabajo, de unos treinta años, que lleva un cubo y una fregona.

—Soy el empleado de la limpieza —dice y me sonríe, enseñándome todos los dientes. Le devuelvo la sonrisa y el ascensor llega al cuarto piso y se abren las puertas. Salgo y el empleado de la limpieza me sigue. Caminamos unos pasos hasta que Cari Schroder nos ve y se acerca.

—¿Le traigo un café, detective Schroder? —pregunta el joven.

—Estoy bien, Joe. Pero gracias.

El empleado se aleja y lo observo irse antes de volverme hacia Schroder. Conozco a Cari desde hace muchos años. En otra vida trabajamos como compañeros en los mismos casos, lidiamos con los mismos problemas. Solíamos ser muy buenos amigos, pero es obvio que no me quiere aquí. Me lleva hacia una mesa con un montón de formularios y me pide que los firme. Me dice que la escena del crimen ha sido liberada, y le pregunto cómo va la investigación, y me responde que va bien. No da más detalles. Solo dice que va bien y nada más, lo que significa que no quiere contarme o que las cosas van mal.

—Lo siento, Tate, no tengo tiempo para darte ninguna información. Encontrar esos cuerpos, demonios, no podrías haber elegido un peor momento.

—¿Para quién? ¿Para ellos o para ti?

Exhala con fuerza.

—Es este maldito caso de El Carnicero —admite, y se refiere a El Carnicero de Christchurch quien, a este paso, parece que nunca será atrapado—. Tío, es como si por cada paso que damos, este tipo diera dos. No sé qué carajo pasa, pero se nos está complicando. Estamos tan cortos de personal, no sé, necesitamos más gente. Así de simple.

—¿Me estás ofreciendo trabajo?

—Muy gracioso, Tate. Eres más gracioso de lo que recordaba. Sobre todo, después de la actuación de anoche.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—La pifiaste. Sonó mal, tío, muy mal. ¿Amigos en el departamento? Jesús, ¿por qué dijiste eso?

—¿A qué te ref...? —Pero entonces me acuerdo. Me paso la mano por la cara y me pellizco la barbilla—. Joder.

—Ajá.

—No lo he visto, pero supongo que quedé malparado, ¿eh?

—Hay una copia si quieres verla. La sala de medios está libre.

La sala de medios es lo bastante grande para albergar a cuatro personas que no tengan sobrepeso, y las paredes están cubiertas de ordenadores y monitores. Los informes de noticias se guardan como parte de la base de datos de los casos en curso; los que salen al aire se almacenan en discos duros. Schroder lo busca.

»Lo pasaron esta mañana —señala—. A las siete, a las ocho y a las nueve. Es probable que estén esperando hasta las doce para pasarlo otra vez si no tienen otra cosa.

Estoy de pie junto a mi coche y me acerco a los periodistas. Desde la perspectiva de ellos, no podrían haber elegido un mejor momento para filmarme. Desde la mía, no podrían haber elegido uno peor. Tengo sangre en la camisa y en el rostro y trozos de lo que supongo que podría ser hueso o materia cerebral en el cabello. Mi tez está pálida y cetrina, con manchas oscuras debajo de los ojos. Bien podría ser uno de los cuerpos hallados en los ataúdes, y ahora sé de dónde me reconoció el tipo del teléfono.

La periodista me habla y yo le contesto, pero no se oye nada de lo que digo porque la conversación ha sido silenciada. Lo único que se oye es la voz

en *off* de Casey Horwell mientras pasan de una toma mía afuera de mi casa a escenas del cementerio. Las imágenes van y vienen mientras ella habla.

«... solía ser un detective de la policía de Christchurch, pero desde hace dos años está bregando como investigador privado. Se ofreció a hablar con nosotros afuera de su casa donde nos informó sobre algunos aspectos del caso. Sin embargo, cuando le preguntamos por qué volvía a su casa y no había sido detenido hasta que el homicidio de Bruce Alderman fuera investigado más a fondo, no supo qué responder».

La entrevista me sigue mostrando hablando. Pero no hay palabras. Soy solo yo pidiendo que muevan la furgoneta, declarando que no tengo comentarios y diciendo cualquier otra cosa que pueda haber dicho para deshacerme de ellos. Sin embargo, da la impresión de que estamos sumidos en una discusión profunda. Luego yo desaparezco del encuadre y Casey Horwell está de pie ahí, con la furgoneta de fondo, y apuesto a que en el momento que dieron la vuelta a la esquina, se detuvieron para filmarla.

«Hace dos años, el hombre relacionado con la muerte de la hija de Theodore Tate desapareció y no se lo ha vuelto a ver, y aunque la investigación sigue abierta, pareciera que nadie está haciendo ningún esfuerzo por saber qué pasó en verdad. La desaparición del hombre terminó con el despido del detective Tate de la fuerza policial. Anoche, Bruce Alderman fue violentamente asesinado en la oficina de Theodore Tate y parece que una vez más, se lo ha dejado ir. Es imposible no preguntarse qué poderes permiten que un hombre como este siga en las calles en lugar de ser responsabilizado por sus acciones...».

El plano se corta y regresa a mí, todavía de pie delante de mi coche. Sé lo que viene antes de oírlo. Es la frase. Mi frase. Y ella la ha ubicado a la perfección.

«Todavía tengo algunos amigos en el departamento. Hacen lo que pueden».

El segmento se detiene y Schroder apaga el monitor.

—Fue una gilipollez, Cari.

—¿Crees que no lo sé? Horwell es un clásico caso de alguien que tiró por la borda una carrera prometedora y está dando manotazos de ahogado para tratar de recuperarla. Pero la pifiaste, Tate. Hace dos años, nunca habrías cometido ese error. Y no importa lo que hayas dicho, ella te hizo parecer culpable, tío... con solo bajarte del coche con toda esa sangre encima... parecías un monstruo. ¿Te imaginas la mierda que nos estarían tirando ahora si aún fueras policía?

Puedo sentir la ira acumulándose dentro de mí.

—Lo sé, lo sé —respondo, y Cari no es la persona con quien debo enojarme. Soy yo el que la cagó—. ¿Pero qué podía hacer? ¿Pasar de largo y no ir a casa?

Me acompaña de vuelta al ascensor.

—Eso es exactamente lo que podrías haber hecho. ¿Ni siquiera se te ocurrió?

—¿Todavía estás a cargo del caso? —pregunto.

—Se ocupará Landry. Yo estoy con el de El Carnicero.

—¿Pudo identificar a la mujer que estaba en el agua?

—Sí. Una anciana que murió y fue enterrada la semana pasada.

—¿Y el cajón? Cuando la identificasteis, desenterrasteis el ataúd correspondiente, ¿verdad? ¿Qué había adentro?

—¿Por qué tengo la impresión de que ya sabes la respuesta a eso?

—Algo que dijo Bruce Alderman.

—Ajá. Había una chica que desapareció hace seis días.

—¿Hace seis días? ¿Quién era?

—Ah, vale, se llamaba... Ah, espera, espera un segundo. Ya no trabajas aquí, ¿verdad?

—Y también había una chica en el ataúd de Henry Martins, ¿no?

Schroder asiente.

—Anda, Tate, deja de fingir que lo estás deduciendo.

—¿Ya la identificasteis?

—Casi. Estamos tomando lo que sabemos sobre la chica de la semana pasada y haciendo la misma suposición. Descubrimos que la chica en el ataúd de Henry Martins desapareció alrededor del mismo tiempo en que él fue enterrado.

—Parece una suposición razonable.

—Razonable, pero no confirmada.

—¿Y los otros dos?

—Los otros dos van a ser muy difíciles de identificar y tampoco podemos empezar a desenterrar ataúdes porque sí.

Llega el ascensor y se abren las puertas. No me muevo.

—Podríamos haber hecho algo más —digo.

—¿Qué?

—Hace dos años. ¿Te acuerdas?

Se queda mirándome unos segundos, sin expresión en el rostro, sin mover la cabeza. Luego empieza a asentir con lentitud.

—Lo sé.

—Vais a encontrar más chicas.

No dice nada. Ya lo sabe. Me pregunto si es por eso que me está diciendo tanto.

—Podríamos haber hecho algo más —repito.

Cuando las puertas del ascensor se cierran, Schroder sigue de pie donde está, sin quitarme los ojos de encima.

En lugar de ir a la oficina, me desvío a la morgue. Me imagino que si Tracey se hubiera dado cuenta de que robé el anillo, ya me habría llamado.

Está un poco apurada y no parece muy contenta de verme. Tampoco Sheldon West, el médico forense con el que hablé en el cementerio. Pero Tracey decide concederme un tiempo después de que le aseguro que las cosas serán más rápidas para ella si me ayuda en vez de tenerme dando vueltas las próximas dos horas haciéndole las mismas preguntas una y otra vez.

—Eres una pesadilla —se lamenta.

—Necesitas pasar más tiempo conmigo, eso es todo. Llegar a conocerme un poco mejor.

—Menos tiempo, Theo. Por eso acepto mostrártelo. Ah, y por cierto, qué bien estuviste anoche. Deberías conseguirte un trabajo en la televisión.

—Muy graciosa.

Hace rodar a Rachel Tyler fuera de un enorme cajón de metal y comienza a señalar cosas como si fuera La Muerte mostrándole a un posible cliente una buena forma de morir.

—Es difícil precisar el momento de la muerte, pero fue hace unos dos años —indica—, lo cual coincide con cuando Henry Martins fue enterrado. Una pensaría que la enterraron en lugar de él, pero las marcas de la pala en el ataúd sugieren que a él lo enterraron primero. Sin embargo, diría que a ella la colocaron en el ataúd poco tiempo después. Estamos cerca de identificarla. Landry tiene un nombre; solo estamos esperando los registros dentales para confirmarlo.

No tiene sentido decirle a Tracey que ya sé quién es. Eso provocaría preguntas incómodas y ya las voy a tener que enfrentar cuando Schroder tenga una identificación positiva de la chica y hable con su familia. Ayer, la madre de Rachel Tyler abrió la puerta a la esperanza. Hoy la cerrará.

»Tú sabes algo, ¿verdad? —insinúa y sus labios forman una cicatriz delgada mientras me escruta.

—¿Cómo murió?

—¿Quién es, Theo?

—Alguien que era demasiado joven para morir.

—¿No lo son siempre?

—No lo sé. Tal vez. —Vuelvo la vista hacia otra mesa donde yace un tipo que parece haber existido cuando empezaron a construirse estos edificios hace cien años. Me pregunto si pensó que era demasiado joven para morir o si no podía esperar para acabar con todo de una vez—. Pero la voy a ayudar. ¿Puedes decirme cómo murió?

—Horriblemente. Pero supongo que lo sabías desde el momento en que abrimos el cajón. Su hueso hioides estaba roto. Fue estrangulada.

—¿Abuso sexual?

—Imposible de decir después de tanto tiempo.

—La volvieron a vestir después de muerta, ¿verdad? ¿Qué te dice eso?

—No me dice nada. Solo sugiere.

—Dignidad.

—¿Qué?

—Algo que Bruce Alderman me dijo anoche. Todavía estoy tratando de entenderlo.

Tracey se encoge de hombros.

—Eso está fuera de mi alcance, Theo.

Contemplo a Rachel Tyler con el enorme corte en forma de Y a través de su cuerpo momificado. No la han vuelto a coser porque lo que queda es en su mayoría esqueleto. Ni siquiera parece una persona. Apenas una cáscara. Un caparazón. Algo que patearías a la acera y tirarías con la basura. Si Bruce le hizo esto, entonces anoche le salió barato. Yo habría hecho más que meterle una bala en la cabeza.

—¿Nada más? —pregunto.

—¿Qué más esperas?

—No sé —admito—. Algo útil, supongo. Tracey suelta una risita y tapa a Rachel.

—Quizá habríamos tenido más suerte si la hubieran encontrado con algo. No sé, una joya, tal vez. Quizá un anillo.

Me mira con fijeza y no muerdo el anzuelo.

—¿Qué hay de la otra chica? Schroder dijo que tenéis otra.

—No estoy autorizada a hablar de eso.

—También la estrangularon, ¿verdad?

—Buena suerte, Theo. Una parte de mí espera que encuentres a quien hizo esto antes que la policía. Parte de mí desea que ni siquiera lo intentes.

Paso junto al cuerpo de Bruce Alderman al salir. Está tendido desnudo sobre una mesa de acero. Tiene un orificio en la parte inferior de la barbilla y otro en la parte superior de la cabeza. Una vez más, me pregunto de dónde habrá sacado el arma.

Presiono el botón del ascensor y, cuando se abren las puertas, Landry está allí. Tiene el traje desarreglado, como si hubiera dormido con él, y no se ha afeitado desde que lo vi anoche. A su lado está Sidney Alderman. Alderman está pálido; sus ojos van de un lado a otro como si estuviera buscando algo, y miran más allá de mí. Pero luego parece enfocarse, como si se hubiera dado cuenta de a quién está mirando. Se abalanza hacia adelante, acarreando consigo el hedor del alcohol.

—Hijo de puta —grita. Sale del ascensor con un salto y alza un brazo para darme un puñetazo en la mandíbula, pero yo retrocedo y Landry lo toma de la parte posterior de la camisa y le hace perder el equilibrio. El puño de Alderman se estrella contra la pared y, un momento después, le sigue su cara—. ¡Mataste a mi hijo!

—Ya basta —exclama Landry.

—¡Mató a mi hijo! —Alderman se aleja de la pared, pero solo hasta donde Landry se lo permite. Le sangran los nudillos—. ¿Por qué no está en la cárcel? Vi las noticias, hijo de puta, vi lo que hiciste.

—Yo no te maté a tu...

—Tate, ¿por qué no nos haces un favor a todos y te metes en el maldito ascensor? —interviene Landry.

—¡Asesino! —grita Alderman. Luego, en voz mucho más baja—: ¿Por qué seguís dejando que se salga con la suya?

Los gritos han atraído a los dos médicos forenses al pasillo. Sheldon parece preocupado, como si la violencia estuviera a punto de intensificarse e incluirlo en ella. Tracey parece decepcionada.

—Entra en el ascensor, Tate —repite Landry.

—Eres hombre muerto —vuelve a gritar Alderman mientras las puertas empiezan a cerrarse—. ¿Me oíste? Hombre...

No estoy seguro de si realmente oigo el resto o si mi mente rellena el espacio en blanco.

Durante el trayecto a mi oficina, me pongo en los zapatos de Alderman y tengo el mal presentimiento de que llegaría a las mismas conclusiones que él. Le dije que las cosas se iban a poner difíciles para su hijo. Esa misma noche su hijo termina muerto. Y a la mañana siguiente, aparezco en todos los

telediaros, con todo el aspecto de un maldito asesino. Voy a tener que seguir mirando por encima del hombro. No hay duda de eso.

Ya en la oficina, me reciben los curiosos que se perdieron el espectáculo de anoche y que tratan de suplir su falta de drama diario siguiéndome con la vista mientras camino por el pasillo. Me hacen preguntas. Parecen desilusionados de que no siga cubierto de sangre. Hay cinta policial amarilla en mi puerta. La hago un bollo, la llevo conmigo adentro y le cierro la puerta a mi público. En lo único que puedo pensar es cuántas de estas personas han visto las noticias y, gracias a una periodista desesperada que utiliza tácticas desesperadas para hacerse notar, ahora creen que yo apreté el gatillo.

La oficina apesta y se me revuelve un poco el estómago. Coloco una toalla de baño y algunos periódicos sobre la silla antes de sentarme. Tomo un pañuelo de papel, lo enrolló y me lo meto en la nariz. Enchufó el móvil, pero sigue sin conectarse, así que limpio el teléfono de la oficina con pañuelos de papel húmedos hasta que queda lo bastante limpio para poder usarlo. Llamo a mi compañía de seguros. Resulta que tengo seguro de vida, de hogar, de contenidos y de coche, pero no el tipo de seguro para esto. Si se hubiera roto una tubería o se hubiera prendido fuego la alfombra, la compañía de seguros intervendría. Pero cuando se trata de un suicidio desagradable, no quieren saber nada. Cuando cuelgo, busco en la guía telefónica el número de una compañía a la que nunca he tenido que llamar, pero que he visto actuar a lo largo de los años. El equipo de limpieza promete venir hoy. Repondrán lo que no se pueda limpiar, incluidas las sillas de la oficina.

Cuando cuelgo el teléfono, observo la silla en la que estaba sentado Bruce Alderman, luego me levanto despacio y miro por encima del escritorio, como si aún esperara verlo allí tendido. Todo lo que hay es un montón de sangre. Me vuelvo a sentar y busco de nuevo en la guía telefónica. El primer número que marco es de un Martins equivocado, pero acierto con el segundo y Laura Martins contesta al teléfono.

Le explico quién soy y la hija de Henry Martins me recuerda.

—Así que ahora cambió de idea —señala—, y otro hombre está muerto. Esa bruja los mató —agrega, refiriéndose a su madrastra—. Y lo único que sale en las noticias es esta gente que apareció flotando en el agua y el cuidador muerto. ¿Y mi padre? ¿Por qué no lo mencionan?

—Por el momento no van a dar nombres a los medios —explico—. No pueden hacerlo, hasta que identifiquen a todos.

—¿Por qué mi padre? —pregunta—. ¿Por qué elegirlo a él para sacarlo y arrojarlo al agua? ¿Por qué no a otro?

—Fue una elección al azar. Es probable que el día en que la chica fue asesinada haya coincidido con el entierro de su padre.

—¿Así que fue al azar? ¿Una de esas cosas que pasan? ¿Como una mala estadística?

Ninguna respuesta va a satisfacerla, así que no le ofrezco ninguna. En vez, continúo.

—¿Su padre tenía un reloj?

—Sí.

—¿Lo enterraron con él?

—No... no estoy segura. Puede ser. En realidad, no lo sé.

—De acuerdo. ¿Recuerda qué tipo de reloj era?

—La verdad es que no. Pero era viejo.

—¿Viejo?

—Sí. Lo tuvo desde que tengo memoria. ¿Es raro que no pueda recordar si lo tenía cuando lo enterraron?

Le menciono algunos nombres, pero no reconoce ninguno. Luego le agradezco su tiempo. El Tag Heuer no era de Henry Martins, porque tiene diez años como mucho. Enciendo el ordenador y reviso el archivo que estaba creando ayer, cuando tecleaba con cautela y casi sin tocar el ratón porque estaba manchado de sangre. Regreso a la página web de personas desaparecidas y busco mujeres jóvenes que hayan desaparecido hace dos años. Vuelve a aparecer el nombre de Rachel Tyler, y también el de otras cuatro. Leo los expedientes. Una de ellas fue encontrada dos meses después. Las demás no aparecieron nunca. Estudio las fotos. Una de las chicas tenía diecisiete años, otra treinta y dos. Podría ser que ambas estén bajo tierra en el cementerio. La de diecisiete años, Julie Thomas, comparte varias características con Rachel Tyler. Altura similar, edad similar, cabello rubio largo, ambas guapas. La mayoría de los asesinos en serie tienen un tipo. Parece que lo he encontrado, pero para asegurarme, chequeo las denuncias de mujeres que desaparecieron seis días antes. Hay una sola. Jessica Shanks tenía veinticuatro años y su marido denunció su desaparición el día que no volvió a casa del trabajo. Leo los detalles. El expediente no se ha reportado como cerrado, pero imagino que en algún momento dentro de las próximas veinticuatro horas, se habrá hecho la actualización.

Imprimo las fotos, una de cada una de las chicas. Las coloco una al lado de la otra en el suelo, ya que no puedo utilizar mi escritorio. Rachel Tyler, Julie Thomas y Jessica Shanks. No hay ninguna duda de que el asesino tenía

un tipo. En algún lugar de esta base de datos hay otra joven que completará la serie.

Imprimo los expedientes, apago el ordenador y lo desenchufo. Me quito el pañuelo de la nariz y luego llevo el ordenador hasta mi coche: no quiero que el equipo de limpieza lo dañe y no sé cuándo volveré. Hasta que desaparezca toda la sangre, trabajaré en mi casa.

Cuando he cargado todo en el coche, regreso para buscar la pizarra blanca, que limpio con más pañuelos húmedos. También cojo mi móvil. Tiene una sola barra en el gráfico de la batería, debí haber comprado también un cargador para el coche. Dejo el caballete y llevo la pizarra hasta el coche; en el camino, asiento con la cabeza hacia la gente que me hace preguntas e ignoro sus pedidos de que me detenga y me quede un rato para ponerlos al día sobre todos los detalles morbosos.

CAPÍTULO QUINCE

David el novio vive en una casa casi tan destartada como la de Sidney, el cuidador jubilado. No es tanto que al lugar le ha faltado pintura en los últimos años, sino que le ha sobrado óxido y arañas. Las canaletas se han corroído, las ventanas están cubiertas de mugre, el revestimiento se ha deformado y se ve poco acogedor. Está ubicada en medio de docenas de otras casas, todas las cuales piden a gritos mantenimiento o una bola de demolición. No me explico cómo David todavía vive aquí. No puedo entender cómo alguien podría vivir aquí más de una semana. Pero tal vez le gusta y el único problema soy yo que no lo entiendo. Quizás sea el estereotipo de la forma de vida de la cultura pop. Lo decadente está de moda. Lo sucio está de moda, no tener ni un centavo está de moda, asegurarse de que la casa en la que vives sea una mierda está de moda. David no es el dueño del lugar, lo alquila, como el resto de los estudiantes en esta área, lo que significa que enseguida cae en la rutina diaria de que le importa un carajo el estado de la casa y los dueños saben que de todos modos algún día tendrán que tirarla abajo o prenderle fuego y les da igual mientras les paguen el alquiler. Esto no es los suburbios; la mayoría de los que viven por aquí son estudiantes universitarios que luchan por sobrevivir. Rachel Tyler era una estudiante. No puedo imaginarla quedándose aquí más de unos pocos días antes de volver a casa para coger algunas cosas o una buena noche de sueño o la oportunidad de salir de la ducha más limpia que cuando entró.

Un joven con *pierciengs* en las orejas, los labios y la nariz abre la puerta. Debe divertirse mucho cuando tiene que pasar por el control de seguridad antes de subirse a un avión. Entrecierra los ojos porque el resplandor nublado es demasiado brillante para él. Tiene puesta una camiseta con la inscripción «La verdad está ahí abajo» con una flecha que apunta a su entrepierna. De repente, lo último que quiero saber es la verdad.

—¿David Harding? —pregunto.

—No, tío, no está aquí.

—¿Dónde está?

El tipo se encoge de hombros.

—Estudiando, creo. O durmiendo.

—¿Durmiendo?

—Sí, tío, ya sabes, eso que haces por la mañana después de haber salido toda la noche.

—Creí que la gente dormía por la noche —replico.

—¿De qué planeta eres?

—De uno más antiguo. ¿Duerme aquí?

—Sí, tío.

—Si está durmiendo, ¿podría ser que esté durmiendo aquí ahora mismo? Parece pensárselo.

—Podría ser, supongo.

—Entonces, ¿qué tal si pones en práctica esa educación universitaria tuya y te fijas?

—Como quieras, tío. —Se da la vuelta y camina por el pasillo, y apoya una mano en la pared dos veces a medida que avanza para asegurarse de que ni él ni ella se caigan.

Doy unos pasos hacia el interior, partiendo de la suposición de que el joven Cara de Tachuela está contento de que lo haga, pero se olvidó de invitarme. Hace más frío adentro que afuera, tal vez es una característica de estas casas durante todo el año. El aire está húmedo y la alfombra, el papel tapiz y los muebles necesitarían un deshumidificador permanente. Varios pósteres cubren las paredes, pero no hay fotografías de amigos ni familiares. Puedo oír murmullos desde el otro extremo de la casa, pero no alcanzo a descifrarlos. Suena a charla de resaca.

Sigo caminando. El pasillo me lleva a una cocina sacada directamente de principios del siglo pasado y con comida podrida que podría ser de la misma época. La mesa de fórmica con un diseño de flores amarillas está regada de restos de paquetes de comida rápida. La cafetera está caliente. Me sirvo una taza justo cuando aparece Cara de Tachuela. No parece nada sorprendido de que yo haya invadido su casa y me haya puesto cómodo. Supongo que es cosa de estudiantes.

—Está cansado —anuncia, resumiendo la resaca en una mentira ambiciosa.

—¿Está por aquí? —pregunto, y salgo de la cocina al pasillo.

—Te dije que está cansado, tío —insiste Cara de Tachuela, esta vez en voz más alta—. No tiene ganas de hablar.

Me doy la vuelta y lo miro con fijeza, y algo en la forma en que lo miro le hace decidir que ya no le importa si despierto o no a David, siempre que no lo moleste a él. Se encoge de hombros y se pone a revisar el refrigerador en busca de algo que pueda ser comida.

La habitación de David Harding es oscura y huele peor que el resto de la casa. Enciendo la luz, pero no ayuda mucho. En el suelo hay un colchón doble sin base. Parece como si una docena de personas hubieran saltado sobre él. David no levanta la vista. Tiene la cabeza hundida en una almohada.

Me agacho a su lado.

—David.

—Vete —me dice.

—Necesito hacerte unas preguntas.

—No me interesa.

Hay ropa esparcida por el suelo, páginas de tareas y libros de texto apilados en el escritorio y la silla. Envoltorios de comida y migas cubren la alfombra. Abro las cortinas y dejo entrar algo de luz. David se queja un poco. Le doy la vuelta y por primera vez me mira. Tiene el pelo de punta en la parte posterior y el lado izquierdo de la cabeza donde la almohada lo ha aplastado. Las comisuras de sus ojos están pegajosas. Su piel es pálida, lo que sugiere que no está mucho al aire libre. Algo en él me resulta familiar y lo atribuyo a la posibilidad de haber visto su foto en los periódicos cuando Rachel desapareció. Parece perdido, con ese aire perdido típico de alguien de veinte años que todavía está en la universidad acumulando títulos sin tener ni idea de lo que en verdad quiere hacer en la vida.

—Bébetelo —sugiero y le entrego la taza.

—Vete —repito, sin cogerla.

—Está caliente —le advierto—, y no querrás arriesgarte a que te la derrame encima.

Se sienta y la coge.

—¿Qué coño quieres?

—Hablarle de Rachel.

—Déjame adivinar: su madre te pidió que vinieras, ¿no? Todavía piensa que yo la maté.

—Trabajo para Rachel, no para su madre. ¿La mataste?

Parece dispuesto a arrojarme el café.

—Sal de una puta vez de mi cuarto.

—Encontré su cuerpo.

Se queda mirándome unos segundos sin moverse. Luego se sienta más erguido y aprieta con más fuerza la taza de café.

—¿Está muerta?

Es una pregunta muy simple. No hay emoción, solo sorpresa absoluta: la mandíbula apenas caída y los ojos algo más abiertos. Ni lágrimas, ni ira, ni

frustración. Solo aceptación. Aceptación de una pregunta que creo que se ha estado haciendo una y otra vez: la típica «¿Y si...?». «¿Y si sigue viva?». «¿Y si no lo está?». Y por fin la respuesta.

—La encontraron ayer.

Sacude la cabeza. Estoy seguro de que no cree que lo estoy inventando, pero la sacude de todos modos, como si pudiera ahuyentar la mala noticia.

—¿Estás seguro?

Le doy el anillo. Deja el café en el suelo para poder mirarlo. Lo gira y lee la inscripción. A continuación, lo desliza en la punta de su dedo y lo hace girar despacio mientras lo examina desde todos los ángulos.

»Se lo regalé yo —me cuenta—. Poco antes de que desapareciera. Le prometí que cuando nos graduáramos la llevaría lejos de aquí y nunca volveríamos. —Sonríe y luego emite una risita corta, de medio segundo, que suena más como un gruñido—. Parece que fue hace un siglo.

—¿Qué? ¿Odiaba vivir aquí? ¿Por qué?

—No creo que lo odiara en realidad. Supongo que esto es lo que tiene esta ciudad. Puedes amarla y odiarla al mismo tiempo. Creo que se sentía claustrofóbica aquí, ¿sabes? Quería ver el resto del mundo y yo se lo iba a enseñar.

¿Acaso todos los jóvenes no quieren lo mismo? ¿Dónde la encontrasteis?

—Enterrada en un cementerio.

David frunce el ceño, luego decide fruncir el rostro en vez de eso, como si acabara de morder algo podrido y algo muerto.

—¿Eh?

—La habían metido en el ataúd de otra persona.

Su cabeza tiembla un poco.

—No entiendo lo que dices. ¿Estaba enterrada?

La emoción aparece ahora. Le tiemblan las manos y los ojos le brillan, tal como he visto docenas de veces en aquellos que han perdido a sus seres queridos.

—Estábamos exhumando un cuerpo —preciso—. La persona que pensábamos que estábamos desenterrando había desaparecido. En su lugar estaba Rachel.

La cabeza le sigue temblando. Está escuchando lo que le estoy diciendo, pero le cuesta procesarlo. Claro que le cuesta. Está oyendo que la chica que amaba fue asesinada y colocada en el ataúd de otra persona.

—¿A quién estabais desenterrando?

—A un tipo llamado Henry Martins. ¿Te suena?

Todavía le tiembla la cabeza.

—¿Por qué debería?

—Era gerente de un banco. ¿Estás seguro de que nunca oíste hablar de él? Por fin, su cabeza se queda quieta.

—¿Parezco un tipo que alguna vez haya necesitado un gerente de banco? ¿Cómo murió? ¿La enterraron viva? Oh, Jesús, no me digas eso.

—No estoy seguro —contesto, y no le estoy diciendo nada.

—¿No estás seguro? —pregunta—. ¿La viste?

—Sí.

—¿Qué aspecto tenía?

—Tenía puesto el anillo —señalo, lo cual no es del todo cierto.

—¿Qué aspecto tenía? —repite.

—Lleva muerta dos años, David. Ese es el aspecto que tenía.

Se pasa las manos por el pelo.

—Esto no está bien —precisa. Echa las sábanas hacia atrás y se levanta. Lleva un par de calzoncillos y su cuerpo es de un blanco pastoso. Se pone unos vaqueros. El anillo sigue en su dedo.

—Nunca lo está. Cuéntame qué pasó.

—¿Qué?

—La última vez que la viste, dime qué pasó.

—No pasó nada. Nada especial. Ni siquiera me acuerdo.

—Claro que te acuerdas. Todo el mundo se acuerda de los últimos momentos.

El momento de David resultó ser como cualquier otro. Cenaron juntos. Comieron comida rápida mientras estudiaban. Se frieron a la cama juntos, y me aclara que en ese entonces la casa estaba más ordenada. Se despertaron juntos; él se fue a clase y ella salió a desayunar. Momentos de su vida que era probable que hubiera estado reproduciendo una y otra vez en su cabeza durante los últimos dos años. Habrá pensado en todos los factores que debieron confluír para que sucediera lo que sucedió. Porque podría haber faltado a clase. La clase podría haber sido en un horario diferente. O la de ella. Podrían haber desayunado juntos. Podrían haber cenado por separado la noche anterior. Cualquier eslabón de la cadena podría haberse roto y el resultado sería que aún estarían juntos.

Desde luego, la realidad es que podrían haberse separado o él podría haberla dejado embarazada y abandonado por una vida de menos responsabilidad, o ella podría haberlo engañado. El amor de juventud puede terminar de muchas maneras. Pero nunca debería haber terminado así. Dice

que ni siquiera sabía que ella había desaparecido, que pensó que se había ido a su casa esa noche y no había llamado.

—¿Tenía algún problema? —le pregunto.

—No. Ninguno que me hubiera contado.

—¿Alguien que la tratara mal? ¿Que la estuviera rondando? ¿Cualquier cosa fuera de lo normal?

—¿No crees que ya me han hecho estas preguntas? He revisado todo esto con muchas otras personas, tío, y lo he repasado conmigo mismo día tras día. La amaba. Todavía la amo.

Asiento con la cabeza.

—Vale. ¿Adónde fue a desayunar?

—A una cafetería de la universidad. Ya lo sabéis. No siento la necesidad de corregir su impresión de que debo ser un policía.

—Cuéntame. Empieza a pasearse por la habitación.

—La vieron ahí. Se fue a eso de las diez y media. Comió tocino y huevos bañados en salsa de tomate. Nunca entendí cómo podía comer esa combinación. Luego se marchó. Y eso es todo lo que se sabe.

—¿Se suponía que iba a encontrarse con alguien?

Sacude la cabeza.

—Tenía clase.

—¿Estaba saliendo con alguien?

Deja de pasearse. Me clava la mirada. Es similar a la que le dirigí al policía anoche en el cementerio.

—¿Qué, te refieres a si tenía una aventura?

—¿La tenía?

—Rachel jamás habría hecho eso.

—¿Y tú?

—Joder, no. ¡La amaba!

—O sea que no se te ocurre ningún otro sitio al que podría haber ido.

—No sé, tío. Si lo supiera, te lo diría. Lo habría dicho hace dos años.

—Vale, vale. ¿A quién más le puedo preguntar?

—¿Qué?

—Tiene que haber tenido una mejor amiga, ¿no? Alguien con quien hablaba cuando se quejaba de ti.

—No se quejaba.

—Entonces debes haber sido el novio perfecto.

—Alicia North. Salían de compras todo el tiempo y criticaban a los hombres. Rachel decía que lo hacía más por Alicia que por ella. Pero Alicia

no la vio ese día. Creo que Rachel lo hacía porque le encantaba ir de compras. Era medio irritante. Se lo pasaba haciendo todas esas malditas compras impulsivas.

—¿Dónde vive Alicia?

Empieza a pasearse de nuevo por la habitación.

—No lo sé. No he vuelto a hablar con ella desde entonces.

—¿Oíste hablar alguna vez de una mujer llamada Julie Thomas?

—¿Julie Thomas? No sé. ¿Es una estudiante de aquí?

—No.

—Creo que no he oído hablar de ella.

—¿Seguro?

—Sí. ¿Por qué?

—Desapareció más o menos en la misma época que Rachel. ¿Y qué me dices de Jessica Shanks?

—¿También desapareció?

—¿Has oído hablar de ella?

Sacude la cabeza.

»¿Y de Bruce Alderman? —continúo.

—¿Alderman? Mmm... no, creo que no. ¿Debería?

—No lo sé.

—¿Mató a Rachel?

—No estoy seguro.

—¿No puedes interrogarlo o algo parecido?

—Está muerto. Se pegó un tiro anoche. Pero dijo que él no lo hizo.

Deja de caminar.

—¿Qué? ¿Se pegó un tiro? Yo... mmm... ¿Le crees? ¿Que no lo hizo?

—Lo suficiente como para seguir investigando —contesto.

—La madre de Karen cree que fui yo.

—Lo sé.

—No fui yo.

Lo miro a los ojos. Hay dolor allí, lo reconozco y lo percibo, y aunque él no lo sabe, ese dolor nos une. No está actuando. Su dolor es real. Tan real que si lo pusiera en la habitación con el hombre que mató a Rachel, se convertiría en un hombre completamente nuevo. Cruzaría una línea de la que no podría dar marcha atrás y no le molestaría. La cruzaría una y otra vez si pudiera.

—Lo sé.

—Y ese tal Harry... ¿qué le pasó? —pregunta.

—Henry Martins. No estamos seguros. Mira, David, no intentes volver a dormir. La policía llegará pronto. Solo diles lo que sabes.

Parece desconcertado.

—¿No eres policía?

Le doy mi tarjeta y le quito el anillo.

—Solía serlo, pero eso fue hace mucho tiempo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

No hay coches de policía frente a la casa de los Tyler. O han estado y se han ido o están en camino. Sin embargo, hay un coche aparcado en el sendero de entrada que no estaba allí anoche. Del marido, seguro. Debió recibir la llamada segundos después de que yo me fui y se apresuró a regresar a su casa. No guardó el coche. No se levantó esta mañana para ir a moverlo. Está esperando adentro con su esposa, esperando los telediarios. Esperando oír sobre su hija muerta.

Chequeo mi móvil. Tiene una barra de batería, tres barras de señal, pero aún no se ha conectado a la red.

La puerta se abre antes de que llegue a ella. Patricia Tyler está vestida igual que ayer. Es probable que se haya dormido vestida. O que no haya dormido.

—Algo está pasando, ¿verdad? —pregunta.

—Sí —respondo. No hay forma de evitarlo.

—Lo averiguaremos hoy, ¿no?

—Sí.

—¿Lo sabía ayer? Cuando vino a mi casa, cuando lo dejé entrar. ¿Sabía que mi hija estaba muerta?

—Lo sospechaba.

—Pero no dijo nada.

—Lo siento.

—Lo siente —repite con voz tranquila y suave, y suena cansada—. Nos llamaron hace quince minutos. No nos dijeron nada, pero me di cuenta. Vienen para aquí para hablar con nosotros.

No hay nada que pueda decir para hacerla sentir mejor, así que no digo nada. Me quedo en silencio, porque sé que no ha terminado, pero también sé que no puedo esperar demasiado... la policía llegará pronto.

»Lo siente —vuelve a repetir—, pero de todos modos entró en mi casa. Me hizo creer que había una posibilidad de que mi hija estuviera viva.

No le hice creer nada. Podría haber aparecido con la mano de su hija en una bolsa de plástico junto con el anillo y ella habría seguido teniendo esperanza. Creo que todavía se aferra a ella.

—¿Puedo pasar?

—No lo creo.

—Un hombre se suicidó en mi oficina —le informo—. Anoche. Se puso una pistola en la cabeza y me dijo que no tenía nada que ver con lo que le pasó a Rachel y luego apretó el gatillo.

No parece sorprendida. No parece satisfecha. Solo parece cansada, como si todo fuera demasiado para ella ahora.

—Lo vi en el telediario —contesta—. Salió usted bastante malparado. ¿Cree que ese sujeto mató a Rachel? ¿Por eso lo mató?

—Yo no lo maté —replico—. Y no sé si él fue quien le hizo daño a Rachel. Nunca se hará justicia por lo que pasó, pero encontrar a quien lo hizo es lo más cercano que podemos lograr. Pero si estaba diciendo la verdad, entonces todavía hay alguien ahí afuera que tiene que pagar. Por eso estoy aquí. Por el bien de Rachel.

—Por el bien de Rachel —repite, y no hay inflexión en su voz y no puedo entender qué motivo puede tener para repetirlo—. Esa periodista —prosigue—. Dijo que su hija murió. O sea que lo entiende. Y tal vez este dolor que compartimos lo lleve más lejos que la policía. Tal vez lo haga luchar con más fuerza por Rachel.

—Lo hará.

—¿Me lo promete?

—Sí.

Me guía hacia la sala de estar. Su esposo, un tipo con sobrepeso, cabello canoso y sombras oscuras debajo de los ojos, se levanta del sofá y parece a punto de estrecharme la mano, pero luego la retira como si el contacto fuera a empañar la noticia que está a punto de recibir.

—¿Fue usted quien la encontró? —pregunta.

—Sí.

—¿Cómo...? —Baja la vista y estudia la alfombra unos instantes, como si eso fuera a evitarle algo, luego continúa sin levantar la mirada—: ¿Qué aspecto tenía?

Es la misma pregunta que hizo el novio. Quieren oír que parecía en paz, que todavía se veía bien para una chica que fue asesinada hace dos años. Solo que no se veía bien. Se veía como alguien que se había resistido a morir.

—Como si estuviera dormida —miento, con la esperanza de que crean la mentira y que cuando les nieguen a los detectives que les permitan ver el cuerpo, les nieguen el pedido.

—Es difícil creer que de verdad está muerta —reflexiona el padre y levanta la cabeza. Su rostro está rígido, carente de toda esperanza. Excepto

por sus ojos. Sus ojos son inquietantes. Tengo que apartar la mirada—. Debería ser más fácil —añade—. Uno pensaría que dos años nos habrían preparado para esto.

Es muy probable que sepa exactamente cuántos días han pasado. Pienso en mi esposa y mi hija y pienso para qué me han preparado los últimos dos años. El destino se atravesó y destruyó a la familia Tyler y, una semana después, destruyó la mía.

»La gente sigue diciendo que el tiempo cura todas las heridas. Dicen que deberíamos seguir adelante con nuestras vidas. Como si tuviéramos que olvidarnos de Rachel. Como si tuviéramos que dejar de hacernos preguntas. Renunciar a la esperanza. No lo entienden. Creen que es como perder un cachorro o las llaves del coche. Hablan sin experiencia; dan consejos porque creen saber lo que necesitamos oír, convencidos de que lo mejor para nosotros es simplemente seguir adelante.

—Pero usted ya sabe todo eso, ¿verdad? —interviene Patricia Tyler.

—¿Por qué está aquí? —pregunta su marido.

—Por Rachel.

—Lástima que no haya estado ahí por ella hace dos años —espeta el padre.

—Michael... —comienza su mujer.

—Lo siento —se disculpa el hombre—. Es que, vale... —No termina. Vuelve a sentarse en el sofá y empieza a mirar alrededor de la sala como si hubiera perdido algo.

—Hablé con David —preciso.

—¿Habló con *David*? —exclama Patricia.

—Me contó que a Rachel le gustaba ir de compras.

Patricia se da la vuelta hacia su esposo. Se miran a los ojos, el tipo de mirada que comparte una pareja cuando intenta decidir si revelar un gran secreto al resto del mundo. Es una pregunta inocente que estoy seguro que tendrá una respuesta inocente, pero ambos están esperando preguntas y respuestas diferentes... quieren respuestas a lo que le pasó a su hija. Y están tratando de descifrar cómo salir de compras pudo terminar en su muerte.

—Vale, claro que salía de compras —afirma su madre.

—¿Usaba tarjeta de crédito?

—El maldito banco nos envió la cuenta —interpone Michael Tyler—. Nos dijeron que si no la pagábamos nos iban a mandar los cobradores. Les explicamos que Rachel había desaparecido. Maldición, estaba en todos los telediaros, así que ya lo sabían. Pero no les importó. Según ellos, no había

ninguna prueba de lo que le había pasado a Rachel y no tenían por qué hacerse cargo de la cuenta.

—Fue espantoso. —Las lágrimas de Patricia Tyler empiezan a asomar ahora. Durante unos instantes, no hace nada para detenerlas, las deja rodar por su cara como si no se hubiera dado cuenta. Luego, coge un pañuelo e intenta enjugarlas, pero siguen brotando—. ¿Se imagina? Nuestra hija estaba desaparecida, quizás muerta... y, tal como resultó, lo estaba. O lo está.

—Ambas cosas, en realidad —interviene su marido, que también parece estar a punto de llorar, y se encoge un poco de hombros, como si no estuviera seguro de por qué hizo el comentario. Sé que en el momento en que me vaya, caerán en un abrazo que ninguno de los dos querrá que acabe nunca.

—Y esos matones desalmados del banco nos enviaron una empresa de cobros —prosigue Patricia—, y tuvimos que pagar. ¿No es increíble?

—¿Tenéis ese último resumen de la tarjeta de crédito?

—Tenemos todo —asegura la mujer.

—¿Puedo verlo?

—¿Por qué? —pregunta ella.

—Podría decirme dónde estuvo Rachel ese día o los días previos.

—La policía ya tiene una copia —indica ella—. No les dio ninguna pista.

—Podría servirme —insisto.

La mujer no discute. Abandona la sala de estar y me deja a mí y a su esposo solos en un silencio incómodo hasta que vuelve con el resumen, lo cual le lleva dos minutos. Sigo esperando oír el sonido de un coche en el sendero de entrada. Si Landry me encuentra aquí, se va a cabrear de verdad. Patricia me entrega el extracto bancario. Me desplazo hacia abajo. Ropa, CD, más ropa. Gasolina.

»¿Estos son los lugares que solía frecuentar? —inquiero.

—Figuran en todos los resúmenes —contesta Patricia.

—¿Dónde encontraron su coche?

—En la universidad —dice Michael—. Siempre lo aparcaba ahí.

—¿Y la floristería? —pregunto y detengo mi dedo junto a la compra que hizo una semana antes de desaparecer.

—Compró flores para su abuela —explica Patricia.

—¿Algo más que os llame la atención?

—Nada —responde ella.

—Vale. ¿Me lo puedo llevar?

—No lo pierda —advierde la mujer.

Me acompaña hasta la puerta. Michael Tyler se pone de pie, parece a punto de unirse a nosotros, pero vuelve a sentarse. El pasillo está calentito y parecería que hoy hay más fotos de Rachel en las paredes que anoche, como si los Tyler hubieran decidido que servirían para mantener a raya las malas noticias.

»El hombre de anoche. La periodista dijo que se llamaba Bruce Alderman. Aunque no lo ha dicho, usted cree que es inocente, ¿verdad? Por eso está aquí.

Recuerdo la expresión en los ojos de Bruce antes de apretar el gatillo. Pienso en la llave en su bolsillo con mi nombre en el sobre.

—No creo que lo haya hecho —admito.

—¿Encontrará al que lo hizo?

—Lo intentaré. Lo prometo.

Estoy a mitad de camino del pasillo cuando se me ocurre. Me doy la vuelta y Patricia sigue de pie allí, mirándome, mirando a la persona que dos años después de que su hija desapareciera llegó y les dijo que no había nada más que hacer.

»Las flores para su abuela. ¿Eran para una ocasión especial?

—Mi madre murió una semana antes de que Rachel desapareciera. Fue una de las razones por las que la policía pensó que había huido. Rachel y mi madre estaban muy unidas. Durante los primeros años, mi madre ayudó a criar a Rachel. La policía supuso que estaba deprimida y necesitaba alejarse. Rachel compró las flores para el funeral en el cementerio.

—¿Cuál cementerio?

—Woodland Estates.

Woodland Estates. El cementerio del lago. El cementerio donde está mi hija.

El cementerio donde encontraron a Rachel Tyler.

CAPÍTULO DIECISIETE

Es una conexión que estaba ahí hace dos años, pero que nadie estaba buscando. Nadie ni siquiera sabía que debían buscarla. ¿Por qué iban a saberlo? No tenían forma de saber que algún día Rachel Tyler aparecería enterrada en un cementerio. No tenían forma de saber que el hecho de que Rachel asistiera al funeral de su abuela la colocaría en la mira de su asesino. ¿Era eso lo que había pasado?

Suena mi móvil, lo cual es una buena noticia, ya que significa que funciona. Miro la pantalla, pero no reconozco el número.

—¿Hola?

—¿Qué carajo estás haciendo entrometiéndote en mi investigación?

—¿Quién es? —pregunto, aunque ya lo sé.

—¿Quién coño te crees que eres? Fuiste a ver a los Tyler.

—Mira, Landry, yo... —Pero no sé cómo terminar.

—Joder, Tate, ¿a qué demonios estás jugando? Nos estás complicando todo.

—Sé lo que estoy haciendo —asevero.

—Si supieras lo que estás haciendo todavía usarías una placa. Estás arruinando todo, y si Bruce Alderman no mató a esas chicas, eso significa que todavía tenemos una investigación seria entre manos. Lo que significa que va a haber un juicio una vez que atrapemos al tipo y que de repente, vamos a tener que explicar tus acciones en el juicio. ¿Cómo crees que te hará quedar eso? ¿O a nosotros? ¿No crees que cualquier abogado defensor que cobre más de diez centavos no va a ser capaz de destrozar nuestro caso porque has malogrado todas nuestras pruebas? Sidney Alderman está seguro de que mataste a su hijo. Anda, Tate, tienes que tener más cuidado. Déjate de joder.

—Yo no lo maté.

—Ya lo sé. Todos lo sabemos. Excepto Alderman. Está convencido de que apretaste el gatillo. Harías bien en cuidar tu espalda.

—No fue una amenaza en serio —replico, pero no me lo creo.

—Puede ser. De todos modos, yo que tú me cuidaría. Está juntando coraje.

—¿A qué te refieres?

—Fue directo de la morgue a un bar —explica—. Se está desahogando con la bebida y no sé si eso es para mejor o para peor.

—Déjame adivinar. ¿Lo llevaste en tu coche?

—Esa es una pregunta de mala leche, Tate. Te estoy tratando de ayudar.

—Vale. Vale, entiendo.

—No creo que lo hagas —replica—, porque de alguna manera conseguiste su anillo.

—¿Qué?

—El de Rachel Tyler. Tienes su anillo. Se lo enseñaste a sus padres.

—Me lo dio Bruce.

—No me jodas. Lo tenías ayer por la tarde. ¿De dónde lo sacaste? ¿Lo robaste del ataúd? ¿Dónde estás ahora?

Hace unos treinta segundos, estaba afuera del cementerio, pero ahora que sé que Sidney Alderman no está en su casa, pasaré a hacerle una vista.

—En mi casa.

—Mentira. Estoy en tu casa y no estás aquí.

—Muy buena, Landry. Estoy en el sendero de entrada de mi casa y tú no estás por ninguna parte.

Estoy bastante seguro de que ambos sabemos que el otro está mintiendo.

—Te quiero lejos de mi caso, Tate. Tu nombre vuelve a aparecer una vez más y voy a tomar medidas. ¿Entendido? Podrías terminar tras las rejas. Estás comprometiendo la investigación. Robaste pruebas, que, por cierto, quiero que me devuelvas.

—De acuerdo, yo...

Pero ya cortó. Salgo del coche y miro hacia un lado y otro de la calle; de pronto me preocupa que después de todo Landry pueda estar observándome. No hay señales de nadie. Pero tenía razón en algo. Mi nombre está a punto de surgir en unos veinte minutos cuando vaya a hablar con David. Como dijo, las cosas se están complicando.

Llamo a la puerta y nadie contesta. Así que me traslado de ventana en ventana, escudriñando el interior, pero dado que ni siquiera la luz del sol parece poder penetrar la mugre, no hay muchas posibilidades de que pueda ver nada. Un tipo como Sidney Alderman saldría de la casa y me mandaría al infierno si supiera que estoy espiando a través de sus ventanas. Eso significa que no está aquí. Intento la puerta trasera. Está cerrada con llave. También la delantera. Saco la llave que Bruce me dejó y la pruebo en ambas puertas, pero no encaja. Ni de cerca.

Todavía hay muchas maneras de entrar y opto por la menos sutil de derribar la puerta trasera de una patada. Se abre con bastante facilidad, rebota contra la pared y casi se cierra de nuevo, pero el marco roto se lo impide. La policía sabrá quién lo hizo. Pero si estoy en lo cierto, no importará. Se alegrarán de que lo haya hecho.

Lo primero que huelo es a alcohol. Avanzo por el pasillo. La alfombra está desgastada y los tablones de madera debajo crujen a mi paso. Hay tres habitaciones, una desordenada, otra ordenada y otra completamente vacía: ni un solo mueble ni un póster en la pared. De los dos dormitorios en uso, el ordenado está ordenado solo en comparación con el desordenado, y la forma en que las cosas están algo fuera de lugar allí sugiere que la policía ha estado hurgando en busca de algo y que uno de los Alderman ha estado hurgando mientras regresaba las cosas a su sitio. Me imagino que cualquier evidencia que Bruce hubiera escondido debajo de su cama se encuentra ahora sobre un escritorio en algún lugar de la comisaría.

La cocina está saturada de platos sucios y latas de cerveza vacías. En la sala de estar hay botellas y latas en todos los planos horizontales disponibles. Sidney Alderman ha tenido una noche difícil. Los brazos de los sillones están rasgados en la parte delantera, lo que sugiere la presencia de un gato, pero no se ve ningún cuenco de comida, así que tal vez el gato se hartó de compartir vivienda y se mudó a otro sitio. Sin embargo, me sorprende ver álbumes de fotos esparcidos sobre la mesita de café... Alderman no me pareció el tipo de sujeto que se interesaría en atesorar momentos familiares. Me pongo un par de guantes de látex antes de abrir la tapa del de arriba. Fotografías en color de tiempos más felices están dispuestas con prolijidad en las páginas. Un hombre, una mujer, un niño. El núcleo familiar de los Alderman. Se ven felices. Sonrisas, momentos relajados y espontáneos, fotos posadas para cumpleaños y Navidad. Sidney Alderman es un hombre diferente aquí, el tipo de hombre que por entonces solía ser bastante agradable.

Sigo adelante. Ya tengo un presentimiento sobre lo que está por venir. El hombre, la mujer y el niño se van poniendo más grandes. Crecen. Siguen pareciendo felices. Reconozco la casa en el fondo de algunas de las imágenes. Fotos de verano. Fotos de invierno. Instantáneas de obras de teatro y eventos deportivos escolares. Paso de un álbum a otro. La casa se ve limpia, ordenada y acogedora. Se ve bien cuidada. Pintura fresca, ventanas limpias, sin tejas rotas.

Las modas cambian. Los ochenta se convierten en los noventa. Algunos de los muebles se renuevan. La alfombra en una fotografía es la típica

Axminster horripilante de color naranja y marrón de finales de los sesenta y se convierte en su equivalente jaspeada, de color verde pálido y también espantosa de principios de los ochenta. El modelo de televisor se va actualizando. Un gato aparece en algunas de las fotos: una cosa negra con una franja de pelo blanco alrededor del cuello.

Los padres envejecen y el niño se hace más alto y empieza a adquirir los rasgos del hombre que conocí y vi morir ayer. Sidney Alderman parece un hombre feliz. Se lo ve feliz en las fotografías de las vacaciones. Playas y botes y líneas de pesca. Camisas feas y cortes de pelo horribles y coches de aspecto cuadrado con consumo de combustible deficiente. La casa sigue igual. Las sonrisas siguen iguales. Paso al álbum siguiente. Más fotos de vacaciones.

Luego la mujer de Alderman ya no aparece. Las sonrisas son forzadas y tensas y los intervalos entre las fotos comienzan a extenderse. No más vacaciones. No más momentos felices. Solo momentos forzados. Como cumpleaños y Navidades en los que nadie quiere estar. La esposa no reaparece y el estado decadente de la casa en las imágenes sugiere que no lo hará. Los años pasan con solo unos pocos momentos capturados en película, ninguno de ellos emotivo: los participantes cumplen con las formalidades, se inspiran en los recuerdos de cómo deberían ser estos acontecimientos, recurren a ellos para poder recordar cómo sonreír. Al final del álbum, hay una colección de recortes de periódico.

Suena mi móvil y me desconcentra. Es otro número que no reconozco. Atiendo, pero nadie habla. Tampoco digo nada. Se oye un leve sonido de estática típico de todos los móviles del país, un ruido inconfundible que te hace saber que no estás hablando con un teléfono fijo.

Entonces, al cabo de diez o veinte segundos, suena una voz.

—Me quitaste a mi hijo. —Las palabras son lentas y firmes, como si cada una constituyera su propia frase, como si al sujeto al otro lado le costara pronunciarlas y tuviera que concentrarse mucho—. Me quitaste a mi hijo — repite cuando no le contesto.

Bajo la vista hacia los álbumes y las botellas de alcohol vacías. Alderman se enteró anoche de que su hijo había muerto. Es imposible que la policía decidiera no informárselo de inmediato. No hay manera de que se les ocurriera posponerlo hasta que pasaran esta mañana para llevarlo a la morgue. Debe ser por eso que estos álbumes de fotos están afuera. Recuerdo haber hecho lo mismo, e incluso ahora, a veces todavía lo hago. Me pregunto si en las últimas horas Sidney Alderman ha llegado a la conclusión de que yo tengo

la culpa de todo, de que su mujer lo dejara, de que su casa se viniera abajo, de que su hijo se suicidara, y de que su hijo enterrara a otros.

—Traté de ayudarlo. No quería que muriera. Pero no lo maté. Se suicidó. Fue su elección y yo no tuve nada que ver.

—Lo mataste.

—No lo maté.

—Lo mataste porque eres un asesino —afirma—. Es parte de tu naturaleza. Anoche dijiste que ibas a encontrarlo. Dijiste que si yo te ayudaba, serías más suave con él, pero como no te ayudé, fuiste duro. Fuiste tan duro como pudiste.

—Se suicidó porque sentía culpa —preciso—. Tú sabías lo que estaba haciendo.

—No estaba haciendo nada.

—¿Cuántos hay ahí afuera? —pregunto. Vuelve a decir lo que mejor dice.

—Lo mataste.

—¿Cuántos más? ¿O son solo los cuatro?

—La policía está mintiendo para protegerte, igual que te protegieron hace dos años, como dijo la periodista.

—Ni siquiera sabes de lo que estás hablando.

—Lo vi esta mañana. Estaba tendido sobre una mesa de acero. Estaba destrozado. Ya no era mi hijo. No era Bruce. Era una especie de *cosa* con la cabeza reventada. Le hundiste esa pistola y apretaste el gatillo.

—Sabes que no hice eso.

—No me digas lo que sé —grita—. ¡No tienes ningún derecho a decirme lo que sé! ¡Era mi hijo! ¡Mi hijo! Y lo mataste.

—Se suicidó.

—He pensado siempre en lo que hiciste, y he deseado siempre haber tenido el coraje para hacer lo mismo.

—¿Qué?

—Cuando murió Lucy. Fue lo mismo, sabes. Pero no hice nada. Dejé que me consumiera todos estos años y no hice nada. Pero esta vez no.

Desdoble los recortes de periódico. No son artículos grandes, porque no fue una noticia tan importante como para salir en primera plana.

Igual que la de mi familia. Son notas pequeñas apretujadas en las últimas páginas junto con las opiniones y reseñas y esas secciones del periódico que a nadie le interesa. Lucy, la esposa de Alderman, había muerto a manos de un conductor novato que todavía no entendía la diferencia entre ceder el paso y no cederlo. Hay una cita: «Se apareció de la nada». Es similar a mi propia

historia, pero no tan similar. Aunque quizá lo suficiente como para que pudiera haber existido un vínculo entre Alderman y yo.

Su mujer fue a comprar comestibles y perdió la vida a causa de un accidente. Era una rutina común y corriente: te subes a tu coche y una hora después hay que cortarlo para poder sacarte de él. No hay dolo. No hay intención. Solo una combinación de mala suerte para todos los implicados. Un giro a la izquierda en vez de eso de a la derecha, diez segundos antes o diez segundos después: cualquiera de eso y ella todavía estaría viva. Similar en cierto sentido a mi propia historia. Diferente en otros. Mi mujer y mi hija no iban en coche. Iban caminando. No las atropelló un conductor novato, sino uno experimentado. Tenía experiencia en muchas áreas. Sobre todo, era experto en beber más que en conducir. Sus antecedentes penales tenían un kilómetro de largo. Era un reincidente. Lo hacían detenerse y lo multaban. Le quitaban el coche y la licencia y luego las recuperaba. Se convirtió en una rutina. Seguía andando por las calles y el mundo seguía permitiéndoselo. Cuando las multas aumentaban, no le importaba. Continuaba pagándolas, engrosando la cuenta de su hipoteca con pagos por condenas por conducir ebrio. No había nada que el sistema penal estuviera preparado para hacer excepto tomar un respiro colectivo cada vez y rezar para que no matara a nadie. A nadie le importaba. Mientras pagara sus multas, era una fuente de ingresos. Representaba ingresos. Era bueno para el país.

La conexión entre la esposa de Alderman y la mía es fuerte en algunos aspectos, pero no en otros. Ambos perdimos nuestras propias vidas el día que perdimos a parte de nuestra familia. Él descendió a un abismo en el que aún se encuentra. Yo tengo mi propio abismo. Me imagino que si Alderman hubiera hecho algo en aquellos años, tal vez sería un hombre diferente. Pero como dijo, no hizo nada. Me imagino que si yo no hubiera hecho nada, también sería un hombre diferente.

¿Hombres mejores? Tal vez. O quizás peores.

»Hiciste justicia por mano propia —continúa—. Lo hiciste después del accidente y lo volviste a hacer anoche. Mataste a mi hijo. Lo mataste por nada. Hace diez años, cuando Lucy murió, no hice nada. Esta vez no. Esta vez *tú* vas a pagar. Tu esposa va a pagar. Y esta vez, tus amigos en el departamento no podrán hacer un carajo para ayudarte.

La temperatura en esta casa imposiblemente fría baja aún más. Es como si alguien acabara de atar un bloque de hielo a mi espalda. Siento su peso que me empuja hacia abajo. Aprieto la mano que sostiene el teléfono. El aire es

denso y húmedo y sabe a sudor agrio, y todas las palabras en el artículo del periódico parecen dar vueltas como si la tinta estuviera húmeda y se corriera.

—Más te vale que estés bromeando, hijo de puta.

—¿Crees que la policía está bromeando y que mi hijo no está muerto de verdad? ¿Qué piensas, Tate?

—Mi esposa no tiene nada que ver con esto.

—¿Cómo puedes ser tan estúpido para pensar que a la gente inocente no le pasan cosas malas todo el tiempo? Lo sabes por experiencia propia. Lo experimentaste anoche cuando mataste a mi hijo. Lo experimentaste hace dos años. Y lo estás experimentando ahora mismo.

La línea se queda muerta. Observo la pantalla. La batería no se ha agotado. Alderman ha cortado.

Lo vuelvo a llamar. No contesta.

Corro por el sendero de entrada. Me subo al coche y los neumáticos chillan y dejan un poco de goma sobre el pavimento. Paso a toda velocidad frente al cementerio; un coche patrulla está entrando en este momento. El conductor mira hacia atrás por encima del hombro, pero no gira el vehículo ni intenta detenerme. El cementerio y el coche patrulla se hacen pequeños con rapidez en el espejo retrovisor. Llamo al hogar donde vive mi esposa... si es que *vive* es una palabra apropiada. Donde *reside* quizás, no *vive*. Una enfermera con la que he hablado unas pocas veces contesta la llamada. Pregunto por la enfermera Hamilton. Un momento después, se pone al teléfono.

—¿Theo? ¿En qué puedo ayudarte?

—Se trata de Bridget.

—¿Qué pasa con ella?

—Creo que está en peligro —le explico y sostengo el teléfono entre la oreja y el cuello para poder cambiar de marcha—. Necesito que vayas a ver cómo está.

—¿En peligro? ¿Qué clase de peligro?

—¿Puedes chequear que esté bien? ¿Y quedarte con ella hasta que yo llegue?

—Pero...

—Por favor, estoy en camino. Solo ve a verla.

—Vale, pero ya te puedo decir que no hay ningún problema. Como sabes, nuestra atención es excelente y...

—Esperaré en línea —agrego, con la esperanza de que eso le meta prisa. Lo hace.

Sigo acelerando. Ojalá tuviera mi coche de hace dos años con la sirena instalada. Ojalá pudiera encenderla y hacerla sonar para quitar del medio al maldito tráfico circundante.

Paso tres semáforos en verde seguidos y me salto dos naranjas. Reduzco la velocidad por un semáforo en rojo antes de acelerar entre los coches en medio de un coro de cláxones.

La enfermera Hamilton regresa. La oigo coger el auricular, pero no dice nada. Es como si estuviera en el otro extremo de la línea ordenando sus pensamientos. Como si tratara de decidir qué debe decir. Decidiendo porque hay un problema.

—¿Carol?

—Bridget está en su habitación.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que estoy segura.

—¿Hay alguien con ella en este momento?

—Tenemos personal muy idóneo aquí, señor Tate —responde, hablando con formalidad, como si estuviera testificando ante un jurado.

—No llamo por eso. Mira, es difícil de explicar, pero estoy por llegar. Por favor, hazme el favor de quedarte con ella hasta que yo llegue.

—De acuerdo, Theo. Nosotros...

No oigo el final porque la conversación se corta. Observo la pantalla de mi móvil y veo cómo se apaga. Intento revivirlo para poder llamar a Landry o a Schroder, pero la batería está agotada por completo.

Diez minutos después, llego a la residencia de ancianos. El día se ha despejado aún más; fragmentos de cielo azul amenazan con expandirse a medida que avanza la tarde. Estudio los demás coches en busca de alguno que parezca fuera de lugar, pero ni siquiera sé qué clase de coche conduciría Alderman.

En el interior, paso deprisa frente al puesto de enfermeras. La mujer en el mostrador me reconoce como el sujeto que llamó hace poco y me lanza el tipo de mirada que sugiere que le he arruinado la tarde.

Bridget está sentada frente a la ventana igual que cualquier otro día. Estar aquí a primera hora de la tarde no es diferente de estar aquí a primera hora de la noche. No está viendo televisión. No se pondrá de pie ni tomará una ducha ni hará un crucigrama. Su mundo es veinticuatro siete y sin pausas. Corro hacia ella y la abrazo, y ella no me devuelve el abrazo, pero no importa.

—Todo esto es muy inusual —comenta Carol Hamilton.

Me aparto y cojo la mano de Bridget.

—¿Ha venido alguien a visitarla?

—Nadie que no la haya visitado antes.

—¿Nadie más? ¿Ningún desconocido, nadie?

—¿Cuál es la cuestión, Theo?

La cuestión es sencilla para mí, aunque quizá no para ella. Aun así, decido intentarlo.

Le explico la conversación que tuve con Alderman y menciono algunos de los puntos, pero solo de manera breve. Ella se toma todo con calma, como me imagino que solo un policía o un profesional de un hogar de ancianos puede hacerlo, ambos han visto demasiado como para seguir sorprendiéndose. Al final, señala que no ha pasado nada malo; por lo tanto, el hombre que amenazó a Bridget debió haber estado mintiendo, debió haber estado haciendo un intento desesperado para alterarme a causa de su hijo. La residencia es un centro de primera, me recuerda, y no permite que les pase nada a sus pacientes. De todos modos, hace una concesión sobre estar más alerta y me pide que llame a la policía. Le digo que lo haré.

Me deja a solas con Bridget. No quiero dejarla aquí. Ya no. Quiero poder llevarla conmigo, pero ¿a dónde? ¿A casa? ¿Cómo podría cuidarla? No. Está más segura aquí.

Carol regresa.

—Tienes una llamada. Puedes cogerla en la oficina.

La sigo escaleras abajo.

—¿Hola?

—Y, ¿cómo te sentiste? —pregunta Alderman—. ¿Cuándo pensaste que estaba muerta? ¿Qué yo le había hecho algo? Así es como me siento yo, hijo de puta. Mataste a mi hijo, así que para mí el sentimiento es para siempre. Y nunca cambiará. Quería que supieras cómo se siente. Quería que imaginaras la pérdida. Pero no la misma pérdida que sufriste hace dos años, sino el tipo de pérdida deliberada, el tipo de pérdida que solo puedes experimentar cuando un ser humano hace todo lo posible por matar a alguien que amas. Duele, ¿verdad? Pero te acabo de hacer un gran favor y dejé a tu esposa fuera de esto. No fue su culpa. Sin embargo, todavía quiero hacerte sufrir. Quiero que tu dolor sea para siempre. Y todavía tienes otro familiar al que no le importará lo que le haga.

—¿De qué estás hablando?

—Me quitaste a mi hijo —reitera—. Todavía estás en deuda conmigo.

Cuelga.

Le devuelvo el teléfono a la enfermera; alargo mi brazo sin verla realmente. El escritorio, los cuadros, la ventana de la oficina detrás de ella, todo parece desdibujarse y desaparecer.

—¿Theo?

Sé que Carol me está hablando, pero no la miro. El teléfono ya no está en mi mano, pero mi brazo sigue extendido como una vara.

»¿Theo?

Me toca el hombro y el contacto parece dar resultado. La miro y ella empieza a decir algo, pero no espero a oír qué es. Atravieso el vestíbulo a grandes zancadas y abro la puerta pesada como si fuera una pluma.

Recorro el camino de vuelta al cementerio más o menos en el mismo tiempo que tardé en ir del cementerio a la residencia. La gente me toca el claxon y me muestra el dedo. Paso las intersecciones a toda velocidad y me salto los semáforos en rojo cuando hay espacios en el tráfico. Cuando llego al cementerio, tengo esta sensación de vacío en el estómago, parecida a la que tuve el día que murió mi hija. La sensación empeora cuando detengo el coche. Corro hacia la tumba de Emily, aunque el montículo de tierra junto a ella ya me revela lo que voy a encontrar. Todos estos policías aquí y nadie evitó que Alderman profanara su tumba. ¿Pero por qué iban a hacerlo? Nunca la protegieron de la muerte. Igual que yo. Y en este caso, desde la distancia, habría parecido que Alderman estaba haciendo su trabajo. Cavando un hoyo. Siguiendo adelante con su vida después de la muerte de su hijo... y eso si lo vieron. Y cuando miro hacia el lago, me doy cuenta de que no pudieron verlo. No había forma.

Permanezco de pie al borde de la tumba. Ahora sé que hubo dos razones por las que Alderman amenazó a mi esposa. La primera fue asustarme. La segunda fue alejarme del cementerio. Eso significa que me estuvo vigilando todo el tiempo. Esperando.

El ataúd de mi niña está ahí abajo. La tapa está abierta y Emily ha desaparecido.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Me quedo sin aire. Clavo los ojos en el ataúd con el forro de seda y la almohada suave y el mundo alrededor de la tumba desaparece y se vuelve negro. Hay restos de tierra donde debería haber estado mi hija. Las manijas de bronce se han picado y la madera ha perdido su lustre hace tiempo. La madera está rajada y mellada. Mi primera reacción es bajar y asegurarme con las manos además de con los ojos de que Emily no está ahí. Mi segunda reacción es gritar. En vez de eso, repito la tercera reacción, la que tuve hace dos años cuando recibí la llamada sobre el accidente. Caigo de rodillas y empiezo a llorar y trato de convencerme de que esto no está sucediendo de verdad.

Debería ser fácil saber qué es peor, mi mujer desaparecida o mi hija, pero de repente no lo sé. De pronto una cosa parece tan mala como la otra. Supongo que la peor de las dos es la que está ocurriendo. He lidiado con mucho a lo largo de los años, pero jamás con el hecho de que el hijo muerto de alguien fuera robado de un cementerio. Secuestrado. Ni siquiera sé si ese es el término para esto.

No tengo ni idea de qué hacer. No sé para dónde ir. Un hijo muerto es la peor pesadilla de cualquier padre. ¿Qué pasa cuando todas las pesadillas se hacen realidad?

He perdido a Emily. Otra vez.

Hace dos años fue un martes. Los martes son días insignificantes. La gente no hace grandes planes para un martes. No se casa. No se va de vacaciones. No organiza fiestas en su casa. Pero el hecho es que una de cada siete personas muere un martes. Y una de cada siete nace un martes. ¿Qué mejor día para perder a tu familia? ¿Hay un día peor? Ese martes debió haber sido como los demás. Besé a mi hija y a mi mujer al salir y la siguiente vez que las vi Emily estaba tendida sobre una mesa de metal con una sábana hasta el cuello para que pudiera verle la cara. Bridget estaba en un mundo entre la vida y la muerte, conectada a unas máquinas y rodeada de médicos.

Horas antes habían ido a ver una película. Eran las dos de la tarde y Disney entretenía a mi hija de siete años en la gran pantalla con animales que podían hablar y evitaban ser capturados y pagaban sus impuestos y hacían todo lo que los animales inteligentes pueden hacer. Eran vacaciones escolares. Mi esposa era maestra, así que también eran vacaciones para ella. La película

terminó a las cuatro menos cuarto y mi mujer abandonó el cine con mi hija junto con docenas de otros padres y niños. Caminaron por la acera del complejo comercial hacia el coche. Eran las cuatro menos diez y Quentin James ya estaba borracho. Eran las cuatro menos diez de la tarde y Quentin James estaba al volante de su todoterreno azul oscuro que había recuperado ese mañana después de pagar una multa de cuatrocientos dólares. No tenía licencia de conducir, pero eso no le impidió pagar la multa; no impidió que los tribunales le entregaran las llaves. Solo puedo imaginar cómo sucedió: fragmentos de imágenes que recopilé con detalles provistos por testigos presenciales. El todoterreno que avanza a volantazos a través del aparcamiento. El todoterreno que salta y sale a la acera. Mi mujer y mi hija lo oyen, ambas se giran hacia el sonido. Mi esposa aferra con fuerza la pequeña mano de Emily. La mirada de Bridget cuando se da cuenta de que no hay nada que puedan hacer, que el todoterreno va a llevarlas por delante como a muñecas de trapo.

Bridget empujó a Emily hacia un lado. Eso fue lo que me dijeron. Hizo lo que cualquier madre haría y trató de salvar a su hija. Solo que no fue suficiente. El todoterreno las atropelló a ambas; mi esposa voló sobre el capó y mi hija rodó bajo las ruedas, y las destrozó. Destrozó a mi niña por dentro sin remedio. Hizo lo mismo con mi mujer. Me hizo lo mismo a mí. Y a mis padres.

Y aun así, Quentin siguió conduciendo. Dos semanas más tarde, cuando lo llevé a un pequeño rincón del mundo, me confesó que ni siquiera recordaba haberlas atropellado. Me dijo que no había sido él, el verdadero Quentin, sino el hombre en el que se convertía cuando el alcohol lo dominaba. Por lo tanto, me había equivocado de hombre. Estaba enfermo, insistió, y había sido el Quentin enfermo quien había atropellado y matado a mi hija. El Quentin que suplicaba por su vida frente a mí no era el hombre que había matado a mi hija, al menos según el Quentin sobrio, pero eso no me importaba. Era la súplica de mierda de un borracho débil y cobarde durante uno de sus pocos momentos de sobriedad. Admitió que no recordaba haberlas atropellado, pero eso tampoco importaba. Yo lo recordaba. Y también los testigos. Me contaron que el impacto produjo un ruido sordo, como si alguien hubiera arrojado maletas pesadas desde la ventana de un segundo piso. Me contaron que mi mujer rodó por el capó del todoterreno y salió despedida contra el pavimento.

Me contaron que mi hija dio tumbos y rebotó debajo del chasis hasta que fue expulsada por el extremo, eyectada de entre las ruedas, toda retorcida y

ensangrentada. Me contaron que mi esposa y mi hija terminaron en el mismo lugar, una al lado de la otra en la calle. Quentin no se detuvo.

Quentin James fue capturado en menos de una hora. Su todoterreno con la rejilla delantera que nunca utilizó fuera del pavimento en los cuatro años que lo tuvo fue confiscado. Se retuvo como evidencia. James fue acusado de homicidio imprudente y conducción temeraria, pero debió haber sido acusado de homicidio premeditado. Nunca lo entendí. El tipo eligió conducir borracho. Elegía hacerlo cada maldito día de su vida adulta. Eso significa que no fue una cuestión de destino ni de mala suerte, sino de una elección consciente. Eso y las estadísticas. Matemática simple. Significa que tenía que pasar. Pon a un borracho en las calles todos los días y está destinado a matar a alguien. Tiene que suceder, de la misma manera que si no paras de arrojar una moneda al aire tiene que salir cruz en algún momento.

Así que para mí, homicidio imprudente no era suficiente. Ni se acercaba. James fue puesto en libertad bajo fianza y trató de recuperar su coche, pero por primera vez, no se lo devolvieron. No podían, porque la gente estaba indignada por el accidente. Estaba furiosa con el sistema que permitía que James siguiera libre. De modo que en esta oportunidad, los tribunales no le devolverían el coche, al menos hasta que terminara el juicio. Fue como si el juez por fin se diera cuenta de que devolverle el coche a este tío era como darle un bisturí a Jack el Destapador y que en este caso, no todo se reducía a recaudar ingresos. Esta vez, James cumpliría condena. Eso era seguro. Lo encerrarían dos años en una celda que era mucho más grande que el cajón en el que estaba encerrada mi hija.

Pero todo resultó diferente. Quentin James nunca fue a la cárcel. Mi hija ya no está en su lugar de descanso. El mundo se ha vuelto patas arriba y no sé qué hacer. Estoy arrodillado en el césped junto a un montículo de tierra y un ataúd vacío. Sidney Alderman ha venido y ha desenterrado a mi hija de la misma manera que su hijo ha desenterrado a otros. La ha desenterrado y ha arrancado las costuras de los recuerdos, y el dolor de perder a mi hija es tan fuerte como el día en que Quentin James me la arrebató. James ya no está, así que no puedo descargar mi ira en él, pero Alderman sí, y voy a encontrar a ese hijo de puta.

Me pongo de pie. Le doy la espalda a la tumba de mi hija. El cielo se ha despejado aún más y parece que podríamos tener un buen día. Tan bueno como puede ser, desde el punto de vista meteorológico. Tan malo como puede ser en todos los demás aspectos. Arranco el coche y conduzco hacia la casa de Alderman. Estoy tentado a entrar en ella con el coche, a chocar al hijo de puta

a cien kilómetros por hora y hacer añicos el revestimiento y las placas de yeso. En vez de eso, detengo el coche con brusquedad en el sendero de entrada, haciendo derrapar la grava en todas direcciones y creando una fina nube de tierra que se desplaza por delante del coche y hacia la casa. Me bajo con un portazo; ojalá tuviera acceso al arma que el hijo del cuidador usó sobre sí mismo. Lo único a lo que tengo acceso es a mi ira... debería ser suficiente. Creo que algún día de estos, al final la ira vencerá a la tristeza. Quizás incluso un martes.

CAPÍTULO DIECINUEVE

La casa aún huele a alcohol y el aire es húmedo. Los muebles me fastidian de una forma que no deberían hacerlo. Me dan ganas de prenderle fuego al lugar. Derramar gasolina por las paredes, el suelo, el juego de sillones con patas de garra, y convertir la puta casa en cenizas. Y si pudiera elegir, con Sidney Alderman adentro. Si pudiera elegir, con Alderman amordazado y atado y muy consciente de lo que está pasando.

Solo que no está aquí. Está en alguna parte con mi hija haciendo Dios sabe qué. Enterrándola en alguna parte, supongo. O tirándola a otro lago o a un río o a un océano.

Los álbumes de fotos han desaparecido. Eso me dice que Alderman supo que yo estuve aquí y se imaginó que volvería. Empiezo revisar la casa de nuevo. Rebusco en los cajones y los armarios, pero no encuentro nada útil, porque cualquier cosa útil ya la habrá encontrado la policía. Desarreglo todo. Arrojo al suelo archivos, basura y libros en el proceso, pero no hay nada. Empujo todo a un costado con violencia, armando un verdadero desastre y disfrutando del daño ocasionado. No es suficiente para aliviar el dolor, pero a corto plazo tendrá que bastar.

Regreso al coche y cojo el cargador de mi móvil. Lo conecto a un enchufe junto a la tostadora de Alderman y el teléfono empieza a cargarse. Lo dejo cargando mientras chequeo las habitaciones. Bruce Alderman dijo que la prueba estaba debajo de su cama, pero podría haberlo dicho hace un año. Los dos dormitorios en uso tienen personalidades muy distintas. Salta a la vista cuál pertenece al padre y cuál al hijo. El dormitorio del padre tiene fotos de boda en la pared. Y ropa interior desparramada por el suelo. Un radio despertador estropeado descansa sobre una pila de periódicos viejos. Botellas de alcohol se apilan en los alféizares de las ventanas. Las cortinas están mugrientas y viejas. La cama está sin hacer; la funda de la almohada está manchada de negro por el sudor, la suciedad y cualquier producto que el padre se haya pasado por el cabello. La pérdida de su esposa fue tan dura para él que nunca se recuperó. Perdió el control de su vida y, diez años después, no ha logrado recuperarlo.

Entro en la habitación de Bruce. Es como entrar en una habitación de motel barato que se enorgullece de hacer lo mejor que puede con lo que tiene.

La cama está hecha. Los libros están apilados casi con prolijidad sobre la mesita de noche. Tres pares de zapatos están alineados debajo de la ventana. Zapatillas, zapatos de vestir, zapatos de trabajo. Miro debajo de la cama. Cualquier prueba que hubiera allí ha desaparecido. Reviso el armario y busco en los bolsillos de todo lo que está colgado. Luego en los cajones. No soy más ordenado que la policía. Tiro de los cajones hasta el fondo y chequeo debajo de ellos en busca de algún sobre o fotografía pegado con cinta adhesiva que pueda haber escondido allí. Pero no hay nada. Cojo los libros y los hojeo. Nada cae del interior. Leo los títulos en los lomos. Bruce leía una mezcla de fantasía y ciencia ficción, pero no parece haber novelas de asesinos en serie ni manuales del FBI sobre cómo evitar ser atrapado. En el armario hay cajas de zapatos llenas de chatarra: un cubo de Rubik, pequeños pitufos de plástico, monedas viejas, hasta algunos zapatos viejos.

Chequeo de nuevo debajo de la cama, por si acaso, pero no hay nada en absoluto. Solo polvo. Lo cual no tiene sentido. La gente siempre guarda toda clase de mierda debajo de la cama. Bruce Alderman no tiene nada, excepto polvo espeso, y no hay marcas en el suelo de objetos que se hayan removido. Separo la cama de la pared.

La esquina de la alfombra es fácil de levantar, porque ya la han levantado antes. Muchas veces, supongo, y es por eso que nunca guardó nada debajo de la cama, porque entonces habría tenido que sacar las cosas y apilarlas y luego desarmar las pilas y volver a empujar todo hacia atrás, todo eso para acceder a su escondite secreto. Hay cuatro sobres de tamaño A4 uno al lado del otro debajo de la alfombra, todos muy delgados. Retiro el resto de la alfombra, pero no hay nada más.

Vierto el contenido del primer sobre sobre la cama. Abro los otros tres. Son todos iguales. Diferentes artículos recortados de diferentes periódicos, casi veinte notas en total sobre las diferentes mujeres. Un sobre aparte para cada una de las cuatro jóvenes. Las fechas comienzan hace dos años y terminan hace dos días. Hay artículos sobre las tres chicas que he identificado, y sobre la cuarta que no lo he hecho. Su nombre es Jennifer Bowen. Ahora sé los cuatro nombres.

Cuatro mujeres desaparecieron en Christchurch y el mundo siguió girando. Nadie se tomó un momento para averiguar qué carajo estaba pasando. Cuatro mujeres de distintos orígenes, todas ellas jóvenes, nacidas en un lapso de cinco años entre sí, y nadie estableció la conexión. No lo hicieron porque no quisieron. Los artículos están llenos de sugerencias. Las chicas eran rebeldes. Habían huido de sus casas. Los artículos sobre Rachel Tyler

sugieren que se peleó con su novio. Insinúan que el novio podría haber sido responsable. Mencionan a la abuela muerta y guían al lector a creer que podría haber huido porque estaba triste. Sugieren muchas cosas y no confirman nada, se limitan a lanzar ideas con la esperanza de que cuántas más opciones haya, más posibilidades habrá de acertar alguna.

Junto todos los artículos en un único sobre. No sirven demasiado para respaldar la afirmación de Bruce Alderman de que él no mató a estas mujeres. Las cuatro podrían haber muerto aquí. ¿Y Emily? ¿Acaso el padre de Bruce trajo a Emily aquí antes de llevársela a otro sitio? ¿Trajo su cuerpo y lo apoyó en el sofá mientras empacaba algunas cosas? No. Lo habría tirado en el maletero del coche. No lo habría tratado con cuidado.

Cojo mi teléfono y salgo. El lago, la iglesia, la tierra de los muertos, no es posible ver nada de eso desde ninguna parte de esta propiedad, no a menos que tome la escalera del cobertizo y suba al techo o trepe la valla. Hago esto último.

La parte posterior de la propiedad da al cementerio. La policía, las excavaciones, las carpas de lona y los técnicos de la escena del crimen... nada de eso se ve desde la casa de Alderman. No puedo imaginar lo que habrá sido crecer en una casa donde la vista por encima de tu valla trasera eran árboles y lápidas de granito. Debió ser traumático, supongo. Sin duda, poco saludable. Me pregunto si este entorno convirtió a Bruce Alderman en un hombre enfermo. Si convirtió a Sidney Alderman en un hombre enfermo. O si fue la pérdida de la madre y la esposa lo que los hizo así.

CAPÍTULO VEINTE

Cuando llego a casa, casi espero encontrarme con que le han prendido fuego. O que han roto las ventanas. O, como mínimo, que han pintado *asesino* con espray en la puerta del garaje y en la valla. Aparco en el sendero de entrada, me quedo de pie junto al coche y echo una mirada a un lado y otro de la calle. Estoy buscando a Sidney Alderman, pero no está aquí. No hay nadie. Ni siquiera Casey Horwell. Todos mis vecinos están haciendo lo que sea que hacen los vecinos. Cortar el césped. Arrancar hierbas malas. Cocinar y ver televisión. Ninguno de ellos está tratando de averiguar dónde están sus hijos muertos. Entro con cautela. Anoche me apuntaron con un arma y horas más tarde con un micrófono y no estoy dispuesto a cometer ninguno de los dos errores dos veces.

Vuelvo a enchufar el móvil al cargador, traigo el ordenador del coche y lo coloco sobre la mesa del comedor. A Bridget no le haría ninguna gracia. Utilizo la base de datos de periódicos de la biblioteca de Christchurch para buscar más artículos relacionados con los recortes de Bruce. Estudio todo lo que puedo de ellos y de las denuncias de personas desaparecidas, y todo lo que puedo acerca de sus vidas y sus muertes, aunque ninguno de los artículos da por sentado que estén muertas. Si bien es evidente que los periodistas apostaban fuerte a eso. Imprimo una foto de la cuarta joven y luego dispongo las fotografías en una fila. Está claro que el asesino tenía preferencia por un tipo específico de chica.

Me paso dos horas leyendo todo sobre las desapariciones, y es difícil, porque mi mente sigue volviendo a Alderman y a Emily.

Examino los avisos fúnebres de las semanas previas a la muerte de las chicas y busco el mismo apellido para tratar de determinar si había alguna razón para que alguna o todas ellas asistieran a un funeral. No encuentro nada. De todos modos, no es una pista para descartar en esta etapa porque podría ser que las jóvenes asistieran a funerales de personas que no pertenecieran a su familia, o podría haber familiares con apellidos diferentes. La única forma de saberlo con seguridad es empezar a hacer algunas llamadas, pero en este momento, hablar con las familias de estas chicas muertas es lo último que me apetece hacer.

Pongo la pizarra sobre una silla y apoyo la parte superior contra la pared. Lo único que tengo es un rotulador indeleble, pero eso no me detiene y empiezo por trazar una línea de tiempo. Calculo que Henry Martins fue enterrado dos días después de su muerte. Si añado esos días a la fecha de su muerte, coincide bien. Henry murió un martes y fue enterrado un jueves. Rachel fue vista por última vez un jueves por la mañana y sus padres denunciaron su desaparición el martes siguiente. Pero luego agrego las otras chicas desaparecidas a la línea de tiempo y descubro que las fechas entre las desapariciones no son tan parejas. Las primeras dos chicas desaparecieron con un mes de diferencia, después transcurrieron otros dieciocho meses para la desaparición de la tercera, y la última fue hace menos de una semana. Esto no indica que el asesino esté intensificando o desacelerando su accionar, y no estoy seguro de entender qué es lo que indica. Estos tíos tienden a empezar a matar con más frecuencia a medida que la necesidad sobrepasa al deseo. O hay algo en su vida que desencadena el impulso de matar. Estudio la línea de tiempo y me pregunto qué llevó a este tipo a matar en estos momentos en particular. ¿Será que el tipo correcto de chica apareció en su visión localizada del mundo? ¿O salió a la caza de mujeres que encajaran con su tipo? Tiene que haber algo más. Escribo «Prisión» en la pizarra, preguntándome si el asesino podría haber estado en la cárcel durante dieciocho meses. Es común que los asesinos en serie sean arrestados por un delito no relacionado.

Vuelvo a repasar los avisos fúnebres para averiguar las personas que murieron en los días previos a la desaparición de las muchachas. Cuatro de esas personas ya no están en sus ataúdes y yacen en mesas de la morgue en diferentes estados de descomposición, con sus cuerpos llenos de agua, hinchados o putrefactos.

Observo la línea de tiempo. Pienso en Emily. Pienso en Bruce Alderman y en su padre. Luego pienso en dónde estaba yo hace dos años y en lo que podría haber hecho. Esa era mi oportunidad de salvar a estas chicas. Tal vez Landry tenía razón y estoy arruinando todo. No lo sé. Lo único que sé es que tengo que encontrar a Emily.

Mi móvil ya se cargó por completo. Reviso la memoria de llamadas entrantes, escribo el número de Landry en la lista de contactos y marco el número. Lo coge después de medio timbre.

—Estaba a punto de llamarte —señala—. Tu nombre no para de surgir. Tienes que alejarte de mi investigación.

—Puedo ayudar.

—¿Ayudar? ¿Has visto las últimas noticias?

—Mira, no es...

—No me refiero a la cagada que hiciste anoche. Me refiero a la nueva de hoy —precisa.

—No sé nada. ¿Qué hice ahora?

—Debes haber encabronado mucho a la tal Horwell. ¿Qué hiciste, te acostaste con ella?

—Vale, muy gracioso, Landry.

—Se ve que cuando no le caes bien a la gente, no le caes nada bien. Creo que empiezo a entender por qué.

—¿A qué quieres llegar? —pregunto.

—La mujer entrevistó a Alderman esta mañana. Tuvo que ser en algún momento después de que él llegó al bar, aunque a juzgar por su aspecto, no debió haber sido mucho después. No parecía tener muchos tragos encima.

—¿Y?

—No fue nada bueno. Horwell pareció dedicarse a echar más leña al fuego. Si no hubiera sido por todos esos ángulos y trayectorias de las salpicaduras de sangre, hasta yo pensaría que eras culpable. Como sea, si antes estaba enojado contigo, ahora está el doble, o el triple. Mantón los ojos abiertos. Y haznos un favor a todos, ¿eh? Quédate en casa y apaga tu teléfono hasta que tengamos esto resuelto. Cuando el caso vaya ajuicio, tendremos a un abogado defensor señalándote con el dedo y diciendo...

—Sí, ya hablamos de esto.

—¿Por qué no me siento seguro, entonces?

Bajo la vista hacia las fotografías y los recortes de periódico.

—Mira, Landry, tengo algo para ti. ¿Quieres oírlo o no?

—Depende de cómo hayas conseguido lo que tienes. ¿Va a terminar jugándonos en contra? Si tienes algo y lo has obtenido en forma ilegal, no quiero saberlo, ¿de acuerdo? De lo contrario nos explotará en la cara.

—Vale.

No dice nada y yo no añado nada más, y él lee mi silencio correctamente.

—Eres increíble, Tate.

—¿Quieres los nombres de las otras chicas o no?

—Hazme un favor y no me digas nada. Tenemos una línea directa para información. Llama de manera anónima y da los nombres, ¿vale? Usa un teléfono público o algo así. Cualquier cosa que me des que hayas obtenido de manera ilegal es veneno. Vamos, Tate, lo sabes.

—Ya no soy policía. Esas reglas no se aplican.

—Sí claro, y el abogado defensor de este asesino en serie del que no quieres que te siga recordando va a...

—De acuerdo —lo interrumpo—. No hay problema. O sea que no quieres mi ayuda.

—¿Ayuda? ¿Eso es lo que crees que has estado haciendo? Me tengo que ir. Asegúrate de que...

—Tengo algo más.

—Me vas a dar un infarto, Tate.

—Mira, esto es algo bueno. Es algo que puedes decir que se te ocurrió a ti, así que no tienes que...

—Anda, sé cómo hacer mi maldito trabajo.

—Rachel Tyler —digo—, antes de morir visitó Woodland Estates. Su abuela murió. Es el mismo cementerio. —Landry no contesta. Me doy cuenta de que no había hecho esta conexión. Continúo—: Creo que las otras podrían haber estado allí también. Creo que ahí está la conexión. Eso fue lo que las acercó al asesino.

—¿Tienes algo para respaldarlo? —pregunta.

—Todavía no. Pero estoy...

—Nada de *peros*, Tate. Estás fuera de esto. Ve y haz esa llamada a la línea directa y danos esos nombres. Hazlo ahora.

Cuelga sin que yo le diga que Alderman tiene a mi hija. Y no pasa nada, quiero lidiar con Alderman yo mismo.

La llamada de teléfono que voy a hacer les ahorrará bastante trabajo. Significará que el contenido de los otros dos ataúdes ya no estará librado al azar. Pero esa llamada puede esperar. Primero voy a encontrar a Sidney Alderman y hacer lo que sea necesario para recuperar a mi hija y para eso no necesito la ayuda de Landry.

CAPÍTULO VEINTIUNO

La iglesia está bañada de sol, por un lado y, de sombra por el otro, las dos mitades separadas por una delgada línea como el bien y el mal. Parece como si hubiera una diferencia de veinte grados entre ambas. Los vitrales lucen opacos y empañados por el tiempo. Motas de moho salpican los ladrillos de hormigón alrededor de los bordes del lado sombreado. Arbustos discretos y poco cuidados ocupan los jardines a una distancia de alrededor de un metro unos de otros. No hay malas hierbas, pero es probable que eso cambie ahora que Bruce ya no está.

Mi coche es el único en el frente y tampoco hay nadie adentro de la iglesia. Excepto, por supuesto, por el padre Julián, que aparece por una puerta lateral a la derecha del altar cuando estoy a mitad del pasillo. Tal vez pasé por un detector de movimiento. Quizás ha estado todo el día esperando la oportunidad de atrapar a algún alma en una conversación sobre Dios. Pero la forma en que avanza hacia mí me hace pensar que ha estado esperando a que yo apareciera.

—Estás aquí —dice con seriedad.

—Tenemos que hablar.

—Tienes razón. Tenemos que hacerlo. —Está más pálido que ayer, como si una parte de su fe se hubiera esfumado durante la noche. O se la hubieran robado—. Tenemos que hablar de Bruce. Aunque para ser honesto, no sé si puedo. No sé si puedo hablar contigo.

—Padre Julián, por favor, tiene que...

—No lo sé, Theo —responde mientras observa el sobre grande en mi mano. El color está regresando a su rostro y la expresión en sus ojos sugiere que lo está haciendo acompañado de oleadas de furia—. Me acuerdo de ti hace dos años.

—Esto no es lo mismo.

—¿Te acuerdas que solía pasar a visitarte por tu casa?

—Claro que me acuerdo. Pero esto no es como aquella vez.

—Quizá no para ti, pero quizá sí para mí. Bruce era... bueno, Bruce era como un hijo para mí. Lo que has hecho...

—Yo no lo maté.

Su expresión no cambia. Parece como si hubiera estado preparado para oírme decir eso y también preparado para rechazarlo. Da la impresión de estar luchando por mantener el control.

—Este no es el momento ni mucho menos el lugar para tus mentiras.

—No lo toqué.

Sacude la cabeza.

—Perdiste el rumbo, Theo. Perdiste a tu Dios. Perdiste tu fe.

—Perdí a mi familia —preciso—. Usted solía pensar que eso había sido parte del plan de Dios. Si estaba en lo cierto, entonces lo que pasó anoche también fue parte de Su plan.

—Te quieres hacer el listo —afirma—. Después de todo lo que has hecho.

—No he hecho nada —replico y levanto las manos como para alejarlo, en un gesto como para decir «no tengo nada en la manga».

—¿No? Sé de lo que eres capaz. El hombre que mató a tu hija, ¿recuerdas qué pasó después de que desapareció?

—Recuerdo que usted dejó de venir a verme —respondo.

—Intenté ayudarte. Pero no quisiste. Traté de impedir que tomaras un rumbo indebido, pero no querías que nadie te detuviera. Y aquí es adonde te ha traído, este rumbo, este rumbo en el que mueren hombres inocentes. Hombres inocentes como Bruce.

—No lo toqué —repito—, y le aseguro que no lastimo a hombres inocentes.

—Ah, no lo tocaste, ¿verdad? —exclama en voz más alta ahora, y me doy cuenta de que es la primera vez que lo oigo gritar. La primera vez que oigo gritar a alguien en una iglesia—. Entonces, ¿cómo diablos terminó muerto?

—Se pegó un tiro. No pude hacer nada.

—Pero hace dos años sí que no tuviste problema para hacer algo.

—Eso fue muy diferente. —Ahora soy yo el que está a punto de gritar—. Y usted lo sabe. Lo sabe muy bien.

—Te dije que Bruce era un buen chico. —Lleva los brazos a los costados y sacude las manos hacia adelante, como si tratara de deshacerse de algo pegajoso en la punta de los dedos—. Te dije que no tenía nada que ver con la muerte de esas chicas. ¡Te lo dije! ¿Por qué no me escuchaste? Has confiado tanto en mí en el pasado, ¿por qué no pudiste hacerlo ahora?

—Maldita sea, padre Julián —grito y las palabras no lo hacen retroceder, de hecho, da un paso pequeño hacia adelante. Parece como si quisiera pegarme—. ¡No lo maté! ¿Por qué diablos no coge el teléfono y hace una

llamada y habla con cualquiera en la comisaría o en la morgue y les pregunta qué fue lo que pasó? Ellos se lo dirán.

—¿Te refieres a tus amigos?

—Vamos, no es posible que crea las chorradas que ha visto en la televisión.

Asiente con la cabeza. Me concede la razón.

—Era un buen chico —insiste, mucho más tranquilo ahora.

—Quizá lo era. Una parte de mí cree que lo era. Así que en vez de enfadarse conmigo, ¿por qué no se enfada con quien sea que hizo esto? ¿Qué tal si me echa una mano y me ayuda a limpiar su nombre? Bruce me dijo que era inocente, que enterró los cuerpos, pero que no mató a esas chicas. ¿Qué le parece si me ayuda, o está demasiado atrapado con esas suposiciones tuyas?

Me mira durante lo que parece un largo rato, como si estuviera buscando en su interior la acción correcta que debe tomar. El tiempo que le lleva sugiere que está buscando mucho o que no tiene muy claro qué es lo correcto en estos días.

—Te escucharé, Theo, solo una vez más. Luego tienes que prometerme que jamás regresarás aquí.

—Cuando oiga lo que tengo que decir, no me pedirá que...

Menea la cabeza y me interrumpe.

—Prométemelo —me pide—. Ante los ojos de Dios, dentro de Su iglesia, prométeme que nunca volverás aquí.

Hago la promesa. Es fácil hacerla cuando no crees ni en Dios ni en Su iglesia.

»Mi oficina —indica—. Hablaremos allí.

Lo sigo por la puerta lateral. El pasillo está poco iluminado, pasamos junto a otras puertas y atravesamos muchas corrientes de aire. Las iglesias están llenas de corrientes de aire. Me conduce a una oficina pequeña y llena de polvo, abarrotada de libros de aspecto antiguo y muebles dispares. Se sienta detrás de su escritorio. El sol ha trazado un arco en el cielo y cae directamente sobre él. Hace que su cara parezca más blanca, casi resplandeciente. Como un halo. Partículas de polvo de color blanco brillante flotan en el aire. La luz hace que la barba incipiente en su rostro se vea despareja y suaviza parte de la furia en sus ojos y les da un aspecto cansado. Un crucifijo cuelga en la pared a sus espaldas. Jesús tiene una mirada abatida, como si todo le aburriera, como si ya hubiera visto todas las oficinas de iglesias que hay que ver y después de dos mil años de eso estuviera harto de las iglesias. La oficina entera da la impresión de que alguien se colara aquí

todas las noches y alterara todo ligeramente. Se ve igual que mi casa cuando no sé dónde he dejado la cartera o las llaves. Me siento frente a él.

»Si te hubiera ayudado anoche, quizás... —El padre Julián vacila—. Vale, ¿quién sabe?

—Yo no lo maté.

El padre Julián suspira.

—¿Qué quieres de mí, Theo? ¿Acaso has venido a que alguien te perdone? Porque has venido al lugar equivocado.

—¿Sabía usted que Bruce tenía un arma?

—No la tenía.

—Parece que al final sí.

—¿Se supone que es gracioso?

—No. Pero piénselo. Si yo iba a matarlo, ¿por qué lo llevaría a mi oficina? ¿Cree que le dispararía delante de mi escritorio para que todo el mundo lo supiera?

—No... supongo que no. No sé, no sé qué pensar. Lo único que sé es de lo que eres capaz. Lo único que sé es que piensas que es tu trabajo proteger al mundo de la gente mala y sé que no tienes derecho a juzgar quiénes son esas personas.

—Es cierto —contesto—. Usted sabe de lo que soy capaz. Así que sabe que si hubiera querido matar a Bruce, lo habría llevado a otro lugar. Nadie lo habría encontrado.

Tensa la mandíbula y entrecierra un poco los ojos, y la mirada que me dirige es la clase de mirada que no quiero que nadie me vuelva a dirigir nunca.

Es de disgusto y decepción. Por fin, se reclina en la silla y junta los dedos de las manos en forma de montaña, y se toca la barbilla con la punta de los dedos. Parece que está rezando. Jesús lo mira desde arriba pero no parece escucharlo.

»Vamos —agrego—. Puede no gustarle, pero tiene lógica.

El sacerdote asiente con la cabeza.

—¿Qué más te dijo Bruce? ¿Sabía quién mató a las jóvenes?

—No lo dijo. Solo dijo que hablara con su padre. La única persona que se me ocurre por la que Bruce Alderman enterraría esas chicas es su padre.

—¿Crees que Sidney las mató?

—Es posible.

—¿Qué quieres de mí, entonces? ¿Que te cuente de Bruce? Ya te lo dije, era un buen chico. Hay una cosa más, sin embargo, y quiero que reflexiones

sobre esto. Ayer estaba vivo, y hoy no lo está.

No respondo. Lo dejo hablar, pues sé que cuanto antes se desahogue, antes podré avanzar y antes podré volver a enterrar de nuevo a mi hija. El mundo es sin duda una mierda cuando el objetivo del día es enterrar a tu hija.

—¿Qué pasó después de que murió la madre de Bruce? ¿Qué pasó con Sidney?

—¿Qué? —Parece sorprendido.

—La madre de Bruce. Hace diez años, cuando murió, ¿qué pasó con Sidney?

Exhala profundo, como si reforzara el calvario que le significa tenerme aquí.

—Supongo que fue lo mismo: un día estaba vivo y al día siguiente no lo estaba. Aunque no fue tanto así. No era que estuviera como muerto. Más bien fue como que... se perdió. A los dos les pasó lo mismo.

—¿Y?

—¿Y qué? —pregunta—. La gente se pierde cuando le ocurre ese tipo de cosas. Anda, Theo, si hay alguien que no necesita que se lo explique eres tú. A veces la gente no se recupera nunca o se recupera de la manera equivocada. Y algunas personas se pierden de una manera que nunca logras precisar.

Pienso en Sidney Alderman desenterrando a mi hija muerta. Puedo afirmar con certeza que podría enumerar docenas de razones diferentes por las que el viejo, más que estar perdido, es un jodido.

—¿Alguna vez alguno de ellos se lo confesó?

—Vamos, Theo, sabes que no puedo responder eso.

—Había cuatro de ellas en ese lago, padre. Hasta ahora la policía solo ha identificado a dos. Pronto tendrán el nombre de las cuatro.

—Cuatro chicas. Cuánta joven vida desperdiciada.

—Vale, ahora es su oportunidad... —Me interrumpo cuando de repente caigo en la cuenta. La ira del padre Julián no debería estar toda dirigida hacia mí. También debería estarlo hacia sí mismo. Me ha estado ocultando cosas—. Ayer —prosigo y ahora hablo un poco más despacio—, ayer dije que podría haber otras personas en los ataúdes, pero nunca dije que fueran todas mujeres. Ni que fueran jóvenes.

Empieza a decir algo, tal vez a protestar que lo había oído o supuesto de alguna manera, pero desiste de fingir y se queda callado.

»¡Usted lo sabía! —exclamo—. ¡Joder, lo sabía!

—¡Theo! —grita y golpea la mesa con el puño—. ¡Es suficiente! ¿Cómo te atreves a usar...?

—¿Cómo me atrevo yo? —Ahora es mi turno de golpear la mesa con el puño—. ¡Cómo se atreve *usted*! ¿Lo supo todo el tiempo y no hizo nada? ¿No hizo nada? ¿Cómo es posible?

No contesta, y el silencio que desciende entre nosotros es inesperado, como si ambos fuéramos demasiado conscientes de que lo que sea que digamos a continuación podría dañar de manera irrevocable cualquier relación que tengamos. Aunque tal vez eso ya ocurrió. Quizá todo se fue al diablo hace dos años cuando él pensó que podía salvarme del rumbo que yo estaba tomando.

—¿Qué podía hacer, Theo? —pregunta, casi en un susurro ahora, y la pregunta parece genuina, como si de verdad quisiera que se me ocurrieran otras opciones cuando no las hay—. Conoces las reglas. Puedes cuestionarlas y puedes odiarlas y puedes despotricar y maldecir contra la injusticia de todo, pero lo sabes. Sabes que es un pacto, Theo.

—Uno de los Alderman se lo confesó. ¡Uno de ellos mató a esas chicas!

—¡No dije eso y tampoco es lo que sucedió!

Me pongo de pie, abro el sobre y lo vacío de la misma manera que lo hice cuando lo encontré. Los artículos caen de la misma manera. Paso una mano sobre ellos y los separo como si fueran naipes. Los ojos del padre Julián se clavan en ellos.

—Usted ya sabía que las muchachas estaban ahí. Sabía que estaban muertas.

—Toma asiento, Theo.

—Estas son las chicas que podríamos haber salvado. ¿Qué fue lo que me dijo ayer cuando le expliqué por qué este caso era importante para mí? Me dijo que no era culpa mía. Tenía razón y estaba equivocado. Veo, yo pensaba que toda la culpa era mía. Pero ya no. Ahora la comparto con usted.

Extiende la mano y toca los artículos, y recoge algunos de ellos. Observo sus ojos, pero no escudriñan las palabras. Cuanto más mueve los recortes, más polvo flota en el aire. No estoy seguro de lo que está buscando. Ninguna de las desapariciones apareció en las primeras páginas. No hay grandes titulares ni notas firmadas. Tal vez si una de ellas hubiera sido una estrella de rock o la hija del alcalde, las cosas habrían sido diferentes. Aunque eso está a punto de cambiar. Mañana Rachel Tyler va a estar en todas las noticias. Y las otras chicas también. Otras personas aparte de sus amigos y familiares se van a interesar. La gente mirará los nombres y las caras y se preguntará cómo diablos su ciudad se convirtió en caldo de cultivo de la violencia necesaria

para acabar con la vida de estas jóvenes y del tipo de ignorancia que permite que esto suceda sin preguntarse por qué.

»Fue usted quien dijo que yo había tomado un rumbo indebido, padre. Dígame, ¿qué rumbo ha tomado usted? Al proteger a gente mala, está traicionando a inocentes.

—Es tan fácil para ti, ¿verdad, Theo? Siempre lo ha sido. Los tipos como tú creen que pueden venir y conseguir lo que quieren. —No estoy seguro de lo que quiere decir con *tipos como yo*—. Tienen estas grandes expectativas que todo lo que tienen que hacer es preguntar y yo romperé el secreto de confesión y les contaré todo. ¿Crees que no duele? ¿Eh? ¿Crees que escuchar todo el veneno que sale de esta gente no te pasa factura? ¿Crees que no me gustaría coger el teléfono y hacer del mundo un lugar mejor?

—¿Por qué no lo hace, entonces? Estas chicas, podría haberlas salvado.

—¿A qué precio? Sigues sin entender, ¿verdad? ¿Crees que si solo se tratara de mí no lo haría? Si solo fuera una cuestión de que me despidieran y perdiera mi iglesia, arrojaría la granada por el bien mayor. Pero no se trata de mí, Theo. Tampoco se trata de ti. No se trata de esas chicas. Se trata de Dios. De nuestra fe. Se trata de no romper una de las reglas más antiguas de la iglesia.

Hay muchos ángulos posibles para refutar este argumento, pero ¿qué sentido tendría? Él tiene razón y yo tengo razón y los dos lo sabemos. Y no hay nada que podamos hacer. Él tiene que atenerse a sus creencias y yo tengo que atenerme a mi enojo con él por no haber hecho algo para evitar todo esto.

—Por eso sabía que Bruce era inocente. Porque no fue él quien confesó.

—No hagas esto.

—¿Hacer qué?

—Esto de empezar a tergiversar los límites y preguntar quién no confesó para poder reducir la lista de sospechosos. —Se pasa ambas manos por el cabello y luego se las limpia en la parte delantera de la sotana.

—Creo que ya la he reducido —replico y empiezo a recoger los artículos.

—No fue Sidney Alderman.

—¿Entonces quién?

—Si yo pudiera romper esa regla y empezar a hablar, ¿qué pasaría contigo? ¿Crees que serías un hombre libre en este momento?

Una parte de mí tiene ganas de inclinarse hacia adelante y cogerlo del cuello y sacudirlo hasta que todo lo que necesito de él caiga de esa bóveda cerrada en su interior donde guarda secretos. Otra parte se siente agradecida. Nunca revelará esos secretos, y nunca revelará el mío tampoco.

—Está dejando libre a un asesino. —No hay convicción detrás de mis palabras. Es un último esfuerzo, y no creo que me lleve a ninguna parte.

Él parece saberlo.

—Es mi tormento diario.

¿Si le cuento lo que Sidney Alderman le ha hecho a mi hija, cambiará su punto de vista? Lo dudo. La idea que el cura tiene de Sidney Alderman es anticuada. Entabló una amistad con el tipo hace treinta o cuarenta años, y así es como lo ve todavía. Me pregunto qué haría falta... si es que hay un límite para el dolor... para que el padre Julián aceptara que su fe y sus convicciones no valen la pena. ¿Hay un número? ¿Una docena de chicas muertas? ¿Cien?

—Sidney Alderman. Dígame dónde está.

—No lo sé.

—¿Mató a esas chicas?

—Quiero que te vayas ahora, Theo. Y quiero que recuerdes tu promesa.

—Pero puede hablarme de él, ¿verdad? Al menos puede contarme algo de su historia.

—Sidney Alderman es un hombre muy triste, Theo. Como tú, ha perdido a su familia. Estoy seguro de que recuerdas cómo te sentiste el día que Emily murió. Sé que puedes empatizar con él.

Por supuesto que lo recuerdo. Pero no me puse a desenterrar tumbas por ahí.

—¿Qué le pasó hace dos años?

—No te entiendo.

Termino de guardar los artículos en el sobre. Uno de ellos decía que Alderman se había jubilado hacía dos años. ¿Era suficiente? Suele haber un detonante para que alguien se convierta en asesino: un momento decisivo que quiebra a una persona. Pero era más lógico suponer que Alderman se hubiera quebrado hacía diez años cuando murió su esposa y no hace dos cuando se jubiló.

—Alguien tiene que pagar por esto —preciso.

—Alguien ya lo ha hecho.

—Pero no la persona correcta. —Doblo el extremo del sobre hacia adentro—. La policía está cerca. El caso se está desvelando. Y usted tuvo la oportunidad de ayudar, pero no la aprovechó. Era su oportunidad de redención, padre.

—No hagas nada estúpido, Theo. Bruce Alderman era un buen hombre. Y Sidney... vale, en el fondo también es un buen hombre, y ahora está llorando a su hijo. Respeta eso. Déjalo hacer su duelo y que la policía se ocupe de él.

Me dirijo hacia la puerta y el padre Julián no se levanta. No intenta seguirme.

—No puedo hacer eso —respondo.

El cura sacude la cabeza, pero no ofrece más palabras de sabiduría. Lo dejo en su oficina y vuelvo a pasar junto a las imágenes de Jesús y sus compañeros. Me pregunto qué pensarían de la decisión del padre de guardarse para sí los secretos que le han sido confesados, si estarían de acuerdo con sus convicciones o si le dirían que es un tonto. Me pregunto si en este preciso momento el padre Julián estará orando para recibir asistencia.

En un nicho en la parte delantera de la iglesia, un registro grueso y separado en secciones, con cubiertas de cuero atravesadas por letras doradas, está apoyado sobre un pedestal. Está ordenado de manera alfabética y las secciones se dividen cronológicamente. Hojeo las páginas para tratar de encontrar más conexiones entre las jóvenes y los momentos en que desaparecieron. No encuentro nada. También hay un mapa de referencia grande clavado en la pared; muestra el cementerio dividido en secciones numeradas como un mapa de calles. Es todo lo que necesito para encontrar mis dos próximas ubicaciones.

La primera es una tumba. Está cerca de la parte trasera de las casas que se encuentran más adelante en la calle, tan lejos de la iglesia y el lago en dirección este como es posible sin salirse de los límites del cementerio. Me acerco todo lo que puedo con el coche antes de bajarme y caminar. Hay un sendero que se extiende entre algunos árboles y de pronto estoy en una zona del cementerio que parece aislada. Me imagino que Alderman no volverá pronto, así que no creo que vaya a pasar junto a mi coche y darse cuenta de que estoy aquí. Supongo que estará sentado en algún bar emborrachándose, o dando vueltas en el coche, tratando de decidir dónde dejar a mi hija. O quizás se haya detenido a un costado de la calle porque ha entrado en razón y se está preguntando qué carajo está haciendo. Tal vez se esté preparando para pegarse un tiro. De tal palo tal astilla. Solo que eso no es una posibilidad real. Diez años atrás, Alderman podría haber sido el tipo de hombre que se cuestionaba sus acciones. Pero ahora no.

El día se está volviendo cada vez más luminoso. Cada vez más cálido. Pero todavía siento frío por dentro. Camino alrededor de las lápidas, cada una una historia, cada una un recuerdo. Algunos buenos, otros malos. Todas estas personas influyeron en la vida de otras personas. Produjeron efectos. Conocieron a otras personas y formaron parejas e hicieron bebés mientras creaban futuros juntos. Algunas murieron de viejas. Otras de enfermedad. Los

mensajes en las lápidas son todos parecidos. Son sentimientos, declaraciones, mensajes finales dejados al mundo con la esperanza de que nunca sean olvidadas.

La tumba que yo busco luce prolija, sin maleza ni hierba crecida, pero tampoco tiene flores. Me quedo de pie junto a ella durante un minuto antes de volver al coche.

El segundo lugar es un cobertizo grande en el extremo noreste del cementerio. Está separado del cementerio primero por una valla de madera, luego por una hilera de álamos. Es casi del mismo tamaño de mi casa, pero no tiene paredes interiores ni tabiques divisorios. Está lleno de herramientas de jardinería y sacos de semillas de césped y plantas. Hay un tractor, otro tractor para cortar el césped y una excavadora. Las máquinas que se necesitaban ayer para exhumar a Henry Martins estuvieron aquí todo el tiempo, aparcadas en fila. En vez de eso, vinieron contratistas y usaron sus propios equipos, y me pregunto cuán diferentes serían las cosas ahora si no lo hubieran hecho. Echo un vistazo al lugar, pero nada me llama la atención... hay tantas posibles armas asesinas aquí adentro que llevaría una semana examinar cada una de ellas. Este cobertizo podría ser la escena de un crimen.

Debajo de uno de los bancos de trabajo hay una pila de bloques de hormigón. Un rollo de sogas verdes cuelga de un clavo cerca de la ventana. Alargo la mano y la enrolla entre mis dedos. Está hecha de cientos de hebras individuales de lo que parece cáñamo. Es el mismo material que estaba atado a los cuerpos, y que se habría hinchado con el agua. Es probable que miles de personas en esta ciudad usen este tipo de sogas.

Camino hacia la excavadora. Hay tierra fresca en los dientes de la pala. Sidney Alderman la usó para desenterrar a mi hija. Es probable que la haya tomado con la pala gigante y la haya traído en ella hasta aquí. Recorro el cobertizo, registro cada sombra, detrás de cada objeto y aparto cualquier cosa que pudiera ocultar el cuerpo de mi hija y, al cabo de diez minutos, es obvio que no está aquí. Vuelvo a observar las máquinas y la soga, y este cobertizo bien podría ser el lugar donde cuatro mujeres jóvenes encontraron la muerte. Me paro en el centro y me vuelvo con lentitud, mis ojos cubren cada ángulo. Dos carretillas. Pedazos de madera laminada. Cubos. Huellas de botas con trozos de tierra, pedazos y piezas de madera, lonas, cuerdas, bancos de trabajo. Un lugar horrible para morir. El aire es húmedo y puedo oler a aceite y recortes de césped. Hay telarañas y manchas y tablas torcidas y cristales con rajaduras. Hay parches de óxido en el techo y cubos de plástico debajo para

recoger la lluvia. Hay estanterías llenas de piezas mecánicas: palancas, engranajes, piezas de motor, la mayoría oxidadas.

Me subo a la excavadora y la pongo en marcha. El asiento es incómodo y tiene unos tajos afilados en el vinilo donde se escurre la espuma y parece nieve. Tiro de una palanca para correr el asiento hacia atrás. Nunca he conducido una de estas máquinas antes, pero la simplicidad de las palancas y los pedales lo hace fácil después de unos minutos de práctica. La excavadora vibra cuando comienzo a avanzar. Rebota hacia arriba y hacia abajo con cada pequeña irregularidad en el camino de guijarros. Las ruedas dejan huellas profundas en el césped húmedo. Un conjunto de huellas se dirige hacia el área donde Emily estaba enterrada. Voy dejando un conjunto fresco de ellas mientras pongo rumbo hacia la tumba frente a la que estuve de pie hace veinte minutos.

Recuperar a mi hija es la prioridad, y lo que ocurra entretanto lo atribuiré a la voluntad de Dios. Eso debería mantener contento al padre Julián.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Existe un abismo. Algunos esperan de pie al borde del precipicio, otros viven allí, y luego están los que se hunden en las profundidades como si estuvieran atados a bloques de cemento. No estoy seguro de cuál es mi posición, y eso podría ser uno de los problemas con el abismo... nunca sabes con certeza si puedes seguir cayendo más bajo. Así han sido los últimos dos años. Me deslicé al abismo y lo que vi allí abajo me asustó; desde entonces, he estado haciendo lo posible por salir. Sin embargo, quizás lo único que he estado haciendo es permanecer en la misma profundidad, a la espera de que el siguiente momento me hunda un poco más.

Creo que ese momento ha llegado. No lo sé. Espero que el hecho de que me esté dejando llevar por esta especie de análisis de mí mismo significa que soy consciente del descenso, igual que un hombre loco no puede estar loco si se está preguntando si lo está. Un hombre que piensa que se ha hundido todo lo que puede tal vez no se ha hundido tanto. El problema es que cuando te estás hundiendo y no estás buscando un salvavidas que te ayude a salvarte, es probable que ya estés perdido.

Intento llamar de nuevo, pero Sidney no contesta. El teléfono está encendido, porque la llamada pasa al buzón de voz al cabo de cinco timbres. Debe estar sentado con los ojos clavados en él. Tiene a mi hija muerta en la parte trasera de su coche y eso significa que va a ignorar mis llamadas. Tiene a su propio hijo muerto, para quien tiene que empezar a hacer arreglos, tendido en una mesa de acero y cubierto por una sábana en una morgue fría. Tiene que empezar a elegir entre ataúdes, flores y grabadores de lápidas. Tiene que elegir un traje para su hijo y una empresa fúnebre y tiene que avisarle a la gente para que asista. Tiene muchas cosas en la cabeza. Pero primero tiene que decidir qué va a hacer con Emily. Y está preocupado por lo que yo le voy a hacer.

Cierro los ojos. Me cuestiono lo que estoy haciendo, pero no lo suficiente para dejar de hacerlo. Le envío un mensaje de texto.

«Quiero recuperar a mi hija y tú me la vas a devolver. Vamos a hacer un intercambio. Créeme, querrás hacer este intercambio».

Estoy sentado en la excavadora bajo uno de los cielos más azules de este verano. He vuelto y estoy aparcado de nuevo junto al cobertizo. Siento como

si me estuviera derritiendo aquí afuera. Me ha llevado casi dos horas hacer lo que me imagino que uno de los Alderman habría hecho en veinte o treinta minutos. Nadie se acercó a investigar el ruido. Los cementerios no tienen mucho tráfico peatonal durante la semana y he tenido toda esta área para mí solo.

El teléfono empieza a sonar. Lo abro.

—Vete a la mierda —masculla—. Mataste a mi hijo, ¿y crees que tienes algo para intercambiar? —Arrastra las palabras al hablar y me doy cuenta de que ha regresado al bar del que salió para llevarse a mi hija.

—Yo no maté a tu hijo.

—Está muerto, ¿no?

—Devuélveme a mi hija y hablaremos de eso. —¿Qué?

—Me oíste. Quiero hacer un canje.

—¿Un canje? No tienes nada que yo quiera.

—Eso es lo que pensé al principio. Hasta que empecé a seguirte el juego. La excavadora no era tan difícil de usar. Al final le pillé el tranquilo.

—¿Dónde estás? —pregunta.

—Estoy donde estabas tú hace diez años —respondo y cuelgo.

Unos segundos después, el teléfono vuelve a sonar. Lo apago.

Hay un grifo afuera del cobertizo y tengo sed, pero no quiero que mis labios toquen nada que los labios de Sidney Alderman puedan haber tocado. Me bajo de la excavadora y me resguardo en la sombra. Empiezo a revisar las herramientas. Elementos de jardinería, en su mayoría, pero algunas cosas de carpintería también. Podría ser que hace veinte años y en otra vida, Alderman tuviera un pasatiempo. Tal vez él y su hijo pasaban tiempo en el cobertizo y hacían taburetes de madera o casitas para pájaros y charlaban de ángulos, cortes en inglete y uniones. También hay herramientas eléctricas para cada ocasión. Las ignoro y cojo una pala.

Llevo la pala a la tumba en lugar de coger la excavadora. Descanso bajo un árbol que me protege del sol. Intento no pensar en las últimas veinticuatro horas que me han traído hasta aquí, aunque luego me doy cuenta de que en realidad no han sido las últimas veinticuatro horas, sino los dos últimos años. Me pregunto si al hombre que era entonces se le habría ocurrido alguna vez hacer el tipo de gilipolleces que es capaz de hacer ahora. Querría creer que no, entonces imagino que si de verdad quisiera algo, querría que los últimos dos años no hubieran ocurrido nunca.

Eso me lleva a pensar en Quentin James al instante. He tenido dos vidas, una antes de conocer a James y otra después, y he sido dos personas distintas.

El padre Julián diría que hubo un Theodore Tate con su familia y luego un Theodore Tate que tomó un rumbo que no debería haber elegido.

Se podría decir lo mismo de Quentin James. Había un Quentin Sobrio y un Quentin Borracho. Y quizás un tercer Quentin. Uno que reconocía la diferencia, pero se mantuvo callado con cerveza y programas deportivos en televisión y pagos de hipoteca. Hay un tercer Tate, uno que no puede decir que no a lo que carajo sea que esté haciendo ahora. Sentí tantas cosas cuando Quentin me dijo que lo sentía, pero compasión no fue una de ellas. Tampoco la siento ahora.

Alderman tarda treinta minutos. El sol ha bajado un poco más, pero sigue igual de caliente. El todoterreno destartado avanza por el camino, el sol destella en el parabrisas, que es la única superficie limpia del vehículo. El vehículo se balancea a izquierda y derecha mientras el conductor se esfuerza por controlarlo.

No me muevo. Aparca lo más cerca posible y, cuando se abre la puerta, sale y se detiene, mirando a su alrededor en busca de lo que supongo que soy yo. No me ve. Tiene que pasar por la sección de árboles donde estoy sentado, pero sigue sin verme. Se acerca con lentitud a la tumba, con andar errático, como si el mundo se abriera debajo de él con cada paso. Yo habría salido corriendo. Cuando llega, se queda de pie en el borde, mira hacia abajo y no hace nada. Solo observa la tierra y se balancea, sin apartar la vista, solo mirando, hasta que por fin se mete adentro.

Me muevo hacia él. El ángulo crece a medida que me acerco y me permite ver primero el borde opuesto de la tumba, luego la cabeza de Alderman y después el resto de él. Está ahí adentro, tratando de levantar el borde del ataúd de su esposa, pero le resulta difícil porque todo su peso recae sobre la tapa. Mi sombra se mueve a través del ataúd y Alderman se da cuenta. Levanta la vista, pero tiene que torcer el cuerpo para hacerlo y le es un poco incómodo. Está a horcajadas sobre el ataúd como en un caballo, excepto que no puede poner las piernas sobre los lados. Está mirando hacia el sol y sostiene una mano en alto para protegerse los ojos.

—Cabrón —musita.

—¿Dónde está mi hija?

Se pone de pie y tiene que estirar las manos contra las paredes oscuras para no perder el equilibrio. Le enseño la pala.

—¿Crees que te tengo miedo? —pregunta—. ¿Crees que no he estado esperando algo así?

Lo golpeo con la pala en un lado del rostro, no fuerte, pero lo suficiente para que caiga hacia atrás, sus piernas se levanten y su cabeza rebote contra el ataúd.

»Jesús —exclama y se toca la cara. Se inclina hacia un lado, escupe un poco de sangre y luego se pasa la mano por la boca—. Joder.

—¿Dónde la has metido?

—Vete al carajo —maldice—. ¿Mi mujer está aquí? ¿Lo está, pedazo de mierda?

—Está ahí, y a menos que quieras unirte a ella, vas a decirme dónde está mi hija.

—¿Tu hija? ¿Qué tal si me dices dónde está mi hijo? ¿O te has olvidado? ¡Está en la morgue, carajo! —Las palabras salen forzadas de su boca y envueltas en alcohol y saliva—. Sí, lo están cortando en pedazos con unas putas cizallas y cuchillos, ¿y sabes qué? ¿Quieres saber la parte graciosa? ¡Tú lo enviaste ahí!

No tiene sentido discutir. No tiene sentido repetirle una y otra vez que yo no maté a su hijo. Casey Horwell ya lo ha convencido de lo contrario.

—Mi hija. ¿Dónde está?

—Mataste a mi hijo.

—¡Dímelo!

—Nunca la encontrarás.

—Maldito seas —grito y levanto la pala como si estuviera a punto de golpearlo de nuevo. Se echa hacia atrás y yo retrocedo—. Maldito seas —repito y le arrojo la pala. La lanzo con fuerza. La cabeza de la pala lo golpea en el hombro y rebota en la tapa del ataúd. Alderman cae hacia atrás y se apoya contra la pared. Comienza a masajearse el hombro donde recibió el impacto.

Cierro los puños; estoy temblando y no sé con certeza adonde me llevará este enojo. El fondo del abismo está esperando.

Alderman coge la pala y la utiliza para ponerse de pie. Se acerca al borde de la tumba. Me imagino que debe estar borracho, porque apoya las manos en el borde como si creyera que puede salir sin que nadie intente detenerlo. Le aplasto los dedos con el pie. Tira de ellos hacia atrás y se raspa la piel del dorso de la mano. Levanta la vista hacia mí como si él fuera la víctima, como si no hubiera hecho nada malo. Una mancha de sangre se extiende por el hombro de su camisa y ahora en su mano.

»Las chicas, ¿qué pasó con ellas? —pregunto.

—¿Qué chicas?

—¿De qué chicas crees que estoy hablando? Se encoge de hombros, pero lo sabe.

—No tuve nada que ver con ellas. Y Bruce tampoco.

—Él las enterró. Lo admitió. ¿Las mató?

—Vete a la mierda.

—¿O las mataste tú?

—No me jodas. Lo único que has hecho es matar a mi hijo y ni siquiera sabes por qué.

—¿Qué tal si me lo explicas?

—Le estás preguntando al hombre equivocado —contesta.

—¿A quién debería preguntarle?

—¿A quién demonios crees? A tu amiguito, el padre Julián. Ve y pregúntale todo a él.

—¿Qué significa eso?

—No diré ni una palabra más hasta que me dejes salir de aquí.

Me alejo de la tumba.

—¿A dónde vas? —grita Alderman.

No le contesto. Me acerco a su todoterreno. Está cubierto de polvo y tiene varias marcas oxidadas de impactos de gravilla en la parte delantera. La puerta del conductor está abierta y un sonido din don proviene del tablero... las llaves todavía están puestas. Abro el portón trasero. Mi hija está tirada en la parte de atrás debajo de una lona azul oscuro, con el cabello todo enredado y flojo, y su vestido favorito en mejor estado que su cuerpo. La descomposición ha hecho estragos en su pequeño cuerpo. Me apoyo en el todoterreno y mantengo la vista baja, resistiendo las náuseas, sin querer mirar su cara porque gran parte de ella ha desaparecido. Se ha podrido, y lo que ha quedado es una máscara tan espantosa que me dan ganas de lanzar un alarido. Debería estar en la escuela en este momento. Debería tener dos años más. Debería tener nueve años y estar deseando volver a casa y sacarse la tarea de encima para poder hacer lo que hacen las niñas de nueve años... y qué es eso, no lo sé, pero debería estar enterándome. Este mundo está tan jodido que me está haciendo pensar que lo que Bruce Alderman hizo anoche no es una opción tan mala.

Cierro la puerta. Camino de regreso a la tumba. Alderman sigue tratando de salir. La dinámica se lo está complicando. Está borracho, su cuerpo ya no funciona tan bien como el de un hombre más joven, le duele el hombro y le duelen los dedos, y le está costando levantarse sobre el borde. Necesita ser

más alto o más fuerte o más joven o estar sobrio, o necesita una escalera. Levanta la vista hacia mí.

—Eres un hijo de puta —digo.

—Así que me equivoqué. Al final la encontraste.

—Es hora de que me des algunas respuestas. —Me estiro hacia abajo y cojo un puñado de su pelo con una mano y la parte delantera de su camisa con la otra. Tiro de él hacia arriba, con mucha fuerza, para que le duela, y gruñe mientras su cuerpo es arrastrado por el borde de la tumba.

—Ah, coño, más despacio, maldito —se queja, pero no tengo ninguna intención de hacerlo más lento.

—No maté a tu hijo —afirmo y sigo tirando de él hacia arriba.

Apoya ambas manos sobre las mías para aliviar el dolor que debe estar invadiendo la parte superior de su cabeza. Oigo cómo el cuero cabelludo y el cabello empiezan a rasgarse. Cuando tiene casi todo el cuerpo afuera, se arrodilla en el suelo y deja de tratar de aferrarse a mis brazos. En vez de eso, gira la cabeza, tira hacia abajo de mi mano, y cierra los dientes sobre mi pulgar.

»Mierda —exclamo y trato de retirar la mano, pero no sirve de nada. Está mordiendo con mucha intensidad, intentando cortar el pulgar.

No puedo estrellarle la rodilla contra el mentón porque empujaría sus dientes hacia atrás. De modo que lo suelto y lo golpeo. Su cabeza se mueve y el movimiento hace que sus dientes se aferren a mi pulgar, al estilo de un gran tiburón blanco que destroza a su presa con las sacudidas de su cabeza. Así que empujo hacia adelante. Ambos nos tambaleamos y, un momento después, estamos cayendo en el aire.

De vuelta en la tumba.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

En gran parte, caigo sobre Sidney Alderman. Mi codo choca contra el ataúd y mi pulgar sale disparado de su boca. Mi rodilla golpea la pared, pero el resto de mí aterriza sobre el viejo, lo que amortigua el impacto. Alderman no tiene tanta suerte. No tiene nadie sobre quien aterrizar. Solo su esposa, excepto que los años de sostén de ella han terminado. Así que aterriza con fuerza sobre la madera, con la pala debajo de él... más duro, me imagino, que si cayera él solo. Porque yo caigo con él, o sea que intervienen mi peso, el impulso y las leyes de la física, y todos se potencian de manera negativa para Sidney Alderman. Su cabeza rebota contra el borde del ataúd.

Apoyo las manos contra las paredes de tierra y el ataúd y me empujo hacia arriba. Me sale mucha sangre del pulgar. Los bordes de la mordedura se han despellejado y revelan carne de color rosa brillante. Busco mi pañuelo en el bolsillo y lo envuelvo con fuerza alrededor de la herida. No duele, pero calculo que en unos veinte segundos me estará matando. Me pongo de rodillas y sacudo un poco a Alderman. No hay respuesta, así que lo sacudo más fuerte.

Cuando no se mueve, doy el siguiente paso y pongo mis dedos contra su cuello para saber lo que estoy empezando a temer. La sangre empieza a escurrirse sobre el ataúd. La tapa está ligeramente curvada, por lo que la sangre no se acumula; se desliza por los lados y queda atrapada en una delgada ranura decorativa que se extiende por todo el borde de la tapa. Gota tras gota y comienza a acumularse; desborda la ranura y moja la tierra.

No hay pulso.

Empiezo a dar la vuelta a Alderman, pero me detengo a mitad de camino cuando veo el daño. La punta de la pala está enterrada en su cuello en un ángulo que hace que apunte hacia su cerebro. Su cabeza cae cuando lo muevo y el mango de la pala gira. Sus ojos están abiertos, pero no ven nada. Lo suelto y se desploma contra el ataúd. Mis manos están cubiertas de su sangre. Las observo durante unos segundos, luego las limpio en las paredes de la tumba y las miro un poco más antes de alejar mi cuerpo todo lo que puedo de Alderman, que no está lejos. Vuelvo a limpiarme las manos en la tierra húmeda y me las paso por la camisa. En ningún momento le quito los ojos de encima a Alderman, como si fuera a incorporarse y decirme que no me preocupe, que estas cosas pasan, que le podría haber pasado a cualquiera.

Jesús.

Salgo de la tumba. Es mucho más fácil para mí de lo que fue para Alderman porque la dinámica es totalmente diferente. Me tiendo en el césped y contemplo el cielo, que es tan azul como cuando estaba sentado en la excavadora, desenterrando la tumba.

Jesús.

Me pongo de pie y empiezo a estudiar a Sidney Alderman desde diferentes ángulos que no mejoran la situación. Intento pensar en Emily mientras observo en la dirección del todoterreno, oculto por los árboles, sabiendo que ella está en la parte trasera, confiando en que su presencia hará que las cosas parezcan mejores de lo que son. Esperando justificar la muerte de Alderman pensando que se lo merecía. Lo intento, pero no funciona. Debería. Pero no funciona. Se merecía la oportunidad de contarme todo lo que sabía sobre las chicas muertas y esas chicas muertas también se lo merecían. Pienso en Casey Horwell y me pregunto cómo reaccionaría si la llamara para contarle en qué había derivado su nota periodística. Me imagino que estaría contentísima, le daría el tiempo en el aire que está desesperada por conseguir.

Camino hasta los árboles para poder ver tanto la tumba como el todoterreno. Miro de uno a otro. ¿Hay un siguiente paso? Supongo que sí. Siempre lo hay. De hecho, tengo dos primeros pasos entre los cuales elegir, el problema es que apuntan en direcciones diferentes.

El primero requiere que busque mi móvil en el bolsillo y llame a la policía. Pero no lo hago. Dirán que yo quería que esto pasara. Dirán que Alderman me presionó demasiado y yo reaccioné. Pero también dirán que tuve tiempo de calmarme porque pasaron varias horas entre que Alderman desenterró a Emily y yo lo envié a él bajo tierra. Horas durante las cuales cavé la tumba de su esposa, hablé con el cura y continué con la investigación. Así que dirán que no perdí el control. Dirán que tuvo que ser premeditado, porque tuve muchas oportunidades de acudir a la policía y no lo hice. Dirán que yo sabía lo que estaba pasando, que miré hacia el abismo y me zambullí en él.

Elijo la otra dirección.

Entro en la tumba de nuevo y doy la vuelta a Sidney Alderman. La sangre ahora se acumula a ambos lados del ataúd. Tiro de la pala, pero al principio no se mueve. Está atascada en algo dentro del cuerpo. La muevo de un lado a otro para aflojarla, como si estuviera sacando un diente, y se desprende con el sonido que hace un pie al ser sacado del barro. La arrojo sobre el césped y salgo.

Camino hacia el otro lado de los árboles y escudriño el cementerio. No hay ni un alma a la vista. Vuelvo y empiezo a echar tierra sobre Alderman. La tierra cae sobre él con fuerza: algunos terrones se quedan donde han golpeado, otros ruedan por el costado y caen en la sangre. El sonido no se puede confundir con ningún otro más que el de la tierra contra la carne. Suelto la pala. Tiene pedacitos negros de tierra pegados en el borde con la sangre de Sidney Alderman. Regreso al cobertizo y vuelvo con la excavadora. Solo puedo andar un tramo del camino antes de verme obligado a tener que pasar por encima de las tumbas y alrededor de otras tumbas y de los árboles para llegar a la parcela y, cuando llego, tardo menos en llenar la tumba de lo que tardé en vaciarla. Una vez que termino, regreso con la excavadora y me quedo de pie en el cobertizo; tengo que hacer un esfuerzo por no desplomarme mientras el mundo se balancea. Acabo de añadir otro Tate a mi colección de personalidades. Cada una más desastrosa que la otra. ¿Adónde me llevarán?

Una opresión se extiende por mi pecho y de repente, el cobertizo parece demasiado pequeño, las paredes se estrechan, el techo desciende. Salgo afuera y descubro que el mundo entero ya no me parece lo bastante grande.

Las nubes han regresado y el sol ha desaparecido por completo. El crepúsculo ya está aquí y resulta un poco difícil distinguir el entorno. Encuentro el todoterreno y conduzco hasta la tumba de mi hija. Me quedo allí sentado hasta que algunos dolientes cercanos abandonan el área. Entonces la cargo con delicadeza, con temor a que se desintegre, con temor a desintegrarme. La apoyo en el suelo y bajo los dos metros que me acercan más al Infierno al que he vuelto a demostrar que estoy destinado. Me alargo y la levanto, luego la tiendo. No se parece a Emily. Podrá tener el mismo vestido y el mismo cabello, pero todo lo demás es diferente. Es diferente de una manera en la que no quiero pensar. Le aparto el pelo de lo que queda de su cara y lo acomodo detrás de lo que queda de sus orejas. Cierro la tapa, no quiero pasar más tiempo con ella, pero a la vez, quiero quedarme toda la noche aquí, sosteniendo su mano.

Utilizo la misma pala que mató a Sidney Alderman para enterrarla. Parece correcto que lo haga así, y disfruto del dolor que me sube desde el pulgar y a lo largo de todo el brazo. Me lleva una hora y, cuando termino, mi camisa está llena de tierra y toda húmeda, y el día es oscuro y el vendaje improvisado en mi pulgar está aún más oscuro. Tiro la pala en la parte trasera del todoterreno. Mis huellas dactilares están por todo el vehículo. Mi propio coche sigue aquí. Soy un asesino, y si no tengo cuidado, el mundo pronto lo sabrá.

Conduzco otra vez al cobertizo. Encuentro un poco de aguarrás, empapo unos trapos en él y me pongo a limpiar cada superficie con la que he estado en contacto. Conduzco hasta la casa de Alderman, aparco en el sendero de entrada y hago lo mismo allí. Limpio bien el todoterreno y llevo la pala a mi coche. Cuando me marchó, nadie me sigue. A nadie parece importarle.

Me dirijo a la residencia de ancianos. El personal no parece entusiasmado de verme. Carol Hamilton se ha retirado por el día y nadie me pregunta qué demonios fue lo que sucedió conmigo esta mañana. Nadie pregunta por qué tengo este aspecto asqueroso, con la ropa desarreglada, la piel manchada de tierra y el pulgar envuelto en un pañuelo sucio. Paso una hora con mi esposa y ahora más que nunca necesito algo de ella, que me apriete la mano o que sus ojos se enfoquen en mí y no más allá de mí, pero no puede ofrecerme nada de eso. No le cuento nada de lo que ha pasado. Miro por la misma ventana que ella y veo las mismas cosas, y esto es lo más cerca que me he sentido de ella en dos años. Una parte de mí envidia su mundo.

Cuando llego a casa, uso una sierra para cortar la pala en media docena de pedazos. Los limpio bien, pero sé que necesitaré hacer más que eso, tendré que deshacerme de ellos donde nadie jamás pueda encontrarlos. A continuación, me meto en la ducha y observo cómo el agua arrastra la tierra y la sangre, aunque aún me siento cubierto de ellas. Me quito el pañuelo del pulgar y enjuago la herida, que sigue sangrando ligeramente. Necesita puntos, pero no pienso ir a que me los den. Me vendo el dedo y preparo algo para cenar, pero no puedo comer. Enciendo el televisor, pero no entiendo nada de lo que están hablando los presentadores de noticias. Cojo una cerveza, me siento en la terraza y me quedo mirando un trozo de hormigón que dejamos a la intemperie hace cinco años cuando construimos la terraza. El cemento estaba húmedo y grabamos nuestros nombres en él para que el agua nunca pudiera lavarlos. Daxter aparece y salta sobre mi regazo, pero unos segundos después, pega otro salto y vuelve al suelo. Observo los nombres en el cemento mientras termino mi cerveza y, más tarde, clavo la vista en el techo de mi dormitorio para intentar conciliar el sueño. Pienso en Quentin James, en la familia Alderman y en las cuatro chicas muertas que nunca conocí. He dejado a sus familias sin la posibilidad de un cierre, porque el hombre que podía ayudarme está muerto. Cualquier esperanza de obtener respuestas la arrastré conmigo al abismo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

A las cuatro de la mañana renuncio al sueño y me siento a la mesa a beber café. No paro de darle vueltas a lo que acabo de hacer, como si imaginar cada detalle pudiera darme la oportunidad de volver atrás y cambiarlo.

Hace dos años, después de hablar con Quentin James, dormí como un tronco. Llegué a casa y me preparé la cena, vi algo de televisión y, una hora después de medianoche, me fui a la cama. Era un nuevo día y yo era un hombre nuevo, y cuando me deslicé entre las sábanas, cerré los ojos, imaginé a mi familia y me dormí. No hubo pesadillas. Ni preguntas. Ni culpa. Recuerdo que me quedé esperando la culpa. Fui a hablar con el padre Julián y le confesé mis pecados y esperé a que surtiera efecto, pero no lo hizo. Esa noche, dormí como un bebé.

Pero esta vez no.

Conduzco de vuelta al cementerio. La noche es fría y todavía faltan unas horas para que empiece a asomar la luz del día. Por el camino, arrojo la ropa de ayer en un contenedor, tal como lo han hecho cientos de hombres culpables antes que yo. Permanezco de pie en la tumba donde desenterraron a Rachel Tyler, junto a la esquina del lago, y reflexiono sobre las decisiones que me han convertido en lo que soy. Entonces me doy cuenta de que fueron elecciones que otros hicieron por mí. Quentin James me inició en esta senda. No me dio ninguna otra opción que llevarlo al medio de la nada y dejarlo ahí. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? ¿Dejarlo cumplir su condena en la cárcel para que volviera a matar cuando lo liberaran? A la mierda con esa gente que piensa que el alcoholismo es una enfermedad. El cáncer es una enfermedad. Dile a la gente con cáncer que el alcoholismo es una enfermedad y ya vas a ver lo que opinan. Todo es cuestión de elección. La gente elige beber. No elige tener leucemia. Así que James no tenía a quien culpar más que a sí mismo. Eligió seguir bebiendo. Podría haber elegido parar. Podría haber elegido buscar ayuda. Eligió la senda que me llevó a matarlo.

Pateo un terrón de tierra al agua y lo observo desaparecer. ¿Tengo límites? ¿Mataré a la próxima persona que sospeche que es un asesino? Joder, ¿y qué pasará la próxima vez que tenga que hacer cola en algún sitio y me canse de esperar? ¿Bajaré de un tiro a los que están delante de mí? ¿Le pegaré un tiro al tío que me repare el coche porque intenta estafarme con la factura?

La escena del crimen todavía tiene la cinta que ondea en la brisa. En realidad, no es la escena de un crimen. Es más bien una escena depravada, donde unos muertos fueron reemplazados por otros muertos. El equipo de excavación ya no está. Las tiendas han sido desmontadas. El césped ha sido pisoteado. El circo que vino a la ciudad se ha marchado. Contemplo el lago. Me pregunto qué profundidad tendrá y cómo se habrán sentido los buzos en el agua. Repaso los últimos dos días y trato de filtrar todo hasta que las respuestas sean claras, pero si hay respuestas, me siguen eludiendo.

Cuando me alejo del agua, no miro hacia atrás. Llego a la tumba del cuidador y me paro junto a la tierra removida y escucho el viento y el amanecer, y trato de oír alguna voz que provenga de debajo de mis pies. No hay ninguna. Conduzco hasta la iglesia. Dejo el coche en marcha y camino hasta las grandes puertas y empiezo a golpearlas; estoy rompiendo la promesa que le hice al padre Julián de que nunca volvería. No hay respuesta, así que doy la vuelta por un lado y empiezo a golpear una puerta mucho más pequeña.

El padre Julián me grita que espere. Unos instantes después, le quita la llave a la puerta y la abre. El cura lleva un pijama gastado y una bata. Tiene el pelo levantado en un costado.

—Theo. ¿Qué haces aquí? ¿Sabes qué hora es?

—Tiene que ayudarme.

—¿Ayudarte? Ya he hecho bastante por ti últimamente.

—Por favor, es importante. Sidney Alderman, ¿fue él?

—No puedo...

Alargo la mano y lo tomo del brazo, y apoyo la otra mano en su hombro. Lo sujeto con fuerza y tiro de él hacia adelante de modo que nuestras caras casi se tocan.

—¿Fue él?

—Theo...

—Si lo fue, no tiene que decírmelo. No estaría rompiendo el secreto de confesión —argumento y puedo oír la desesperación en mi voz—. Pero si no fue él, si no confesó, puede decírmelo. A Dios no le importará.

—¿Qué has hecho, Theo? ¿Qué has hecho?

—Dígamelo.

Me mira a los ojos, porque a esta distancia, no hay alternativa. A continuación, comienza a sacudir la cabeza con lentitud.

—Vete a casa, Theo.

—No hasta que me lo diga.

Se libera de mis manos y me empuja en el pecho. Me tambaleo hacia atrás y no me caigo, pero de todos modos siento que he caído. De nuevo en el abismo.

»Bruce enterró a esas chicas por alguien —indico—. ¿Por su padre?

—Esto ya ha durado demasiado.

—¿Fue por usted, padre? —sugiero, sin saber de dónde ha provenido esta pregunta—. ¿Usted mató a esas chicas? ¿Bruce las enterró por usted? Sidney me dijo que le preguntara. Dijo que usted sabía mucho más de lo que decía. ¿Hasta qué punto está involucrado? ¿Mató a esas chicas? ¿O solo está feliz de proteger al hombre que lo hizo?

—Sal de aquí, Theo. Lárgate de aquí o llamaré a la policía. Hablo en serio.

Da un paso atrás y cierra la puerta de un golpe.

Me quedo de pie en el mismo sitio durante medio minuto, preguntándome si la conversación de verdad ocurrió como lo recuerdo... si el padre Julián hizo que Bruce enterrara a esas chicas... y preguntándome qué locura se ha apoderado de mí para pensar tal cosa.

Estoy seguro de que me observa desde algún lugar adentro de la iglesia mientras me doy la vuelta para regresar a mi coche. Me siento mareado y con náuseas, y tengo un agujero en el estómago, como si no hubiera comido en meses. Subo al coche y dejo atrás el cementerio, ahora con la certeza de que el hombre que maté era por cierto un enfermo hijo de puta, pero no era culpable de asesinato. Me alejo, pensando en lo bien que me vendría un trago.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VEINTICINCO

La ciudad está blanca y fría y llena de sombras largas. El aire es como hielo. La calefacción es lo bastante fuerte como para que solo los bordes del parabrisas se hayan escarchado, pero no lo suficiente para evitar que se empañe el centro del cristal. Hay marcas circulares donde lo he limpiado con la mano. Mi trago parece mantener el frío a raya con mucha más eficacia que la calefacción.

Estamos en junio y ha llegado el invierno. El césped se ha vuelto quebradizo por la escarcha y se rompe como el cristal bajo los pies. Las sombras de las lápidas de cemento son más largas que hace dos meses cuando me caí al lago. En este momento, reina una quietud mortal en el aire. Los árboles están inmóviles, congelados en una instantánea. Nada se mueve. La iglesia parece poco acogedora, como si la helada temperatura interior hubiera convencido al mismo Dios de irse. Pero no está del todo vacía. El padre Julián está allí. En alguna parte.

Bebo otro sorbo. Me quema la garganta. Me estremezco.

El reloj en mi tablero estás desfasado por una hora porque nunca lo cambié cuando terminó el horario de verano en abril. Marca las nueve de la mañana y sé que eso significa que tengo que añadir una hora o quizás restar una, no recuerdo cuál. No es que me importe.

Observo el coche de policía por el espejo retrovisor cuando se detiene detrás de mí y la grava se retuerce y rechina bajo las ruedas. Durante unos treinta segundos, no pasa nada en tanto los ocupantes esperan dentro del interior calefaccionado. Luego se abren las puertas. Dos hombres se acercan. Bajo la ventanilla lo suficiente para hablar a través de ella. La mañana de invierno aprovecha el momento e inunda el coche de un frío tan salvaje que me empiezan a doler todas las articulaciones.

—Buenos días, Tate —me saluda el oficial más alto, con el tono justo para sugerir que está listo para arrastrar mi culo hasta el hotel de bloques de hormigón. Sus palabras lanzan vahos de vapor.

—Creía que era la tarde.

—No puedes estar aquí.

—Mi hija está enterrada aquí —respondo—. Eso me da el derecho.

—No, no te da nada.

—Esto es propiedad pública.

—Hay una orden de restricción contra ti, Tate. Ya lo sabes. No puedes acercarte a menos de cien metros del padre Julián.

—No estoy a menos de cien metros de él.

—Sí lo estás.

—No lo veo.

—Eso es porque está adentro.

—Pero hubiera sido ilegal si me hubiera acercado a chequear, ¿no crees?

—Lo que creo es que estás haciendo todo lo posible para que te arresten.

—Entonces necesitas creer en cosas mejores. Tanta mierda te deprimirá.

Asiente con la cabeza, pero ya no me está mirando, está mirando lo que tengo en la mano.

—¿Es lo que pienso que es? —Está mirando mi taza de café de poliestireno que no tiene café.

—No lo sé. Depende de lo que estés pensando. Eres mucho más negativo de lo que creía.

Se vuelve a su compañero, y luego otra vez hacia mí.

—Jesús, Tate, es un poco temprano para beber, ¿no?

—En algún lugar del mundo es *happy hour*.

—Vale, supongo que no tendrás problemas en acompañarnos, ¿no?

Me abren la puerta y salgo del coche. Mi aliento forma nubes en el aire. La grava cruje bajo mis pies y pequeños trozos de escarcha se quiebran entre ellos, y los árboles que estaban tan quietos cuando estaba sentado parecen abalanzarse sobre mí a medida que camino. Los oficiales me escoltan hasta la parte trasera de la patrulla y tengo que estirar la mano y agarrarme al vehículo para no caerme. Luego me quitan el *bourbon*. Diablos, ¿qué sigue? Primero pierdo a mi familia, ¿ahora pierdo mi posibilidad de beber?

El interior del coche de policía está más caliente que el mío y la vista es un poco mejor ya que el parabrisas no está cubierto de hielo. El viaje no incluye ninguna conversación, y paso el tiempo con la mirada en los pies y repitiéndome que no debo vomitar, ya que tengo la impresión de que el coche no para de zigzaguear. En la comisaría, tomamos un ascensor que parece subir demasiado deprisa y tengo que sujetarme de la pared. Luego los hombres me hacen pasar junto a docenas de ojos curiosos. No devuelvo ninguna mirada; solo observo las expresiones de decepción antes de llegar a una sala de interrogatorios.

Me sientan frente a un escritorio en el que en otra vida yo solía sentarme al otro lado. Cierran la puerta y me vuelvo a poner de pie y descubro que está

cerrada con llave. Doy unas vueltas antes de decidir que más vale que me siente. Conozco el procedimiento. Sé que me harán esperar antes de enviar a alguien. Necesito ir al baño, pero si tengo que esperar demasiado no tengo ningún problema en mear en el rincón. ¿Por qué habría de tenerlo? Si puedo matar gente, puedo hacer cualquier cosa.

Pasan cuarenta minutos antes de que aparezca el detective inspector Landry. Lleva una sola taza de café que sé que no es para mí y una carpeta que deja sobre el escritorio, sin abrir. Tiene aspecto de no haber dormido en una semana, con manchas oscuras debajo de los ojos. Todavía huele a humo de cigarrillo y a café. Se ve estresado. Ha estado muy ocupado con toda la otra mierda que ha estado ocurriendo en la ciudad además de tratar de descifrar cómo esos cuerpos llegaron al agua. Otros asesinatos, otros casos.

Toma asiento y me clava la mirada.

—¿Puedes explicarme esta obsesión una vez más? —me pregunta.

—No es una obsesión. ¿Puedo irme?

—¿Tú qué crees? Violaste una orden de alejamiento. Estabas en un coche, al volante, y bajo la influencia de alcohol.

—No me han hecho la prueba de alcoholemia.

—¿Quieres hacértela?

—¿Qué sentido tendría? No estaba conduciendo.

—Pero podría argumentar que condujiste hasta allí borracho. O que estabas a punto de marcharte borracho. Las llaves estaban en el contacto.

—Tú podrías argumentar eso y yo podría argumentar que eres un gilipollas.

—Joder, Tate, ¿por qué coño no intentas ayudarte a ti mismo? ¿Eh? ¿Por qué no sacas provecho del hecho de que en este preciso momento soy el mejor amigo que tienes en esta ciudad?

—¿Y eso por qué?

—Porque llamaste y nos diste los nombres de las otras dos chicas. Fue el puntapié inicial.

—Eso fue hace dos meses —replico. Fue el mismo día que contacté con Alicia North, la mejor amiga de Rachel de quien David me había hablado. Alicia North no había oído hablar del padre Julián, no había oído hablar de Bruce ni de Sidney Alderman, no había oído hablar de nada en absoluto que pudiera haberme ayudado. También fue el mismo día que empecé a romper un montón de precintos en un montón de botellas de alcohol con el fin de empujar al fondo de mi mente las imágenes que estaba teniendo de Sidney Alderman muerto. Fue el día siguiente de que lo maté.

—Sí, fue hace dos meses, pero como soy un tío generoso estoy siendo benévolo contigo. Mira, por lo que hemos visto, Sidney Alderman huyó el mismo día que me dijiste que tenías los nombres de las chicas y un día antes de que alguien llamara a la línea directa con la información anónima. Desde entonces, no han desaparecido más chicas.

—O sea que yo estoy en la lista blanca y Alderman en la lista negra. De acuerdo. ¿Vas a dejar que me vaya?

—El problema —responde, y hace una mueca cuando bebe un sorbo de café— es el padre Julián. De alguna manera encaja en todo esto y eso es un problema. Para nosotros, para él y para ti. Si pensaras que el caso está terminado, estarías en tu casa ahora mismo. No estarías siguiendo a Julián. Y si creyeras que Alderman era culpable, estarías por ahí buscándolo.

—Ahora eres tú el que parece obsesionado.

—Es extraño que Alderman no esperara a que su hijo fuera enterrado. No se llevó el coche. No empaquetó ropa. Eso huele raro, Tate, y sigo llegando a la conclusión de que tú sabes algo al respecto. ¿Cuántas veces te hemos traído aquí?

—Si tienes algo que decir, hazlo.

—¿Qué tal si aprovechas esta oportunidad y me explicas un poco para que pueda empezar a entender qué demonios está pasando contigo? Cada vez que te arrastramos aquí, estás más borracho. Esta es la tercera vez desde que se emitió la orden de alejamiento hace una semana. Si fuera cualquier otro ya lo habrían dejado detenido. Estaría tras las rejas. No habrá ningún favor si te vuelven a traer una cuarta vez. Vale, tío, sabes que enviar a un expolicía a prisión no va a ser agradable.

—¿Puedo irme ya?

—No. Cuéntame del padre Julián.

—¿Qué pasa con él?

—Has acampado en tu coche fuera de la iglesia casi todas las noches. El alcohol te está jodiendo el cerebro porque no pareces entender lo que significa una orden de alejamiento. El cura alega que lo estás acosando y es exactamente lo que estás haciendo. —Toma otro trago de café, lo deja y se inclina hacia adelante—. A menos que esté pasando algo por alto, tengo la impresión de que quieres acabar en la cárcel. ¿Es eso?

Me encojo de hombros como si no me importara, pero la verdad es que no quiero acabar en la cárcel. Si quisiera eso, le contaría todo sobre Sidney Alderman y dónde podían encontrarlo.

»Entonces, ¿por qué te lo pasas sentado vigilando fuera de la iglesia? — pregunta.

Intento mantener el contacto visual, pero no digo nada.

»Vamos, Tate, date una oportunidad. Estamos cansados de los juegos. La próxima vez que te traigamos aquí, te quedarás. ¿Entiendes?

—Lo has dicho dos veces. Lo entendí las dos veces.

—Sin embargo, aquí estás.

—Mira, no tengo nada más para decir.

—Vale, el padre Julián alega todo lo contrario. Tiene mucho que decir sobre ti.

—Lo dudo mucho.

—¿Y eso por qué? ¿Crees que cualquier cosa que le hayas dicho está protegida por la confidencialidad entre sacerdote y parroquiano? Tienes razón, hasta cierto punto. El padre afirma que no puede compartir nada de lo que le has dicho. Pero que sí puede compartir su preocupación. Según él, hace dos meses fuiste a verlo y le pediste que te ayudara a encontrar a Bruce Alderman. Todos sabemos cómo terminó eso, ¿verdad? Antes de darnos cuenta, Alderman apareció muerto en tu oficina.

—Mira, Landry, no apareció muerto, ¿vale? El tiro no se lo pegó antes de entrar en mi oficina.

—Al día siguiente fuiste a ver al padre Julián de nuevo, esta vez para pedirle que te ayudara a encontrar a Sidney Alderman. Fue el mismo día que me llamaste para decirme que sabías quiénes eran las chicas desaparecidas. El padre Julián dijo que si hubiera sabido dónde estaba Sidney, le hubiera advertido que se mantuviera lejos de ti. ¿Por qué crees que diría eso?

Me miro el pulgar y la profunda cicatriz donde me mordió Sidney Alderman. A veces todavía me duele.

»¿Crees que el padre Julián es culpable de algo? —añade.

—¿De qué sería culpable? —pregunto.

—No lo sé. Dímelo tú. ¿Crees que mató a esas chicas?

—Esto es una gilipollez.

—Sabe algo sobre ti, algo que no quiso decirme. Pero lo estoy descubriendo —sugiere y desliza una mano a través de la tapa de la carpeta que trajo con él a la sala. La carpeta es gruesa y, por lo que sé, las páginas entre sus tapas podrían estar en blanco, aunque Landry quiere hacerme creer que están llenas de hechos circunstanciales que en cualquier momento se van a alinear en el orden correcto para que pueda arrestarme por algo.

No digo nada.

Landry llena el silencio.

»Verás, es solo cuestión de unir los puntos. Los tuyos son fáciles, porque es una línea de tiempo sencilla. En los últimos dos años, Tate, te han pasado muchas cosas. El accidente con tu familia. Me solidarizo contigo, nadie debería perder lo que tú has perdido.

Sigo sin decir nada. No quiero ayudar a Landry a llegar a donde sea que esté dirigiendo la conversación.

»¿Qué supones que le pasó a Quentin James? —inquire.

—No lo sé.

—Pareces tranquilo al respecto, Tate. En tu lugar, yo estaría furioso como el demonio. No creo que me hubiera resignado al hecho de que lograra escaparse. Estaría yendo de un lado a otro y llamando a la policía y llamando a los medios y estaría buscándolo por todos lados. Estaría molestando a todo el mundo, haría preguntas y presionaría a todo el que pudiera para que encontrar a Quentin James fuera una prioridad. Pero tú no.

—Quizá aparezca algún día y se haga justicia.

—Si es que ya no se ha hecho. Es difícil estar desaparecido tanto tiempo, sobre todo en este país. Y entonces, hace dos meses, las cosas cambian de nuevo. Hay muertos. Desaparecidos. ¿Y qué ocurre? Tú empiezas a beber. Empiezas a aparecerte borracho en la iglesia. Acosas al padre Julián. Lo atosigas con preguntas. Hace una semana presentó una orden de restricción contra ti y tú la ignoras, así como así. ¿Quieres saber lo que pienso?

—No, a menos que vayas a acusarme de algo. De lo contrario, me voy.

Me pongo de pie. La sala de interrogatorios se balancea un poco. Estiro un brazo y me agarro del escritorio.

—Vuelve a sentarte, Tate, antes de que te desmayes.

—Acúsame o me buscaré un abogado.

—Violaste una orden de alejamiento —me recuerda—. Eso significa que podemos acusarte.

—Entonces hazlo. ¿Crees que me importa?

—¿Sabes? La verdad es que no creo que te importe. Y ese es el problema. —Landry se levanta. Recoge la carpeta y su café, y camina hacia la puerta. Hace malabares con ellos para poder coger el picaporte—. Veo que estoy perdiendo el tiempo aquí. Pero déjame advertirte, no vuelvas a la iglesia. Si te acercas al padre Julián, haré que te arresten. Basta ya de gilipolleces. Basta de sentirnos mal por la mierda que has tenido que pasar, basta de que la gente aquí sienta lástima por ti y encuentre la manera de que le siga importando. Te estás desmoronando y cualquier lealtad que hayas forjado aquí se está

disipando con rapidez. ¿No quieres ir a la cárcel? Pues entonces necesitas echarte una buena, larga y severa mirada a ti mismo y averiguar qué te está pasando. ¿Me entiendes?

Lo entiendo.

»Y por el amor de Dios, Tate, vete a casa y date una ducha. Hueles a cervecería.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Me vuelvo a sentar y espero unos minutos, pensando en lo que ha dicho Landry, intentando decidir si la policía me ayudaría si le dijera la verdad, o si me crucificaría. Cuando me incorporo, tengo que volver a agarrarme del escritorio para recuperar el equilibrio. En ese tiempo, llego a la conclusión de que Landry no tiene ni idea de lo que está hablando, ninguna de estas personas la tiene, y que deberían dejarme en paz.

Desde cada cubículo y cada rincón del cuarto piso, alguien me está mirando. Me dirijo al ascensor. Hace dos años, yo formaba parte de este ambiente. Era uno más del equipo y hacía lo que podía para intentar reparar los pedazos rotos de esta ciudad, para resistir las mareas de violencia creciente de lo que era, y sigue siendo, una batalla perdida. Luego las cosas cambiaron. El mundo cambió. Presenté mi renuncia porque sabía que el departamento me la iba a pedir. No quería quedarme y no sabía qué iba a hacer después de irme. El día que me marché, la gente se me acercaba y me daba palmadas en el hombro o me estrechaba la mano y me decía que fuera lo que fuera lo que hubiera pasado, el desaparecido Quentin James se lo merecía. Nadie dio un paso al frente y dijo que sabía que yo lo había matado, porque nadie lo sabía y, lo que es más importante, nadie quería saberlo. Todos tenían sospechas y todos estaban de mi lado, pero si hubiera aparecido alguna prueba, me habrían encerrado sin remordimientos.

En este momento, esas mismas personas me están mirando con fijeza. Nadie se acerca. Me miran de arriba abajo; estudian mi ropa arrugada y mi cara sin afeitar, y se preguntan qué mierda podría pasar en sus vidas para terminar convirtiéndolos en alguien como yo. Se preguntan cuán lejos estoy de que el alcohol me lleve a la tumba; si será la bebida la que me mate o si terminaré con el cañón de una escopeta en la boca. Joder, todos nos estamos preguntando la misma maldita cosa. Tengo ganas de gritarles que ya no me importa y que no quiero su compasión.

Llego al ascensor y antes de que se cierren las puertas, Landry se cuelga en el interior. Lleva un paquete de cigarrillos en la mano.

El ascensor empieza a bajar. Lo siento en el estómago, como si cayéramos a cien kilómetros por hora. Me sujeto de la pared. Cualquiera que sea la conversación que Landry está planeando tendrá que ser corta.

—Sé que los mataste —asegura—. A Alderman y a James.

Se da la vuelta hacia mí y me empuja despacio contra la parte trasera del ascensor. Me apoya la palma de la mano en el pecho y sostiene el brazo estirado, como si mantuviera a distancia de un mal olor.

»El gilipollas de Quentin James... no me importa que lo hayas matado. Diablos, es algo que tenemos en común, porque a veces, a veces, creo que soy capaz de hacer lo mismo. Pero esa es la diferencia, ¿no? Yo no he tenido que cruzar la línea porque no he perdido lo que tú has perdido. ¿Y quién sabe? Quizá cualquiera de los que estamos aquí hubiera hecho lo mismo. Este trabajo, Tate, es una misión... pero ahora estás del lado equivocado. Verás, podemos perdonarte lo de Quentin James. Pero no más. Lo que sea que estés haciendo ahora, es mi trabajo averiguarlo. Y no es porque te odie, lo sabes. Es porque es parte de la misión. En otro momento lo habrías entendido. Quizás te dé igual que tu mundo se venga a pique, pero piensa en tu esposa. ¿De verdad estás dispuesto a dejar que se vaya consumiendo y...?

Lo aparto de un empujón y le lanzo un golpe. Lo esquiva, empuja mi brazo en la dirección en que iba y me estrella contra la pared de espejos contigua. Me aprieta la cara contra la pared y la vista no es buena. Líneas rojas y muy delgadas atraviesan mi visión, y mi dolor se refleja en la superficie para que todos lo vean. Mi aliento empaña el espejo.

»¿Has terminado? —pregunta.

—He terminado.

Las puertas se abren y me suelta. Salgo del ascensor y me sigue. Golpea la cajetilla de cigarrillos en sus manos y se marcha en otra dirección. Hago todo lo que puedo para avanzar en línea recta, pero es imposible. Voy al baño de la planta baja antes de dejar el edificio.

El aire frío me da náuseas, como casi todo ahora. El frío atiza fragmentos de las conversaciones con Landry. El *bourbon* que flota en mi interior no los mantiene a raya. Hago señas a un taxi y cuando llego a casa, me demoro en el pasillo en caso de que tenga que correr al baño a vomitar. Luego me tambaleo hasta la cama. Me dejo caer sobre ella y duermo el resto de la mañana y hasta media tarde.

CAPÍTULO VEINTISIETE

No hay nada como despertarse con resaca a última hora del día. Es algo por lo que todo policía pasa en algún momento. Quizás la diferencia entre un buen policía y un mal policía es la frecuencia. Aunque tal vez ni siquiera eso sea cierto. Los buenos policías a menudo beben mucho solo para poder aguantar. Y de todos modos, no soy un policía.

Mi dormitorio es un desastre. No me acuerdo cuándo fue la última vez que hice la cama y ni siquiera estoy seguro de qué sentido tendría. Calcetines, ropa interior, camisas, y más calcetines y ropa interior cubren el suelo. En la cocina, la mesa está llena de botellas de *bourbon* y cajas de pizza. Hay vasos por todas partes y olores procedentes de armarios que no he abierto en mucho tiempo. Igual que en la casa de los Alderman. Me sirvo un vaso de agua y me tomo un par de analgésicos. Supongo que debería comer, pero pareciera que nunca tengo apetito, aunque la cantidad de cajas de pizza sugiera lo contrario. Abro la nevera con la remota posibilidad de que eso pueda cambiar, pero cuando veo lo que hay adentro, decido que es probable que nunca más vuelva a comer.

Preparo café y me doy una ducha. Hace tiempo que no uso una lavadora ni una plancha y no veo ningún sentido en romper una tradición que parece estar funcionando bien. Cojo algo de ropa de la parte de arriba de uno de los cestos, ya que deduzco que olerá menos que la que está en la parte inferior y sin ninguna duda menos que la que acabo de usar para dormir la mitad del día. Hundo las manos en el cesto para sacar la ropa del fondo y reciclarla a la parte superior donde se aireará mejor.

En la mesa del comedor hay una pila de facturas sin abrir. Facturas de luz y del teléfono, el pago de la hipoteca y los gastos de mi esposa. El seguro cubre la mayoría de las facturas de Bridget, pero no todas. Incluso hay una factura pendiente de la floristería. El alquiler de mi oficina ha expirado o, mejor dicho, como he dejado de pagarlo, me han dejado un mensaje en el contestador para avisarme que el contrato ha sido rescindido. Creo que después de lo que pasó la última noche que estuve allí se apuraron a echarme. Un equipo de limpieza industrial me pasó un presupuesto, pero nunca lo vi. Trataron de ponerse en contacto conmigo durante un tiempo, pero se dieron por vencidos.

Ni siquiera sé qué demonios pasó. Seguro que hay una factura aquí que lo explica.

No tengo dinero para pagar otro taxi, ni siquiera estoy seguro de cómo pagué para venir a casa desde la comisaría. La pequeña cantidad de dinero en efectivo que queda en mi cartera ya tiene un propósito designado. No tengo muchas opciones.

Tardo más de una hora en caminar hasta el cementerio y para entonces, el día está llegando a su fin y tengo las manos y los pies casi entumecidos. La iglesia luce oscura y sombría. Mi coche es el único aparcado en frente. Estoy violando los límites de la orden de alejamiento por el mero hecho de acercarme, pero eso es otra cosa más que me importa un bledo.

Justo cuando arranco el coche, una furgoneta se detiene detrás de mí y me bloquea la salida. Es una imagen similar a la de esta mañana, excepto que no son dos policías los que se acercan sino una periodista y un cámara. Reconozco a Casey Horwell de inmediato. Estira hacia abajo la parte delantera de la chaqueta de su traje para intentar que sus pechos se vean un poco mejor de lo que son, y se me ocurre que si no logra conseguir un milagro como ese en el aparcamiento de una iglesia, nunca lo va a conseguir.

—Solo unas preguntas —dice mientras golpea mi ventanilla. Su voz suena apagada detrás del cristal.

—Sin comentarios —respondo.

No sé qué hacer. No puedo ir a ninguna parte y no puedo hablar con esta gente, y no puedo quedarme aquí sentado y escondido, porque eso me hace parecer culpable o estúpido o ambas cosas. La única alternativa es abrir la puerta y salir. Lo hago. Luego pienso que había otra alternativa, pero implicaba empujar a Casey Horwell sobre la grava y robarle la cámara al cámara. En vez de eso, hago todo lo posible por adoptar una expresión en blanco y usarla para mirar a la cámara.

Y no digo nada.

—Está de vuelta en el cementerio donde todo comenzó —empieza, y me pregunto cómo supo que yo estaría aquí... o alguien le avisó o fue una suposición afortunada. Tal vez la suerte no tuvo nada que ver. Solo la lógica.

No respondo.

»Lo cual resulta curioso, porque ya es de dominio público que se ha dictado una orden de alejamiento en su contra. Esta mañana lo sorprendieron violándola y, en lugar de arrestarlo, los amigos de los que tanto se ufana en el departamento lo dejaron libre, y lo que es peor, lo trajeron de vuelta aquí para recoger el coche.

La dejo continuar, sin molestarme en corregir su error sobre cómo he llegado hasta aquí. Lo último que quiere que haga es no decir absolutamente nada y darle aire muerto. Empieza a moverse con agitación, tratando de mantener el ritmo.

»¿Quisiera comentar sobre la desaparición de Sidney Alderman?

No contesto.

»Porque según mi fuente, usted está involucrado en su desaparición.

Nada.

»¿Cuál cree que es la participación del padre Julián en todo esto? ¿Cuánto tiempo va a seguir acosándolo? ¿Qué pretende conseguir con eso?

Las preguntas son sugerentes, pero no las respondo. Estoy seguro de que en cámara me veo cansado y con resaca y con todo el aspecto del asesino que ella quiere que sea. Pero no pienso decirle nada.

Por fin, se da por vencida.

»Corta —concluye y desliza un dedo por la garganta. El cámara baja la cámara. La luz se apaga.

—¿Quién es tu fuente? —le pregunto.

—Creí que no querías hablar.

—¿Quién?

—¿No pensarás en serio que te lo voy a decir?

—No puedes, ¿verdad?, porque no existe tal fuente —replico—. Sigue cabreando a la gente, Horwell, y te va a traer consecuencias.

—¿Y tú te encargarás de eso? Es lo que haces, ¿no?

Vuelvo a subir a mi coche. Ella camina con el cámara de vuelta a la furgoneta y me parece oírla comentar que hay tiempo suficiente para hacer algo con la nota esta noche. Estupendo. Eso significa que saldré en el telediario de las diez. Justo cuando es probable que mis padres estén viendo televisión.

La furgoneta se aleja y espero a que desaparezcan las luces antes de conducir en la misma dirección, rumbo a la residencia de ancianos. No quiero pasar más tiempo con los muertos. Soy consciente de la ironía, por supuesto... estar sentado con Bridget difícilmente pueda considerarse pasar tiempo con los vivos. Pero a Bridget no parece importarle mi aspecto ni que mi ropa esté llena de manchas que alguna vez estuvieron relacionadas con comida. No le importa que ya no le lleve flores. Me deja que la coja de la mano mientras contemplo por la ventana el mismo paisaje inútil que ella lleva contemplando desde hace veintiséis meses. No le hablo. ¿Qué le diría? ¿Qué

me paso el primer tercio del día borracho, el segundo tercio dormido, y que estoy planeando repetir uno de esos tercios el resto del día?

Cuanto más oscurece afuera, más se solidifican nuestros reflejos en la ventana. Si el accidente no la hubiera alejado de mí, ¿todavía me amaría? ¿Me habría dado la espalda en estas últimas cuatro semanas de mi vida? ¿O me habría salvado?

Cuando bajo del coche, levanto la vista y la veo sentada junto a la ventana, mirando hacia afuera. La saludo con la mano y me permito la esperanza de que me devuelva el saludo. Ni siquiera se mueve.

De regreso al cementerio, me detengo en una tienda de bebidas. La atracción de estos dos lugares es tan fuerte que soy incapaz de conducir a ningún otro sitio. La tienda es pequeña y fría y está llena de colores vivos y botellas brillantes que sugieren que beber debería ser mucho más divertido de lo que es. El tipo detrás del mostrador no me reconoce. Llevo dos meses yendo a tiendas diferentes, lo que supongo que significa que una parte de mí no quiere ser descubierto como un borracho por extraños. Uso lo que me queda de efectivo, vacío mi cartera y dejo caer las monedas sueltas en el bolsillo.

Aparco junto a la hilera de árboles cerca de la tumba del cuidador. Abro la botella de *bourbon* nueva. Tengo la intención de dejar transcurrir el resto del día sin infringir otra ley que no sea la de estar demasiado cerca del padre Julián. También me pregunto, aunque sin mucha esperanza, si la muerte helada podría venir y llevarme consigo durante la noche.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

A eso de la medianoche, me despierto envuelto en niebla. Se aferra a mí con dedos fríos y brumosos. Cuando me pongo de pie, veo que la niebla solo está a nivel del suelo, a la altura de la cintura. No puedo ver mis piernas. Ni mi bebida. Me arrodillo y tengo que usar las manos para encontrar el *bourbon*. La botella yace de costado. Me incorporo y la chequeo. La mayor parte ha desaparecido, se ha escurrido en la tierra. Quizá el cuidador pueda disfrutarla.

Me empieza a doler la cabeza y busco los analgésicos en el bolsillo. Uno aprende varios trucos cuando la bebida deja de ser un hábito y se convierte en una forma de vida. Me los trago con más *bourbon* y, por un momento, me planteo tomármelos todos, teniendo en cuenta el tiempo que tardarán en hacer efecto. Luego me tambaleo hasta el coche y raspo el parabrisas con la tarjeta de crédito para quitar el hielo: es para lo único que sirve en estos días. Enciendo la calefacción al máximo y arranco el coche, pero mantengo las luces apagadas y espero a que se caliente antes de avanzar a través de la niebla. Apago el motor en el borde del aparcamiento y le doy otro trago a la botella. Es evidente que las cosas se están volcando en mi favor, de lo contrario, el *bourbon* se habría derramado entero mientras yo dormía.

La iglesia aún está a oscuras y las dependencias en la parte trasera están fuera de la vista. Me quedo sentado en el coche con la calefacción prendida y sigo bebiendo más *bourbon* para armarme de valor, demasiado consciente de que hubo un tiempo en que no necesitaba el alcohol para reunir fuerzas.

Tengo que hablar con el padre Julián. Puedo convencerlo de que me diga la verdad.

Salgo del coche. Cierro la puerta despacio y camino con lentitud hacia la iglesia. La parte superior de mi cuerpo parece flotar sobre la niebla. La luna en cuarto creciente arroja sombras débiles y hace bailar los pálidos reflejos en los vitrales, cuyas imágenes parecen moverse, como si me estuvieran observando. Tengo los dedos de los pies doloridos y entumecidos y la niebla me humedece las piernas. Estoy a punto de dar la vuelta a la iglesia cuando tropiezo con lo que supongo que es una roca. Caigo con fuerza y uso las manos para amortiguar la caída. Siento un intenso escozor en las palmas, producto de las piedras que me han cortado la piel.

Ruedo sobre la espalda y miro al cielo, pero lo único que puedo ver es la niebla que ha envuelto mi cuerpo. Es como estar dentro de una nube. Levanto la mano como si quisiera hacer un agujero para mirar a través de ella, pero no consigo nada.

Estoy tendido allí, quitándome las piedras en las palmas de las manos, cuando oigo el sonido de la puerta de la iglesia que se abre y luego se cierra y me quedo completamente inmóvil. No me muevo, y solo giro la cabeza hacia el ruido, pero no veo nada. Siento la humedad del suelo que enfría la sangre caliente en mis manos. Tengo que sentarme para poder ver a través de la capa superior de la niebla.

Una figura se desplaza a lo largo de la pared de la iglesia, a resguardo de las sombras. Mantengo la calma, pues sé que no hay forma de que el padre Julián pueda verme. De pronto, algo chisporrotea en mi interior, algo que ha estado adormecido desde que maté a Sidney Alderman. Es una mezcla de esperanza y curiosidad. El suelo parece oscilar cuando me levanto y empiezo a seguir al padre Julián. Pasa junto a mi coche, manteniendo una distancia considerable, al amparo de la oscuridad de la iglesia, y luego se adentra en los árboles que bordean el sendero hacia el camino. Si me hubiera quedado en el coche, jamás me habría enterado de que estaba allí. Intenta ocultarse de mí a propósito.

Julián cruza la calle hasta donde está aparcado su coche y empieza a meter la llave en la cerradura. Me vuelvo y corro hacia mi coche y espero a que Julián ponga el motor en marcha antes de hacer lo mismo. Ya en la calle, advierto que está a tres manzanas delante de mí. La niebla es tan densa aquí como en el cementerio y la iglesia, pero las luces de la calle hacen que parezca más fina. Julián gira a la izquierda. Enciendo los faros y empiezo a seguirlo. Apenas puedo distinguir sus luces traseras a través de la niebla a unas dos manzanas de distancia.

Algún que otro coche nos cruza en dirección contraria. Julián conduce alrededor del cementerio luego gira hacia la ciudad. Empieza a acelerar y yo hago lo mismo, porque sé que si se adelanta demasiado, lo perderé en cuanto aparezca otro par de luces traseras. Cruza la intersección a toda velocidad y lo imito. Acorto la distancia hasta que solo hay media manzana entre nosotros. No hace ninguna maniobra evasiva, pero eso no significa que no se haya dado cuenta de que lo estoy siguiendo. Y está bastante claro que si aparcó en la calle y se escabulló junto a mi coche no quería que yo supiera a dónde iba. Pienso a dónde podría estar yendo que no quiere que yo sepa. ¿Se encontrará

con alguien? ¿Se encontrará con la persona que mató a esas chicas? ¿Para aconsejarlo? ¿Para hacerlo confesar?

El semáforo se pone naranja. Julián consigue pasar. Piso el acelerador a fondo y me acerco a él un poco más deprisa de lo que hubiera querido, aunque estoy bastante seguro de que no va a...

No llego al final de la intersección.

El coche emerge de la niebla como un tren. Giro la cabeza hacia él, hacia los faros veloces que vienen hacia mí. Levanto las manos para taparme la cara en el momento en que el coche me choca; el chirrido del metal me hace sangrar los oídos.

Durante un instante, solo hay locura mientras doy manotazos para intentar controlar el coche, pero es imposible. Hay otra explosión de sonido cuando me detengo. El mundo se oscurece despacio a mi alrededor. Se oscurece, desaparece, y entonces, ya no hay nada.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Alcohol y metal ardiente. Eso es todo lo que puedo oler. El parabrisas ha estallado en miles de diminutos diamantes. El motor se ha parado, la parte delantera del coche se ha arqueado alrededor de la farola de la calle. El capó se ha torcido y se ha doblado hacia arriba en forma de V, y de debajo de él suben columnas de vapor que se mezclan con la niebla. Las rejillas de ventilación en el interior del coche también despiden vapor. El equipo de música está encendido. La calefacción está encendida. Siento un pitido agudo en los oídos. La farola está inclinada. La luz fluorescente se ha roto y las chispas llueven despacio sobre el coche. Siento gusto a sangre y a *bourbon*. Me duele la pierna. El pecho. Me duele todo. Echo la cabeza hacia atrás y también me duele. Cierro los ojos y espero a que todo desaparezca. Pero no desaparece.

Me duele el cuello cuando me muevo, pero consigo desabrocharme el cinturón. La puerta está doblada y mi regazo está cubierto de cristales de seguridad. Tengo fragmentos de pintura en las manos, hay rajaduras en el tablero y pedazos de plástico afilados que sobresalen. Se me ha levantado una uña y se ha doblado por completo hacia atrás, si no fuera por unos pocos hilos de piel, me tocaría el nudillo. Antes de pensarlo demasiado, la deslizo hacia atrás por mi pierna para que los hilos de piel se estiren y se rompan y la uña se queda pegada al pantalón. La puerta no cede, así que intento pasar por encima del asiento del pasajero. Es entonces cuando las compuertas se abren y el dolor inunda mi cuerpo, una rodilla se me atasca en el freno de mano, la otra choca contra la botella casi vacía de *bourbon* que, en el choque, ha saltado del suelo del coche al asiento. Reprimo un alarido mientras empujo la puerta y salgo con dificultad a la calle. Mis pies patinan sobre piedras y cristales y caigo de rodillas.

El mundo está siendo asolado por un terremoto, pero yo soy el único que lo siente. Me levanto y me agarro del costado del coche para no perder el equilibrio. Un dolor punzante me sube y me baja por la pierna. El resplandor de los semáforos cambia de color cuando uno se pone rojo y el otro verde. Los cristales chirrían bajo mis pies cuando me muevo y algunos trozos se clavan en las suelas de mis zapatos. Tengo sangre en la camisa y los pantalones, y más sangre me corre por un lado de la cara. Me llevo una mano

al rostro y los dedos salen cubiertos de sangre. Solo puedo enfocar con uno de los ojos.

Miro la botella vacía de *bourbon* en el interior del coche y comprendo al instante que su contenido me ha ocasionado esto. Me inclino y la tomo. La acomodo en mi mano, cierro los dedos alrededor del cuello y la lanzo bien lejos. Desaparece en la noche.

Levanto la vista hacia Jesús, que me mira desde lo alto por encima de la niebla. Tiene los ojos abiertos y una sonrisa tensa en la boca. Me observa, pero sin reproche. Está demasiado ocupado. Sus manos sostienen una botella de agua mineral McClintoch. La botella de *bourbon* se estrella y el ruido devuelve el foco al mundo. Atenúa el zumbido en mis oídos y permite que se cuele una avalancha de otros sonidos. Aparto los ojos del cartel publicitario, aparto el humo y la sangre de mis ojos y me alejo del coche para respirar aire puro.

El abismo se vuelve más profundo.

El rumbo que el padre Julián me dijo que he tomado da un giro para peor.

Una mujer está gritando. Es una nota aguda que amenaza con romper los parabrisas de otros coches que empiezan a detenerse. Delante de mí, un sedán de cuatro puertas ha hecho un trompo en la intersección. La parte delantera está completamente hundida. Está rodeado de nubes de vapor, de modo que no puedo saber si hay alguien adentro. Los gritos proceden de una mujer que se ha detenido y que es probable que toda su vida haya pensado que sería capaz de actuar en un momento como este y está descubriendo con rapidez que no es así. Ha abierto la puerta del coche y se ha bajado, pero no ha ido más lejos. Otro coche empieza a detenerse.

Yo llego primero. Introduzco los brazos en el vapor y toco el metal mientras me acerco lo suficiente para ver el interior. Hay una mujer allí, desplomada sobre el volante. Parece joven. Como yo, no tenía airbag. Intento abrir la puerta del conductor, pero está atascada. La mujer tiene los ojos abiertos y vueltos hacia atrás; la mandíbula se proyecta hacia adelante, ya sea rota o bloqueada, y un flujo constante de sangre se arrastra por la comisura izquierda de su boca. Me palpo los bolsillos y encuentro mi móvil, pero solo atino a quedarme mirándolo en mi mano.

—Quítate de en medio, amigo —dice un hombre y pasa junto a mí. Trata de abrir también la puerta del conductor y luego da la vuelta a la del acompañante. La abre. La puerta rechina con fuerza. El tipo me mira por encima del coche.

»¿Vas a usarlo o qué?

Miro mi móvil. Ha sobrevivido al choque, pero sigo sin poder hacer otra cosa que mirarlo.

Acabo de convertirme en lo que más odio.

Me he convertido en Quentin James: borracho a tiempo completo y asesino a tiempo parcial.

CAPÍTULO TREINTA

Quieren llevarme a la comisaría, pero mis heridas requieren otra cosa. Me siento en la parte de atrás de una ambulancia y nadie me habla. Un paramédico me atiende, pero no parece poner ni una pizca de energía en la tarea. Como todos los demás, estará deseando que fuera yo quien hubiera muerto.

Al cabo de un rato, un policía me toma declaración. No sabe quién soy. No conoce mi historia. Le cuento lo que pasó. Me dice que los relatos de los testigos indican que pasé un semáforo en rojo. Que había estado en rojo durante al menos dos segundos antes de que yo llegara a la intersección. Me pregunta si he bebido. Le contesto que sí, porque de todos modos me va a hacer la prueba. Saca un alcoholímetro y me hace decir mi nombre dentro de él, como si me estuviera haciendo una entrevista y el alcoholímetro fuera el micrófono. Mira los números y los anota. Sé lo que revelan. Estoy muy por encima del límite, aunque me siento sobrio. Es lo que te ocurre cuando matas a una mujer.

En el hospital me alojan en un pabellón de urgencias con docenas de otras personas. Mi cama tiene una cortina alrededor. Me cosen y vendan el corte en la pierna y me advierten que me quedará una cicatriz. Tengo varios otros cortes en distintas partes del cuerpo, otras cicatrices. Me desinfectan el dedo al que le falta la uña, me colocan una gasa y me lo vendan. También me cosen un corte en la parte superior de la frente. Me limpian la sangre de la cara. Me quitan los cristales de seguridad de las rodillas. Me lavan las palmas raspadas y con pequeños trozos de guijarros incrustados en ellas.

Cuando la enfermera ha terminado de curarme, descorre la cortina y Landry entra. No hay expresión en su rostro, como si ya no pudiera molestarse en enfadarse conmigo. Es peor.

—De toda la gente que conduce borracha tenías que...—comienza.

—No necesito el sermón.

—¿En qué estabas pensando, Tate?

Sacudo la cabeza. ¿Quién demonios lo sabe?

—No sé.

—Intenté advertirte.

—Lo sé.

—¿No tienes nada más que decir?

—No... no sé. Ojalá lo supiera. —Me siento tan aturdido. Tan aturdido.

—La chica está en coma —explica—. Está grave. Cuatro costillas rotas, un pulmón perforado y la mandíbula dislocada. Tienes suerte de que no haya muerto.

Tengo suerte.

El corazón se me acelera.

—P... pensé que había muerto.

La chica tiene *suerte*.

Suerte.

—Lo sé —responde—. Nadie quería decírtelo.

Estoy demasiado enojado conmigo mismo para dirigir algo de mi enojo hacia él.

—¿Se va a poner bien?

—Será mejor que reces, Tate. Será mejor que reces.

Durante la siguiente hora, nadie viene a ver cómo estoy y nadie ha hecho el esfuerzo de darme analgésicos, a pesar de que los latidos en mi cabeza y todas las heridas se están volviendo insoportables. A nadie le importa. Lo único que les importa es la mujer a la que lastimé, y así debería ser. Quiero ir a verla. Quiero hablar con su familia y decirles lo mucho que lo siento. No puedo, por supuesto. Eso me convertiría en un saco de boxeo en el cual desahogar su ira.

Por fin, dos oficiales vienen a buscarme. No me esposan. Con un mínimo de palabras y gestos me escoltan hasta un coche de policía afuera. Me siento en la parte de atrás durante el corto trayecto hasta la comisaría. No me llevan a una sala de interrogatorios. En vez de eso, me guían hasta la celda de borrachos, llena de otras personas que han cometido cagadas similares esta noche.

Encuentro un pequeño espacio del que me puedo apropiar, un pedazo de banco entre un tío ya desmayado y otro tío a punto de desmayarse. Me quito la chaqueta y la hago una bola para poder acostarme y apoyarla detrás de la cabeza. Nunca he estado antes en una cárcel... al menos en ninguna de la que no pudiera salir libremente cuando quisiera, aunque en realidad, esto es más bien una sala de espera de la cárcel de verdad. El olor es insoportable y los gemidos de los otros borrachos resultan irritantes. El suelo está cubierto de orina y el inodoro está tan asqueroso como puede estarlo un inodoro. Las paredes de bloques de hormigón color crema propagan un frío gélido en la celda.

Paso la noche en vela. De vez en cuando hay incorporaciones nuevas y, al final, todos conseguimos llegar a la mañana. Mientras me sacan de la celda, pienso en Bridget y en Emily y en qué pensarían de mí ahora. Recuerdo haber tenido el mismo pensamiento ayer.

Me llevan a la misma sala de interrogatorios en la que estuve ayer. Todos me miran en el trayecto. Ayer fue con lástima. Hoy es desprecio.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

—Conducir bajo los efectos del alcohol. Conducción temeraria. Estás en serios problemas —precisa Landry. Lleva la misma ropa que anoche. Está toda arrugada, lo que significa que es probable que haya dormido vestido. Parece incluso más cansado que la última vez que lo vi.

—¿Cómo está la chica?

—Estable.

Estable. Mejor de lo que nunca pensé que estaría. Pero ni cerca de cómo me gustaría que estuviera.

—¿Se va a salvar?

—Te deberías haber preocupado por la seguridad de otras personas antes de sentarte borracho al volante.

—¿Se va a salvar? —repito.

—No sé. Tal vez.

—¿Tal vez? ¿No te importa?

—Me importa, hijo de puta. —Landry descarga un puño sobre la mesa—. Soy el único en esta habitación al que le importa, y lo que hiciste anoche lo demuestra.

Desvío la mirada. No tengo respuesta.

»¿Qué demonios estabas haciendo? —pregunta.

—Nada.

—¿No hacías nada a esa hora de la mañana? Vamos, Tate. Estabas en la iglesia otra vez.

—No, no estaba.

—Claro que sí. Te vi. Mucha gente te vio. Verás, salió en la televisión. Esa periodista tuya lo mostró. Hizo un gran trabajo y te mostró justo afuera de la iglesia, violando la orden de alejamiento.

—Fui a recoger mi coche.

—Estabas quebrantando la ley.

—Vale, Landry, seguro que me viste subiéndome al maldito coche. Y me fui enseguida.

—¿Y luego qué? ¿Regresaste unas horas después y decidiste vigilar al padre Julián?

¿Cuál es el gran plan, Tate? ¿Estás tan desesperado por suicidarte?

Me pregunto si el padre Julián oyó el choque. Me pregunto si miró por el espejo retrovisor y decidió que tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Dos cosas. Vamos a hablar con el padre Julián. Vamos a preguntarle si estuviste allí anoche, y si dice que estuviste, ya sabes lo que va a pasar: vamos a confiar en su palabra. Se lo vamos a preguntar una vez y lo vamos a dejar que lo piense y, si dice que sí, ni siquiera le preguntaremos si está seguro. Entiendes, ¿verdad?

—Entiendo.

—Pero primero te van a acusar de conducir bajo los efectos del alcohol. Te escoltarán al juzgado en unas horas. Voy a hacerte un favor y te dejaré esperar aquí en vez de volver a la celda. Pero es el último favor que jamás te haré.

Me deja solo. Apoyo la cabeza en los brazos y consigo dormir dos horas antes de que los mismos dos tipos que me trajeron me escolten a un coche patrulla y me lleven al juzgado. El día es húmedo, frío y gris. El viaje es deprimente. No hablamos, y el conductor lleva la ventanilla abierta hasta la mitad así que las ráfagas de aire frío me golpean sin cesar. Veo pasar el mundo y me siento tan desconectado que no sé si algún día podré volver a él.

Me colocan en una celda de detención con un montón de gente cuyo futuro está a punto de ser determinado por las mismas personas a punto de determinar el mío. Me duele la cabeza y también las heridas. Me asignan un abogado de oficio que no se presenta, de modo que no sé su nombre, y me habla en voz baja y con rapidez durante los dos minutos que tenemos antes de la lectura de cargos.

En el tribunal, permanezco de pie en el banquillo de los acusados con la cabeza gacha y escucho los cargos. Sé cómo funciona todo. Esto es lo mismo que le pasó a Quentin James. El juez fija la fianza y explica que si no se puede pagar, quedará bajo custodia. No puedo pagar la fianza. Me llevan de vuelta a la celda de detención y el plan es que en algún momento a media tarde me trasladen a la prisión. Necesito un trago.

Las celdas de detención están llenas de personas que también han hecho cosas de mierda, algunas peores de las que hice yo, otras no tanto, pero somos la escoria de la sociedad. Permanecemos sentados en bancos y sin hablar. El lugar huele a orina. No sé cuánto tiempo pasa antes de que uno de los oficiales de seguridad del tribunal abre la celda y me ordena que lo siga... lo

único que sé es que el siguiente paso en la cadena no va a ser más bonito que este.

—Han depositado tu fianza —me informa, y me sorprende.

—¿Mi fianza? ¿Quién?

—Tu abogado.

Reduzco la marcha y casi me detengo. El oficial se vuelve y me dice que lo siga.

—Ni siquiera sé cómo se llama mi abogado —contesto.

—Sí, vale, no es el mismo tío —explica el oficial y se encoge de hombros—. Tienes un abogado nuevo. Eso significa que podrías tener la oportunidad de una defensa legal en serio.

Atravesamos unas puertas y me piden que firme unos formularios. Antes de que pueda hacerlo, un tipo con un traje de aspecto costoso se acerca a saludarme. El traje es tan elegante que cuesta creer que se atreva a sentarse por miedo a que se arrugue, pero su sonrisa es más refinada aún.

—Theo —pronuncia. Da un paso adelante y me estrecha la mano con tanto vigor que resulta sospechoso—. Es un placer conocerte por fin.

—¿Un placer?

—Bueno, vale, las circunstancias no son agradables —admite—. Tampoco es nada muy grave, y con tus antecedentes deberíamos poder manejarlo.

Se presenta como Donovan Green. Observa por encima de mi hombro mientras firmo los formularios que tengo delante. Los oficiales me entregan mi cartera, mi reloj y mi teléfono. El teléfono está sin batería.

Green me acompaña hacia un BMW negro en la esquina lejana del aparcamiento, entre una pared alta de hormigón y un todoterreno azul oscuro con cristales polarizados y salpicaduras de barro en los costados. El día está fresco y la brisa me hace arder los raspones en contacto con el aire. Acelero un poco el paso para llegar antes al coche.

—¿Quién te contrató? —le pregunto.

No aminora el paso. Sigue caminando como un hombre con una misión.

—¿Quieres decir que no lo sabes?

—Tengo mis sospechas —respondo, pero la verdad es que no tengo la menor idea.

—Todavía tienes amigos en el departamento —señala, y la frase empieza a sonarme demasiado familiar.

—No se me hubiera ocurrido —confieso—. Escucha, gracias por pagar la fianza y aprecio todo lo que vas a hacer por mí, pero ahora lo único que

quiero es ir al hospital.

No se detiene. Sigue caminando.

—¿Al hospital? ¿Te duelen las heridas?

—Quiero ver a la mujer a la que lastimé.

Disminuye el paso. Se detiene y se da la vuelta hacia mí, ahora de espaldas a su coche.

—No entiendo. ¿Quieres verla?

—No es tan difícil de entender. Quiero ver cómo está. Soy la razón por la que está ahí.

—Sé muy bien por qué está ahí —replica, con un tono un poco demasiado brusco—. Mira, Theo, no es una buena idea.

—Necesito verla.

Se encoge de hombros, como si ya no le importara, y sin dejar de mirarme. Con mucha intensidad.

—Vale. Es idea tuya. No estoy de acuerdo, pero vamos.

Llegamos a su coche. Resulta que es el todoterreno oscuro y no el BMW. Deja su maletín en el suelo mientras busca las llaves en el bolsillo. Chequea uno, luego el otro, y sé cómo es la rutina cuando nunca puedes encontrarlas.

»Deben estar en el maletín —concluye y lo abre—. Sí, aquí están. —Desbloquea el coche y los seguros de las puertas se desactivan—. Sube.

Entro. El interior es cómodo y cálido. Mi mente juega con una pequeña fantasía y en esta fantasía me acuesto en el asiento trasero y duermo unas horas. Green se demora un poco con el maletín antes de abrir su puerta. Luego se inclina hacia adentro. Me está apuntando con algo.

—¡Ey, espera un...!

Pero es todo lo que puedo decir antes de que apriete el gatillo. Mi cuerpo se sacude hacia atrás, mi cabeza se estrella contra la ventanilla y el mundo se apaga.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

El desmayo dura solo un momento. Vuelvo en mí y el dolor del impacto en la cabeza ayuda a anestesiar el dolor que fluye por mi cuerpo, pero solo durante unos segundos más. Los dos se conjugan y la electricidad que recorre mi columna debido a la pistola Taser me desborda. Al ser accionada, la Taser suelta pequeños papelitos circulares, una especie de confeti, donde está impreso el número de serie del arma; son parte del diseño para que la policía pueda rastrear dónde han sido disparadas y por quién. Por supuesto, eso no sirve si la Taser ha sido robada o comprada de manera ilegal. Green dice algo, pero no puedo oírlo. Dos púas están clavadas en mi pecho y descargan cientos o incluso miles de voltios. Apaga el arma, pero no hay alivio. Me arranca las púas. El dolor disminuye, pero sigo sin poder moverme. La sangre gotea de las púas a mi camisa. Green envuelve los cables alrededor del arma y la deja caer en su maletín. Luego se sienta en el asiento detrás de mí, echa mi asiento hacia atrás y me arrastra a la parte trasera del todoterreno. Es como si mi fantasía fuera a hacerse realidad después de todo.

Saca unas bridas de plástico del maletín, me coloca boca arriba y un momento después, oigo cómo encajan las muescas. No puedo resistirme. Lo único que puedo hacer es mirar hacia adelante en la dirección en que Green me acomode. Ahora se pasa a la parte delantera. Enciende el motor y avanzamos. Intento sentarme, pero no puedo, aunque empiezo a recuperar algo de sensibilidad. Los cristales polarizados aseguran que nadie pueda ver el interior del vehículo. No puedo hablar y no sé qué preguntaría si pudiera.

Oigo otros coches. Oigo a la gente hablando en la calle. El ajetreo de la vida en la ciudad. Pero mi abogado no pronuncia ni una palabra. Todavía está enfocado en esa misión que parecía impulsarlo cuando cruzaba el aparcamiento. Siento olor a tapicería y sudor. Tengo gusto a sangre en la boca. Un hormigueo recorre mis brazos y mis piernas. Puedo apretar los puños y mover los dedos de los pies. Los calambres en mis músculos comienzan a relajarse. Intento forcejear contra las ataduras de plástico, pero es inútil. Se clavan en mis muñecas y tobillos.

—¿Adónde vamos? —pregunto, y las palabras salen más suaves de lo que hubiera pensado.

—Intentaste matar a mi hija.

Mis palabras pueden ser suaves, pero sus palabras no tienen sentido.

—¿Qué?

—Mi hija, gilipollas. Chocaste con ella anoche y ahora podría morir.

No le contesto. Pienso en Quentin James, pienso en que lo que hice anoche fue igual a lo que él le hizo a mi familia. Pienso en cómo la transición de la vida de Theodore Tate a la de Quentin James ha sido completada.

—Lo siento —respondo.

—Cállate.

—¿A dónde me llevas?

—¡He dicho que te calles! —grita, detiene el coche y se acerca a mí.

Dios, tiene una jeringa en la mano.

—Si te resistes será peor —me advierte, y tiene razón, porque me resisto y la cosa empeora. La aguja se rompe en mi brazo antes de que pueda inyectar cualquier fluido dentro de mí—. ¡Hijo de puta! —exclama y empieza a golpearme la cabeza con algo, no sé con qué, y todo se va tomando borroso antes de que la oscuridad descienda de nuevo.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

No tengo ni idea de dónde estamos. En algún lugar del bosque. Green debe haberme cargado hasta aquí desde el todoterreno. O mejor dicho, arrastrado, ya que las suelas de mis zapatos están llenas de barro y hojas. Los alrededores me recuerdan a donde estuve hace dos años, cuando era yo quien sostenía el arma y no a quien le apuntaba el cañón. Estoy tendido de costado, la tierra húmeda y fría contra mi cuerpo. Hay cientos de árboles y helechos y rocas, y una lluvia ligera. Delante de mí, mi teléfono móvil yace roto en una docena de pedazos.

El mundo se vuelve más nítido y eso es un problema, porque en el centro de mi visión está mi abogado. Ya no lleva el traje. La pistola parece una nueve milímetros. Me imagino que está cargada al máximo y este tío parece estar de humor para demostrarlo.

Se da cuenta de que estoy mirando la pistola y la gira en su mano y observa un lado del arma, como si la viera por primera vez.

—Es increíble lo que puedes conseguir por unos pocos miles de dólares cuando estás lo suficientemente motivado —señala y deduzco por su expresión y por el lugar en el que estamos, que sin duda está motivadísimo—. Todo lo que necesitas es estar preparado para pasar unas horas en la peor parte de la ciudad. Armas, pistolas Taser, no hay límite cuando tienes el dinero. Y las ganas.

Todavía tengo las manos atadas en la espalda. Deslizo las piernas debajo de mí y logro ponerme de rodillas. El dolor de la Taser ha desaparecido, pero no el dolor de la paliza que me propinó el tipo para dejarme inconsciente. Tengo que parpadear con fuerza y cada pocos segundos solo para evitar que mi visión se vuelva borrosa, y me cuesta mucho mantener el equilibrio. La aguja rota sigue clavada en mi brazo. La sangre corre por mi cara. Está oscureciendo. Deben ser cerca de las cuatro. Tal vez las cinco. O tal vez no está oscureciendo en absoluto y es solo mi cerebro que se está apagando.

—¿Qué quieres? —pregunto, aunque ya lo sé.

—¿Qué crees que quiero?

Pienso en lo que dijo en el coche. Sobre su hija.

—Fue un accidente. Lo siento.

—Ah, ah. ¿Crees que disculparte lo arregla todo? —replica—. ¿Crees que si ella muere tus disculpas me ayudarán a dormir por las noches?

Cierro los ojos mientras me habla. Sus palabras son muy parecidas a las que le dije a Quentin James, solo que no usé ninguna frase en condicional porque Emily ya estaba muerta. No estaba esperando más información en la que basar mi decisión. Nada iba a cambiar. Una diferencia es que no até a Quentin con ataduras de plástico. Le apunté con la pistola y lo obligué a caminar. Le hice llevar una pala porque quería que supiera lo que se siente siendo una víctima. Quería que supiera que la sensación que experimentaba, la sensación de estar a punto de morir, era la misma que yo había tenido día tras día desde el accidente y que tendría por el resto de mi vida. Joder, para mí fue peor. Yo ya había muerto, y por culpa de él. El padre Julián solía venir a mi casa y hablábamos sobre ese sentimiento, y yo sabía que la única manera de sentirme mejor sería haciéndole pagar al hombre que había hecho esto. No podía decirle eso a Julián, pero sospecho que lo sabía. Ese día en el bosque, Quentin James le rezó a un Dios que nunca apareció. Le hice cavar una tumba y todo el tiempo lloró e insistió en que había sido un accidente, en que deseaba poder retroceder en el tiempo y cambiarlo, en que había sido Quentin James el borracho quien había matado a mi hija y no el hombre que sostenía la pala. El hombre que sujetaba la pala iba a rehabilitarse. Iba a buscar ayuda. Iría a la cárcel y viviría con lo que había hecho, y se repondría.

«Soy otra persona cuando bebo», me había explicado. «No soy yo».

Pero no me importaba; mi esposa ya no era la que había sido y mi hija ya no estaba viva y, por lo tanto, yo tampoco era el mismo. Observé cómo el sudor empezaba a expandirse en círculos desde sus axilas sobre la camisa, a pesar de que hacía frío afuera. La tierra se le pegaba al rostro, a las manos; se arremangó y la tierra comenzó a adherirse ahí también. Le dije que era demasiado tarde, que ya no importaba lo que dijera ahora, que las disculpas no iban a cambiar el pasado y no evitarían el futuro. Lloró. Suplicó por su vida. Intentó hacerme cambiar de idea, pero no importaba. Jamás dejaría que sus justificaciones y excusas enfermas frenaran lo que se avecinaba y yo ya había tomado la decisión antes de salir. Tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo. Era la única manera de seguir adelante y la única manera de salvar a otros de él.

Mi perspectiva está cambiando ahora. Tal vez la misma maldita cosa que me trajo aquí es lo mismo que le pasó a él. Nunca investigué su historia. Nunca supe si su familia había muerto, nunca supe qué lo llevó a beber. Estaba demasiado furioso para eso. De pie en la tumba, Quentin James lloró

cuando le apunté con la pistola. Repitió que lo sentía y le dije que ya era suficiente, que no quería oír nada más, que era hora de asumir responsabilidades. A pesar del miedo, debió haber cobijado cierta esperanza de que lo dejaría ir. Y yo esperaba que lo aceptara, que cerrara la boca, hiciera las paces con su creador y lo aceptara. Pero no lo hizo.

Quentin James aún suplicaba por su vida cuando le disparé en la cabeza. No me hizo sentir tan bien como había anticipado. Y me imagino que no le dolió tanto como había temido. En un momento miraba con fijeza el cañón de mi arma y al momento siguiente estaba desplomado en el suelo.

Arrastré su cuerpo para que estuviera bien y cómodo en la tumba que él mismo había cavado y luego lo enterré. Me marché sin rezarle una oración ni escupir en su tumba. La transición entre pasar de echar tierra con una pala a darme la vuelta y alejarme fue fluida. Lo mismo ocurrió entre pasar de ser un padre a ser un asesino. Llevé la pala al coche, me marché, y jamás he vuelto por ahí.

A menos que ahora esté de vuelta. Podría ser el mismo bosque.

—Fue un accidente —insisto.

Mi abogado asiente con la cabeza.

—Tenías una hija. Lo escuché en los telediarios. ¿Cómo pudiste, justamente tú, de todas las personas, conducir borracho?

Es una buena pregunta. Con una respuesta complicada. Una pregunta que involucra haber matado en forma accidental al hombre que desenterró a mi hija muerta y a un sacerdote que alguna vez trató de ayudarme pero que ahora me está ocultando la verdad. No le explico nada de esto. En vez de eso, comento:

—Falta la pala.

—¿Qué?

—Falta la pala —repito—. Deberías haberme hecho traer una pala.

—¿Para qué?

—¿Tú qué crees?

Asiente. Se lo ha imaginado.

—¿Crees que me importa si te entierro o no? ¿Crees que me importa si alguna vez te encuentran?

—Debería importarte.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué?

—Porque vas a tirar tu vida por la borda. Yo merezco lo que me pase, pero tú no mereces que te castiguen.

Da un pequeño paso hacia atrás. Yo preferiría que se acerque. Preferiría que me apuntara con la pistola a la cabeza. Que nos hiciera un favor a ambos y acabáramos con esto.

—¿Qué? Desvío la mirada del cañón y lo miro a los ojos.

—Aprieta el gatillo de una vez.

—Lo haré.

—Sí, eso es lo que dices, pero son solo palabras —replico—. Mira, si te sirve de algo, lo siento. Pero si estás esperando que suplique por mi vida, no lo haré. Tal vez te gustaría que lo hiciera, pero solo serviría para hacértelo más difícil. El recuerdo te perseguirá. El hecho es que me matarás y descubrirás que no te produjo satisfacción. No sentirás nada. Al menos eso fue lo que me pasó a mí.

—¿A qué te refieres?

—Podría ser diferente para ti —continúo—. Tu hija está viva, ¿verdad? Pero en lugar de estar con ella, decidiste venir aquí y estar conmigo. El orden de tus prioridades está trastocado. Podrías haberme traído aquí en cualquier otro momento. —Tiene una alianza en el dedo—. Tu esposa y tu hija te necesitan, ahora.

—Cállate —me ordena—. No me digas lo que mi familia necesita.

—¿Cómo se llama?

—¿Qué?

—Tu hija —aclaro—. Su nombre. No sé nada de ella.

—No mereces saberlo.

—Tal vez tengas razón. Pero si vas a matarme, creo que debería saber su nombre.

—Vete a la mierda.

—Aprieta el gatillo.

—¿Cuál es la prisa?

—No lo sé —admito, y es verdad—. En serio, no lo sé.

—Crees que no lo voy a hacer, ¿no es cierto?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Quieres que te diga algo que influya en tu decisión? ¿Qué te parece esto? Tu hija podría haber muerto, pero no murió. Está luchando por su vida y todavía la tienes contigo. ¿Eso marca una diferencia? Por supuesto que sí. Tendrías que ser estúpido para no reconocerlo. ¿Merezco morir por eso? Eso depende de ti. Yo estoy en esa etapa en la que me da lo mismo.

Se queda callado unos segundos. La furia no se ha desvanecido de sus facciones. De hecho, parece todavía más furioso.

—¿Cómo te atreves?

—¿Qué?

—¿Cómo te atreves a arrodillarte ahí y actuar como un maldito mártir? — espeta—. ¿Cómo te atreves a actuar como si fueras la víctima, como si fueras tú el que está teniendo un mal día? ¿No lo entiendes? ¿No entiendes lo que podrías haber hecho?

—Claro que lo entiendo.

—Sí, vale, eres bueno para asumir responsabilidades, ¿no? Lo único que estás haciendo es intentar confundir las razones por las que te traje aquí. Por qué no te callas la boca, ¿eh? Cállate y déjame decidir por mí mismo lo que voy a hacer. Estamos hablando de mi vida. Trataste de matar a mi hija de dieciséis años. ¿Cómo te atreves a arrodillarte ahí y fingir que te da lo mismo vivir o morir? Muestra algo de respeto y al menos ruega por tu vida, ¿quieres? Hazme sentir algo. Haz que quiera odiarte aún más, haz que quiera odiar lo que estoy haciendo.

—Siento lo de tu hija —le digo—. De veras, lo siento.

—Emma, se llama Emma.

—Mi hija se llama Emily —le cuento, como si aún estuviera viva. Al principio no estoy seguro de por qué lo digo, pero luego caigo en la cuenta. Quiero vivir. No quiero morir aquí. Quiero tener la oportunidad de arreglar las cosas.

—Emma. Emily —murmura. No se explaya en el pensamiento, pero lo está pensando en serio. Pensando mucho. Tal vez esté trazando algún paralelismo entre los dos nombres.

—Todavía tengo a mi esposa —añado—. Se llama Bridget.

—Lo sé. Y lamento lo que le pasó a tu hija, pero eso hace que lo que hiciste sea todavía peor. ¿No lo entiendes? No me hace solidarizarme contigo, solo me enfurece más.

—Es lógico que sea así.

—Lo estás haciendo de nuevo —me reprende—. Tratas de minimizar el momento.

—¿De verdad eres abogado?

—¿Qué?

—Hablas como si lo fueras.

—Soy abogado de divorcios.

—Y cuando fuiste a la prisión, les diste tu nombre, ¿verdad?

—Tuve que hacerlo para poder pagar tu fianza. Pero no saben que soy el que te trajo aquí.

—¿No crees que se darán cuenta? ¿No crees que pronto deducirán que el abogado, que es el padre de la chica con la que choqué fue la última persona que me vio? No tardarán más de treinta segundos en descubrirlo. Y además fuiste a la ciudad y compraste armas en el mercado negro. Eso demuestra premeditación. Se te va a complicar.

Se queda pensando unos segundos.

—Mierda —masculla.

—Ves, te estás dejando llevar por la emoción en vez de por la lógica. Deberías haberlo sabido. Es una ecuación bastante simple y la pasaste por alto. No lo hagas. No desperdicies tu vida.

Da un paso hacia adelante. Mantiene el arma apuntando a mi rostro. Pero no es capaz de controlar el frío y los nervios y la mano le tiembla mucho. Respira con agitación. Se está debatiendo con la misma decisión que yo tomé cuando los papeles estaban invertidos, solo que yo no me debatí. Me sentía cómodo sosteniendo un arma. Simplemente apunté y disparé.

—Voy a hacerlo —anuncia.

—No me opondré.

—Cállate, maldita sea. Déjame pensar.

Me quedo de rodillas y me obligo a mantener los ojos en la pistola, y me aterroriza. Su cara está tensa por el dolor y su boca forma una mueca mientras su mente recorre los escenarios posibles. Uno, se va con las manos manchadas de sangre; el otro, se va sintiéndose un poco insatisfecho. Decido no darle más consejos. Ya es mayorcito. Es capaz de tomar sus propias decisiones. Mientras espero, los sonidos del bosque llenan el silencio. Pájaros, en su mayoría. La brisa agita las ramas. En algún lugar, una piña cae con un chasquido sobre una rama caída.

Tarda un minuto. Es doloroso mirar. Es doloroso tener la vista clavada en la pistola que sube y baja con el brazo que tiembla. No puedo parar de pensar que va a apretar el gatillo o que va a disparar el arma de manera accidental. Al final, da un paso atrás. Luego otro. Pero nunca deja de apuntarme.

»Si muere —me advierte—, volveremos aquí. Retrocede otros pasos más, se da la vuelta, y me quedo solo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Me tumbo de lado, llevo las rodillas al pecho y me retuerzo para pasar las manos por debajo de los pies. No lo consigo. Ruedo, pero las ataduras de plástico me sujetan las muñecas y no hay espacio suficiente para estirar bien los brazos. Me pongo de rodillas, me siento, estiro las piernas y empiezo a frotarlas hacia adelante y hacia atrás sobre una roca cubierta de musgo. El musgo se desprende y deja al descubierto un borde contra el que puedo aserrar. Tardo un minuto en romper la atadura. Hago lo mismo con las muñecas y luego me saco la aguja del brazo. La arrojo al suelo junto al móvil roto.

Arranco en la misma dirección que el abogado. Mi ropa está húmeda y fría. Que Dono van Green, si es que ese es su verdadero nombre, no me haya rematado con una bala no significa que vaya a salir vivo de aquí. A menos que pueda frotar algunas vendas y prender un fuego, voy a morir congelado aquí afuera. Los árboles y los helechos me rozan y me raspan las manos y enganchan mi ropa. Los pequeños rasguños se convierten en cortes que luego empiezan a sangrar. Todavía me late la cabeza y me duele el pecho por las púas de la Taser. Lo que más me duele es la mano: el dedo sin uña parece prendido fuego.

El abogado ha dejado un sendero y, por un momento, me pregunto si el padre Julián sugeriría que este es el sendero que yo elegí hace dos años, el rumbo en el que no hay salvación. Mantengo los ojos en el suelo y sigo las dos líneas que mis pies han dejado marcadas en la tierra al ser arrastrado. Me imagino que Green habría aparcado cerca, para no tener que arrastrarme demasiada distancia en estas condiciones y, un momento después, oigo pasar un coche. Acelero la marcha, me abro paso entre unos árboles y llego a un camino. Unas luces traseras rojas desaparecen a lo lejos.

El barro ha producido un efecto multiplicador en mis zapatos y los pateo y los raspo contra un árbol para quitármelo. Sin más opciones, hundo las manos en los bolsillos y echo a andar. No pasa ningún otro coche mientras camino en la misma dirección en que vi pasar el otro coche. Sigo sin saber dónde estoy. Los dientes me castañetean y cada dos minutos mi cuerpo sufre un espasmo involuntario que dura un par de segundos. Quentin James habría tenido que hacer la misma caminata si yo lo hubiera dejado, excepto que la suya habría

sido en mejores condiciones. En su caso, el día era soleado, un día cálido, joder, un día mucho más agradable para morir que hoy.

Llego a una intersección y pasan un par de coches. Uso la manga para limpiarme la sangre de la cara. Empiezo a tener una idea de dónde estoy. Nadie se detiene para llevarme ni tampoco levanto mi pulgar lastimado para pedir que me lleven.

La carretera lleva a la ciudad y, más adelante, a casa. Sería un viaje de quince minutos en coche. A pie, me llevará unas horas. Por lo menos. En el coche, haría unos ochenta kilómetros por hora. Me imagino que, como mínimo, merezco estar caminando. Como mínimo, tengo suerte de estar vivo. Y ahí vuelve a aparecer esa palabra. *Suerte*.

El día se vuelve atardecer y el atardecer es oscuro. Empieza a llover de nuevo. La lluvia se toma intensa durante un rato y lava el barro y la tierra de mi cuerpo antes de reducirse a una llovizna. Mis articulaciones se entumecen cada vez más. Siento los pies como si fueran dos bloques de hielo. La caminata es un final aleccionador de este día y de una forma de vida.

Es casi medianoche cuando llego a casa. No tengo las llaves y ni siquiera había pensado en ellas hasta ahora. Están en el coche, y mi coche está en un depósito de vehículos incautados en alguna parte o tal vez en un desguace. Me siento en el escalón de entrada y me apoyo contra la puerta. Estoy agotado. Las suelas de mis zapatos tienen piedras pequeñas y fragmentos de cristal incrustados entre los tacos. Tengo ganas de echarme a dormir aquí. Tengo ganas de llorar.

Descanso unos minutos antes de levantarme y caminar hacia el patio trasero. Cojo un trapo y un rollo de cinta adhesiva del cobertizo del jardín, envuelvo el trapo alrededor de una piedra pequeña, coloco la cinta a través de la ventana para amortiguar el ruido y rompo el cristal.

Mientras se calienta el agua de la ducha, busco una botella de *bourbon* y me siento en la sala de estar. Me pregunto qué habría hecho Quentin James si lo hubiera dejado volver caminando a su casa. ¿Habría tomado un trago? Supongo que lo habría necesitado. ¿Habría seguido bebiendo hasta que un día volviera a matar? Llevo la botella a la cocina. Cojo un vaso. Lo lleno hasta el borde y luego vierto el resto de la botella por el fregadero. Registro la casa en busca de más botellas. Hay muchas, algunas con lo suficiente para hacerme entrar en calor si me lo permitiera. Las vació todas en el fregadero y luego las dejo caer en el contenedor de reciclaje afuera. Vuelvo a entrar y me quedo mirando el único vaso que he llenado.

Me quito la ropa y la arrojo en la lavadora. La ducha sigue encendida y el vapor inunda el pasillo. Doy vueltas por la casa, recojo ropa que he usado en los últimos meses y meto todo lo posible en la lavadora. La pongo en marcha. Me quedo de pie en la cocina envuelto en una toalla. Miro el trago con fijeza. Pongo la mano en el vaso. Está frío y es suave. Un último trago y ya. Se acabó.

Lo tengo a medio camino de mis labios cuando alguien golpea la puerta principal. Dejo el vaso sobre la mesa. Me encamino por el pasillo. Una luz roja y azul curvada atraviesa las ventanas e ilumina las paredes. Hay dos posibilidades. Puedo vivir con una de ellas. Significa que uno de mis vecinos llamó a la policía porque oyó que alguien forzaba la entrada en mi casa. La segunda significa que Emma, la chica de dieciséis años que lastimé anoche, ha muerto. Quizás me di demasiada prisa para tirar todo ese *bourbon*. Siento el impulso de volver corriendo a la cocina y coger ese último trago.

En vez de eso, me dirijo a la puerta. Estoy muy nervioso cuando la abro. Es Landry.

—Vas a tener que acompañarnos, Tate —anuncia y con eso descarto la posibilidad número uno.

—Está muerta, ¿verdad? —aventuro.

—¿Qué? No, no, no se trata de eso.

—¿Entonces qué?

—Solo vístete, Tate —responde—. Hablaremos en la comisaría.

—¿Hablar de qué?

—Dije que hablaremos en la comisaría.

—No pienso ir a ninguna parte contigo a menos que me digas de que trata esto —replico.

Suspira.

—Se trata del padre Julián.

—¿Qué? Mira, esto es una gilipollez. No me he acercado a él en todo el día.

—Te vienes con nosotros.

—Hablo en serio. Me he pasado la mitad del puto día en la cárcel y la otra mitad con mi abogado. Puedes preguntarle.

—Es simple, Tate. No te quedes ahí parado fingiendo que no lo sabes.

—¿Que no sé qué?

Vuelve a suspirar, ahora mucho más profundo, y esta vez sacude la cabeza despacio para recalcar lo cansino que le resulta.

—Anda, ¿de verdad quieres jugar a esto?

—Dame el gusto.

—Vale, de acuerdo. Esta tarde fuimos a hablar con el padre Julián. Recuerdas al padre Julián, ¿verdad? ¿El hombre al que has estado acosando? Bueno, íbamos a preguntarle si estuviste allí anoche porque estábamos bastante seguros de que sí. Y no tengo duda de que lo habría confirmado.

—¿Habría?

—Verás, ese es el problema, Tate. Está muerto. Alguien lo mató anoche. Y en este momento, apostarí mi dinero a que ese alguien fuiste tú.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Trato de entender lo que está diciendo. Ni siquiera sé cuándo fue anoche. Técnicamente, acaba de serlo; es pasada la medianoche ya. Pero no se refiere a hoy. Se refiere a ayer. Técnicamente. Está hablando de hace veinticuatro horas. Han sucedido muchas cosas desde entonces. Parece que hubieran pasado dos días desde que seguí al padre Julián desde la iglesia, pero solo ha pasado uno, minutos más, minutos menos.

—¿Qué?

—Vas a tener que acompañarnos, Tate —repite.

Bajo la vista hacia la toalla. Miro mis pies sucios y las líneas de sangre en mi pecho.

—No tuve nada que ver con eso. Landry me mira de arriba abajo.

—¿No?

—No.

—¿Estás diciendo que a pesar de que tenía una orden de alejamiento en tu contra, a pesar de que violaste esa orden cuando te recogieron en la iglesia en la mañana que él murió, a pesar de que te grabaron allí ayer al anochecer, y a pesar de que estrellaste tu coche, borracho, a pocos minutos de la iglesia alrededor de la misma hora en que murió el padre Julián, no tuviste nada que ver?

No me molesto en contestar. Es difícil defenderse cuando solo llevas una toalla. Pero me imagino que Landry o uno de sus amiguitos debe haber tocado el timbre de mi casa varias veces desde que salí del juzgado por la tarde. Eso significa que Julián no fue encontrado hasta esa hora, como muy temprano. Si hubiera sido antes, nunca me habrían dejado ir.

»Ponte algo de ropa, Tate. Te vienes con nosotros.

—Voy a llamar a mi abogado. —Pienso en Donovan Green, pero no puedo imaginarlo muy contento de recibir mi llamada.

—Di le que se reúna contigo en la comisaría.

No tengo nada que ponerme, excepto unos pantalones cortos y una camiseta que han estado acumulando polvo en el rincón del dormitorio. Todo lo demás está en la lavadora. Me pongo una chaqueta y mis zapatillas de correr. Salimos a la calle. Hace frío. Alcanzo a ver las caras de mis vecinos en las ventanas.

Me meten en la parte de atrás del coche patrulla y partimos. Esta vez, me han esposado. Landry se queda con algunos otros para registrar mi casa. En la comisaría, me reencuentro con la sala de interrogatorios. Me encierran con llave y nadie vuelve a mencionar la llamada a mi abogado que tengo derecho a hacer, pero no hay problema, no he tenido un buen día con los abogados. Apoyo la cabeza sobre los brazos y cierro los ojos; sé que voy a tener que esperar un buen rato.

Landry aparece una hora más tarde, acompañado de Schroder. Eso significa que uno de ellos va a ser mi amigo mientras el otro ejerce la presión. Ya sé quién desempeñará qué papel y me imagino que ellos saben que yo también lo sé. Colocan una cámara de video y la apuntan para que nos grabe a los tres. Puedo oír cómo graba. Schroder se sienta frente a mí y Landry se queda de pie. Hace bastante frío aquí adentro, sobre todo porque estoy vestido de verano.

Schroder apoya una carpeta sobre la mesa y la abre. Adentro hay fotografías del padre Julián. Tiene la cabeza golpeada y sangre por todo el rostro y el cuello. Su ropa está desaliñada. Un ojo está abierto, pero el otro está cerrado debido a que el rostro está apretado contra el suelo. No parece haber muerto con facilidad. No como podría haberlo hecho yo hoy más temprano en el bosque. Su ojo abierto tiene una pequeña acumulación de sangre. Schroder empieza a colocar las fotos sobre la mesa. Hay un primer plano de la boca del padre Julián. Sus labios están abiertos; sus dientes están expuestos y ensangrentados. Detrás de ellos, hay una profunda oscuridad.

—Algunas reglas básicas primero —señala Schroder—. Ya sabes cómo funciona esto, has estado de este lado de la mesa así que no intentaremos ningún juego contigo —explica, intentando un juego—. Vamos a exponer los hechos y luego tú expondrás tu caso. ¿Te parece bien?

Me encojo de hombros.

—Vale. ¿Y mi abogado? ¿Crees que a él le parecerá bien?

—Puedes tener un abogado si lo deseas. No te vamos a tirar la típica frase de mierda de que solo los culpables quieren un abogado —añade, que es su manera de tirarme la frase de todos modos.

—Acabemos con esto de una vez.

Desliza un papel hacia mí.

—Firma esto —dice.

No lo leo. Me limito a chequear algunas palabras para asegurarme de que es el mismo formulario que yo solía deslizar sobre la mesa hacia las personas.

Es una renuncia que dice que estoy dispuesto a hablar sin la presencia de un abogado.

—¿Cuál es el problema? —interviene Landry—. ¿Acaso decidiste que quizás hay algo que no nos quieres contar?

Firmo el formulario. La alternativa es llamar a Donovan Green y pedirle que venga.

El formulario desaparece dentro de la carpeta. Las fotografías del padre Julián permanecen sobre la mesa.

»El mensaje es claro —precisa Landry.

—¿Qué mensaje?

Se vuelve hacia Schroder y se encoge de hombros, como si de verdad no pudiera creer lo que acaba de oír. Schroder coloca unas cuantas fotografías más.

—No querías que hablara —comienza Schroder—. Y querías dejarle un mensaje. Por eso le cortaste la lengua.

—Aguardad un segundo —interrumpo, y me inclino hacia adelante.

—¿Por qué estás hecho un desastre? —pregunta Landry—. Estás lleno de sangre. De tierra. ¿Qué has estado haciendo? ¿Has estado enterrando algo?

—Tuve un accidente anoche.

—Y limpiaste todo. La ropa que llevabas puesta hoy está en tu lavadora. ¿También tiene sangre? —pregunta Schroder.

—Hubiera sido mejor que la tiraras, Tate —sugiere Landry—. Después de tantos años de arrestar gente por esta clase de mierda uno pensaría que habrías aprendido un poco más.

—¿Cuándo demonios se convirtió en ley que un hombre no puede limpiar lo que ensucia?

—A juzgar por tu aspecto de los últimos tiempos —contesta Landry—, creíamos que era una ley que tú habías creado.

Observo sus posiciones. Uno sentado. Uno de pie. Uno mi amigo, el otro mi enemigo. Uno de ellos tendrá que esforzarse más en su actuación. Pronto Landry se paseará a mis espaldas, dentro y fuera del alcance de mi vista y, a continuación, se inclinará sobre mí. Ya están jugando el juego que dijeron que no jugarían. Tienen que hacerlo. No saben hacerlo de otra manera.

—¿Por qué no nos hablas de Julián? —inquieta Schroder—. ¿Por qué lo estabas siguiendo?

—No lo estaba siguiendo y, por cierto, no le hice nada. En primer lugar, si le hubiera cortado la lengua para dejar un mensaje, las únicas personas a

quienes podría estar dirigido ese mensaje seríais vosotros, ¿no es cierto? Hubiera sido estúpido de mi parte hacer eso.

—Escúchalo —exclama Landry y se vuelve hacia Schroder, pero en realidad está hablándome a mí—. Cree que hay algo de sentido en todo esto.

—Yo no lo maté.

—Intenta vendemos otra historia —replica Landry—. Todos en esta sala sabemos lo que eres capaz de hacer, Tate. Sabemos que eres la razón por la que nadie ha sabido nada de Quentin James durante dos años.

—Anda, Tate, danos un respiro, ¿vale? —interpone Schroder—. Ya sabes cómo es. Puedes pasarte toda la noche aquí sentado con evasivas, pero al final averiguaremos lo que necesitamos saber. ¿Por qué no nos ahorras tiempo?

Observo las fotos del sacerdote muerto. Hay ocho.

—¿Por qué? ¿Para que podáis inculparme de esta mierda?

—Si no lo mataste, ¿cuál es el problema? —pregunta Schroder—. Las pruebas lo demostrarán.

—Depende de cómo interpretéis las pruebas —replico—. Me parece que ya las estáis mirando y no tenéis ni idea de cómo leerlas correctamente.

—Estamos perdiendo el tiempo —se queja Landry—. ¿Por qué no lo encerramos y les contamos a sus compañeros de celda que es un expolicía? Dejemos que ellos lo aflojen.

—Buen intento, Landry.

—¿Por qué lo estabas siguiendo? —insiste Schroder.

—Ya os dije, no lo estaba siguiendo. Schroder sigue presionando.

—¿Qué estabas haciendo antes del accidente?

—No lo estaba siguiendo.

—Tenemos que enseñarle un par de cosas. —Schroder se pone de pie y sale de la sala. Landry no ocupa la silla vacía. Apoya las manos en el respaldo y se inclina hacia adelante.

—Eras uno de los nuestros —le recuerda—. ¿Qué carajo pasó?

—¿Tú qué crees?

Antes de que pueda responder, Schroder vuelve a entrar. Tiene una caja de cartón llena de bolsas de plástico. No puedo saber cuántas hay porque están todas mezcladas. Empieza a colocarlas sobre la mesa.

—El reloj pertenecía a Gerald Weiss. Fue enterrado con él hace dos años. ¿Puedes explicarnos cómo es que terminó en tus manos? —pregunta.

—Lo encontré.

—Hay dos formas en que podrías haberlo obtenido —interviene Landry—. O se lo robaste a un hombre muerto cuando estabas en el agua o se lo

robaste a un hombre muerto cuando lo sacaste de su ataúd.

—Ni tú te crees eso —replico y Landry parece cabreado—. Te estás pasando de la raya. Y algún día te va a ir mal. Te vas a pasar de la raya demasiado y la gente va a salir lastimada.

—O eres un ladrón o eres un asesino —afirma Landry, como si fueran la misma cosa—. Por eso estabas tan ansioso por ayudar con la exhumación de Henry Martins. Sabías quién iba a estar ahí. Querías intentar controlar la situación. Pero el problema fueron los cuerpos, ¿verdad? Que subieron a la superficie. Si no lo hubieran hecho, nunca nos habríamos enterado de los otros.

—Vale, corta la actuación o voy a cambiar de opinión y pediré un abogado.

Schroder desliza otra bolsa sobre la mesa. Tiene los artículos de periódico que encontré en el dormitorio de Alderman.

—Nos has estado ocultando información —señala y agrega las copias impresas de los esbozos que hice de las líneas de tiempo de los avisos fúnebres y las chicas desaparecidas—. Sabías mucho antes que nosotros quién estaba bajo tierra.

—Eso es porque yo también solía hacer esto —contesto, y es verdad. Solía hacer esto, y entre el tiempo en que lo hacía y que no lo he hecho, en realidad no ha cambiado nada. Los actos violentos siguen predominando en esta ciudad, tanto como los cielos grises y la lluvia que acecha en el umbral de cada momento en que refresca. A la gente buena le pasan cosas malas. En esta ciudad nacen niños, niños que son amados, que crecen y que toman decisiones que los hacen buenos o malos. Hay niños ahí afuera sin la más mínima oportunidad. Algunos serán buenos, otros malos, algunos nacen y son arrojados en contenedores. Yo formaba parte del mundo que intentaba corregir todo eso, el mundo que intentaba mantener algo de eso bajo control. Pero en algún punto del camino, me perdí. Caí en el abismo.

—Nadie parece haber olvidado eso tanto como tú, Tate —replica Schroder—. No te pareces en nada al hombre que eras. Solías ser un tío muy confiable. Y ahora tienes un cargo por conducir borracho y te tenemos por robo, por acoso, y parece que también por homicidio.

—No pueden retenerme sin pruebas. No tienen nada para acusarme. Eso significa que soy libre de levantarme y de irme.

—No, no eres libre hasta que yo diga que eres libre —asevera Schroder—. Un técnico está revisando los archivos en tu ordenador. Has estado siguiendo al padre Julián desde el día en que desapareció Sidney Alderman.

¿Y qué dices de estos artículos de periódico? Son originales. Para mí, eso sugiere que fueron recortados cuando desaparecieron las chicas. ¿Cómo los conseguiste?

—Me los dio Bruce Alderman. Los dejó en mi coche cuando fuimos a mi oficina.

Schroder desliza otra bolsa de plástico. En el interior hay un pequeño sobre con mi nombre escrito en él. Está manchado con sangre. Por un breve momento, estoy de vuelta en mi oficina, con el olor a metal caliente y sangre en el aire, la bruma rosada que forma una nube sobre la cabeza del cuidador que acaba de expandirse por una bala.

—¿Qué había aquí? —presiona Schroder—. ¿Los artículos? Verás, los artículos no están doblados y los tendrían que haber doblado para que entraran en este sobre.

—No recuerdo.

—Encontramos muestras de escritura en la iglesia —añade Schroder—. Esta es la letra de Bruce Alderman.

—¿Y?

—¿Y qué más robaste? —interviene Landry.

—No robé nada. Ese sobre tiene mi nombre, así que lo que sea que hubiera adentro era mío.

—¿Bruce Alderman te escribió una carta? ¿Una confesión? ¿Una nota suicida? —pregunta Schroder.

—No.

—Creí que no recordabas lo que había adentro.

—No lo recuerdo.

—Pero sí recuerdas lo que no estaba ahí.

—La memoria es una cosa curiosa.

—Corta el rollo, Tate —masculla Landry.

—Era el reloj, ¿vale? —contesto, y suena bastante creíble—. Alderman tenía el reloj. No sé cómo lo consiguió y cuando me lo dio, yo no sabía de quién era.

—Mentira —suelta Landry.

—Entonces deberías callarte hasta que puedas demostrar lo contrario.

—De toda la gente que hay en esta ciudad, ¿por qué acudiría a ti? —inquire Schroder.

Me encojo de hombros.

—No sé. Supongo que la primera persona que relacionó con todo lo que estaba pasando fui yo. Yo fui el que encontró los cuerpos. Y el que trajo la

orden de exhumación y comenzó todo esto.

—Nos ocultaste cosas —insiste Schroder—. Robaste pruebas que nos habrían ayudado a reconstruir los eventos con más rapidez. Ese anillo que le quitaste a Rachel Tyler... no olvidemos que cogiste el anillo de Rachel Tyler. La línea de tiempo habría sido distinta. Podríamos haber atrapado a la persona que inició todo esto.

Es verdad. Pero en el momento en que el ataúd se abrió y vi a una chica muerta, no tuve elección. Había otras chicas muertas por mi culpa, por una decisión equivocada que tomé dos años atrás. ¿Cómo no iba a coger el anillo? Y a eso le siguió un suicidio. Y me llevó al homicidio. Me llevó a conducir borracho y a que me arrastraran al medio de la nada adonde me deberían haber abandonado.

»Todas estas chicas inocentes —musita Schroder y despliega los artículos, una bolsa para cada chica—. ¿Acaso te importan?

—Por supuesto que sí.

—No le importan —replica Landry—. Si le importaran, nos estaría ayudando.

—Has convertido una de tus habitaciones en una oficina —dice Schroder—. En un puesto de mando.

—¿También me acusas de eso?

—Habla, maldita sea —exclama Schroder, ahora enfadado—. Estabas siguiendo al padre Julián por alguna razón. ¿Qué crees que hizo? ¿Crees que mató a Sidney Alderman? —Se reclina en la silla—. No, no creo que fuera eso —prosigue—. No lo seguirías por eso. La muerte de un viejo y cabreado cuidador jubilado no te importaría. Así que hay algo más. Lo estabas siguiendo porque crees que tenía algo que ver con las chicas muertas. Todo en tu oficina se concentra en ese caso, y en el padre Julián. Tienes fotos y artículos en todas las paredes. Crees que están conectados. Nosotros considerábamos a Sidney Alderman como una posibilidad. Sobre todo después de su desaparición. Pensamos que había huido. Pero tú no. Tú seguías vigilando al padre Julián. El cura estaba en nuestro radar por el simple hecho de que todas las personas conectadas al cementerio lo estaban. Pero entonces la señal de Alderman se agrandó, y cuando desapareció, su señal eclipsó a las de todos los demás. Así que seguimos buscándolo. Pero tú sabías algo. Dejaste de buscar a Sidney Alderman porque creías que no tenía sentido. O pensabas que era inocente o pensabas que nunca volvería a aparecer. Igual que hace dos años con Quentin James. ¿Cuál de las dos es?

—Dímelo tú.

—Crees que Julián mató a esas chicas —continúa Schroder—. Pronto sabremos si tus pensamientos tienen algún fundamento. Mientras tanto, dinos qué le pasó a Sidney Alderman.

—No lo sé.

—Pero sabías que debías dejar de buscarlo —presiona Landry—. ¿Por qué te enfocaste en el padre Julián?

—No estaba enfocado en él.

—¿Por qué lo mataste?

—No lo hice.

—Esto no sirve de nada. —Landry se da la vuelta hacia Schroder—. Muéstrale el arma.

—¿El arma? —repito, confundido.

Una sonrisa de satisfacción se dibuja en el rostro de Landry.

—El arma, Sherlock. Como dije antes, no aprendiste nada de tus años en el cuerpo. Registramos tu casa, ¿recuerdas? ¿Qué, pensaste que no la encontraríamos?

Schroder levanta la última bolsa de plástico de la caja y la pone sobre la mesa. Adentro está el martillo de casa. Está cubierto de sangre. Y ya sé que la sangre va a pertenecer al padre Julián.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

—Llevas dos meses siguiéndolo —dice Schroder.

Sigo mirando el martillo. Mi martillo. Mi martillo y la sangre del padre Julián. Tengo este extraño pensamiento que tal vez me emborraché tanto que cogí el martillo, conduje hasta la iglesia y lo golpeé hasta matarlo. Solo que no hay cantidad de *bourbon* en el mundo que me hiciera hacer eso. A menos que pensara que él era culpable de algo. ¿Es eso lo que pasó? No. Por supuesto que no. Pero una pequeña parte de mí tiene miedo de que tal vez sea capaz de más cuando estoy borracho que cuando estoy sobrio.

»Crees que es culpable de homicidio —prosigue Schroder—. Estuviste aparcado fuera de la iglesia todos los días antes de la orden de alejamiento y algunos días después. Y quieres hacernos creer que no tuviste nada que ver con su muerte. —Apoya el arma homicida con lentitud, como si estuviera manipulando con cuidado un vaso de agua lleno hasta el borde, lo que de repente me recuerda mi vaso de *bourbon* sobre la mesa de la cocina. Lo deja en el centro de la mesa, al alcance de todos. A lo mejor espera que yo intente algo. Landry lo desea. Está deseando que todo esto termine ahora.

—¿Dónde lo encontrasteis? —pregunto.

—Donde lo dejaste —replica Landry.

—Quiero a mi abogado, ya.

—Sí, es lo que siempre piden los culpables —le indica Landry a Schroder antes de volverse hacia mí—. Anda, Tate, ya sabes cómo es. Lo has visto antes y tú también lo odiabas.

—¿Odiar qué?

—Cuando el perpetrador lo sigue negando a pesar de todas las pruebas en su contra —precisa Landry—. Es patético. Y en tu caso, es francamente vergonzoso.

—No tenéis nada.

—¿Nada? ¿Estás bromeando?

—Cuéntanos otra vez por qué lo estabas siguiendo —insiste Schroder—. Vamos, Tate. Si era culpable, déjanos ayudarte. Quiero decir, joder, si resulta que mató a esas chicas, quizás acabemos dándote una medalla. —Es la mentira más grande que alguien ha dicho dentro de esta sala—. Solo dínos qué pasó. Todos estamos en el mismo equipo.

—Yo no lo maté —asevero, pero mis compañeros de equipo no me creen. Quiero un trago.

—Daños unos minutos a solas —pide Schroder. Landry parece enfadado, pero sé que es una actuación. Sé que han preparado la conversación antes de venir y que este es el momento en el que Schroder se convierte en mi amigo. Landry sacude la cabeza y se marcha sin decir nada más. Es parte del juego.

Schroder se inclina hacia delante. Me dirige una sonrisa comprensiva. Y adopta una expresión de *sé cómo te sientes*, pero no sabe cómo me siento. Nunca lo sabrá.

»Tienes que darme algo, Tate, o no podré ayudarte.

Creo que es mejor que yo también le siga el juego. Pero antes de hacerlo, decido darle algo.

—El padre Julián sabía quién mató a esas chicas.

—¿Qué?

—Me dijo que lo sabía. Y Bruce Alderman, él las enterró. Él mismo me lo dijo.

Se inclina más hacia adelante.

—¿Qué? ¿Por qué demonios no nos contaste eso?

Le explico a Schroder mis conversaciones con el cura y mis súplicas para que Julián me revelara quién lo había hecho, incluso la frustración que sentí. Me doy cuenta de que Schroder se está preguntando hasta dónde habría presionado si hubiera sabido que el padre Julián había recibido una confesión. Le cuento de Bruce Alderman y de lo que dijo sobre la dignidad antes de volarse la cabeza con elegancia.

Me lleva diez minutos contárselo y Schroder pasa por toda una serie de emociones diferentes, que empiezan con la ira y terminan con una ira mucho más profunda. Cuando termino, se queda sentado mirándome con fijeza. Ya no se inclina hacia adelante, como si intentara protegerse a sí mismo de lo que me haría si yo estuviera al alcance de sus puños.

»Deberías habérmelo dicho —murmura con voz firme—. Podríamos haber convencido a Julián.

—Lo dudo.

—Podríamos haber hecho algo, Tate. —Ahora levanta la voz—. ¡Cualquier cosa! Pero en lugar de eso dejaste pasar dos meses y ahora es demasiado tarde. Por eso estabas afuera de la iglesia, ¿verdad? No estabas siguiendo al padre Julián. ¡Estabas vigilando para ver quién lo visitaba! Estabas esperando en caso de que apareciera el asesino, ¡solo que no sabías a quién demonios estabas buscando!

—Tenía que hacer algo.

Golpea la mesa con la mano. Con fuerza. El ruido resuena en la pequeña habitación.

—La cagaste —concluye.

—Lo sé.

—Y ahora el padre Julián está muerto. Y tú estás atrapado en un montón de mierda.

—Es un abismo.

—¿Qué?

—Anda, Cari, me conoces. Me conoces desde hace casi veinte años.

—Y por eso esto es difícil para mí también —responde, pero estoy bastante seguro de que es más difícil para mí—. Encontramos el martillo en tu garaje.

—Y por eso mismo vais a dejarme libre. —Es hora de jugar el juego.

—¿Qué?

—No tienes nada para retenerme —Schroder mira el martillo de tal manera que sugiere que tal vez he olvidado que está ahí. Pero no lo he olvidado—. Lo encontraste en mi garaje.

—Sí.

—Vale, en primer lugar, ni siquiera sabes si es mío.

—Eso no...

—Segundo —continúo y levanto la mano y empiezo a contar mis argumentos—, cuando lo hagas examinar, vas a descubrir que no tiene mis huellas. O sea que vas a creer que un tipo que solía ser un detective de homicidios fue tan tonto como para limpiar sus huellas, pero no la sangre, fue tan tonto como para quedarse con el arma, fue tan tonto como para dejarla en su garaje para que cualquiera la encontrara.

—Tonto no, borracho —me corrige.

—A eso me refiero.

—¿Qué?

—Tres —sigo, y lo marco con los dedos—, y ahora viene lo mejor: la razón por la que estoy a punto de levantarme y marcharme de aquí.

Schroder se hunde un poco en la silla. No mucho, pero lo suficiente para demostrar que sabe lo que se avecina.

»La línea de tiempo —señalo—. Verás, nosotros conocemos la línea de tiempo, Cari, pero el problema es que el tipo que plantó el martillo no la conocía.

Schroder no dice nada. Sabía que yo lo deduciría, pero confiaba en que no lo hiciera tan rápido. O tal vez confiaba en ponerme lo bastante nervioso para que le diera algo más, quizás que le contara sobre Sidney Alderman.

»Crees que murió alrededor de la medianoche —afirmo, pero no porque él me lo haya dicho, sino porque fue cuando yo vi a la persona que salía de la iglesia, la persona que pensé que era el sacerdote. Solo que no era el cura, era el hombre que lo mató. El asesino sabía que mi coche estaba allí, pero no me vio porque la niebla baja me cubría. Es probable que haya pensado que yo estaba borracho y desmayado en el asiento delantero, porque eso era lo habitual. Se quedó en las sombras donde supuso que estaría fuera del alcance de la vista.

»Pero yo nunca llegué a casa. El único que podría no haberlo sabido es el asesino. Condujo hasta mi casa y restituyó el martillo que había robado para matar al sacerdote. No sabía que yo lo estaba siguiendo. Lo que no podía saber era que yo estaría involucrado en un accidente. Tus muchachos aparecieron y me encerraron. Mi coche fue remolcado y después de que descubristeis que Julián estaba muerto, me imagino que lo habréis recuperado, ahora como evidencia en la investigación de un homicidio. Lo trajisteis aquí y registrasteis cada centímetro de él. Pero no hallasteis sangre del padre Julián y, lo más importante, tampoco el martillo, ¿verdad? Y tampoco me lo quitasteis junto a mi cartera y el móvil. Porque no lo llevaba encima. Y me imagino que habréis registrado el área del accidente y el camino entre el cementerio y el accidente. No encontrasteis nada. Hasta esta noche. Entonces, ¿cómo pude ponerlo yo allí?

—Podrías haber dejado el martillo y haberlo recogido esta noche. Quizá por eso estás cubierto de tierra.

—¿Por qué iba a dejar el martillo? No podía saber que iba a tener un accidente. ¿Qué sentido tendría dejarlo para volver esta noche a recuperarlo y esconderlo en el garaje?

Schroder no dice nada.

»Y el asunto de la lengua. Como dije antes, ¿por qué demonios se la cortaría? ¿Porque no quería que hablara? Ese es el tipo de mensaje que se quiere dejar cuando hay otros que todavía pueden hablar, ¿no? Una cosa de pandillas. Pero no en este caso. Esta vez fue diseñado para hacerme parecer más culpable. Para hacer ver que yo estaba cabreado con él por hablar con vosotros y por quejarse de que yo lo estaba siguiendo.

Schroder empieza a golpear un bolígrafo contra la mesa a un ritmo lento. Luego se inclina hacia adelante y empieza a recoger las fotografías.

»O sea que sabéis que no lo maté, pero de todos modos me arrastrasteis aquí.

—Vamos, Tate, ya sabes cómo funciona.

Tiene razón. Lo sé. Hay dos cosas que no termino de entender. La primera es, ¿por qué plantar el martillo en mi garaje y no la lengua?

»Todavía tenemos un asesino suelto.

—Uh huh.

—Puedes ayudarnos.

—No deberíais haber andado con vueltas, Cari. Deberíais haberme pedido ayuda directamente.

—Oye, no te hagas la víctima, Tate. Casi matas a una mujer anoche. Diablos, tal vez lo hiciste, lo último que supe fue que estaba estable, pero eso no significa una mierda y lo sabes. El padre Julián tuvo que pedir una orden de alejamiento en tu contra y te lo pasaste violándola. Estabas allí la noche que murió. Estás involucrado, Tate. Julián murió, y si hubieras hablado dos meses atrás tal vez ahora seguiría vivo. No hay señales de Sidney Alderman en ninguna parte y tú actúas como si estuviera muerto. Lo mismo vale para Quentin James. Tienes que empezar a darme algunas respuestas. Mira, sabes que al ocultarnos esto —enfatisa, y toca las bolsas con las joyas y los artículos—, frenaste nuestra investigación. Las cosas serían diferentes. Podríamos haber investigado más. Podríamos no haber hecho recaer todas nuestras hipótesis en Alderman. Joder, Tate necesitábamos esto. Ha habido mucha mierda en los últimos tiempos con el caso del Carnicero, y eso es apenas la punta. Lo sabrías si te importara algo o si leyeras los periódicos. — Hace una pausa, saca un lápiz del bolsillo de su camisa, lo hace girar entre sus dedos y lo parte por la mitad—. Mira, tú me entiendes. Necesitábamos resolver algo, no solo por las víctimas y sus familias, sino también por nosotros. La gente ya no tiene fe en la policía, Tate, ¿y quién podría culparla? Tuvimos una oportunidad de cambiar eso, pero te guardaste información.

—¿Salí hoy en las noticias? —pregunto.

—¿Has oído algo de lo que te acabo de decir?

—Los periódicos, Cari. ¿Salí en ellos? ¿Apareció el accidente?

—No, en los periódicos no —contesta—. El accidente ocurrió demasiado tarde para eso. Pero has sido noticia en la televisión todo el día.

—¿Desde esta mañana?

—Dije *todo el día*.

—Entonces, ¿por qué demonios no te estás haciendo la pregunta obvia?

—¿Y cuál sería?

—¿Por qué el tipo que plantó el martillo en mi garaje no lo retiró después de ver las noticias? Debió saber que estar en la cárcel me exculparía.

Adivino por su expresión que no lo había pensado.

—Quizás no vio las noticias.

—Vamos, Cari, sabes tan bien como yo que estos tipos siempre leen los periódicos y ven las noticias.

Golpea una mitad del lápiz roto contra la mesa.

—Va a ser una noche larga —anticipa—. Vamos a resolver esto.

—Entonces será mejor que me ponga cómodo —respondo, y me reclino en la silla.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Schroder tenía razón y se equivocaba. Tenía razón en que iba a ser una noche larga. Se equivocaba en que lo íbamos a resolver. Landry apareció en el momento justo, pero el juego de intentar sacarme algo había quedado desbaratado por el arma homicida. Había sido plantada, ambos lo sabían, y ese era el problema. Habrían tenido una mejor oportunidad si no la hubieran encontrado. Me retuvieron el tiempo suficiente para repasar las mismas preguntas y hasta que estuvieron satisfechos de que habían registrado mi casa con minuciosidad en busca de lo que imagino era evidencia de lo que le había ocurrido a Sidney Alderman, evidencia que yo sospechaba que implicaba al padre Julián pero que no podía probar. Me di cuenta de que Landry tenía ganas de encerrarme y de que Schroder estaba tentado de seguirle la corriente, pero al final no tenían nada para retenerme. Hasta pude explicar la sangre y la tierra en mi cuerpo como producto de una mala caída mientras caminaba intentando aclarar mi cabeza. Nadie se lo creyó, pero no importaba.

Cuando terminamos, Landry y Schroder me acompañan al ascensor.

—Esto no ha terminado —asegura Landry y tiene razón, no ha terminado. Alguien mató al padre Julián y ese mismo alguien intentó enviarme a la cárcel por eso. Sospecho que ese mismo alguien será el hombre que mató a esas chicas. Voy a encontrar a ese alguien.

Cuando llego a la planta baja, dos oficiales están esperándome. Los sigo afuera y subo en la parte trasera del coche patrulla y ninguno entabla ningún tipo de conversación mientras me llevan a casa. Atravesamos la ciudad. Observo la vida nocturna, la gente que va o viene del trabajo, de los bares, de algo mejor o de algo peor.

Me dejan en el sendero de entrada. Dan marcha atrás y se alejan, y esta vez no hay caras pegadas a las ventanas vecinas para ver en qué ando. Mi casa está cerrada y sigo sin tener las llaves, así que entro por la misma ventana rota de antes. Schroder nunca mencionó la ventana y supongo que tal vez dedujo por qué estaba rota. Mi casa está aún más desordenada desde que la registró la policía. Los artículos y las fotos de la habitación que había montado como oficina han desaparecido. Lo único que queda son los agujeros de las tachuelas en las paredes. Mi ordenador no está, mis notas no están, hasta la pizarra se han llevado. Landry examinará todo y me llevará de vuelta

a la comisaría para responder más preguntas, tal vez más tarde hoy Pero no hay nada en ninguna de esas notas sobre Sidney Alderman. Nada sobre Quentin James.

Preparo un poco de café y la cafeína me despierta lo suficiente para darme cuenta de que estoy tan cansado que ni siquiera sé cuál debería ser mi próximo paso. El café sabe bien, pero no tan bien como para considerar hacer otro. Me quedo mirando el vaso sobre la mesa, todavía lleno de *bourbon*. Pienso en tirarlo por el fregadero, luego pienso en tirármelo por la garganta y no hago ninguna de las dos cosas. Me dirijo al dormitorio. Todo está desordenado. Han volcado el colchón y lo han dejado boca abajo sobre la base. Han sacado todos los cajones. Han abierto el armario y lo han vaciado.

Voy abajo al lavadero y chequeo la lavadora. En algún momento, el ciclo de lavado se detuvo. La ropa que metí ya está lavada. Alguna todavía tiene manchas de sangre del accidente y de la ida al bosque, pero es mía.

Me doy una ducha rápida. Siento que es la mejor ducha de mi vida, pero estoy demasiado cansado para apreciarla de veras. Dexter se queda de pie en el baño y me observa mientras me seco. Cuando termino, le doy de comer y parece agradecido.

Son casi las seis de la mañana cuando me meto en la cama. Imagino que Landry y Schroder estarán haciendo lo mismo. Empiezo a poner el despertador, pero al final no consigo decidir a qué hora ponerlo, así que lo apago. Hundo la cabeza en las almohadas y trato de dormir.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

La casa está llena de colores cálidos y mi vecina me mira con una expresión gélida en el rostro.

—¿Para qué quieres que te preste el teléfono, Theo? —pregunta.

—Porque el mío no funciona.

—¿Crees que la policía te lo ha pinchado? Podrían haberlo hecho. Estuvieron allí toda la noche. Fue una estupidez lo que hiciste.

—Lo sé.

—Después de que perdiste a tu hijita y todo eso. Una gran estupidez.

—¿Me prestas el teléfono o no?

La señora Adams me mira durante unos segundos sin decir nada y es evidente que está debatiendo la cuestión. No quiere dejarme entrar en su casa. Esta mujer que podría ser la abuela de cualquiera y que me ha llevado comida hecha a casa al menos una vez por semana durante casi un año después de la muerte de Emily. Esta mujer a la que de vez en cuando encontraba quitando las malas hierbas de mi jardín o podando algunos arbustos porque yo estaba demasiado cansado, ocupado o tenía demasiada pereza para hacerlo. Siempre con una sonrisa y un comentario amable de que todo iría bien, que Emily estaba con Dios, que todo estaría bien.

—No lo sé —contesta—. Podrías haberla matado.

—No fue mi intención —le explico, como si sirviera de excusa. Del mismo modo en que no fue la intención de Quentin James matar a mi hija.

La señora Adams deja pasar el comentario y se hace a un lado.

—No tardes mucho.

Se queda un paso detrás de mí mientras avanzo por su casa, como si de repente pensara que no solo soy un conductor ebrio, sino que además estoy a punto de robarle una de las mil chucherías que cubren las mesas y las encimeras.

—¿Tienes una guía telefónica? —pregunto.

Suspira y tengo la impresión de que si hubiera sabido desde un principio que iba a ser tan molesto no me habría dejado entrar. Rebusca en un cajón de la cocina y saca las páginas amarillas.

Llamo al hospital y pregunto por el estado de Emma Green. Resulta que ese es el apellido verdadero de la chica... Donovan Green no estaba

mintiendo después de todo. La enfermera me responde que esa información está reservada para los miembros de la familia.

»¿Puede decirme aunque sea si está bien? —insisto.

—¿Cuándo vais a aprender que no podéis hacernos perder el tiempo con vuestras preguntas todo el día? —espeta la mujer.

—Eh, ¿quiénes?

—Vosotros, los periodistas —replica, casi como escupiendo la palabra, antes de colgar. Supongo que si hubiera sabido quién era yo, habría sido peor.

Hago mi segunda llamada, esta vez a la morgue.

—Soy Tate.

—¿Tate? Dios mío, me enteré de lo que pasó. ¿Estás bien? —pregunta Tracey. Es la primera persona que lo ha hecho, y es agradable.

—¿Si estoy bien? Supongo que depende de tu definición —contesto—. Escucha, necesito preguntarte si puedes ayudarme con algunas cosas.

Se produce un momento de silencio y estoy a punto de preguntarle si todavía está ahí cuando responde.

—Siento mucho todo lo que ha pasado, Tate, pero sabes que no puedo ayudarte con nada. No solo por lo de los últimos días, sino porque te robaste el anillo de esa chica muerta de mi morgue. Landry estuvo aquí esta mañana haciendo preguntas y no supe qué decirle.

—Lamento haberte hecho pasar por eso.

—Vale, sí, yo también lo lamento —dice, y la imagino sacudiendo la cabeza despacio—. Porque ahora soy yo la que va a recibir una reprimenda. Podría acabar siendo serio. Por lo que sé, podrían suspenderme. O algo peor. Tengo que irme.

—Escucha, Tracey, por favor, es importante.

—No puedo.

—Es la chica —preciso—, eso es todo.

—¿Qué?

—Necesito saber cómo está. El hospital se niega a darme información.

—No sé cómo está.

—Pero puedes averiguarlo, ¿verdad?

—Se te está yendo la mano, Tate.

—Por favor. Es importante.

Se calla de nuevo. Esta vez sé que sigue ahí. Espero.

—Llárame en cinco minutos.

—Tengo que ir allí de todos modos. Pon mi nombre en la lista. Te veré en un par de horas.

—Mira, no puedo...

—Gracias, Tracey. Nos vemos pronto. —Cuelgo antes de que pueda protestar.

La señora Adams no parece muy afectada porque yo esté ocupando tanto de su tiempo. Esparcidos por la cocina hay ingredientes para hornear que deben haberse combinado para formar lo que sea que se está dorando en el horno con un olor fantástico.

Hago otra llamada. Mi madre contesta, un poco agitada, como si acabara de entrar corriendo del patio.

—He intentado llamarte. Tienes el móvil apagado.

—Lo perdí.

—Y el teléfono de tu casa está desconectado.

—Me olvidé de pagar la cuenta.

—¿Es verdad lo que dicen los periódicos? —pregunta—. Por favor, Theo, por favor no me digas que hiciste lo que están diciendo que hiciste.

—No he visto los periódicos —respondo—, pero sí, es verdad. Lo siento.

—Debería haber hecho más —replica.

—¿Qué?

—Es mi culpa —afirma—. Debería haberme dado cuenta de lo que te estaba pasando desde el accidente. Pero no te preocupes, estamos aquí para ayudarte.

—No es tu culpa. De todas formas, la razón por la que te llamo...

—Por supuesto que es mi culpa. Tu padre y yo te fallamos. Seguro que sí. Lo siento mucho —agrega, lo que me hace sentir aún peor.

—Escucha, mamá, no es así. Te lo explicaré mejor cuando te vea, pero por ahora quiero preguntarte si me puedes prestar un coche.

—¿Un coche?

—Papá apenas usa el de él, ¿verdad? Y vosotros podéis compartir el tuyo mientras tanto.

—¿Qué le pasa al tuyo? Oh —exclama, dándose cuenta—. No sé si es una buena idea.

—No lo voy a chocar, mamá.

—No...

—Estoy bien ahora —asevero—. Te lo prometo. Y necesito esto, ¿vale? Necesito que confiéis en mí.

—Claro que confiamos en ti. Pero... ¿pero no te han quitado la licencia?

—Fueron flexibles conmigo por mi historia —explico, lo cual es una mentira absoluta. Me quitaron la licencia. Y si me atrapan conduciendo

volveré directamente a la cárcel. Habrá multas. Es el factor Quentin James.

—Te lo llevaré —se ofrece mamá—. Estoy segura de que a papá no le importará.

Los dos sabemos que sí. Cuelgo el teléfono y le devuelvo las páginas amarillas a la señora Adams.

—Yo no me fiaría de ti —me advierte, y me ofrece una de las magdalenas que acaba de hornear, como si un gen de abuela dentro de ella no pudiera impedirle que lo hiciera. Cojo una antes de que pueda cambiar de opinión; ha de ser lo más saludable que he comido en semanas.

»¿Sabes, Theo?, no quiero ser dura contigo, no después de todo lo que ha pasado, así que por favor, no lo tomes a mal, pero nunca es demasiado tarde para enmendarse.

Siempre estamos al lado por si necesitas ayuda en el proceso.

Le doy las gracias por prestarme el teléfono y por la magdalena. Me da otra para que me lleve a casa. Si hubiera más personas tan compasivas y serviciales, quizá podríamos erradicar parte del cáncer que se ha arraigado en los huesos de esta ciudad.

Mi madre tardará una hora en llegar con el coche, así que decido ir a comprar el periódico para matar el tiempo. No puedo dejar de pensar que la gente se fijará en mí, que sabrá quién soy y lo que he hecho, pero nadie me presta atención porque mi foto no está en el periódico, solo mi nombre. Sin embargo, el tío de la tienda me conoce, ya que llevo años comprándole. Me mira, mira la portada y me vuelve a mirar. Pareciera estar buscando algo que decir, y creo que todas sus frases cabreadas se mezclan unas con otras y acaba por no decir nada. Incluso me entrega la vuelta correcta. Regreso a casa y leo la nota. Es toda sobre el accidente. Y sobre mí. No pinta un buen panorama. Leo el artículo sobre el padre Julián, pero no revela nada que ya no sepa. Al menos no se menciona mi nombre... por ahora.

Enciendo el televisor y veo un par de minutos del telediario de la mañana. El asesinato del padre Julián es la noticia principal y parece que va a ser un día ajetreado para los medios. Casey Horwell presenta un informe. Dice que el arma homicida ha sido encontrada y dice dónde, y brinda mi nombre como si supiera desde siempre de lo que yo era capaz, con una sonrisita que sugiere que ella lo veía venir aun cuando la policía no lo intuía. Me pregunto cómo carajo supo dónde se encontró el arma y quién será su fuente. Relata que al padre Julián le han cortado la lengua. Me enfado con solo mirarla y tengo que apagar el televisor para no verme tentado de lanzar el control remoto contra la pantalla.

Empiezo a ordenar la casa y a lavar algo más de ropa. Luego paso unos minutos en el dormitorio de mi hija. La policía estuvo aquí anoche, pero no desordenaron casi nada, solo dejaron las cosas un poco fuera de lugar. Me recuerda a la oficina del padre Julián, donde todo está donde debe estar, pero apenas. La policía fue respetuosa. Registraron el dormitorio y no encontraron nada excepto un altar solitario y evidencia de un padre más solitario aún. Dexter me mira desde la cama. Me sigue por la casa y le lleno el tazón de comida.

Hace seis meses tenía una habitación libre que parecía ser un imán para toda la basura en mi vida que no lograba encajar en ningún otro lugar de la casa o el garaje. Ahora es una oficina, o al menos lo era hasta anoche. Me siento en el escritorio y saco un bloc del cajón. Empiezo a escribir los nombres y las fechas de las mujeres asesinadas. Empiezo a recopilar todas las notas que puedo recordar, pero las últimas ocho semanas han sido una neblina de alcohol, de culpa, de rabia contra el cura y contra mí mismo, y los pequeños detalles se han escabullido, ahogados en un océano de resentimiento conmigo mismo. Hago lo mejor que puedo con los detalles que recuerdo y empiezo a crear otra línea de tiempo.

Justo antes de que llegue mi madre, voy a la cocina y cojo el vaso de *bourbon* que todavía me espera en la mesa. No me atrevo a tirarlo. No sé por qué. Lo meto en la nevera y luego lo escondo en el fondo. Cuando llega mi madre, echa un vistazo a la casa y no puede evitar comentar sobre el desorden, el olor, el aire viciado, la ventana rota. Me mira de arriba abajo. La herida en mi cabeza se ha cerrado, pero no tiene buen aspecto. Los moretones en mi cara los atribuye al accidente, tal como lo hicieron Schroder y Landry.

Un moretón enorme se extiende por el costado de mi cuello, y eso que no puede ver el moretón en el pecho que me ocasionó el cinturón de seguridad. Tengo cortes en las manos; el extremo de mi dedo vendado está manchado de sangre.

Mi madre tiene sesenta y pico de años, pero cree que tiene cuarenta y que yo aún tengo nueve años. Su cabello no es tan canoso como el de mi vecina y sus gafas no son tan grandes... aunque me imagino que dentro de diez años serán iguales.

—Tienes que ir al médico —dice.

—Estoy bien. Ya me han revisado.

—No parece que hayan hecho un buen trabajo.

Empieza a ordenar. Le digo que no se moleste, pero lo único que no se molesta en hacer es escuchar cuando le pido algo. Mamá comenta lo

decepcionada que estaría Bridget si supiera lo que está pasando, y no solo lo de conducir borracho, sino también la forma en que me he estado tratando en los últimos tiempos. Me lo paso repitiendo *lo sé* una y otra vez, pero no parece cansarse de oírlo. Al cabo de casi una hora, me deja llevarla a su casa y me quedo con el coche.

—También ando corto de dinero —deslizo— y necesito un teléfono nuevo. Odio pedírtelo, pero ¿puedes echarme una mano?

—Hay un poco en la guantera —contesta—. Estamos preocupados por ti, Theo. Más de lo que crees. ¿Vas a entrar a saludar a tu padre?

—No lo sé. Supongo que depende de cuánto se opone a que me prestes el coche.

—Entonces será mejor que te vayas —replica con una sonrisa. Se inclina y me da un abrazo y, por un brevísimo instante, siento que todo va a estar bien.

Cuando llego a la biblioteca, abro la guantera y encuentro un sobre con mil dólares en efectivo. Mamá debió haberse detenido en un banco en el camino. Sabía que no me olvidé de pagar la factura del teléfono, que no la pagué porque hace semanas que no trabajo. De pronto tengo ganas de darme la vuelta y devolver todo —el dinero y el coche— porque no merezco que nadie se preocupe por mí. Pero no lo hago. Hay demasiadas chicas muertas, demasiados cuidadores muertos y un sacerdote muerto que me presionan para seguir adelante. Además, alguien intentó inculparme de homicidio.

La biblioteca está calentita y tranquila. Muchas personas que viven en mundos distintos al mío están sentadas leyendo sobre mundos parecidos a este en el que me estoy hundiendo. Busco las secciones de los periódicos en el ordenador e imprimo todos los artículos que mencionan a las chicas desaparecidas. Están los que encontré debajo de la cama de Bruce Alderman además de las notas que han salido en los periódicos desde que las chicas fueron descubiertas. Me paso el resto de la tarde releendo las notas e imprimiéndolas. Imprimo el artículo sobre el suicidio de Bruce Alderman y también el de la desaparición de su padre. Acabo con una pila de papel dedicada a los muertos de casi un centímetro de grosor.

Salgo de la biblioteca y me topo con el tráfico de las cinco. Los todoterrenos bloquean la visión en las intersecciones y no por primera vez, pienso que son la razón por la que todo el mundo se está volviendo loco. Sin duda alguna, fueron la razón en mi caso. Observo el dinero que me dieron mis padres y la matemática es simple: hay suficiente aquí para beber hasta olvidarme de este y de cualquier otro problema durante las próximas semanas.

Podría entrar en un bar —hay varios en el camino— y las cosas volverían a estar bien, al menos por un tiempo.

¿QHJ?

¿Qué haría James? Me imagino que Quentin James habría parado. Habría entrado y dejado que cinco minutos se convirtieran en diez, diez en una hora, una hora en una noche. O tal vez si lo hubiera dejado vivir, las cosas serían diferentes ahora. Tal vez habría encontrado la redención, o a Dios, o algo que lo hubiera mantenido fuera de esos bares. No lo sé, y pensar en James me quita todo deseo de entrar. Paso delante de todos y no miro atrás.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

De camino a la morgue me detengo en la tienda donde compré mi último móvil. Parece que fue hace mucho tiempo. Mucho más que ocho semanas. Me gasto ciento cincuenta dólares en un móvil que tiene unas características con las que ni Gene Roddenberry podría haber soñado.

Pido que me transfieran mi número y me dicen que tardará una o dos horas.

Un oficial está sentado detrás de un escritorio en la entrada de la morgue. Le doy mis datos y chequea la lista. Me entrega un pase de visitante y me lo coloco en la parte delantera de la camisa. Se muestra bastante amable, por lo que deduzco que no ha pasado mucho tiempo leyendo los periódicos o viendo las noticias. El tipo ya debe tener una dosis de realidad suficiente trabajando en la morgue.

A medida que avanzo por el pasillo, la temperatura desciende con cada paso. Atravieso las grandes puertas de plástico que separan el pasillo y las oficinas del congelador, donde se realiza todo el trabajo. Han pasado dos meses desde la última vez que estuve aquí. Y antes de eso, dos años. Eso significa que mis visitas se están volviendo más frecuentes.

—Hola, Tate —me saluda Tracey y se acerca desde los grandes cajones en los que se guardan a las otras personas que tienen la mala suerte de estar aquí un viernes a las seis de la tarde—. Me encontraste justo.

Se ve diferente. Tiene el pelo un poco alborotado. Parece más pálida y cansada, más deteriorada, como si la vida y la muerte estuvieran empezando a agobiarla.

»Ha sido una semana difícil —señala, como si adivinara mis pensamientos.

—Ajá. Dímelo a mí.

Hay mesas de metal vacías con sábanas y herramientas, pero sin cuerpos.

—Me vendría bien una copa —admite, y luego hace una pausa al darse cuenta de su error—. Lo siento, Tate, eso fue desconsiderado.

—Sí, también lo es conducir borracho. ¿Cómo está ella?

—Está bien. Bastante golpeada, pero fuera de peligro. Lo peor fue el traumatismo de cráneo, tenía un poco de inflamación interna, pero han podido

aliviar la presión. Le esperan algunos meses difíciles por delante, pero podría haber sido peor, ¿verdad? Tú lo sabes mejor que nadie.

«Tú lo sabes mejor que nadie». ¿Cuántas personas me han dicho eso en las últimas veinticuatro horas?

—¿Entonces se recuperará por completo?

—Eso es lo que dicen.

Paso el peso de mi cuerpo de un pie a otro con la idea de calentarlos un poco. El dedo sin uña me late. La venda está gris oscura y tiene aspecto sucio, y no ha sido cambiada.

»¿Te duele? —pregunta Tracey.

—No pasa nada.

—Deja que te cambie la venda mientras hablamos.

La sigo a la oficina y me siento. Ella arrastra la silla, se pone unos guantes de látex y me quita la venda vieja del dedo. Está un poco pegada, y hay un poco de sangre y pus en el lado de afuera.

—¿Has examinado al cura? —le pregunto.

—Anda, Theo, sabes que no puedo revelarte nada de eso.

—Es importante.

—Creo que te estás olvidando que todavía estoy enfadada contigo por haber robado el anillo de Rachel Tyler.

—Lamento haberlo hecho.

—Ah, vale, con eso ya está, ¿no? Mientras lo lamente. —Retira la gasa y, al hacerlo, arranca la costra.

—*Auch*, Tracey. —Aparto la mano.

Arroja la gasa en un cubo.

—Me callo la boca por ti y de repente Landry se aparece esta mañana para hacerme preguntas. Ahora soy yo la que está jodida.

—Déjame compensarte.

—Dame la mano.

—No.

—Vamos, Theo, madura de una vez. Dame tu maldita mano.

Vuelvo a extender la mano y ella empieza a limpiar la herida.

—Mira —aventuro—, creo que tengo derecho a algo de información. Después de todo, yo fui el acusado de matarlo.

—Como sea, eso no te da derecho a absolutamente nada. ¿Cuándo fue la última vez que dejaste que un sospechoso entrara aquí y preguntara lo que quisiera sobre el crimen?

—Esto es diferente.

—No para mí. Ni para nadie. Ni siquiera deberías estar aquí. —Corta un pedazo de gasa nueva y me la coloca sobre la yema del dedo. Luego añade un trozo de almohadilla—. Maldita sea, Tate, si hubiera alguien lo bastante capacitado para reemplazarme, ya me habrían suspendido.

—Saben que yo no lo hice. ¿Te lo dijo Landry?

—Sí. Lo hizo. Pero eso no cambia nada.

Observo por encima del hombro los cajones al otro lado de la ventana de la oficina. Uno de ellos contiene al padre Julián. Dos noches atrás, estuve a punto de ocupar otro. El dedo me late con más intensidad y Tracey empieza a vendarlo.

—Para mí si lo cambia. Piénsalo desde mi perspectiva. La policía sabe y yo sé que alguien mató al padre Julián y trató de culparme a mí. Creo que eso significa que estoy involucrado en esta investigación. Creo que significa que merezco que me informen todo lo posible para poder defenderme.

—¿Defenderte de qué? Ya saben que eres inocente.

—Vamos, Tracey. No hace falta que lo explique. Sabes que tres de esas chicas aún estarían vivas si yo hubiera hecho mi trabajo correctamente hace dos años. Quiero a este tipo fuera de las calles.

Pega la venda y se echa hacia atrás.

—La gente que tú quieres fuera de las calles acaban desapareciendo, Theo. Lo siento, pero no puedo darte información.

—¿La causa de la muerte fue el martillo?

—Se está haciendo tarde. Tengo una familia que me espera en casa.

—Anda, dame algo. Bruce Alderman, su padre, ahora el cura... están muertos por una razón. Y es muy probable que la persona que plantó el martillo en mi casa sea la misma persona que mató a todas esas chicas.

—¿Sidney Alderman está muerto? ¿Cómo lo sabes? —pregunta ella.

—Es lo que supongo, y tiene sentido, ¿verdad? Todo está relacionado.

—No todo —refuta Tracey.

—¿Qué quieres decir?

Tracey suspira y sus hombros se hunden como si estuviera harta de hablar con un niño de diez años.

—Por favor, olvídalo.

—¿Tú lo harías? Anda, Tracey, nómbrame un detective que conozcas que no estaría intentando hacer lo mismo.

—El problema es que no eres un detective, Theo. Ya no.

—Lo sé, pero...

—Mira, una cosa, ¿vale? Voy a decirte una cosa y luego quiero que te vayas.

—De acuerdo.

—Y no puedes volver. ¿Me lo prometes?

Ya he oído esa frase antes.

—¿Qué hay?

Ella suspira.

—Vale, Theo, te digo esto y luego te marchas. Sidney y Bruce Alderman. No son parientes. Sidney Alderman no es el padre de Bruce Alderman.

CAPÍTULO CUARENTA

Clavo las fotocopias de los artículos periodísticos en la pared de mi oficina y me quedo mirando el lugar donde solía estar mi ordenador hasta que unos golpes en la puerta me traen de regreso a la realidad. Considero la posibilidad de ignorarlos, pero no cesan. Atravieso el vestíbulo y abro la puerta de un tirón. Cari Schroder está de pie allí con dos cajas de pizza en los brazos. De pronto, se ha vuelto mi mejor amigo de verdad.

—Pensé que te vendría bien algo de comer —anuncia.

—Justo estaba cocinando algo.

—Revisé tu nevera, Tate. ¿Qué carajo podrías estar cocinando? —Se acomoda bien las pizzas en una mano, con una botella de Coca-Cola bajo el brazo. Mete la otra mano en su bolsillo y saca mis llaves—. Te serán útiles para entrar y salir con más facilidad. Te ahorrarás tener que romper más ventanas.

—En serio, Cari, no es un buen momento —señalo y tomo las llaves.

La pequeña llave que me dio Bruce Alderman todavía está en el llavero.

—Déjate de gilipollices. No ha habido comida en esta casa desde hace mucho tiempo. Excepto de esta clase. Tienes suficientes cajas de pizza apiladas en la cocina como para construir un fuerte.

El estómago me empieza a rugir y se me hace agua la boca.

»Iba a traer cerveza —agrega y se lleva la mano debajo del brazo para coger la Coca-Cola—, pero me pareció una mala idea.

—Eres un tío muy gracioso.

Pasamos al comedor. Cojo algunos platos y un par de vasos. La pizza viene con una gama de diferentes tipos de carne, así que entre eso y la Coca-Cola supongo que voy a obtener el valor nutricional que necesito para el día.

»Dime, entonces, ¿a qué has venido? —le pregunto.

—Mira, Tate, Landry puede ser un auténtico gilipollas, pero eso no significa que no tenga razón.

—¿Razón en qué?

—En el hecho de que te has convertido en un verdadero desastre.

—Estoy intentando corregirlo.

Contempla alrededor de la habitación mientras asimila el comentario.

—Supongo que sí.

—Eso es lo que te pasa cuando atraviesas momentos que te cambian la vida para siempre.

—¿Y cuáles vendrían a ser?

—¿Tú qué crees?

—El accidente —responde y tiene razón... fue el accidente y no tanto el haber sido llevado al bosque o inculpado de homicidio.

»Es un poco irónico —añade.

Sé a dónde quiere llegar. Está diciendo que si no hubiera cruzado esa intersección y chocado con ese coche, ahora estaría en la cárcel. Me habrían detenido por homicidio. Está diciendo que coger la botella y emborracharme fue lo que evitó que pudieran incriminarme con facilidad. Todo se reduce a esa palabra: *suerte*.

—¿De veras creísteis que yo lo había hecho? —pregunto.

—Claro que sí. Hasta que apareció el arma. Eso complicó las cosas. El martillo. Fue desconcertante. Así que tuviste suerte.

—No debería haber necesitado suerte. No maté al tipo y eso debería haber sido suficiente.

—Vamos, sabes que a veces eso no es suficiente —replica, y es un pensamiento muy deprimente.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —insisto—. ¿Aparte de para asegurarte de que estoy comiendo bien?

—¿Cuánto hace que no salimos, Tate?

—Más o menos desde que dejaste de llamarme. Que fue el mismo momento en que todo el mundo dejó de hacerlo. Diablos, si mal no recuerdo, fue alrededor de cuando murió Emily.

—Eso no tuvo nada que ver.

—¿Entonces por qué fue?

—Por Quentin James —precisa—. Nadie cree que huyó. Todos sabemos que tú lo mataste. Pero sin un cuerpo, sin ninguna prueba...

—Yo no lo maté.

—Oye, yo lo habría matado. Cualquiera de nosotros lo habría hecho, por eso no nos esforzamos demasiado por encontrarlo. Y que tuvieras que ser tú, era una cagada. Nadie quería escuchártelo decir. ¿Qué habría pasado si una noche me hubieras confesado lo que habías hecho mientras compartíamos una cerveza? ¿Eh, qué hubiera pasado? Nadie podía llamarte, Tate. Era la única manera. Era más seguro. No solo para ti, sino para nosotros. Puede que no fuera lo que querías, pero era lo que había que hacer. Tú nos forzaste a eso.

No le contesto. No estoy seguro de si tiene razón o si solo ha inventado una excusa que suena creíble. Supongo que si yo estuviera en su situación habría hecho lo mismo.

Permanecemos sentados en silencio durante unos minutos mientras comemos pizza y terminamos nuestras Coca-Colas. La Coca sabe diferente sin *bourbon*.

—Dime algo —aventuro. Termino una porción y me dispongo a comer otra—. Bruce Alderman. ¿Alguna vez lo investigasteis por los asesinatos?

—Investigamos a todos.

—Sí, pero ¿cuánto lo investigasteis? —presiono.

—No tanto como al padre.

—¿Cuál padre?

—Si intentas decir algo, Tate, hazlo abiertamente.

—No me refería al cura.

Deja la pizza.

—¿Quién te lo dijo?

—¿Que Bruce y Sidney no eran parientes? Lo he sabido desde el principio. ¿Sabes quién es el verdadero padre?

Recoge su porción y sigue comiendo.

—Supongo que te lo dijo Tracey. Y hace poco. Tal vez hoy. Es imposible que lo supieras desde el principio.

—¿Cómo lo descubriste? —pregunto.

—Me imagino que igual que tú. ¿Quieres contármelo primero?

—Vamos, Cari. No habrías venido a menos que tuvieras algo para mí.

—Tienes que dejar de inferir cosas que no son. No tengo nada para ti. Vine para ver cómo estabas.

—Te lo agradezco —contesto—, pero vale, solo dame algo. Sabes que la cagamos hace dos años. Sabes que podríamos haber parado esto y que si lo hubiéramos hecho, tres chicas estarían aún con vida. No puedo dejarlo así.

Vuelve a bajar la pizza.

—Me sorprende que hayas tardado tanto en jugar esa carta.

No respondo. Me limito a esperar a que continúe.

»Como te dije, investigamos a todos. Es un caso grande, y todas esas chicas... vamos a analizar todo el ADN que podamos conseguir. Eso es lo que haremos.

—¿Y Alderman estuvo de acuerdo con eso?

—No, no estuvo de acuerdo. Ni siquiera lo sabía. Fue a identificar el cuerpo de su hijo. Cuando te lanzó el puñetazo, su puño golpeó contra la

pared, ¿verdad? Eso nos dio su sangre. La pusimos en la base de datos que estábamos armando.

—¿Y?

—Faltan los resultados del ADN. Joder, Tate, esa mierda sigue tardando meses en llegarnos. Nada ha cambiado en ese sentido. Pero los tendremos cualquier día de estos. Los análisis de sangre demostraron que no había una relación biológica entre los dos Alderman.

—¿Por qué hicisteis la prueba?

—Como dije, esas cosas se hacen, ¿no?

—¿Qué hay del padre Julián? ¿Estáis chequeando si su ADN aparece en algún lugar que no debería?

—¿Cómo sabía que ibas a preguntar eso?

—¿Y bien?

—Has tenido muchas oportunidades para hablarnos del padre Julián, Tate. Te negaste a hacerlo una y otra vez. Pero, como dije, todavía estamos esperando los resultados de ADN.

—El padre Julián era el verdadero padre de Bruce, ¿no?

—¿Qué te hace decir eso?

Pienso cuando el padre Julián comentó que Bruce era como un hijo para él.

—Una corazonada.

—No lo sé. Es más rápido refutar la paternidad a través de comparaciones de sangre, que es lo que hemos hecho. Pero confirmarla lleva más tiempo. Lo sabremos pronto.

—¿Cómo de pronto?

—Lo sabremos cuando sea el momento. Así son las cosas.

Ojalá las pruebas fueran tan rápidas como parecen en televisión. Pero no es así. Son ocho semanas de espera entre que se envían las muestras, se analizan, se vuelven a analizar y se devuelven. Como dice Schroder, será una cuestión de días.

—¿Vais a comparar el ADN que habéis estado recogiendo con las muestras encontradas en la escena del crimen en la iglesia? —inquiero.

—Vaya, ¿cómo no se nos ocurrió eso? No había dimensionado la pérdida que significó tu alejamiento de la policía.

—Ja, muy gracioso, Cari.

—La cagaste —declara Schroder.

—¿Qué?

—Eso. Que la cagaste. Todo este asunto. Y es solo cuestión de tiempo para que encontremos a Sidney Alderman.

—Cuando lo hagas, ¿puedes preguntarle sobre el padre Julián? Tal vez sepa algo.

—Sí, me aseguraré de hacerlo. Le apoyaré las manos en una bola de cristal. A ver si eso ayuda con la conversación. Porque tendrá que ser mejor que esta. —Termina la bebida y se pone de pie.

Lo acompaño hasta la puerta.

En el escalón, se da la vuelta y me mira.

»Sabías que su esposa murió en un accidente, ¿verdad?

Sabe que lo sé. Encontré el artículo en Internet y lo imprimí. Estaba clavado en mi pared junto con todos los demás.

—¿Y qué?

—Con todo lo que está pasando, alguna mente brillante tuvo la idea de que tal vez hubo algo más detrás de su muerte.

—Estás bromeando —contesto, de repente preocupado por el posible rumbo de la conversación.

—No. Qué gilipollez, ¿verdad? Es una idea estúpida. Pero la decisión ha venido de arriba. Uno de esos esfuerzos puntillosos que cuestan tiempo y dinero y no llevan a ninguna parte. La cuestión es que la desenterraremos el lunes.

El estómago me da un vuelco con un movimiento tan intenso que tengo miedo de caerme. Mi futuro pasa delante de mis ojos. Empieza conmigo vomitándome encima. Luego salta hacia otra exhumación con un resultado horrible. Es lunes de dos por uno en el cementerio... no desenterrarán a un Alderman, sino a dos. Luego termina con esposas y otro paseo en un coche de policía, interrogatorios y juicios, y luego la cárcel. Mucho, mucho tiempo en la cárcel.

—¿No necesitáis tener algo más firme para poder hacer eso? —sugiero.

—La pistola con la que se disparó Bruce —menciona, ignorando mi pregunta—. ¿Sabes de dónde la sacó?

—Siempre me lo he preguntado —contesto, y las visiones siguen sucediéndose. Dos Alderman muertos y yo en la cárcel recibiendo una paliza por parte de dos tipos que arresté años atrás.

—Era de su padre —indica Schroder—. Me refiero a que pertenecía a Sidney Alderman.

—¿Y? —pregunto, sin saber a dónde quiere llegar.

—Alderman compró esa pistola hace años. La compró la misma semana que murió su mujer. Unos dos días antes de que ella saltara por accidente delante de un coche. Tremenda coincidencia, ¿no crees?

—¿Crees que compró el arma para matar a su esposa y que en vez de eso la empujó delante de un coche?

Se encoge de hombros.

—No creo nada. Pero, ¿recuerdas lo que pasó la última vez que empezamos a desenterrar cuerpos? Te lo digo, Tate, va a ser una semana larga. Y acepta un consejo, consíguete un buen abogado, tío. Con o sin amigos en el departamento, los cargos por conducir ebrio no van a desaparecer. Vas a pasar un tiempo en la cárcel. Así que pon tus cosas en orden, empieza a salir a correr... has engordado, ¿cuánto, tres, cuatro kilos en el último mes? Encarrila tu vida. Haz cualquier otra cosa menos dedicarte a este caso, tío. Sé que si hubiéramos hecho algo distinto hace dos años las cosas podrían haber sido diferentes, pero tienes que quitártelo de la cabeza y dejar que nosotros nos encarguemos.

Su móvil empieza a sonar.

»Aguarda, Tate. —Habla con rapidez y cuelga—. Tengo que irme — agrega y se apresura hacia su coche.

Lo único que puedo hacer es observar el coche que abandona la calle a toda velocidad y lo único que puedo pensar es en lo que encontrarán enterrado cuando exhumen a la esposa de Sidney Alderman el lunes.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Durante un tiempo largo, no me puedo mover. Mi respiración se vuelve superficial y empiezo a sudar. La casa está fría y el aire un poco húmedo a causa de la ventana rota de la sala. Siento un dolor opresivo en el pecho. El lunes van a encontrar a Sidney Alderman enterrado encima del ataúd de su mujer. Se darán cuenta de que opuso resistencia. Habrá muchas pruebas de que fui yo quien lo mató. No será como con Quentin James, que sabían que yo lo hice, pero no trataron de probar nada. Esta vez harán un esfuerzo porque el hombre que maté era inocente.

Salgo al garaje y encuentro un trozo de madera terciada y algunos clavos; por supuesto, no tengo martillo. Utilizo un taladro y tornillos para sujetar la madera terciada sobre la ventana rota. El trabajo me ayuda a calmarme, al menos durante unos minutos. Cuando coloco el último tornillo, empiezo a repasar mis opciones, y la que surge con más frecuencia es que debería llamar a Cari Schroder y pedirle que vuelva. Podríamos sentarnos y le confesaría mis pecados.

Me siento a la mesa y como un poco más de pizza, con la mirada en blanco clavada en la pared y masticando de forma mecánica, sin el menor disfrute. Debería aprovechar a comer mejor, ya que no veré comida saludable hasta dentro de diez años. Por otro lado, Schroder tenía razón. Debería apuntarme a un gimnasio. O al menos salir a correr. Hacer algo. Me agacho y me aprieto un poco del estómago. Hace dos meses estaba delgado. Ahora no. Levanto la mano y encuentro un relleno alrededor de mi cuello y la mandíbula que tampoco debería estar ahí.

Me acabo la pizza y bebo el resto de la Coca-Cola. Dexter deambula por el pasillo, tal vez esperando que le haya guardado una porción de pizza. Le doy lo de siempre y parece satisfecho. Me voy a la cama y pongo el despertador. Lo deslizo hasta el otro extremo de la mesita de noche para evitar estirar la mano medio dormido y pulsar el botón para posponer la alarma. Me quedo mirando el techo oscuro y las paredes oscuras y pienso en Sidney Alderman y en la expresión que tendrá en su cara. Me viene a la mente una imagen extraña, en la que lo desentierran y todavía le queda un último aliento, un aliento con el que puede decirle a la policía que fui yo quien le hizo esto.

Cuando me duermo, sueño con mi mujer, con Emily, y en mi sueño, ambas están vivas. Me hablan, pero lo que dicen tiene poco sentido, porque en el sueño, parece que estoy enterrando a mi familia mientras todavía está viva. Rachel Tyler aparece... es una versión más joven, una de las Rachel Tyler exhibida en el pasillo de la casa de sus padres. Me acusa de ser un asesino, y tanto en este mundo de sueños como fuera de él, eso es exactamente lo que soy.

Cuando suena la alarma, son las dos de la mañana y está lloviendo. Dexter está acurrucado a mi lado, la primera vez que lo hace en dos años. Me pregunto si significará algo. La casa está fría y mi mente está llena de malas ideas. Me visto y salgo a la noche.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Arrojo una pala en el maletero del coche de mi padre y aparco frente de mi casa. Miro a un lado y otro de la calle, en busca de una luz trasera, luego conduzco en dirección al cementerio. Giro al azar a derecha e izquierda para asegurarme de que nadie me sigue. Nadie me sigue. Tengo que desenterrar a Alderman antes de que los otros desentierren a su esposa. Verán la tierra removida, sabrán que algo ha pasado, pero no sabrán qué. Podrán sospechar, pero no podrán saberlo. Verán la sangre de Alderman en la tapa del ataúd, así que tendré que ocuparme de eso también.

En el cementerio, todo se ve diferente, como si todavía estuviera soñando. La noche es tan oscura y húmeda como puede serlo en esta ciudad. De vez en cuando, una luz pálida se cuela y se refleja en el parabrisas. La quietud es absoluta, y hace frío. Sospecho que si intentara cavar profundo para desenterrar a Sidney Alderman, sería como cavar a través de arenas movedizas.

Aparco en la calle a dos manzanas de distancia y camino hacia el cementerio. Cuando entro, ramas desnudas que se asemejan a restos de un esqueleto parecen extenderse y entrelazar los dedos sobre mi cabeza. Disminuyo el paso y permanezco oculto entre las sombras de unos robles a los lados de la calle, en caso de que hubiera algún policía cerca. No parece haber nadie, pero de todas maneras me adentro un poco más antes de volver al coche a buscar la pala, pues sé que no tendría una buena respuesta si me preguntaran por qué la llevo conmigo.

Con la tranquilidad de estar solo, al menos en el cementerio, me dirijo a la iglesia. Permanezco al resguardo de los árboles y me acerco lo suficiente para ver un coche patrulla aparcado afuera con un único oficial adentro. Es probable que tenga la calefacción encendida para mantenerse caliente, además de un termo de café. Es parte del protocolo estándar proteger una escena del crimen desde el principio. Seguro que está aburridísimo. Me quedo en la misma posición, cerca del suelo; el frío me hace doler las rodillas y los dedos, y me paso diez minutos observando. La lluvia golpea con fuerza sobre mi chaqueta, pero no tanto como sobre el coche. De vez en cuando, se enciende una luz en el interior que supongo que debe ser de un teléfono móvil. El tipo

debe estar enviando mensajes de texto a su esposa o a su novia, o a ambas. Se debe estar quejando de la pérdida de tiempo de estar aquí afuera sentado.

Tengo que volver al coche, coger la pala y desenterrar a Alderman. Pero ahora que estoy tan cerca de la iglesia, de repente tengo otra necesidad, incluso más fuerte... tengo que saber lo que hay adentro. Necesito saber si hay respuestas ahí adentro. Y de todos modos, no creo que a Alderman le importe esperar otra media hora para sentir el contacto con la pala.

Paso detrás de los árboles y algunas tumbas y doy la vuelta hacia la parte trasera de la iglesia. Me oculto durante otros cinco minutos, observando y esperando a ver si hay alguien cerca. No hay nadie. Sigue lloviendo con intensidad y estoy bastante seguro de que esa es la razón por la que el policía que está vigilando la iglesia se queda adentro del coche en vez de patrullar el perímetro cada pocos minutos como le han ordenado.

La iglesia está más oscura y se ve más fría de lo normal, como si Dios se hubiera ido y alguna presencia malévola se hubiera mudado en su lugar. No hay luces prendidas en el interior. El hombre que dedicó su vida a este lugar yace sobre una mesa de autopsias en la morgue, tal vez con su Dios, tal vez solo.

Me dirijo con rapidez a la puerta lateral y me detengo, esperando que Schroder o Landry emerjan de la oscuridad, o incluso Casey Horwell con su cámara. Nadie lo hace. La cinta policial cuelga en el aire inerte entre unos postes que han sido clavados en el suelo. También la han usado para sellar el marco de la puerta. Trato de quitarla sin romperla.

Saco mis llaves y miro la que me dio Bruce Alderman. La observo y examino la cerradura de la puerta, y aunque no parecen iguales, de todos modos la pruebo. Es inútil. Podría ser de una de las otras puertas. Saco un juego de ganzúas del bolsillo, sostengo una linterna Maglite en mi boca, y me pongo a trabajar en la cerradura, nervioso de que el tío aparcado en frente vaya a elegir este preciso momento para venir a echar un vistazo. Resulta ser un mecanismo de tambor y clavijas que se toma más complicado de lo que debería a causa del frío y mis nervios. Tardo casi diez minutos en lograr entrar. El aire es frío y el vacío negro frente a mí es poco acogedor, y cuando cierro la puerta, solo tengo mi linterna para mantener a raya a los demonios que pudiera encontrar aquí.

Antes de dar un paso, me quito la chaqueta y los zapatos para evitar contaminar la escena con barro y agua. He entrado al pasillo de la iglesia: a la izquierda está la capilla y, a la derecha, la oficina del padre Julián. Paso junto a una pila, a la altura de mi cintura, de lo que supongo que es agua bendita. La

luz de la linterna describe un pequeño arco a través de la oscuridad, pero se pierde cuando apunto a la pared más alejada de la capilla: calculo que es imposible verla desde afuera. Deslizo la mano por la parte superior del primer banco, donde me senté la última vez que estuve aquí hablando con el padre Julián. Fue cuando buscaba a Bruce Alderman. Al día siguiente volví y nos sentamos en su oficina, y entonces estaba buscando a Sidney Alderman.

Apago la linterna y permanezco de pie en la oscuridad. Hay algo aquí, estoy seguro. Algo oscuro. Tal vez la iglesia está enfadada. Han pasado cosas malas aquí. Se han confesado pecados y se han cometido pecados. Los ladrillos y el mortero y los vitrales en las ventanas tienen todo el derecho a estar enfadados. Han absorbido mucho de lo que ha sido dicho y visto a lo largo de los años y ahora que el guardián de los secretos ya no está, toda esa pena y dolor están empezando a escurrirse.

Enciendo la linterna de nuevo y empiezo a examinar la capilla, sin buscar nada en particular. Los únicos ojos que me vigilan son los de los iconos en las paredes, creados con vidrios de colores y tejidos y tapices. Jesús alimentando a los pobres. Jesús convirtiendo el agua en vino. Jesús muriendo por nuestros pecados. ¿El padre Julián murió por sus pecados? ¿Por los míos?

La policía ha colocado unos cuantos marcadores de pruebas en el suelo. Lo que sea que indicaban ha sido fotografiado, recogido, y ahora ha desaparecido. No hay salpicaduras de sangre. No hay huellas de barro. ¿Acaso la otra noche, el asesino del padre Julián entró en la iglesia como lo hice yo? ¿O lo hizo por la puerta principal, que le abrió el sacerdote? ¿O por una puerta lateral? ¿Vino por la noche, o había estado aquí todo el día?

¿Se conocían?

Dejo la chaqueta y los zapatos empapados detrás del primer banco para no dejar agua por todas partes y me dirijo a la oficina del padre Julián. Es una maraña de libros y papeles y cosas desordenadas y esparcidas por toda la habitación, no por ningún tipo de forcejeo, sino como si el cura hubiera estado tratando de encontrar algo a toda prisa. O tal vez fue la policía y así es como quedó la oficina después de la búsqueda. Esta es una de las cosas que más echo de menos de ser policía: perder la oportunidad de ver la escena del crimen en su forma original. Hay más marcadores de pruebas, discos de plástico amarillos con números negros impresos en ellos. Polvo para huellas dactilares, bolsas de plástico pequeñas, viales de plástico, hisopos de algodón. Alguien debe estar pensando que la criada se encargará de todo.

Aparto la silla del padre Julián del escritorio y me siento detrás de él, luego extendiendo las manos sobre la mesa. No puedo sentir las vetas de la

madera porque tengo puestos guantes de látex, pero el escritorio se siente sólido, frío, como si pudiera durar mil años. De repente, me viene a la mente un recuerdo de familia. Estoy en la playa con Bridget y Emily. Estamos construyendo un castillo de arena; la cara de mi hija es pura sonrisa y pecas, y su cabello rubio asoma en ángulos extraños debajo de la gorra de Elmo que lleva calada en la cabeza. El mar está avanzando y el agua alcanza el foso que hemos cavado; los muros del castillo están a punto de desmoronarse en el mar.

«No te preocupes, papá», dice mi hija, y deja de cavar al entender la naturaleza inútil de lo que está tratando de salvar. «Podemos volver el próximo fin de semana. Tenemos muchos días para construir otro».

Retiro las manos del escritorio y el recuerdo desaparece. No intento perseguirlo.

Abro los cajones del escritorio uno por uno, pero están todos vacíos. Los saco por completo y chequeo debajo de ellos... tampoco hay nada. Los vuelvo a colocar en su sitio y empiezo a hojear los libros sobre el escritorio, con la esperanza de que algo caiga de entre las páginas. Nada. Sin duda alguien ya ha hecho esto. Busco debajo del escritorio, pero también en vano.

Doy vueltas por la habitación sin saber bien qué estoy buscando. Abro Biblias y libros, novelas y guías de instrucciones: los hojear y no encuentro nada, así que los regreso donde estaban. Recuerdo cuando vine aquí hace dos meses y cómo se veía todo en ese momento, como si nada estuviera del todo en su sitio, como si alguien hubiera entrado y movido todo un poco fuera de lugar. ¿El padre Julián había estado buscando algo en ese entonces? Ahora mismo no pareciera que el padre Julián fuera quien ocasionó todo este desastre. El padre Julián que yo conocí nunca habría permitido que su oficina estuviera en este estado. Hay agujeros en las paredes de yeso, obviamente formados por puños. Y hay otros agujeros más abajo, marcas de patadas hechas por alguien cada vez más frustrado. Corrientes de aire frío se cuelan a través de ellos. Los libros sacados de las estanterías han sido destrozados y arrojados al suelo, desechados en montones. Algunas páginas y cubiertas han sido arrancadas. ¿Acaso quien hizo esto encontró lo que buscaba?

Salgo de la oficina y sigo hasta la rectoría. El haz de luz de mi linterna es cada vez más débil y tengo la sensación de que si se apaga por completo seré presa de los demonios que me rodean. Jesús mira hacia abajo, es probable que con expresión crítica, tal vez preguntándose qué demonios hace un tío como yo en un lugar como este. «Vale, Jesús, estoy tratando de redimirme. Estoy tratando de arrepentirme. ¿No es eso lo que quieres?».

Detengo la linterna en el suelo donde el sacerdote muerto yacía hace dos noches mientras yo permanecía afuera preocupado por si me atrapaban. Me agacho junto a la sangre seca. Cierro los ojos y pienso en la serie de fotografías que me mostraron Schroder y Landry. El padre Julián estaba tumbado de espaldas, con la cabeza torcida hacia un lado. Fotos más cercanas mostraban cortes en la parte posterior de su cabeza producidos por el impacto del martillo. No sé cuántas veces lo golpearon, pero fue más de una vez. Tal vez el primer golpe lo mató. Al menos debió haberlo hecho caer de rodillas. Supongo que murió boca abajo y lo dieron vuelta. Trato de imaginar los treinta segundos antes de eso. ¿Sabía Julián que su asesino estaba allí? Y si lo sabía, ¿por qué le daría la espalda?

Debieron cortarle la lengua después de muerto. No es algo que puedas hacerle a un hombre a menos que lo hayas atado, e incluso entonces sería una lucha. Las fotografías no revelaban ninguna evidencia de eso, ni de ninguna herida defensiva en las manos de Julián. Levanto la vista y apunto la linterna hacia el techo. Hay líneas de sangre allí arriba, sin duda salpicadas por el movimiento del martillo.

Me pongo de pie. Al padre Julián no le cortaron la lengua para incriminarme: por eso no la plantaron en mi casa junto con el martillo. No se la cortaron como un mensaje, sino por rabia. El padre Julián se negó a decirle a su asesino algo que este necesitaba saber. Eso lo enfureció. Por eso hay agujeros en las paredes, incluso en el salón de la rectoría. ¿Qué estaba buscando?

Toda la escena de muerte es horrible bajo el haz enfocado de la bombilla halógena: se ve como amarillenta, como un artículo de periódico viejo. Todo aquí parece viejo, como salido de un catálogo de los años sesenta. Mi pensamiento inmediato es que la vida de un sacerdote no puede ser divertida. Todo lo que tienes debe ser viejo y anticuado. Es un estilo de vida que no se basa en posesiones materiales sino en las escrituras, el amor y la paz. Y en el caso del padre Julián, quizá demasiado amor, si es que resulta ser el padre de Bruce Alderman.

La rectoría está tan desordenada como la oficina. Papeles y libros por todas partes. Los muebles han sido volcados, el sofá y los cojines desgarrados. El dormitorio no está mejor. Han quitado el colchón de la cama y lo han cortado, y han sacado todos los cajones y los han volcado. Un revoltijo de ropa y artículos de aseo ha quedado esparcido por el suelo. En el baño, el botiquín está vacío. Y también el espacio debajo del lavabo. Regreso al dormitorio. Hay fotografías enmarcadas en los cajones, algunas han sido

volcadas y otras tienen los cristales rotos. No reconozco a nadie en ellas, excepto al padre Julián y a Bruce Alderman. La mayoría de los otros en las fotos llevan sotanas.

Entonces levanto la esquina de la alfombra del dormitorio y me encuentro con el típico caso de «de tal palo tal astilla». Hay un sobre debajo. Me pregunto a quién se le habrá ocurrido primero la idea, si a Bruce o al padre Julián, y luego dejo lugar para la posibilidad de que haya sido genético.

El sobre está lleno de fotografías, quince, tal vez veinte fotografías. La mayoría son de bebés; hay algunas de unos niños pequeños y una pareja adolescente. Reconozco a Bruce Alderman. Las fotos fueron tomadas cuando él no estaba mirando a la cámara, como si no supiera que el fotógrafo estaba allí. En la mayoría se lo ve aislado, solo. Pero estas imágenes están fuera de contexto. No significan nada por sí mismas.

Es difícil saber cuántos niños estoy viendo; las edades y las caras parecen cambiar al punto que no puedo saber si un bebé de seis meses es el mismo niño de seis o dieciséis años. Hay dieciséis fotos en total. La calidad y el estado del papel en el que están impresas y la ropa que llevan puesta los niños es evidencia de que la edad de las imágenes varía. Algunas parecen de hace treinta años, otras bastante recientes. Es imposible saber si las tomó el padre Julián o si se las enviaron. Aparte de las fotos de Bruce, todas las demás están tomadas más de cerca: imágenes de regalos de Navidad al ser abiertos, de cumpleaños, momentos felices capturados en el tiempo.

Levanto más la alfombra y luego empiezo a levantarla en otras áreas de la rectoría antes de volver a la oficina y hacer lo mismo allí. Nada. Estas fotografías, estos niños, ¿es este el secreto por el que murió el padre Julián?

Avanzo por el pasillo. He estado aquí más de una hora y Alderman me está esperando. Paso por delante de la oficina del padre Julián. Cuando estuve aquí hace un mes, se disculpó por el desorden. Era obvio que había estado buscando algo. Cierro los ojos con fuerza y trato de concentrarme. Algo está encajando en su lugar. Puedo ver los contornos de algo que se está formando... y pienso en la llave que me dio Bruce Alderman. No tenía números ni ninguna marca. ¿Acaso esa llave pertenecía al padre Julián? ¿Es eso lo que estaba buscando?

De repente la puerta que usé para entrar en la iglesia se abre y luego se cierra. El sonido amortiguado de una voz atraviesa el pasillo hacia mí, seguida del chillido agudo de otra voz a través de una radio. Me agacho detrás del escritorio del padre Julián y apago la linterna. Se oyen más conversaciones por radio; oigo la palabra «refuerzos» y sé que el oficial que

está aparcado afuera los ha pedido porque por alguna razón ha decidido hacer su trabajo y dar la vuelta al edificio y ha descubierto que alguien ha manipulado la cinta de seguridad sobre la puerta.

Me deslizo hacia un costado del escritorio para poder ver el pasillo. El haz de luz de una linterna rebota entre el suelo y las paredes. Cada vez es más brillante. Retrocedo justo cuando el oficial llega a la oficina. La luz alumbra la pared detrás del escritorio. Se desplaza sobre ella y luego prosigue. El oficial da un paso y entra en la oficina, y luego da un paso atrás para salir de ella. Pasa a la habitación siguiente. Estimo que tengo unos dos minutos para largarme de aquí.

Salgo de debajo del escritorio y me dirijo a la puerta. Mis pies se mueven en silencio sobre el suelo frío. Escucho que el oficial sigue avanzando por el pasillo. Luego espío desde detrás del marco de la puerta. Ha recorrido casi todo el pasillo y se encamina a la rectoría. Dobla una esquina y, en cuanto desaparece de la vista, me apresuro hacia la capilla a buscar mi ropa. Llego al final del pasillo. Una segunda linterna, que se mueve entre los bancos, de repente cambia de dirección y enfoca mi cuerpo. Vuelvo el rostro antes de que pueda alumbrarlo.

—¡Tú! ¡Eh, tú! ¡Detente!

Pero hago lo contrario. Giro y corro hacia la salida.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Estoy fuera de forma. Lo noto en los primeros pasos que doy. Mis calcetines resbalan en el suelo y la persecución está por terminar casi antes de empezar. Oigo al oficial detrás de mí y, un momento después, el primer oficial que vi aparece en el otro extremo del pasillo, corriendo en mi dirección. Tiro de la puerta; se abre hacia el pasillo y bloquea el camino de al menos uno de mis perseguidores. Luego cojo la pila de agua bendita y la arrojo en dirección contraria. Cae al suelo con estrépito y sin golpear a nadie, pero un momento después, se oye un sonido de algo que patina y entonces el hombre detrás de mí grita «¡Mierda!» mientras resbala y cae. Eso retrasa a su compañero. Yo sigo corriendo.

Llego a la línea de árboles cuando los dos hombres salen del edificio detrás de mí. Cambio de dirección y sigo corriendo, sin reducir la velocidad cuando mis pies tropiezan con las raíces de los árboles o se pinchan con trozos de corteza, bellotas y piedras. Los oigo a mis espaldas, acortando distancia. Giro a la izquierda y a la derecha y continúo girando a un lado y al otro. Los haces de sus linternas me alumbran y alumbran los árboles a mi alrededor, pero luego empiezan a hacerlo con menos frecuencia. La lluvia cae con intensidad y ahoga todos los sonidos de la persecución. No me detengo y voy cambiando de dirección entre los árboles. De pronto, salgo de entre los árboles y atravieso el cementerio entre lápidas y tumbas. No tengo ni idea de dónde estoy y lo mejor que puedo esperar es que un cementerio a esta hora de la noche y bajo esta lluvia sea un lugar difícil para seguir a alguien.

Un coche viene hacia mí desde el camino y me acucillo detrás de una lápida. Pasa de largo. Se oyen gritos y confusión. Me asomo y veo que uno de los oficiales está a pocos metros. Viene hacia mí y vuelvo a agacharme. Pasa a mi lado y no se detiene. Avanza con rapidez. Me arrastro hacia otra tumba y luego a otra, y permanezco oculto durante unos segundos más. Levanto la vista: los oficiales ahora están a veinte metros de distancia. Me pongo de pie y corro para adentrarme más en el cementerio. Mis pies se hunden un poco en el césped. Otro coche aparece en el camino y tengo que esconderme de nuevo. Me cuesta respirar en el aire frío y empiezo a tragar oxígeno en bocanadas profundas que me producen ardor y me marean. Me oculto detrás de una lápida alta y miro hacia atrás en la dirección de la que he venido. Veo las

linternas que se mueven entre los árboles y las tumbas no muy lejos de mí. Ahora no sé en qué dirección correr.

Permanezco encorvado y me alejo todavía más, a fin de poner más césped y tumbas y metros entre las linternas y yo. Llegan más coches patrulla. Alcanzo a ver los faros y a oír el ruido de las puertas. Llego a otro grupo de árboles y descanso unos treinta segundos. Me duelen los pies y es probable que estén sangrando, pero no quiero mirar. Me doy la vuelta hacia atrás de nuevo en lo que creo que es, aunque no estoy seguro, la dirección de la iglesia. Por un momento soy presa del pánico cuando me pregunto si mi cartera o mis llaves estarán en la chaqueta que dejé en la iglesia. Me fijo enseguida. Mis llaves están en el bolsillo del pantalón y ahora recuerdo que olvidé la cartera en casa. Continúo en la misma dirección. Me doy cuenta de que llegan más coches y descanso unos segundos más detrás de otra lápida para observar el espectáculo. El punto de concentración de los vehículos me muestra dónde está la iglesia. No suenan las sirenas, pero cantidad de luces azules y rojas de los coches patrulla parpadean entre los árboles y en otras áreas del cementerio. Sigo corriendo. Y corriendo. Pienso en el peso extra que Schroder me dijo que había ganado y puedo sentir cómo cada kilogramo me quita velocidad. Los contornos del terreno cambian. Corro hacia arriba y luego hacia abajo y luego hacia arriba de nuevo, a través de pendientes ligeras que parecen más empinadas de lo que en realidad son, y pronto me tapan la vista hacia atrás. Llego a otra sección del cementerio, pero sigo sin saber dónde estoy. Continúo avanzando, pasando por encima de los muertos. Me voy dando la vuelta todo el tiempo. Ya no hay más luces. Ni más coches patrulla. Al menos que yo pueda ver. Por delante hay más árboles y otro tramo de tumbas. Me abro paso a través de un trecho de arbustos y césped y de repente llego a una valla. Quiero escalarla, pero no puedo, no todavía, no por unos minutos más, no hasta que mi ritmo cardíaco disminuya un poco y mi cuerpo se convenza lo suficiente como para seguir adelante.

La valla da a la parte posterior de una casa, una vieja casa de madera con un espacio grande entre la casa y el garaje. Me dejo caer en el jardín trasero y corro hacia el espacio abierto. No hay otra valla. Llego a la calle y miro a izquierda y derecha. Sé dónde estoy. Hay una parada de autobús a pocos metros. Camino hasta allí pero decido que es un mal lugar para estar esperando. Cruzo la calle y me siento detrás de un seto. Respiro lento y profundo en un esfuerzo por restablecer la normalidad de mi ritmo cardíaco.

Empiezo a retroceder hacia el coche, preparado para ocultarme detrás de un árbol o un arbusto o cualquier otra cosa que encuentre a la primera señal

de otros coches o personas. Diez minutos después, avanzo por la calle paralela al cementerio. Distingo luces y alboroto más adelante, pero el coche está a algo más de dos manzanas antes. Lo abro y me deslizo detrás del volante, arrastrando barro y hojas y sangre al suelo. Dejo el sobre con las fotografías en el asiento del pasajero. Se ha doblado un poco, pero está casi seco, salvo en dos de las esquinas. Arranco el motor, pero dejo las luces apagadas hasta que he doblado la primera esquina. Pienso en la pala en el maletero y deduzco que esta noche no era la mejor noche para ponerse a cavar. Además, la idea de devolverle el coche a mi padre después de haberlo usado para transportar un cadáver me resulta un poco inquietante. Eso no estaba en mi agenda cuando lo tomé prestado.

Para cuando llego a casa estoy al borde del agotamiento, aunque no me siento cansado. Es el efecto de una sobrecarga sensorial. Sin el beneficio del alcohol para mantener las cosas funcionando sin problemas, y sin dormir, sé que me voy a venir a pique.

Me doy una ducha rápida y chequeo mis pies maltrechos. Tienen raspaduras, pero no tantas como esperaba. Luego saco las fotos del sobre húmedo y las separo para que se sequen. No las examino con atención. Ahora no. No puedo. Pero tampoco puedo dejarlas afuera en caso de que Landry o Schroder aparezcan. Las seco con una toalla de mano, las guardo dentro de un sobre nuevo y tiro el viejo. Levanto la alfombra en un rincón de mi dormitorio, pensando que si les funcionó tan bien a Alderman y a Julián, debería hacerlo para mí también.

Me tiendo en la cama y me quedo dormido sin el menor esfuerzo.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Nadie viene a mi casa durante la noche. Supongo que la policía habrá reducido los sospechosos de anoche en la iglesia a una de tres personas: yo, el asesino o un periodista. Deben haber encontrado mi chaqueta y mis zapatos, pero aunque los reconozcan, no hay nada en ellos que revele que son míos, solo el ADN, y eso tardará semanas en poder confirmarse. No tengo ninguna duda de que Landry y Schroder deben estar pensando en venir a hablar conmigo; se han de estar preguntando si podrían engañarme para hacerme admitir haber entrado en la iglesia, aunque sabrán que no pueden. Conozco el juego. Y de todos modos, todo lo que tengo que decir es que la misma persona que plantó el arma homicida en mi garaje también plantó mi ropa para terminar de incriminarme, y eso es lo mismo que diré dentro de dos meses cuando obtengan un ADN de los folículos capilares en mi chaqueta. Landry ya habrá pensado en todo esto y lo habrá evaluado desde todo tipo de ángulos diferentes, sin poder encontrar nada que lo ayude a afianzar un caso en mi contra. Apuesto a que al final tendrá su argumentó y conocerá el mío, y sabrá que el mío es más contundente.

Por supuesto, todo esto será inútil si no puedo volver al cementerio y desenterrar a Alderman antes del lunes.

La lluvia nocturna ha cesado y por el momento, las nubes se han dispersado. Abro las cortinas y arrojo mi ropa empapada en la lavadora. Parece que arruinarme la ropa por la noche se está convirtiendo en una costumbre. Luego preparo café y me pregunto en qué momento de la evolución humana el café se convirtió en un ingrediente tan importante, y llego a la conclusión que, más que ninguna otra cosa en el mundo, y pase lo que pase en el futuro, el café seguirá existiendo mucho más tiempo que la religión. Llevo las fotografías que he sacado de debajo de la alfombra a mi oficina. Las vuelvo a mirar, pero solo reconozco a Bruce entre los varios niños y niñas. Luego las pongo boca abajo. Todas tienen nombres y fechas en el reverso. Solo nombres de pila. Las fechas se remontan a veinticuatro años atrás. Comienzo a revisarlas; los nombres me retrotraen al último mes y empiezo a atar cabos.

Dejo las fotos. Me pongo de pie y me paseo por la oficina con la respiración agitada. Un gran entusiasmo me invade, una emoción que no he

sentido en mucho tiempo, desde que trabajaba en homicidios en mi vida anterior y experimentaba esa sensación de que las cosas comenzaban a encajar y me acercaba a la recta final.

Hay cinco chicas en estas fotos. Cuatro de ellas tienen el mismo nombre que las chicas muertas que han sido encontradas. No tengo ni idea de dónde está la quinta chica, pero tengo un nombre de pila. Deborah. También hay tres chicos: Bruce, Simón y Jeremy. Tampoco tengo idea de dónde están Simón y Jeremy.

Recojo la fotografía de Rachel y le doy la vuelta. Recuerdo las otras fotos que he visto de ella en la pared de la casa de sus padres. De pronto, estoy de regreso en la oficina del padre Julián. «Bruce era como un hijo para mí», me dice. Como un hijo. ¿Eran todas estas personas como hijos e hijas para el padre Julián? Creo que lo eran. Recuerdo que hace un mes, cuando observé las fotos de las chicas desaparecidas, pensé en lo similares que eran, en que el asesino parecía tener un perfil de víctima en mente. Tenía razón y me equivocaba. El perfil no se basaba en las características que las chicas compartían, ni en el tipo de cuerpo ni la edad.

Se basaba en quiénes eran. Se basaba en la genética. Estas personas se convirtieron en víctimas por quienes son. Hermanos y hermanas. Todas las víctimas, incluido Bruce, están emparentadas.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

La casa parece un poco más ordenada que la última vez que estuve aquí. Supongo que sus vidas ya no están en pausa. La noticia que habían temido ha llegado, y a pesar de estar lidiando con ella, están comenzando a seguir adelante.

—No sé si darle las gracias u odiarlo —declara Patricia Tyler, y de verdad parece estar esforzándose por decidirlo.

—¿Puedo pasar? Por favor, es importante.

—No sé —responde—. La verdad es que ya casi no sé qué pensar.

Saco la fotografía de la colección del padre Julián. Las demás están en el sobre, dentro del bolsillo de mi chaqueta. Se la entrego. Me doy cuenta enseguida de que la reconoce. Los nudillos se le ponen blancos mientras la sujeta con fuerza.

»¿De dónde ha sacado esto? —pregunta, aunque estoy bastante seguro de que ya lo sabe.

—Por favor, ¿puedo pasar?

Da un paso atrás para dejarme entrar y me conduce por el pasillo.

—Michael no está —precisa, y luego hace una pausa—. Gracias a Dios.

Las fotografías en la pared son las mismas que la última vez que estuve aquí, pero ahora las veo de una manera un poco diferente. Michael Tyler, que la coge de la mano cuando ella tiene unos cinco años, no aparece en ninguna de las fotografías previas.

Nos sentamos en la sala de estar. Patricia Tyler me ofrece una copa y le digo que me gustaría un poco de agua. Se levanta y regresa un minuto después con dos vasos. Los deja con cuidado sobre un par de posavasos y le hago la pregunta que he venido a hacer.

—Así es —responde—. Pareciera que fue hace un siglo. O más, cuando lo pienso detenidamente. Rachel tenía cuatro años cuando conocí a Michael y seis cuando nos casamos. Fue como empezar una vida nueva. Yo rogaba para que algún día Michael considerara a Rachel como si fuera suya. —Bebe un sorbo de agua—. Y de hecho, así fue. La amaba, y los últimos años han sido un infierno para él tanto como para mí.

—Y el padre Julián... era el padre biológico de Rachel —aventuro, y no es una pregunta.

—Han pasado más de veinte años y usted es la primera persona que me pregunta por él. —Baja la vista hacia la fotografía—. Recuerdo este momento —agrega—. Fue el día que Rachel cumplió dos años. Me fui a trabajar temprano y la dejé al cuidado de mi madre. Hizo una tarta y celebramos una fiesta, pero Rachel no entendió la ocasión.

Recuerdo una fiesta parecida de mi hija. Recuerdo que me dejé llevar y compré demasiados regalos. Emily se excitó mucho al abrirlas, y su concentración se desviaba del juguete nuevo al papel de regalo en el que había venido el juguete, y echaba a correr por la habitación como si tuviera un subidón de azúcar mientras amigos y familiares la observaban, reían y jugaban con ella. Emily tuvo cinco cumpleaños más. Rachel Tyler tuvo diecisiete más.

»Este momento —repite y gira la foto hacia mí durante unos brevísimos segundos. Rachel está sentada en el rincón de una habitación, con la cabeza apoyada en las rodillas, los brazos alrededor de las piernas y los ojos entreabiertos o medio cerrados—. Fue al final del día. La estaba preparando para volver a casa, pero ella no quería marcharse. Quería quedarse con mi madre, porque suponía que eso significaba que habría más regalos al día siguiente.

Hace una pausa y tengo la sensación de que su mente está contemplando una posibilidad que no fue. Está pensando que si hubiera dejado a su hija en casa de su madre ese día hace casi veinte años, Rachel seguiría viva.

»Ni siquiera sé por qué tomé la foto —añade—. Es decir, recuerdo que la tomé y que le pedí que sonriera, pero no sé por qué lo hice. Ya había sacado muchas fotos ese día. Se la envié al padre Julián. Me había pedido una. Esto... todo esto tiene que ver con el padre Julián ¿no? El hecho de que usted tenga esta foto. Se la quitó a él, ¿verdad? Y él está muerto y Rachel está muerta y hay algo ahí, ¿verdad? Por eso está usted aquí.

—¿Qué pasó después de que tuvo a la bebé?

—Las cosas ya estaban decididas antes de que Rachel naciera. Ambos sabíamos que jamás me sometería a un aborto. Él no lo permitiría y, de todos modos, no era algo que yo hubiera considerado. También sabía que él no podía estar conmigo. Sería una madre soltera, y tampoco era el fin del mundo. Tuve que dejar de trabajar durante el primer año y medio. Stewart me dijo que me mantendría. Abrimos cuentas bancarias. Cuando me casé, Stewart ya no tuvo que pagar tanto, pero siguió pagando. Nunca le pedí nada más y él nunca pidió ver a Rachel.

Me quedo pensando un instante, seguro de que hay algo más. Si Julián era el padre de esos otros niños, ¿había pagado la manutención de todos ellos? Y de ser así, ¿de dónde había conseguido el dinero? Continúo con la conversación, pero tomo nota mental de ahondar en este punto.

»¿Rachel lo sabía? —pregunto.

—Cuando tuvo edad suficiente, se dio cuenta de que Michael no era su verdadero padre. Preguntó quién era su padre, pero nunca se lo dije. —Bebe un trago—. Necesito algo más fuerte. ¿Le sirvo algo?

—El agua es suficiente —respondo, y bebo un sorbo para confirmarlo.

—Supongo que debería ser suficiente para mí también. Sé cómo suena, quedar embarazada de un cura, pero no me arrepiento. Las cosas eran diferentes entonces. El padre Julián... Eh... suena raro que lo llame así, ¿no? Es el padre de mi hija y yo lo llamo el padre Julián en vez de Stewart. Me pregunto si eso significa algo.

—No lo sé.

—Ah, ya estoy empezando a divagar.

—No, por favor, todo es importante.

—En ese entonces... Stewart —prosigue, y logra usar el nombre de pila del padre Julián— era un hombre joven y muy, muy atractivo. Casi demasiado guapo. Creo que las mujeres iban a misa solo para verlo y no para oír lo que tenía que decir. Poseía este, vale, este magnetismo, y no era solo su apariencia. Le caía bien a todo el mundo; era encantador, muy simpático. Pero también estaba solo, muy solo, y parecía vulnerable, y de alguna manera, eso lo hacía aún más atractivo. Un día, esa soledad fue demasiado para él, para mí... y entonces, nosotros... Bueno, ya sabe el resto. De todos modos, él siempre se quedaba callado después de que... ya sabe, después de que estábamos juntos de esa manera. También era intenso, y aunque sabía que estaba cometiendo un error, ninguno de los dos podía evitarlo. Solía decirme que cuando me tenía cerca era como si otra persona se apoderara de él, como si fuera un hombre diferente. Creo que era un buen hombre atrapado en la profesión equivocada.

—¿Alguna vez le dijo usted eso? Sonríe de nuevo.

—Más de una vez. Pero respondía que el sacerdocio era una vocación, que le permitía ayudar a la gente, que podía hacer más bien con un alzacuellos que sin él. Era duro verlo, pues era tan dedicado a la iglesia que sufría cada vez que estábamos juntos. Al final, terminé la relación, tenía que hacerlo. No quería, pero ¿qué otra opción tenía? Lo estaba desgarrando. Un mes después de que dejamos de vernos, descubrí que estaba embarazada.

—¿Cómo reaccionó cuando se lo contó?

—Quería hacer lo correcto, solo que lo correcto no encajaba en su concepto general de las cosas correctas. Era como si todos los días librara una guerra personal en su interior. Creo que esa guerra la tuvo toda su vida. Nunca iba a dejar el sacerdocio para estar conmigo y tampoco podía seguir siendo sacerdote si lo nuestro salía a la luz. Así que acordamos mantenerlo en silencio. También dejé de ir a misa. —Se frota los nudillos contra los ojos y se enjuga algunas lágrimas antes de beber otro sorbo de agua.

—¿Michael lo supo?

—Sí. Tenía que decírselo. ¿Se imagina si no lo hubiera sabido? No habría podido evitar las dudas. Habría pensado que tal vez yo me acostaba con tantos hombres que no sabía quién era el padre de Rachel. Se lo conté y no se enfadó ni se decepcionó. Por alguna razón, se sintió aliviado. No sé exactamente por qué. Supongo que saber que me había quedado embarazada de un cura era mucho mejor que pensar que me había acostado con un drogadicto o un delincuente. Más puro, o algo así. Sí, parece lógico.

Lo parece, de una manera bizarra.

—¿Se mantuvo en contacto con el padre Julián?

—Al principio, por supuesto, pero después de conocer a Michael, no quise seguir involucrando a Stewart en mi vida. Él pareció entenderlo. Y luego el día en que Rachel cumplió dieciséis, dejó de pasarme dinero, y no le pregunté por qué, porque lo sabía. Dieciséis era la edad límite. Nunca lo vi durante esos años. Si no hubiera sido por mi madre...

—¿El padre Julián presidió el funeral de su madre?

—Mi madre había seguido asistiendo a su iglesia. Era lo que ella hubiera querido.

—¿Su madre no sabía quién era el padre?

—Me negué a decírselo.

—Así que el padre Julián, ¿vio a Rachel ese día?

Toma otro sorbo de agua y, cuando retira el vaso, parece estar estudiando el borde, como si estuviera buscando algún defecto microscópico.

—La vio. Y una semana después, Rachel desapareció. Esa es la conexión, ¿no? Por eso está usted aquí. ¿Si le hubiera contado a Rachel que él era su padre, las cosas serían diferentes ahora? ¿Esa es la razón por la que está muerta? ¿Porque la llevé al funeral de mi madre?

Sé qué respuesta quiere oír, pero no puedo dársela.

—¿Sabe si alguna vez el padre Julián tuvo otros hijos? —pregunto.

—Es mi culpa —declara, y se echa a llorar.

Sujeto el vaso de agua con fuerza en mi mano y no sé si sentarme a su lado, apoyar mi mano en su hombro y tratar de consolarla.

—Nada de esto es culpa suya —le aseguro, y suena genérico porque eso es exactamente lo que es—. Pero, por favor, esto es importante. ¿Tenía el padre Julián otros hijos?

La mujer se reclina y me mira con fijeza. Las lágrimas han dejados surcos en su maquillaje.

—¿Otros hijos? Eh... nunca lo pensé. Podría haberlos tenido, supongo. Pero lo dudo.

—¿Cómo conseguía el dinero para enviarle?

—No... no lo sé. Pero el padre Julián es... quiero decir *era* un buen hombre. Habría hecho lo que hiciera falta.

Saco el resto de las fotografías de mi bolsillo y se las entrego.

—Tienen nombres escritos en el reverso.

Las examina, pero no reconoce a nadie.

—Es imposible que todos estos sean sus hijos —señala, pero creo que sabe que es posible. Creo que ella también puede ver los parecidos.

—Los pagos que le hacía, ¿se ingresaban de manera directa en su cuenta?

—Por supuesto. Era la única manera.

—¿Todavía tiene alguno de los extractos?

—Eh... supongo que sí —contesta, y no me cabe ninguna duda. Estoy seguro de que Patricia Tyler es la clase de persona que nunca ha tirado nada en los últimos treinta años.

—¿Le importaría buscarme uno?

—¿Por qué?

—Porque si consigo el número de cuenta bancada del padre Julián y de verdad tuvo otros hijos, tal vez pueda encontrar sus nombres.

—¿Cree que...? —Se interrumpe, no quiere o no sabe cómo continuar—. ¿Cree que todas esas chicas que murieron...? ¿De verdad piensa que están emparentadas?

Le sostengo la mirada. Me mira con fijeza y le digo que sí. Se lleva la mano a la boca como si quisiera mantenerla cerrada para no decir a continuación lo que sea que quiere decir.

»O sea que ya sabe quiénes son estas chicas —dice—. Ya están identificadas.

—No todas.

—¿Qué?

—Hay cinco niñas en estas fotos.

—¿Cinco? Oh —exclama y se da cuenta enseguida. Se da cuenta de que hay una chica más que necesito encontrar—. Sé dónde están los extractos bancarios —precisa y desaparece durante unos minutos antes de regresar con uno de hace cinco años atrás.

—Es el último pago que hizo.

Miro el extracto. No figura el nombre de Julián. Solo su número de cuenta y la palabra *Rachel*.

—¿Puedo llevármelo? —pregunto.

—Por supuesto.

Me acabo el agua y Patricia Tyler me acompaña hasta la puerta.

—La policía, ¿están cerca de encontrar a quien lo mató? —pregunta.

—Están cerca.

—Pero usted está más cerca, ¿verdad?

—Sí.

—¿Puede prometerme algo?

—Haré todo lo que pueda —contesto, y ya sé lo que me va a pedir.

—Prométame que lo encontrará antes de que le pase algo a esa otra chica. Prométame que cuando lo encuentre, le hará pagar por lo que ha hecho. Por Rachel. Por las otras. Por todos nosotros. Hágale pagar. Prométame que se asegurará de que nunca pueda volver a lastimar a otra chica.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

—¿Qué mierda quieres?

—Tu ayuda —respondo.

—Estás bromeando, ¿no?

Es sábado por la mañana y aún es temprano. Debería haber llamado a Landry o a Schroder, pero en vez de eso, he venido al hospital. Necesito trabajar a mi manera, sobre todo si quiero tener la oportunidad de desenterrar a Sidney Alderman de la tumba de su esposa. No hay manera de que pueda hacer eso si estoy en custodia y respondiendo preguntas sobre cómo sé lo que sé.

El horario de visita de un sábado por la mañana implica que los pasillos están llenos de familiares y amigos desorientados. El aire huele a desinfectante y a vómito, pero te acostumbras rápido. El padre de Emma me empuja en el pecho con el nudillo y retrocedo unos pasos. No me resisto. Avanza hacia mí. Algunas personas observan, pero nadie hace nada.

»Debería haberte matado —dice.

—Todavía hay tiempo de sobra para eso —le contesto, con las manos en alto en señal de rendición—. Al menos escúchame antes de que te echen del hospital por agresión.

—Tú eres la puta razón por la que estamos aquí —replica—. Te echarían a patadas y a mí me darían una medalla.

—Quizá deberías escucharme —insisto—. Tengo algunas cosas interesantes que decir. Eres mi abogado, recuerda. Pagaste mi fianza. Eso significa que es tu trabajo hablar conmigo. Si no lo haces, iré a tu bufete y me buscaré otro abogado. Les contaré todo sobre ti. Y sobre ese paseo que dimos.

—Vete a la mierda.

—No lo pensaste bien, ¿verdad? Soy tu responsabilidad hasta que se fije la fecha del juicio. Verás, pensaste que estaría muerto para entonces y que no importaría. Pero ahora sí importa. Ayúdame y cambiaré de abogado. Nadie tiene que saber lo que pasó.

—Que te jodan.

—Piénsalo. Cálmate y piénsalo.

Da un paso atrás y se queda de pie en la puerta del pabellón. Contempla a su hija. Está despierta y conectada a una serie de máquinas. Hay una

televisión encendida. La niña desvía los ojos de la pantalla en dirección a su padre. Luego, su esposa, una mujer rubia atractiva y con ropa tal vez demasiado formal para un hospital, me mira. Sabe que está pasando algo, pero no sabe qué. No me reconoce. Si lo hiciera, empezaría a gritar. Me arrancaría los ojos, mi abogado se da la vuelta hacia mí.

—¿Qué quieres?

Le explico lo que quiero y todo el tiempo sacude la cabeza.

—Imposible —asevera por fin.

—Creía que los abogados eran expertos en lo imposible.

—Somos expertos en lo seguro.

—Pero ganáis más dinero con lo imposible.

—Ningún juez lo autorizará.

—Esa es la cuestión. No hace falta. Tú consígueme la plantilla y yo haré el resto. Y nunca volverás a saber de mí. Mira, no va a pasar nada. Jamás le diré a nadie de donde la saqué.

—No.

—¿No?

—No. Iré a hablar con mi jefe y le explicaré lo que te hice y él lo entenderá. Me dirá que él hubiera hecho lo mismo.

—Y a lo mejor yo voy a hablar con los medios y les cuento sobre ti. Aunque no me crean, tu nombre perderá prestigio. La gente podría empatizar contigo, algunos podrían identificarse y tal vez desearán que hubieras apretado el gatillo, pero tendrán todo eso en mente cada vez que decidan preferir a otro abogado antes que a ti.

—No ocurrirá. La gente me apoyará.

—Creo que no conoces muy bien a la gente. ¿Estás dispuesto a correr ese riesgo?

Se da la vuelta hacia su esposa. La mujer parece un poco preocupada, pero apuesto a que no sabe nada del paseo al que me llevó su esposo. Mi abogado planeaba matarme. No tuvo éxito, y estoy aquí para arrastrarlo más profundo dentro del mundo en que él mismo se adentró. Solo que también le estoy dando una salida. Tiene que entender eso, y siendo abogado, me imagino que lo hará.

—Solo la plantilla —dice.

—Eso es todo.

—¿Y cómo se supone que debo obtenerla?

—Verás, esa es la cuestión. Debes conocer a alguien. Estoy seguro de que puedes conseguirla.

—Me llevará un hora.

—Tengo tiempo.

Me dirijo escaleras arriba a la cafetería y pido un café y un par de rollos de pollo y ensalada de huevo. Hay unos cuantos periódicos por ahí. Nada en la foto de portada del padre Julián sugiere que llevaba una vida secreta. Un alto oficial de la policía ha declarado, y cito: «Estamos investigando algunas pistas, pero no podemos dar más detalles en este momento». Tienen un arma homicida y ningún sospechoso. Hay otro artículo unas páginas más adelante. Detalla la historia del padre Julián. Fue asignado a la iglesia hace treinta años. Nació en Wellington, en el seno de una familia de clase media, sobresalió académicamente en la escuela y se unió al sacerdocio a los veintiún años. Su madre murió hace veinticinco años, su padre todavía vive. Si yo revelara que el padre Julián fue el padre de todos esos niños, daría al traste con varios de esos hechos y cifras.

Leo el resto del periódico, pero no llego al final antes de que Donovan Green aparezca de regreso. Aparta la silla frente a mí y parece a punto de tomar asiento pero cambia de idea. No quiere sentarse con un tío como yo. Mete la mano en el bolsillo de su chaqueta y saca un sobre. Lo deja sobre la mesa y mantiene dos dedos sobre él.

—Hemos terminado ¿no? —pregunta.

—Eso depende.

—¿De?

—De si eso que hay ahí adentro es una tarjeta de Navidad o lo que te pedí.

Empuja el sobre a través de la mesa. Lo abro y echo un vistazo a la orden judicial. Las he visto antes y sé que es auténtica.

—No quiero volver a verte nunca más.

—Si te sirve de algo, lo siento.

—Sí, claro. Los abogados oímos eso todo el tiempo. Todo el mundo lo siente después del hecho.

No le contesto. Me clava los ojos durante unos segundos más y sé que está pensando en cómo sería su vida si me hubiera matado.

—Peor —le digo.

—¿Qué?

—Sería peor. Créeme. Hiciste lo correcto.

Asiente con la cabeza, parece entender, luego se voltea y se aleja. Hago el periódico a un lado, termino mi almuerzo y me dirijo hacia el coche.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

El tráfico cerca de la residencia de ancianos aumenta un poco los fines de semana, pero no tanto como las visitas en el hospital. El hospital es algo temporal. A los familiares y amigos no les importa hacer la visita porque solo tienen que ir unas pocas veces. Aquí es permanente. Y cuesta integrar las visitas con la frecuencia que deberían en la planificación de la vida cotidiana. La residencia de ancianos es demasiado deprimente, incluso con sus cuadros de colores brillantes y las flores. No hay forma de disimular el dolor y el sufrimiento en este lugar.

Me siento con mi mujer y le tomo la mano. Ella contempla la lluvia, pero no la ve. Es difícil imaginar que una persona sea indiferente a las variaciones del clima. Sol, lluvia, tormentas: ni siquiera los registra.

—Las cosas van mejor —le cuento—. He dejado de beber, pero me cuesta, lo admito. Es difícil de describir. Es como si me faltara una parte de mí mismo. Siento que necesito tomarme un último trago como despedida —añado, y me imagino el vaso que todavía está en el fondo de mi nevera—. Uno más no me hará daño, ¿verdad? Solo para despedirme. Pienso en ti todo el tiempo. Me gustaría que las cosas fueran diferentes, pero quiero que sepas que me estás ayudando a superar esto. Tú eres la razón por la que estoy enderezando mi vida.

Le cuento esto, pero no le digo que solo ha pasado un día. Quizá en una semana mi discurso sea diferente. Quizá sea capaz de tomar ese trago para despedirme y no ser arrastrado al abismo. Quizá.

Abajo, Carol Hamilton está detrás del escritorio.

—Es bueno que estés retomando las visitas —comenta.

—La echo de menos.

—Sé que lo haces. Es una situación horrible, y es peor para ti que para ella. Ojalá yo pudiera hacer algo más.

—Lo sé. Tengo el mismo deseo todos los días.

No contesta, y dejo que el silencio descienda a nuestro alrededor como un manto y nos permita pensar en cómo la vida podría ser diferente.

»Odio tener que pedir —interpongo, y la arranco de sus pensamientos—. ¿Me puedes prestar un ordenador? ¿Y una fotocopidora?

—Mmm...

—Solo me llevará uno o dos minutos. Te lo prometo.

—Está bien, Theo. Sígueme.

Me lleva a una oficina que tiene más fotos de familia y dibujos de niños en las paredes que cualquier otra cosa. Hay tantos objetos personales que es fácil darse cuenta de que la gente que trabaja aquí necesita estar conectada a un tipo de realidad diferente, una en la que las cosas malas que ocurren en la vida no se han extendido a sus propias familias. Estoy a punto de experimentar con el ordenador y la fotocopidora cuando veo una máquina de escribir manual. No recuerdo la última vez que vi una.

»Una de las enfermeras sigue siendo muy de la vieja escuela —comenta Carol. No da más explicaciones ni falta que hace.

Coloco la orden judicial en la máquina de escribir y tecleo el nombre del cura y la dirección del banco en los espacios correspondientes. Luego la firmo con un garabato inidentificable. Carol Hamilton me observa todo el tiempo, pero no pregunta qué estoy haciendo. No me advierte que ya me he excedido de los dos minutos que le prometí que tardaría. Cuando termino, le agradezco por su tiempo y, por una vez, ella hace algo diferente: me pone una mano en el hombro y, con la otra, me coge de la mano y me dice que no pierda la esperanza. No sé si se refiere a Bridget o a mí mismo.

Ya arranqué el coche y coloqué la marcha cuando Carol sale por la puerta y me hace señas para que me baje.

—No significa nada —dice— y tienes que entenderlo. Pero aun así es algo que deberías ver.

—¿Qué es?

—Ven conmigo —responde, y yo apago el motor y la sigo al interior y al piso de arriba.

Mi esposa sigue sentada junto a la ventana, contemplando la lluvia. Carol se queda en la puerta mientras entro en la habitación. Bridget está exactamente en la misma posición que antes, y al principio no estoy muy seguro de qué es lo que Carol quiere que vea, pero entonces me doy cuenta. Bridget sostiene una fotografía de nuestra hija en su mano. En algún momento desde que salí de aquí, se ha levantado y se ha acercado a los cajones de la mesita de noche y ha cogido la fotografía enmarcada. Pienso en las fotos de las chicas muertas en mi bolsillo y parece un presagio: que de todos los días para que Bridget tomara esta fotografía tuviera que ser este día. La sostiene contra ella, el marco presionado contra su pecho y la imagen de Emily mirando hacia la ventana como si Bridget estuviera tratando de compartir la vista con ella. Quiero creer que hay algo más en esto, que es algo más que una

de sus respuestas automáticas, y estudio su rostro en busca de algo: una lágrima, un destello de emoción... pero no hay nada. Aun así, es la primera vez que coge algo y lo lleva a su silla. Al menos es la primera vez que me entero... tal vez lo hace por las noches y vuelve a poner las fotos por la mañana. No lo sé, pero me gusta la idea de que en las horas muertas de la noche se levanta de la cama y busca a Emily. Es triste, es deprimente, pero es algo a lo que me puedo aferrar con cierta esperanza.

Me siento a su lado y apoyo mi cabeza en su hombro, y la abrazo y las lágrimas resbalan de mis ojos y mojan su bata, y le pido al Dios en el que quiero creer pero no puedo que Bridget me diga que todo está bien, que me acaricie la nuca y me consuele.

Pero no lo hace. Cuando vuelvo a mirarla a la cara, está igual que hace un momento. Pero me aferro con firmeza a mi esperanza. Me quedo con ella un rato, no sé cuánto tiempo, una hora, tal vez dos. En algún momento, Carol Hamilton se aleja. La veo cuando me marchó y sonrío, pero no dice nada. Supongo que le da miedo darme una esperanza en la que no cree.

Cuando salgo de nuevo al aparcamiento, llueve a cántaros. Conduzco hasta casa y me pongo ropa limpia, incluso plancho una camisa y un par de pantalones que saqué de la secadora. Mi aspecto podría establecer la diferencia entre conseguir la información que necesito y que me arresten.

Ya en la ciudad, no encuentro dónde aparcar y tengo que conformarme con hacerlo a seis manzanas del banco. Hace unos años, el banco habría estado cerrado un sábado por la tarde; ahora casi nada cierra. Consulto mi reloj y chequeo el horario de atención al público en la puerta. Tengo menos de veinte minutos. He calculado el tiempo a la perfección.

El guardia de seguridad me mira con extrañeza y me doy cuenta de que es porque he dado dos pasos adentro y me he detenido por completo. Me acerco a él. Parece no saber qué hacer. Saco mi carné de identificación policial, que no he usado en más de dos años. Solía tener una placa que lo acompañaba, pero la devolví. El carné tiene la palabra *Anulado* estampada en un costado, pero la cubro con el dedo y dejo que el guardia lo mire durante un segundo antes de guardarlo.

—Te he visto en la tele —comenta—. No sabía que seguías siendo policía.

—Técnicamente no lo soy, pero trabajo para ellos. Por eso todavía tengo el carné —le explico, con la esperanza de que tenga algún tipo de sentido.

—No sabía que era posible no ser *técnicamente* un policía —replica.

Lo miro con cara de *¿Qué le vas a hacer?*

—Nada es como debería ser hoy en día —respondo—. Lo único que sé es que se gana más *no* siendo *técnicamente* que siendo *de verdad*.

Se encoge de hombros, como si le diera lo mismo una cosa u otra. Supongo que le da lo mismo. A doce dólares la hora, ¿por qué iba a importarle?

»Tengo una orden judicial para acceder a la cuenta de un cliente —agrego—. ¿Podrías indicarme con quién debo hablar?

—Claro —contesta y se pasa una mano por un costado de la cabeza donde asoma un extremo de su peluquín. Me lleva hasta la puerta abierta de una oficina y golpea. Una mujer de unos treinta años se levanta de su escritorio y se acerca.

—Hay un tío aquí que quiere acceder a una cuenta —le informa el guardia y ella lo mira con desconcierto, ya que acceder a las cuentas es justamente lo que la gente viene a hacer al banco. Pero luego el hombre añade—: Trae una orden judicial.

—Vale, eso un poco más complicado —indica ella, mirándome de arriba abajo—. Oiga, ¿no lo he visto en televisión?

—Puede ser. ¿Podemos hablar adentro?

—Por supuesto —accede y se vuelve hacia el guardia de seguridad con un gesto para que se retire. El tipo no parece reaccionar, simplemente se aleja, pero cuando regresa a la entrada principal, se lo ve más alerta, ahora que un exagente de la ley está cerca.

La mujer cierra la puerta de su oficina y se sienta detrás del escritorio. La placa con su nombre sobre él reza: *Erica*. Una toma aérea de Christchurch que no muestra la verdadera emoción de la ciudad y un par de fotografías, una de las cuales muestra a Erica de pie junto a un hombre que me resulta vagamente familiar, tal vez alguien de una de las numerosas publicidades del banco en la televisión, cuelgan en una pared.

»Entonces, ¿de qué se trata todo esto, detective...?

—Tate —digo, y no me molesto en corregir su suposición de que sigo en el cuerpo. El carné que pensaba mostrarle se queda en mi mano y las posibilidades de salir de aquí con lo que quiero acaban de aumentar—. Tengo aquí un número de cuenta —prosigo y deslizo el extracto bancario sobre el escritorio. He subrayado el número de cuenta del padre Julián. También le paso la orden judicial. El nombre del juez en la parte superior es tan falso como su firma.

Un tema de las órdenes judiciales es que el momento en que se entregan es de vital importancia. Erica la recoge y luego hace exactamente lo que

espero que haga: mira su reloj. Lo he visto una docena de veces al final de la jornada laboral cuando nos hemos presentado con una de ellas: casi siempre era la hora que nos habíamos propuesto. Otro tema es que la gente no sabe qué hacer con ellas. Las miran, pero no saben cómo reaccionar porque la mayoría de la gente nunca ha visto una antes. Han visto suceder el momento en la televisión y se imaginan que lo que pasa en la televisión es lo que pasa en la vida real. De repente sienten que la orden les ha quitado cualquier derecho a rechazarla y no la discuten. Solo lo hacen cuando tienen algo que ocultar.

Erica la lee con atención. En el espacio correspondiente, he tipeado «acceder a todas y cada una de las cuentas disponibles del titular de la cuenta» y luego el número de cuenta.

»Es una cuenta de este banco, ¿verdad? —pregunto.

—Así es. ¿Esto es parte de una investigación criminal?

—No estoy en libertad de revelarlo —respondo, y me imagino que ella no esperaba nada menos.

—Tengo que llamar a mi jefe por el tema de la orden —explica.

—No hay problema.

—Es probable que tenga que enviársela por fax.

—No me importa esperar.

Vuelve a mirar la hora.

—Deme un minuto.

—Tómese su tiempo.

Me deja en su oficina y no estoy seguro de si será ella o la policía quien aparezca a continuación. No paro de chequear mi reloj y de pensar que debería levantarme e irme y cortar por lo sano antes de que lleguen Landry o Schroder.

—La cuenta está a nombre de John Paul —me informa Erica cuando regresa. Supongo que le envió la orden judicial a su jefe y no mucho más. Tal vez al bufete legal del banco, aunque es probable que el bufete cobre demasiado por atender el fin de semana, por lo que debe haber quedado en una bandeja de fax en algún lugar. Lo he visto docenas de veces. La mujer no me está dando mucha información, solo algunos detalles. Cree que no tiene nada de malo. Se vuelve a sentar detrás del escritorio—. Como el Papa —añade.

—¿Cuánto tiempo ha estado activa?

Erica gira el monitor del ordenador hacia ella.

—Veinticuatro años.

—Necesito copias impresas de todos los pagos.

—De acuerdo —conviene—. Me llevará unos minutos.

—No hay problema.

Escribe en el teclado y se echa hacia atrás. No oigo que se encienda ninguna impresora.

»¿John Paul tenía alguna otra cuenta? ¿O solo esta? —inquiero.

—Solo esta. Pero... —Se interrumpe y vuelve a mirar la orden judicial.

—¿Qué?

—Cuando abrió la cuenta, también solicitó una caja de seguridad.

—¿Una caja de seguridad? ¿Aquí?

—En esta misma sucursal.

—¿Puedo acceder a ella?

—La orden judicial no lo especifica.

—Escucha, Erica, esto es muy, muy importante.

Parece no saber qué hacer.

»Esta caja de seguridad... ¿John Paul accedía a ella con una llave? —pregunto.

—Por supuesto. Así es cómo funciona para todos.

—¿Cuándo fue la última vez que accedió a ella?

Erica mira el monitor.

—Hace diez semanas.

—¿Cuántas llaves se entregaron?

—Solo una.

—¿Puedes decirme si es esta? —Meto la mano en el bolsillo y extraigo mis llaves. Saco la que me dio Bruce Alderman del llavero y se la entrego.

—Claro. Es de una de nuestras cajas, aunque no puedo decirle con certeza si pertenece a la caja de John Paul. No etiquetamos las llaves por una razón, ya sabe, en caso de que se pierdan y alguien trate de usarlas.

Me pongo de pie.

—Necesito que me lleves a esa caja.

—¿Qué? —Chequea su reloj otra vez y deja la llave en el escritorio frente a ella—. No lo sé... Tengo que consultarlo con mi jefe.

—Vale, haz lo que tengas que hacer. Pero en esencia acabas de decir que quien tenga la llave puede acceder a la caja y que por eso no las etiquetan. Sin embargo, si lo deseas, puedo hacer modificar la orden judicial, no hay ningún problema con eso. Puedo conseguir que el juez la firme y estar de regreso aquí en... —Consulto mi reloj—. Una hora y media. Dos horas como mucho.

—¿Dos horas?

—Sí. Eso es lo que tardará.

Lo piensa apenas unos segundos.

—De acuerdo. Dado que tiene la llave, no veo ningún problema. La sala es por aquí.

Coge la llave y la sigo fuera de la oficina.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

La mayoría de las cajas de seguridad son un poco más grandes que una guía telefónica, pero hay alrededor de una docena que son dos o tres veces más grandes. Hay tres paredes llenas de ellas, todas numeradas. Erica se acerca despacio, como si aún fuera renuente a hacer esto, pero entonces mira su reloj y recuerda que es hora de irse y que la noche del sábado la está esperando. Introduce la llave en una de las cajas más grandes, la gira, abre la puerta, y saca una caja de metal del interior. La deja sobre la mesa y señala tres salas pequeñas a un costado.

—Ahí tendrá privacidad. Tómese su tiempo —me indica, pero suena como si no quisiera que me tome mi tiempo, sino que entre y salga en menos de un minuto. Tengo toda la intención de colaborar en eso.

La sala no tiene mucho espacio para las piernas. Puedo extender los brazos y tocar las dos paredes a la vez sin estirarme. Pongo la caja sobre la mesa y la abro.

Las cintas de audio están acomodadas una al lado de otra, pequeñas microcintas que ocupan menos espacio. Todas están etiquetadas con números. Saco del bolsillo una bolsa de plástico grande para recolectar pruebas y empiezo a llenarla. También hay un cuaderno de contabilidad; lo abro y veo un montón de nombres, fechas y cifras antes de guardarlo también en la bolsa. La caja ha quedado vacía. La dejo sobre la mesa, salgo del cubículo y veo que Erica ha regresado. Advierte la bolsa de pruebas, pero no dice nada. La he sellado y firmado para que todo parezca más oficial. Me entrega la caja de cartón que ha llenado con las copias impresas de los extractos bancarios.

Me acompaña hasta la puerta principal. El guardia de seguridad me está esperando.

—Siempre quise ser policía —me confiesa—. Lo habría sido, pero tengo un problema de rodilla. —Es una historia que he oído contar con frecuencia a muchos guardias de seguridad a lo largo de los años. Podría haber sido un problema de rodilla, o miedo o falta de motivación, o que suspendieron el examen psicológico.

El banco está casi vacío ahora. Las cámaras de seguridad en el techo han captado mi imagen desde una docena de ángulos diferentes y sé que esto se va a volver en mi contra. Pero eso será otro día. Tal vez el mismo día que

desentierren a Sidney Alderman. Y hoy las cosas están saliendo bien. Hoy mi esposa abrazó una foto de mi hija y yo he dado con una pista que podría llevarme directo al asesino de Rachel. Cuando consigues este tipo de pistas, no te detienes por nada.

Cuando el guardia abre la puerta para dejarme salir, Erica empieza a darse la vuelta.

—Solo una cosa más —le pido, y ella se vuelve. Parece a punto de echar un vistazo a su reloj de nuevo, pero desiste—. Esa fotografía detrás de tu escritorio... en la que estás con un hombre de unos cincuenta o sesenta años. Su rostro me resulta familiar.

—Fue gerente de este banco durante muchos años —responde—. Tal vez lo haya visto por aquí si ha venido alguna vez.

—¿Fue? —pregunto, y empiezo a darme cuenta de quién es.

—Henry murió hace un par de años.

—Henry Martins.

—Así es. ¿Lo conocía?

—Fui a nadar con él una vez.

Afuera la lluvia sigue siendo intensa y pesada, y el tráfico también. Me cruzo con un tío que está rascando chicles de las aceras y depositándolos en un cubo de plástico. Lleva una camiseta con la imagen del Conejo de Pascua en un crucifijo. Dice, *Jesús tenía un doble*, y me pregunto cómo habría reaccionado el padre Julián al verlo. Otro tío está esnifando pegamento apoyado en un portabicicletas y lo observa. Supongo que los sábados los locos salen a la calle un poco más temprano.

Paso junto a ellos y corro bajo la lluvia hacia mi coche.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Estoy ansioso por escuchar las cintas, pero no tengo forma de reproducirlas. Vierto el contenido de la bolsa de pruebas en el asiento del pasajero. Hay unas cuarenta cintas. Abro el libro de cuentas y veo que es una especie de registro. Las fechas parecen coincidir con las fechas garabateadas en los lados de las microcintas. Empiezo a revisar los extractos bancarios. Hay más de doscientos cincuenta, uno por cada mes. Me imagino que Erica debió haber utilizado varias impresoras para imprimirlos en el poco tiempo del que dispuso. Los extractos están llenos de montos, fechas y nombres al azar. Busco en vano el nombre de Henry Martins, pero lo que parecía una conexión aleatoria entre Rachel Tyler y Henry Martins de repente parece mucho menos aleatoria.

Vuelvo a guardar todo en la bolsa y pongo el coche en movimiento.

Me dirijo al centro comercial y otra vez me cuesta conseguir un lugar para aparcar. Es sábado a última hora de la tarde y parece que nadie en esta ciudad tiene nada mejor que hacer que salir de compras una hora antes de la hora de cierre. En la tienda de electrónica lo único que tienen para grabar conversaciones es digital, pero me sugieren otro par de tiendas donde probar. Por fin, encuentro lo que estoy buscando.

—La última que nos queda —declara el tío—. Ya casi nadie las usa. Hasta las secretarias usan las digitales.

—Me gusta la tecnología antigua.

Regreso al coche de mi padre y me encuentro con que un carrito de compras se ha desviado del rebaño y ha chocado contra el parachoques trasero, lo que ha resultado en una pequeña abolladura que sé que mi padre notará en el instante en que yo aparezca con el coche en el sendero de entrada de su casa. Esta es la razón, me dirá, por la que no quería prestarme el coche en primer lugar. Si se entera de que estoy conduciendo sin licencia, entonces eso lo confirmará. Si podemos enviar un hombre a la luna, quiero creer que la era digital evolucionará a un punto en el que los carritos de compras puedan volver al supermercado por sí mismos.

Pongo pilas nuevas en la grabadora y elijo una cinta al azar. Estaba bastante seguro de lo que me encontraría y mis sospechas se confirman tras unos segundos de siseo.

«Perdóneme, padre, porque he pecado».

«¿Cuánto tiempo ha pasado desde tu última confesión?».

La voz del padre Julián es profunda y clara. Oír la voz de un hombre muerto me da escalofríos, y me produce náuseas saber que estaba vulnerando la privacidad de todas las personas en estas cintas. La otra voz podría ser cualquiera. Es un hombre. Podría tener veinte años. Podría tener ochenta. Detengo la cinta. Necesito hacerlo. Tengo que sentarme en silencio y darme tiempo para asimilar lo que ha pasado. Tengo que prepararme para oír las cosas que voy a oír. En cierta forma, el solo hecho de escuchar me hace sentir cómplice. Pulso el botón de reproducir.

«Lo he vuelto a hacer».

«¿Qué has vuelto a hacer?».

Miro los nombres que Julián ha escrito con prolijidad en el cuaderno. Se supone que el confesionario es completamente anónimo, pero sospecho que la realidad es que no lo es. Creo que como mínimo el sacerdote tiene una buena idea de con quién está hablando porque es probable que sea alguien de su congregación.

«He vuelto a engañarla. A mi esposa. Sé que está mal, padre, pero el problema es que no puedo evitarlo. Es como si me convirtiera en otra persona. Es como si supiera que lo que estoy haciendo está mal, pero en ese momento no puedo considerar las consecuencias».

«Tal vez sí las consideras, pero eliges ignorarlas».

«No lo sé. Puede ser. Eso explicaría muchas cosas».

Pulso el botón de parada y adelanto un poco la cinta. Cuando aprieto el botón de reproducir, oigo la voz del padre Julián.

«... darte cuenta de que no solo te haces daño a ti misma».

«Lo sé, lo sé». Es la voz de una mujer. «Es solo que, bueno, a veces no puedo evitarlo. Es como si me convirtiera en una persona diferente».

«Quizás deberías mirarlo desde otra...».

Empujo el botón de parada. ¿Esta es la excusa de todo el mundo? ¿Que no son responsables de nada en sus vidas? ¿Que sus acciones son justificables porque se convierten en otra persona?

«Soy una persona diferente cuando bebo. No soy yo», me había dicho Quentin James de pie junto a la tumba que había cavado, esperando que yo lo perdonara.

¿También era mi excusa?

Tal vez. Pero no lo creo. Yo no alternaba entre personas distintas. El alcohol había hecho de Quentin James el hombre que era, y vivía con un pie

en cada uno de esos mundos, existiendo como dos hombres separados. Yo soy diferente. Quentin James me convirtió en un tipo de hombre diferente y no hay vuelta atrás de eso. Solo existe un único Theodore Tate.

Cuando llego a casa, mi cuerpo está agotado, pero mi mente sigue excitada: es una extraña combinación que me hace tener ganas de dormir pero al mismo tiempo de pasear por la habitación. No llego a hacer ninguna de las dos cosas, porque en el trayecto del sendero de entrada a mi casa me detienen Casey Horwell y su cámara. No veo una furgoneta por ninguna parte y supongo que deben haber acampado en el sedán rojo oscuro que está aparcado enfrente. Una vez más, Horwell lleva suficiente maquillaje para parecer la puta mediática que es. Puedo ver las líneas finas y las grietas en la base de maquillaje. Huele a café rancio. Bajo la bolsa con las cintas y los extractos y la sostengo a un costado, fuera de la vista de la cámara.

—Señor Tate —comienza y me habla a unos centímetros de la cara—. Se ve que no le ha llevado mucho tiempo ponerse al volante de un coche desde que perdió su licencia. Consigue eso y *además* es sospechoso del asesinato del padre Julián. Sus amigos en el departamento del que parece estar tan orgulloso deben estar trabajando horas extras para mantenerlo fuera de la cárcel.

—Creía que a los periodistas les gustaba hacer preguntas, no declaraciones —respondo, y al instante deseé no haber abierto la boca.

—En realidad hacemos ambas cosas.

—Pero sin la precisión adecuada.

Empiezo a eludirla, pero se interpone en mi camino. Supongo que quiere que la empuje, y eso es exactamente lo que me apetece hacer. Tengo ganas de tomarla del brazo y escoltarla fuera de mi propiedad, pero luego cambio de opinión y me decido por una táctica diferente.

—¿Le importaría decirnos cómo fue que el arma homicida apareció en su garaje? —pregunta.

—¿Qué arma homicida?

—El martillo.

—¿Qué martillo?

—El que se usó para matar al padre Julián.

—¿Quién es el padre Julián?

Frunce un poco el ceño, sin saber bien a dónde quiero llegar.

—El hombre frente a cuya iglesia ha estado usted aparcado durante las últimas cuatro semanas.

—¿Qué iglesia?

El ceño se convierte en una arruga más profunda que dibuja una línea en su maquillaje.

—¿Todo esto le parece un juego?

—¿Qué juego?

—La gente aparece muerta y usted es el único punto en común.

—¿Qué es un punto en común?

Las arrugas se intensifican y hacen lugar al fastidio. Debajo de la superficie del maquillaje, se está gestando una Casey Horwell diferente.

—¿Dónde está Sidney Alderman? —pregunta.

—¿Quién es Alderman?

La periodista se vuelve hacia su cámara.

—Corta —declara, y el hombre baja la cámara.

—Estás acabado —me advierte—. Te tenemos grabado cuando tomaste la calle en el coche; eso no te va a ayudar.

—¿Eso es lo mejor que puedes hacer? —inquiero.

—En realidad no. Todavía no has visto lo mejor que puedo hacer, pero ya lo verás. Anda, Phil —añade y se da la vuelta hacia el cámara—, vámonos.

—Espera —le pido.

Se vuelve hacia mí. Me lanza una mirada tan fulminante que estoy seguro de que le gustaría partirme por el medio con ella.

—¿Qué? —pregunta.

—Tu fuente. ¿Quién es?

—¿Puedes ser tan estúpido? ¿Crees que te lo voy a decir?

—Solo dime esto. ¿Es un policía?

—No pienso decirte nada.

—¿Es un policía? —repito, y esta vez se lo grito.

La periodista da un paso atrás y el cámara vuelve a subir la cámara y empieza a grabar de nuevo.

—Te sugiero que retrocedas, Tate.

—Y yo te sugiero que pienses en lo que te has metido —replico—. Tu fuente... si no es un policía, ¿quién puede ser, eh? ¿Quién más puede haberte contado toda esa mierda sobre el arma homicida, eh? Solo hay una posibilidad. Te están engañando, Horwell, y eres demasiado estúpida para saberlo, y cuando te des cuenta, serás demasiado arrogante para admitirlo. Pero eres responsable de cualquier cosa que pase ahora, ¿lo entiendes? Si te guardas ese nombre y resulta ser el tío que mató a esas chicas, y mata de nuevo, será culpa tuya. ¿Lo entiendes? Si mantienes tu boca cerrada y no acudes a la policía, serás su cómplice.

—Vete al carajo —replicó—. No sabes una mierda. Eres un detective privado fracasado que cree que puede hacer lo que quiera y salirse con la suya solo porque mataron a su hija. ¿Crees que eres la única persona en el mundo que ha perdido a alguien? ¿Crees que su muerte va a hacer que la gente siga sintiendo compasión por ti incluso después de todo esto? Tú eres el arrogante y estúpido, Tate. Tu carrera está acabada y me voy a asegurar de ello. Eres un asesino de mierda que no va a seguir quedando impune. Y vas a verme cada día de tu juicio y voy a exponerte al mundo como el hombre que en verdad eres.

Tengo ganas de abalanzarme sobre ella y abofetearla hasta que me revele el nombre de su fuente, pero no lo voy a hacer, sobre todo con el cámara de pie aquí, probablemente esperando que lo haga. Tendré que confiar en que las cintas y los extractos bancarios me digan lo que ella rehúsa a decirme.

Paso junto a ella, entro y cierro la puerta al mundo. Me quedo de pie en el pasillo, con el corazón acelerado; estoy enojado con ella y también conmigo mismo por dejar que me afecte de esa manera. Voy a mi oficina y me siento, pero no consigo concentrarme en nada. Dejo las cintas y los extractos bancarios sobre la mesa y me dirijo a la sala de estar. Enciendo el reproductor de CD y subo el volumen de la música y me paseo por la cocina, abriendo armarios en busca de algo para comer, queriendo hacer algo para calmarme, para distraerme. Abro la nevera y ahí está, el último vaso esperándome, lleno de un líquido que, por un breve momento, podrá hacerme sentir mejor.

Cierro la puerta de la nevera. En vez de eso, me preparo un café. Necesito algo que me tranquilice y decido que el café no lo hará, así que lo dejo sobre la mesa y me quedo observando cómo se enfría. La rabia empieza a desvanecerse. Hago lo que puedo para apartar a Casey Horwell de mis pensamientos y cuando he logrado empujarla lo bastante hondo, regreso a la oficina y me siento con los extractos bancarios.

Anticipo que los extractos originales habrán cambiado de color y de estilo a medida que el banco actualizaba su logotipo e incluso su nombre de vez en cuando, pero las copias son todas idénticas. Empiezo a sumar los montos y a compararlos con los registros que llevaba el padre Julián. A lo largo de los años, ha recibido casi ciento cincuenta mil dólares en depósitos. Y ha hecho retiros por exactamente la misma cantidad. Los depósitos son de las personas que no sabían que sus «Perdóneme, padre, porque he pecado» no eran los primeros pasos hacia la salvación en las alturas sino hacia las profundidades del mundo del padre Julián. Los registros se remontan a veinticuatro años atrás. Igual que los extractos bancarios.

Los registros, los extractos y las cintas son congruentes con el chantaje. No hay otra forma de verlo. Durante veinticuatro años, el padre Julián chantajeó a más de cien personas. Los montos difieren y es probable que eso refleje dos cosas: la cantidad de dinero que ganaba la víctima y lo que la víctima tenía para perder si su secreto se descubría. Puede que los chantajeados nunca supieran quién sabía su secreto. Quizá lo sospechaban, pero la gente con secretos puede llegar a ser tan paranoica como para creer que alguien más que su sacerdote lo sabe. Durante casi un cuarto de siglo, el padre Julián jugó con fuego. Debía saber que, a la larga, se quemaría. O tal vez se había quemado todo el tiempo. Tomaba el dinero y lo usaba para apagar incendios menores.

Al final, el fuego acabó con él. Grabó a alguien que no estaba dispuesto a pagar y ese alguien sabía que yo estaba siguiendo al cura y que sería un blanco fácil para incriminar. Debió ser bastante sencillo. Con solo encender el televisor, ahí estaba yo, cubierto de sangre una noche y acusado de asesinar al cuidador y, dos meses después, acusado de acosar al cura.

Pero eso es solo una teoría. Y si así fue como ocurrió, entonces la muerte del padre Julián no estaba relacionada con la muerte de las chicas. Aun así, sería una coincidencia tremenda, aunque bien posible. ¿Esa coincidencia incluye el hecho de que Henry Martins era el gerente del banco donde el padre Julián guardaba sus cintas?

Julián debió haber seleccionado a sus víctimas con cuidado y chantajeadas solo a aquellas que sabía que no constituían una amenaza, aquellas dispuestas a pagar un precio para olvidarse de todo. Nunca intentó chantajearme a mí, pero estoy seguro de que grabó la confesión. Tal vez tenía miedo de lo que yo pudiera hacerle si lo intentaba. Ya había confesado un asesinato. Y él sabía que era capaz de cometer otro.

Me invade la furia y de repente, deseo que el padre Julián estuviera vivo para poder hacerle algo, no sé qué exactamente, no algo del tipo de lo que le hice a Quentin James, desde luego, y trato de no dejar que mi mente se desvíe hacia allí. Le haría daño. Le haría mucho daño. El muy cabrón se negó a contarme las confesiones que le había hecho el hombre que mató a esas chicas y, lo que es peor, debía saber quiénes eran esas chicas. Fue capaz de chantajear a la gente y de romper el voto confesional que tenía con Dios para ganar dinero, pero no se atrevió a salvar a esas chicas. ¿Cómo podía un hombre con las prioridades tan alteradas vivir consigo mismo?

Tal vez el chantaje no implicaba de por sí revelar los pecados que había oído en secreto. Quizás nunca reveló ninguna de las confesiones y nunca

planeó hacerlo. ¿Significa eso que no estaba rompiendo el secreto de confesión? Me imagino que esta pregunta técnica solo podría ser respondida por un hombre atrapado en el dilema que plantea.

Me pregunto si sabía que el fuego por fin lo alcanzaría. Una parte de mí piensa que sí, y que lo aceptó.

Reviso los registros y los extractos bancarios y me concentro en los pagos. El padre Julián no le pagó a nadie por más de dieciséis años, y a algunos les pagó durante menos tiempo. Y a otros durante bastante menos. La mayoría de los nombres están aquí, pero no todas las personas en las fotografías, y la cantidad de nombres sugiere que existen más niños que no aparecen en las fotografías. Y también podría haber más niños que no están en estas listas, niños que el padre Julián concibió y de los que no pudo responsabilizarse. Me pregunto qué nombres coincidirán con los de Simón y Jeremy que encontré en el reverso de las fotografías y sospecho que podré averiguarlo con unas pocas llamadas telefónicas.

Estos son los pagos del padre Julián por los hijos que tuvo en secreto. La pregunta es: ¿cuántas personas lo sabían? No lo sé, pero estoy bastante seguro de que Henry Martins era una de ellas.

CAPÍTULO CINCUENTA

Los registros son cronológicos y están bien detallados, y hay muchos más confesantes que víctimas del chantaje del padre Julián. Antes de proseguir, retrocedo dos años en las fechas y encuentro mi nombre. Verlo allí es una bofetada, como si cualquier duda que hubiera tenido o quisiera tener se desvaneciera y me dejara expuesto a una realidad de la que no puedo escapar. Encuentro la cinta correcta y la coloco en la máquina. No estoy seguro de estar preparado para oírme a mí mismo hace tanto tiempo, preparado para oír al hombre que solía ser. La avanzo hasta la hora que Julián registró. Tampoco estoy seguro de mi postura actual con respecto a mi creencia en Dios, ni de la que tenía hace dos años. Una parte de mí no creía en Dios, otra lo odiaba, y una tercera me llevó a sentarme en ese confesionario con la necesidad de contarle a alguien lo que había hecho. Desde entonces, he aprendido a vivir con mis propios secretos.

Capto los últimos segundos de la confesión de otra persona, unos instantes de silencio, y luego mi voz. Suena diferente. Suena conmovida, lo que me sorprende. En ese momento, creía que estaba desconectado.

«Bendígame, padre, porque he pecado».

Cierro los ojos y, por un momento, vuelvo a estar allí, en el confesionario, con tierra debajo de las uñas y una pala en el maletero del coche. El arma que utilicé la desarmé y la enterré también en el bosque. La cinta reproduce la voz del padre Julián y, al mismo tiempo, recuerdo sus palabras y las repito en mi mente un momento antes de oírlas. Suena tranquilo. Podríamos haber estado hablando de cualquier cosa y, en aquel momento, recuerdo haber sentido curiosidad acerca de cuál habría sido la peor confesión que había escuchado. ¿Sería la mía? ¿O la mía sería aburrida? Y si el padre Julián estaba escuchando las confesiones de asesinos a sangre fría, ¿por qué demonios no estaba haciendo algo al respecto?

—¿Qué clase de persona somos, padre, cuando cometemos un pecado y no sentimos nada?

—Creo que...

—¿Sigo siendo humano? ¿Sigo siendo un hombre, padre Julián, o soy un monstruo?

—El hecho de que estés aquí responde tu pregunta —contestó—. Sin embargo, lo que hagas a continuación es importante.

—No me entregaré a la policía.

—Necesitas...

—Él la mató, padre —señalo—. La mató y es probable que hubiera matado a otros.

—Eso no lo justifica.

—Pero tampoco lo convierte en algo malo.

Pulso el botón de parada y las voces se apagan. Si pudiera regresar atrás en el tiempo, ¿volvería a hacer lo mismo? No lo sé. Pienso en Patricia Tyler y en la promesa que me hizo hacerle: «Hágale pagar por lo que ha hecho. Prométame que se asegurará de que nunca pueda volver a lastimar a otra chica».

Expulso la cinta y la empiezo a sacar del cartucho. No tengo necesidad de oír el resto de lo que tenía para decir... o mejor dicho, no tengo ganas. No averiguaré nada nuevo. Y solo puede hacerme daño.

Llevo la cinta afuera y le prendo fuego. Se encoge y se derrite, y el recuerdo grabado arde en el fuego. El padre Julián nunca me chantajeó y me imagino que nunca chantajeó a nadie que confesara un asesinato. Habría sido demasiado peligroso para él. Recuerdo cuando me visitaba en casa. Lo recuerdo sentado conmigo en el porche mientras hablábamos sobre mi esposa. Él sabía que la rabia me estaba consumiendo. Después de mi confesión, no volvió a visitarme.

Regreso adentro y me siento. Empiezo a tamborilear los dedos y luego reviso la lista de nombres otra vez. Me desplazo a través de ellos, buscando algo más, y pronto encuentro el nombre de Sidney Alderman. Compruebo la fecha. Es una semana después de la muerte de su esposa. Busco la cinta y la coloco en la grabadora, interesado en lo que el antiguo cuidador tiene para decir, esperando que diga algo que me ayude.

—Supongo que se podría llamar pecado —dice Alderman, arrastrando las palabras. Ha estado bebiendo—. ¿Estamos en paz, entonces?

—¿Has estado bebiendo?

—¿Bebiendo? Sí, ¿y por qué diablos no? Ella ya no está. Necesito algo que me haga compañía.

—Todavía tienes a tu hijo.

—¿Mi hijo? Te refieres a *tu* hijo, ¿no?

Hay una pausa que se alarga tanto que me hace pensar que el resto de la cinta va a estar en blanco, pero entonces la voz del padre Julián vuelve a

sonar y la conversación continúa.

—Te lo contó —afirma Julián.

—Una parte de mí siempre lo supo. O al menos lo sospechaba.

—Lo siento, Sidney.

—¿Eso es todo? ¿No quieres darme una excusa? ¿No quieres decirme que te follaste a mi mujer por accidente y la dejaste embarazada?

—Por favor, Sidney, no quise que pasara.

Detengo la grabación. ¿Qué clase de hombre era el padre Julián? ¿Cuántos matrimonios arruinó? Este hombre, este hombre que venía a verme, que me decía que todo iba a estar bien, que me decía que todo era parte del plan de Dios. ¿Qué clase de hombre era? Pulso el botón de reproducir. Ambos hombres están muertos, uno por mi culpa y el otro quizá también por mi culpa. Los dos fantasmas del Pasado Reciente siguen hablando. Ninguno podía imaginar que acabarían compartiendo algo más que a Lucy Alderman, que compartirían un destino similar.

—Sí, vale, yo tampoco quise que pasara —replica Sidney Alderman.

—¿A qué te refieres?

—Bruce... El... bueno, él es diferente ahora. Lo veo diferente. No es mi hijo y no sé qué hacer al respecto. Pero una cosa que sí sé es que no te quiero cerca de él.

—¿Te vas a marchar?

—¿Marcharme? No. No me voy a marchar. Vea, padre —agrega, y parece casi escupir la palabra «padre»—, la cuestión es esta. Ella está muerta por tu culpa. Y quiero que lo sepas. Voy a estar aquí todos los días por el resto de mi vida y me vas a ver por aquí, y lo vas a recordar.

—¿Qué quieres decir con que está muerta por mi culpa?

—Vamos, padre. No es tan difícil darse cuenta. Has leído los periódicos, ¿verdad? El tipo que la mató dijo que ella apareció de la nada. Bueno, eso no es del todo cierto. La empujaron de la nada.

Silencio durante unos segundos. No solo en la cinta, sino también en mi casa. No oigo nada. Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración.

—¿La empujaste? —pregunta el padre Julián.

—La odiaba. Me mintió. Me engañó. Me ocultó la puta mentira todos esos años. ¿Todavía te la estabas tirando, padre?

—¿La mataste?

—No puedes hacer nada al respecto excepto verme la cara todos los días. Quiero que esa culpa te mate. A mí me está matando. ¿Eso nos deja en paz?

—Yo... yo no...

—Pensé que me haría feliz —continuó Alderman—, pero lo curioso es que no. De hecho, me siento peor. La amo tanto. Te culpo y quiero matarte, pero no tengo el coraje.

—Sidney, tienes que...

—¡No me digas lo que tengo que hacer! ¿Sabes?, incluso compré un arma. Iba a usarla con ella y luego contigo. Pero no puedo. Lo que le pasó a Lucy, vale, eso te hará más daño del que yo podría hacerte jamás.

—¿Y qué hay con Bruce?

—No te atrevas a decirle nada de esto. Nada de esto.

Presiono el botón de parada. El dolor del cuidador es de hace diez años, pero suena como si fuera reciente. Hace dos meses, me dijo que siempre pensaba en lo que yo había hecho después de que mataron a mi hija y que deseaba haber tenido el valor de hacer lo mismo a la persona que mató a su mujer.

Pienso en lo que hizo y me pregunto si justifica lo que yo le hice a él. Me pregunto si hay alguna simetría en ello: él, tendido sobre el ataúd de la mujer que amaba, la mujer que lo engañó, la mujer que mató.

Decido que sí. Al menos me hace sentir mejor. Me hace levantar la vista del fondo del abismo. Hay una salida.

Expulso la cinta, la vuelvo a guardar en la caja de plástico y la dejo a un lado. Reviso el resto del registro en busca de nombres que sobresalgan, sabiendo que tiene que haber algo aquí pero no sé qué. Es o es parte del problema: todo lo que he estado haciendo es pensando y, de repente, me doy contra un muro. Hay una respuesta en algún lugar de esta lista de nombres, está en estas cintas, pero estoy tan involucrado en todo el asunto que no puedo ver las cosas con claridad.

¿Qué es lo que estoy pasando por alto?

Me pongo de pie y salgo de la habitación. Dejo todo atrás... los nombres, los números, las cintas y las fechas; sé que necesito aclarar mis ideas para poder al menos...

¡Las fechas!

¡Por supuesto!

Regreso a la habitación y miro la línea de tiempo que he creado. Si el asesino confesó, es probable que lo haya hecho el mismo día o en los días inmediatamente posteriores a las desapariciones de las chicas. La primera fecha que miro es el día en que fue enterrado Henry Martins. Según el registro, esa noche hubo una confesión. Según el registro, la confesión fue hecha por Paul Peters. Encuentro la cinta correspondiente y la coloco en la

máquina. La hago avanzar. De pronto me siento más aprensivo acerca de lo que estoy por oír de lo que me sentí con respecto a las otras dos confesiones. Podría ser la grabación de un hombre que no hizo nada más que robar las manzanas de su vecino o podría ser la confesión de un monstruo. Pulso el botón de reproducir.

Es el monstruo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

—«Sé quién es usted». La voz me suena un poco familiar, pero no consigo ubicarla.

—«¿Tienes algo que confesar?».

—«Usted la mató, ¿sabe?».

—«¿De qué estás hablando?» —La voz del padre Julián tiene un tono apresurado, como si acabara de entrar en el confesionario después de correr desde la rectoría.

—«Como si la hubiera estrangulado con sus propias manos. Lo que uno hace en la vida tiene consecuencias, ¿no le parece, padre?».

—«Sí, claro, pero lo que estás diciendo no tiene sentido».

—«Todos nuestros actos tienen consecuencias, ¿verdad, padre? Para todos».

—«Tenemos que ser conscientes y responsables de nuestros actos, sí, eso es cierto».

—«¿Incluso usted, padre?».

Una pausa, y puedo imaginar la expresión desconcertada del padre Julián en este punto.

—«¿Tienes algo que decir?».

—«¿Hay otros?».

—«¿Otros?» —pregunta el padre Julián. Ahora está desconcertado y sacude la cabeza—. «No sé de qué me estás hablando».

—«Otros hijos. Como yo. Pregunto si hay otros como yo».

—«Todos somos hijos de Dios, sin importar nuestras acciones» —contesta Julián.

—«No estoy hablando de Dios».

—«No entiendo».

—«Estoy hablando de usted, padre Julián. Estoy hablando de sus hijos. ¿Hay más de nosotros?».

—«Dios mío» —exclama el sacerdote y ahora ya no está sacudiendo la cabeza. En vez de eso, se ha llevado una mano a la boca. Todo el desconcierto está desapareciendo. Imagino que este momento fue muy real para él. Un momento tan real como cualquier otro.

—«Ve, ahora lo entiende. Sus acciones tienen consecuencias, padre. ¿O debería decir papá?».

—«Yo no... no sé quién eres».

—«¿Te gustaría saberlo?».

—«¡Claro que sí! ¡Claro que me gustaría!».

—«Soy el hombre que acaba de matar a tu hija. Su nombre era Rachel Tyler. Murió despacio, papá. Era mi hermana, y murió despacio».

—«No» —dice el padre Julián y la palabra brota en un susurro, y puedo oír el dolor en su voz. Conozco ese dolor. Creo que hasta dije lo mismo cuando cogí el teléfono y me enteré de que Emily había muerto y que mi esposa se había ido para siempre.

—«Le conté sobre ti. Ella nunca conoció a su padre, pero en los momentos antes de morir, se lo conté. Supo todo lo que quería saber y algo más de lo que podía manejar. ¿Crees que eso la reconfortó?».

—«Yo...yo...».

—«¿Tú qué, papá? ¿No sabes? ¿No sabes qué decir? ¿Cómo crees que me sentí al descubrir quién era? ¿Cómo crees que me sentí al ser abandonado?».

—«Por favor, por favor, no...».

—«¿No qué? Ni siquiera sabes qué hacer, ¿verdad, padre Julián? Te sientes desamparado. ¿Sientes como si de repente Dios te hubiera abandonado? Conozco bien el abandono. Te sientes desamparado, y así es exactamente como se sintió Rachel en esos últimos momentos. Dime, papá, ¿todavía quieres hacer algo bueno por ella?».

El padre Julián no contesta. Oigo su respiración. Suena más fuerte de lo que debería en una grabadora con un altavoz tan pequeño. La voz suena como metálica, pero esa respiración es profunda, como la de una ballena herida.

—«No puedes matarla» —se lamenta Julián por fin, pero es algo muy ridículo para decirle a un hombre que ya ha cometido el acto—. «Por favor, por favor, dime que esto no es verdad».

—«Entiéntala» —dice el asesino.

—«¿Qué?».

—«Te estoy dando una oportunidad, papá. Puedes enterrarla y rezar por ella. Puedes visitarla tan a menudo como quieras... algo que nunca hiciste mientras estaba viva».

—«Esto es una locura» —se queja el padre Julián.

—«¿Qué otra opción tienes? La he guardado para que la entierres. Está aquí, en tu iglesia. No puedes acudir a la policía porque no puedes permitir

que los miembros de tu parroquia sepan que era tu hija. O que tienes otros hijos».

—«No tengo otros hijos».

—«Me tienes a mí. Lo único que puedes hacer ahora es enterrarla y rezar y tal vez hablemos de eso la próxima vez».

—«¿La próxima vez?».

Pero el hombre no contesta. La puerta del confesionario se abre y luego se cierra. El padre Julián le grita al hombre que espere: se oyen pasos, y luego nada. Unos segundos después, la cinta se queda en silencio, y diez segundos después de eso, se oye otra voz diferente por el altavoz, de alguien que confiesa sentirse atraído por una mujer que no es su esposa.

Rebobino la cinta y vuelvo a escucharla. Las palabras del asesino de Rachel son escalofrantes y me producen nudos en el estómago. Oírlas de nuevo es casi suficiente como para llevarme allí, dentro de ese confesionario. Me pregunto dónde habrá quedado el cuerpo de Rachel, si la habrán dejado sobre un banco o tirada en la puerta de la iglesia. Me imagino al padre Julián acunándola; una parte de él queriendo llamar a la policía y otra parte más grande no queriendo que sus secretos queden expuestos. Era un cobarde que no podía traicionar el confesionario, un cobarde que le pidió a Bruce, su hijo, que enterrara a las mujeres y enterrara la verdad.

Chequeo el registro y encuentro la fecha en la que desapareció la segunda chica. Empiezo a avanzar la cinta correspondiente a través de fragmentos de diálogo hasta que oigo la misma voz. La rebobino un poco y encuentro el principio de la conversación.

—«Me has mentado, padre Julián».

—«¿Cómo que te he mentado, hijo mío?» —pregunta el cura.

—«¿Hijo mío? Eso es muy exacto, ¿verdad?».

—«Oh, Dios mío».

Detengo la cinta y cotejo la fecha con el registro. Esta vez, el padre Julián ha anotado Luke Matthews. La última vez fue Paul Peters. Compruebo el resto de las fechas y descubro más nombres que sobresalen: John Philips y Matthew Simons. Cuatro nombres que son combinaciones de nombres de los apóstoles. El padre Julián nunca escribió el verdadero nombre de su hijo. ¿No lo sabía? ¿Era un hijo a quien le había pagado manutención? ¿O uno a quien había abandonado por completo?

—«Sabía que había otros. Y ahora Julie es la segunda».

—«¿Qué has hecho?» —inquire el padre Julián.

—«¿La conocías?».

—«¿Qué has hecho?» —repite el sacerdote.

—«Seguramente nunca la viste, ¿verdad?».

—«No».

—«Entonces dame las gracias. Puedes darle la misma sepultura que le diste a su hermana. A mi hermana».

El padre Julián empieza a llorar. Sus sollozos a través de la cinta son la cosa más dura que he tenido que escuchar nunca.

Pulso pausa y voy a la cocina. Saco la bebida de la nevera. La necesito. Me la acerco a la boca y el líquido me toca los labios, luego lo arrojo al fregadero. Preparo café. De repente no quiero volver a mi oficina. No quiero escuchar el resto de la conversación. Lo único que quiero es quemar las cintas y conducir hasta la licorería más cercana y sumergirme en el *bourbon* que me ha mantenido tan anestesiado durante el último mes. Miro el fregadero, pero no queda nada de lo que acabo de verter. Los sollozos del padre Julián me han hecho llorar. Cierro los ojos y las lágrimas se desprenden y se deslizan por los lados de mi rostro. Es casi como si estuviera con él mientras escucha. Sé cómo se siente al enterarse de que su hija está muerta. Yo pasé por eso una vez. Él lo ha pasado dos veces. ¿Pasó por eso más de dos veces? Creo que sí. Creo que lo hizo cuatro veces. ¿Se volvió más fácil o más difícil? ¿Lo hizo envejecer, lo quebró, lo hizo negar a su Dios o fortaleció su fe? No podía romper el voto confesional. Incluso cuando había un patrón y él sabía lo que estaba sucediendo, no lo rompió. Podía romperlo para chantajear adúlteros, pero no para salvar a sus hijas. Qué moral retorcida tenía el padre Julián, pero vale, las iglesias están llenas de gente que predica una cosa y practica otra. Todos los días debió haberse debatido con el hombre que era. Tal vez ya no quería seguir luchando. No había accedido a su caja de seguridad en las ocho semanas anteriores a su muerte. Sabía que la llave había desaparecido, y tal vez sabía que Bruce la había tomado. Tal vez incluso se imaginó que me la habían dado a mí. Creo que intuía que de alguna manera esto estaba llegando a su fin. Creo que le dio la espalda al hombre que lo mataría y esperó a que sucediera.

No toco el café. Lo dejo en la mesa y vuelvo a la oficina.

—«Puedes rezar por ellos, padre Julián. Puedes rezar al mismo tiempo».

—«¿Cómo supiste que era tu hermana?».

—«Tal vez Dios pueda decírtelo».

La confesión termina. Encuentro la tercera y me fijo en la fecha: John Philips.

—«¿Por qué estás haciendo esto?» —pregunta el padre Julián cuando su hijo le dice que ha conocido a otra de sus hermanas—. «¿Qué te han hecho ellas?».

—«Es lo que podrían haber hecho».

—«¿Por qué todo esto? ¿Por qué venir aquí y contármelo?».

—«Porque eres la única familia que tengo».

Sigo escuchando. El diálogo es similar a los demás. Los sollozos del padre Julián son igual de fuertes. Surge un nombre. Jessica Shanks. Fue la tercera chica que desapareció y la de mayor edad. Fue por la que el padre Julián empezó a pagar al principio, cinco años antes de que naciera Rachel.

Paro la cinta y encuentro la última confesión.

—«Ya están todas muertas, padre».

—«No quiero que vuelvas aquí».

—«Todas las hermanas. Puedes verlas cuando quieras. ¿Por fin te tomarás el tiempo para visitarlas?».

—«Quiero que te vayas».

—«¿Tengo razón?».

—«¿Qué?» —pregunta el padre Julián.

—«No hay más, ¿verdad?».

—«No».

—«Si me estás mintiendo, padre, lo descubriré».

—«Lo sé».

—«Y no me alegraré».

—«No estoy mintiendo» —asegura el padre Julián.

—«Si me estás mintiendo, haré dos cosas. Encontraré a las chicas y las mataré. Las haré sufrir. ¿Quieres saber cuál es la segunda cosa?».

—«No» —responde el padre Julián, pero no hay duda de que está a punto de averiguarlo.

—«Voy a volver aquí, papá, y te voy a cortar la lengua para que no puedas volver a mentirme nunca más».

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Es todo lo oficial que puede ser. Las chicas muertas son hijas del padre Julián. El asesino es el hijo del padre Julián. Miro las fotografías de Jeremy, Simón y Bruce. Luego miro la fotografía de la quinta chica, Deborah. Puede que ya esté muerta, que esté muerta y enterrada y que jamás haya sido encontrada, o quizás esté viviendo en otra ciudad en otra parte del mundo, más allá de los océanos y paisajes conocidos.

Los registros del padre Julián revelan a quién estaba grabando y chantajeando, pero no revelan cuántos hijos tenía. Los extractos bancarios tampoco lo muestran. Para empezar, no hay ningún Alderman en los extractos. No hay suficiente información para saber de cuántas mujeres se aprovechó el padre Julián a través de su posición.

Hay siete nombres en los extractos bancarios. Cuatro de ellos pertenecen a las familias de las chicas muertas. De los tres que quedan, dos podrían corresponder a Simón y Jeremy, y uno a Deborah, o a otros niños de los que no sé nada. Lo único que espero es que las fotografías coincidan con los extractos bancarios.

Tengo tres nombres de pila: Jeremy, Simón y Deborah, y tres apellidos en los extractos bancarios. Tomo una guía telefónica y empiezo a cotejar los nombres, esperando una coincidencia, y cuando surge la primera, acabo hablando con la señora Leigh Carmel. Me identifico y ella pregunta enseguida de qué se trata, y hay una vacilación en su voz que sugiere que cree que estoy a punto de intentar venderle algo. Le digo que estoy rastreando a su hijo, ya que calculo que tengo una probabilidad de dos de que sea un hijo y no una hija, y estoy en lo cierto.

—¿Qué ha hecho ahora? —pregunta.

—Necesito hablar con él. Es importante.

—Siempre está haciendo lo que no debe —se lamenta—. Ese ha sido siempre el problema con Jeremy. ¿Por qué no habla con su oficial de libertad condicional? Parece tener una relación más cercana con él de la que jamás ha tenido con ninguno de nosotros.

Me da el número y cuelgo y llamo de inmediato al oficial de libertad condicional, un tío llamado Austin Bracken. Bracken no parece muy contento de oírme.

—Sabe que no es el tipo de información que puedo dar por teléfono —me explica—. No a un investigador privado.

—¿Qué tal si le doy mi número para que él me llame?

—No estamos en esto para reenviar mensajes —replica.

—Vale, vale, déjeme pensar un momento. Bien, ¿puede decirme dónde estaba hace dos años? ¿Estaba en la cárcel?

—¿Hace dos años? Sí. Estaba en la cárcel. Estuvo cuatro años corridos. Lo soltaron hace dos meses —agrega, lo que significa que Carmel estaba en la cárcel cuando asesinaron a Rachel Tyler.

—¿Qué hizo?

—Es de dominio público —contestó—. Averígüelo.

Le agradezco su tiempo y tacho a Jeremy Carmel de mi lista. De cualquier manera, me quedan dos nombres de pila y dos apellidos que podrían coincidir.

La siguiente coincidencia surge unas llamadas más tarde, cuando una mujer responde el teléfono y pregunto por Simón.

—¿Quién?

—Perdón, quiero decir Deborah. Estoy intentando localizarla.

—Bueno, nosotros también. No la hemos visto desde ayer. ¿Quién habla?

Escucho sus palabras y aprieto el teléfono en mi mano. Le digo quién soy y que soy investigador privado.

»¿Y qué está investigando? —pregunta—. ¿Le ha pasado algo a Deborah? ¿Está en problemas? ¿Es por eso que no hemos sabido de ella?

—No, no es nada de eso —contesto, con la esperanza de que mis palabras sean ciertas.

—¿Entonces qué?

—Solo necesito localizarla. Es importante.

—No me gusta cómo suena su voz —señala, y me doy cuenta de que mis nudillos se han vuelto blancos—. Lo dice como si ella estuviera en peligro.

Decido decir la verdad.

—Podría estarlo. Por favor, necesito que me ayude...

—¿Qué clase de peligro? ¡Dígamelo! ¿Qué le ha pasado a mi hija?

Ignoro su pregunta y sigo adelante. Es la única manera, de lo contrario podría pasarme dos horas al teléfono con ella.

—¿Sabe si estaba saliendo con alguien?

—¿Es una broma? ¿Alguien le ha pedido que haga esto? Voy a llamar a la policía.

—Espere, espere un segundo. ¿Sabe Deborah quién es su verdadero padre?

La mujer se queda callada, y no la atormento con otra pregunta, sino que respeto su silencio, y sé que la sorpresa ante la pregunta puede convertirse en ira o negación.

—¿Quién es usted? —pregunta.

—Ya se lo he dicho.

—¿Qué intenta preguntarme? Dígamelo.

—¿Stewart Julián es su verdadero padre?

De nuevo una pausa.

—¿Dónde está mi hija? ¿Qué es lo que me está ocultando?

—Por favor, ¿es el padre Julián el verdadero padre de Deborah?

—¿Qué importancia tiene?

—Es importante porque me ayudará a encontrar a Deborah.

—Llamaré a la policía.

—Vale, quiero que lo haga, pero primero dígame. El padre Julián fue asesinado porque estaba protegiendo secretos. Eran sus propios secretos. ¿Era el padre de Deborah?

Me doy cuenta de que la estoy sobrecargando con demasiada información. En cualquier momento se va a negar a seguir escuchando. No contesta.

»¿Era...?

—Sí —afirma—. Sí, lo era.

—¿Tenía otros hijos?

—¿Otros hijos? Eh... la verdad es que nunca lo he pensado. Supongo que es posible, como todo es posible. Pero lo dudo.

—Vale, voy a buscar a Deborah. Quiero que llame a la policía y les diga que ha desaparecido. Pero primero tiene que darme su dirección y número de teléfono.

Escribo la información y llamo a Deborah enseguida después de colgar. No contesta. Dejo un mensaje.

Ahora el único que queda es Simón Nichols. Es la última persona en las fotos, la última persona que figura como receptora en los extractos bancarios. Pienso en lo que eso significa y decido que tiene las mayores probabilidades a favor de que sea el asesino. Respiro hondo varias veces. Nunca habría pensado cuando me desperté esta mañana que al final del día tendría el nombre del hombre que mató a esas pobres chicas.

Hay unas cuantas personas con ese nombre e iniciales en la guía telefónica. Las llamo a todas, pero sin éxito, y me siento frustrado... estoy tan

cerca ahora. Pero entonces logro localizar a su madre, que contesta al décimo timbre, justo antes de que cuelgue.

—Intento localizar a Simón —le digo.

—¿Simón? —responde—. ¿Se puede saber quién habla?

—Me llamo Theodore Tate. Soy investigador privado.

—¿De qué se trata?

Se trata de que Simón es un asesino en serie. Se trata de que Simón es un monstruo. Se trata de que Simón mató a su padre y después trato de inculparme de homicidio. No digo nada de eso. En vez de eso, repito lo que ya tenía programado en mi mente.

—Solo quiero hacerle unas preguntas, algunas cosas de rutina que realmente podrían ayudarme con un caso.

La mujer no responde en un principio, luego oigo unos sonidos suaves y se me ocurre que está llorando. Antes de que pueda decir nada, se me ocurre otra cosa y sé lo que está a punto de decirme.

»Llega usted un año tarde —agrega, y de pronto sé que su hijo no solo ha muerto, sino que ha sido asesinado. Simplemente lo sé.

Y estoy en lo cierto.

»Fue hace un año —repite y me cuenta que Simón fue apuñalado hasta la muerte en su propia casa—. La policía no ha atrapado al... al tipo, no... —No puede terminar.

Sus sollozos me recuerdan a cómo sonaba Julián cuando escuchaba las confesiones del asesino de sus hijas. Oigo su llanto, pero lo único que puedo pensar es que me he quedado sin sospechosos y ahora no tengo ni idea de cómo encontrar al otro hermano que ha matado a tantos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Miro con fijeza las fotografías de las chicas como si de algún modo fueran a reorganizarse y revelar una respuesta. Observo a Simón, ahora muerto, un homicidio más sin resolver en una ciudad con docenas de homicidios. La firma del asesino varía entre los casos de sus hermanas y el de su hermano. Me pregunto si habría matado también a Jeremy, si el deseo está ahí o si siquiera sabe del otro hermano. Sin duda sabía de Bruce. ¿Qué relación tenían para que Bruce estuviera a salvo? Las últimas palabras de Bruce sobre la dignidad resuenan en mis pensamientos y me hacen estremecer. Bruce y el padre Julián creían estar dando algo de dignidad a las chicas, un lugar de sepultura donde se pudiera rezar y velar por ellas. ¿Pero y las personas que sacaron de los ataúdes y arrojaron al agua? ¿Qué hay de su dignidad?

Me vuelvo a concentrar en buscar algo diferente, muevo las piezas de un lugar a otro, me desplazo por los extractos bancarios y los registros, siempre esperando encontrar algo... pero no hay nada. Chequeo mi reloj. El sábado avanza con rapidez. Y Deborah Lovatt está en peligro.

Vuelvo al coche. El barro de anoche se ha secado. Papá tendría un ataque al corazón si lo viera. Marco un número en el móvil y llamo a Schroder, pero no contesta. Cuelgo y vuelvo a marcar y obtengo el mismo resultado. Dejo un mensaje y luego decido llamar a Landry.

—No te das por vencido, ¿verdad, Tate? —dice.

—Podría tener algo para ti.

—¿En serio? Yo tengo algo para ti. Anoche te dejaste la chaqueta y los zapatos en la iglesia.

—¿De qué estás hablando?

—Muy buena, Tate, pero ¿sabes qué? Ni siquiera voy a entrar en eso. Ambos sabemos que estuviste allí y ambos sabemos que no puedo probarlo. Así que, ¿qué tal si me haces un favor y te mantienes lejos de mí?

—Mira, Landry, esto es importante, ¿vale? Muy importante. ¿Encontraste una grabadora en la iglesia?

—¿Una grabadora? ¿De qué demonios estás hablando?

—¿La encontraste o no?

—¿Qué? ¿De qué hablas? No, no había ninguna grabadora.

—Vale —digo—. Puedo ayudarte a encontrar al que mató a esas chicas.

—No, no puedes, Tate. Este no es tu caso. Ni siquiera eres...

—Confía en mí —lo interrumpo— y escúchame. Solo escúchame, ¿de acuerdo? Luego puedes ignorarme o colgarme o lo que sea, pero al menos escúchame. Es importante.

—Vale —accede—. Te escucho.

—¿Dónde estás?

—¿Qué importa?

—Necesito que vayas a la iglesia —le pido.

—¿Por qué?

—Porque pasaste algo por alto.

—¿Qué es lo que pasé por alto? —pregunta—. ¿La grabadora?

—Te lo diré cuando estés allí.

—Anda, Tate, déjate de joder. Es demasiado tarde para tus gilipolleces. Estoy cansado.

—Lláname cuando estés allí, ¿vale? Te prometo que no te arrepentirás.

Cuelgo antes de que pueda responder.

Conduzco hasta la casa de Deborah Lovatt y me doy cuenta al instante de que no hay nadie. Su madre dijo que vivía con dos compañeras. Si son de la misma edad que Deborah estarán en la ciudad bebiendo o en el cine en alguna parte. Salgo del coche y doy una vuelta, pero todo parece normal. No hay puertas rotas. Ni ventanas rotas. Calzo una tarjeta en la puerta por encima de la cerradura. Dejo una nota en el reverso diciendo que es urgente que hable con Deborah. La madre de Deborah debe haber llamado a la policía, pero tal como funcionan las cosas en esta ciudad, eso no significa que la ayuda vaya a llegar pronto.

El tráfico para regresar a la ciudad es denso, lleno de gente que busca un lugar mejor donde estar. Cuando me detengo en un semáforo, alcanzo a oír el estéreo en el vehículo detrás de mí, un ruido sordo que hace vibrar el chasis de mi coche. Veo movimiento en mi espejo retrovisor, los ocupantes del coche están festejando el paseo por la ciudad. La chica en el asiento del pasajero no puede tener más de quince años y está bebiendo una cerveza.

Suena mi móvil y contesto. La música del otro coche tapa la voz de Landry. Aprieto el móvil más fuerte contra mi oreja.

—¿... hago ahora?

—¿Qué? —pregunto.

El semáforo se pone en verde. El tipo detrás de mí toca el claxon, aunque ha pasado menos de un segundo. Atravieso la intersección y me detengo. Un tipo vestido como Jesús está sentado en un costado de la calle. Está

mordiendo un cartón de huevos. Levanta la mirada hacia mí y sus ojos inyectados en sangre se clavan en los míos; me doy cuenta de que así es como voy a terminar si decido que, después de todo, la bebida es quizás para mí.

—¿Estás ahí, Tate?

—Dame un segundo.

Hay pitidos y gritos y gestos cuando el coche detrás de mí se adelanta y me pasa. Me alejo de la acera y conduzco un poco más en busca de otro lugar para aparcar lejos del tío del cartón de huevos.

»Vale, dime.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia, Tate. Estoy en la iglesia, ¿qué hago ahora?

—Ve al confesionario.

—¿Por qué?

—Solo hazlo.

—Vale, vale. ¿Sabes que suena como si estuvieras conduciendo?

—Bueno, no lo estoy —replico.

—Sí. Vale, estoy en el confesionario. ¿Y ahora qué?

—Ábrelo.

—¿Qué estoy buscando?

—Chequea el lado del padre Julián. Chequea el techo. La pared trasera. Revísalo bien.

—¿Revisar qué? ¿Esa grabadora de la que hablas? ¿Crees que el padre Julián estaba haciendo grabaciones secretas?

—Solo hazlo.

—Aquí no hay nada.

—Sí —insisto—. Golpea la pared o algo.

—¿Que la golpee? ¿Crees que hay un panel falso?

—Sí, lo creo.

Empieza a dar golpecitos en las paredes. Los golpes se transmiten a través de su móvil.

—Esto es una maldita pérdida de...

Se interrumpe, y sé lo que ha encontrado. Hay silencio durante cinco segundos. Luego vuelve a ponerse al teléfono.

»¿Cómo demonios sabes esto? —inquire.

—El padre Julián estaba grabando las confesiones. Estaba chantajeando a la gente. —Miro en el espejo y advierto que el tío del cartón de huevos viene caminando hacia mí. El espejo lo hace parecer más cerca de lo que está en

realidad—. Como aún no la habías encontrado, deduje que la grabadora estaba escondida. ¿Qué mejor lugar para esconderla?

—¿Por eso lo estabas siguiendo? Joder, Tate, ¿no podías habérmelo dicho? Nos habrías ahorrado mucho trabajo y mucho dolor. Y enterarnos de esta manera, tío, no pinta nada bien. La podrías haber puesto ahí cuando irrumpiste anoche.

—Yo no irrumpí. Lo único que sabía era que la grabadora tenía que estar ahí en alguna parte y, de todos modos, lo acabo de descubrir. Mira, Julián grabó a su asesino. Sabía quién había matado a esas chicas. ¿Hay una cinta en la máquina?

—Sí.

—Escúchala entonces. Podría ser de la noche en que murió el padre Julián, si es que confesó a alguien antes. Es posible que la última voz que oigas en esa cinta sea la de su asesino.

—Tienes que venir a la comisaría, Tate.

El tío del cartón de huevos se estira la parte inferior de la camisa y empieza a usarla para limpiar la ventanilla lateral de mi coche, del coche de mi padre. El tío del cartón de huevos describe movimientos circulares con la camisa, pero no es el tipo de limpieza que mi padre tendría en mente. Bajo la ventanilla un par de centímetros y le doy unos dólares. Dice algo, pero no lo oigo bien, y se aleja.

»¿Tate? ¿Sigues ahí? —pregunta Landry.

—Pon la cinta.

—Pondré la cinta cuando haya acabado contigo.

—Quizás Julián se refirió a él por su nombre —sugiero—. Tal vez lo hizo porque sabía lo que podría avvicinarsi.

—Enviaré a alguien a buscarte.

—Ni siquiera estoy en casa.

—¿Cómo puede ser? Has perdido tu licencia. ¿Saliste a caminar?

—Además, tienes algo más importante de lo que ocuparte —aventuro.

—Ah, ¿sí? ¿Me vas a pedir que vaya a otro sitio?

—Hay otra chica.

—¿Qué pasa contigo? Dondequiera que vas la gente aparece muerta o desaparece para siempre.

—Tal vez no esté muerta —prosigo—. Pero tienes que encontrarla.

—Cuéntame.

Se lo cuento. No todo, pero sí la mayor parte. Y con algunas falsedades. Le cuento sobre las fotografías de los hijos del padre Julián y le digo que

Bruce me las dio pero que acabo de descubrir la conexión. Le explico que cuatro de las chicas están muertas y que todavía queda una en algún parte. Le hablo sobre la llave que Bruce me dejó y sobre las cintas que encontré, junto con el registro.

»Me estás jodiendo, ¿no? —pregunta cuando he terminado—. Sabes que te has metido en tremendo follón, ¿verdad? ¿Entrar en un banco así? Deberías haberme llamado.

—No había tiempo, y como dije, tenía una llave —contesto, sin mencionar la orden judicial. Eso vendrá después.

—Me has estado ocultando cosas durante los dos últimos meses, retrasando mi investigación, ¿y me dices que no había tiempo?

—Oye, no tengo la culpa de estar más avanzado que tú. Y deberías agradecerme. La mayor parte de lo que tienes es gracias a mí. En todo caso, he acelerado tu investigación.

—Que te jodan, Tate. Las pruebas de ADN nos habrían demostrado que esas chicas estaban emparentadas. Y habríamos descifrado el resto.

—Sí, tal vez lo habríais hecho, tal vez no, pero ni siquiera estaríais buscando. No hasta que tuvierais esos resultados.

—Voy para tu casa. Ahora mismo. Quiero que estés allí, ¿vale? Quiero que me lo cuentes todo. Vamos a tener una charla larga y agradable, los dos solos.

Cuelga antes de que yo pueda debatir la cuestión.

Conduzco de vuelta a casa y apenas he entrado cuando Landry detiene su coche. Parece furioso. Hay algo en él que me hace preguntarme cuántas veces se ha asomado al vacío.

—¿Dónde están? —pregunta—. ¿Las cintas?

—Tú primero. ¿Escuchaste la que encontraste en el confesionario?

—Sí. Lo hice. No hay nada en ella de ninguna utilidad. El hecho es que ninguna de esas cintas va a servir de nada. Sabes que no podemos usarlas. Incluso aunque las hubiéramos encontrado nosotros mismos. ¿Puedes imaginarte el caos que se produciría si el público alguna vez se enterara de ellas? Habrá un montón de confesiones de personas que engañan a sus esposos y esposas, que engañan al fisco, que engañan en todas las formas posibles que la raza humana puede engañar. Y habrá más. ¿Quién diablos sabe si la santidad del confesionario se extiende a una grabación? ¿O se limita solo al sacerdote?

—O sea que no las vais a revelar.

—Las escucharemos, por supuesto, pero no creo que vayamos a hacer ningún arresto. Y si el asesino está en esas cintas...

—Está.

—Entonces tendremos que encontrarle la vuelta. Porque si mencionamos las cintas, le estaremos dando algo con qué defenderse.

Lo conduzco a mi oficina y le entrego el registro.

»O sea que el dinero entra del chantaje —precisa— y sale para los niños. Parece que nuestro padre Julián era un hombre ocupado. Es un milagro que todo esto haya durado tanto tiempo sin que nadie lo descubriera.

—Los milagros son parte de su profesión —señalo.

—Puede que al final no.

—Creo que Henry Martins lo sabía.

—¿Qué?

Le explico la conexión con Martins. Landry escucha, pero al igual que yo, no termina de entender.

»Su cuerpo estaba demasiado descompuesto por el agua —indica—. No había forma de hacerle ningún análisis toxicológico. Ninguna manera de saber si fue asesinado.

—¿Y el esposo nuevo? ¿El que inició todo esto?

—¿Quién?

—El que murió y te impulsó a desenterrar a Henry Martins.

Empieza a guardar las cintas en la bolsa de pruebas.

—Su muerte fue accidental. Resulta que estaba expuesto a cierta toxina en el trabajo. No sé, no estuve a cargo de ese caso. Pintura con plomo o algo así. Fue algo bastante prolongado. Es curioso cómo todo ha llevado a esto.

Curioso. No estoy muy seguro de que esa sea la palabra adecuada, pero por ahora servirá. Son casi las once y, de repente, me siento agotado. Lo único que quiero es que Landry se vaya de mi casa para poder irme a la cama.

»¿Esto era de él? Parece nueva —comenta mientras coge la pequeña grabadora.

—La acabo de comprar hoy. Tengo el recibo.

—Sí, vale, me la llevo. Considéralo tu primer paso para cooperar con la policía. Una buena cantidad de esos pequeños pasos podrían ayudarte mucho, Tate. Porque ahora tenemos... y no me refiero a los cargos por conducir ebrio. Tenemos violación de domicilio...

—No es cierto.

—Tenemos interferir con una investigación criminal. Tenemos...

—Mira, entiendo el punto, ¿de acuerdo? Coge las fotografías.

—¿Son estas?

—Ajá.

No dice nada durante unos segundos y luego:

—Debería llevarte a declarar, ¿sabes?

—Escucha, Landry, estoy a punto de colapsar. Estoy agotado. Y te he dicho todo lo que sé y te he dado todo lo que tengo. Ve y haz tu trabajo y averigua quién es este maníaco antes de que mate a Deborah Lovatt.

—La quinta chica.

—Sí. La quinta chica.

—De acuerdo, Tate. Por una vez, te creo. Pero igual tengo que arrestarte.

—Mira, si me llevas a declarar, vas a tener que escuchar todas esas cintas primero y vas a tener que corroborar todo lo que te he contado. Así que todo lo que vas a lograr es sentarme en una sala de interrogatorios durante doce horas antes de siquiera hablar conmigo. No tiene sentido. Déjame quedarme aquí, déjame dormir un poco y si me necesitas mañana, sabrás dónde encontrarme.

No contesta, pero asiente con lentitud.

Lo acompaño a la puerta, y por muy enfadado que esté conmigo, estoy bastante seguro de que si hubiera sido él quien hubiera decidido no exhumar a Henry Martins hace dos años, sentiría la misma necesidad de hacer justicia por esas chicas muertas.

Lo escucho alejarse.

Mi cabeza toca la almohada y creo que hasta podría haber dormido unos dos minutos antes de que suene el móvil.

—¿Por qué me siento como si me hubieran engañado? —pregunta Landry.

No le contesto.

Continúa.

—Pulsé el botón de reproducir en esa grabadora tuya para tener un adelanto de lo que estaba por venir.

—¿Y?

—¿Y qué? Apareció Sidney Alderman. Estaba confesando haber matado a su mujer. Supongo que eso es lo que querías que escuchara primero y eso significa que sabías que me iba a llevar tu grabadora. Sabías que la escucharía. ¿Por qué?

—Te hace preguntarte de qué era capaz, ¿verdad? Un tipo así...

—Buenas noches, Tate.

—Buenas noches, Landry.

Cuelgo y apago el móvil, satisfecho de que la policía ya no tiene ninguna razón para desenterrar a la señora Alderman.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Al principio no estoy seguro de dónde estoy. Me despierto exhausto y confundido, y entonces recuerdo todo, no solo el último día, sino los dos últimos años. Estos momentos son los peores. A veces me despierto y durante los dos o tres primeros segundos, todo está bien. Me voy a dar la vuelta y Bridget va a estar allí y Emily va a estar en la sala viendo televisión. Luego pasan esos dos segundos y la realidad me golpea y el dolor regresa, un dolor tan intenso en esos momentos como lo fue hace dos años.

Me levanto de la cama, todavía aturdido. Enciendo el móvil y veo que tengo un mensaje sin abrir. Es de Landry. Supongo que si no le contesto enseguida, es probable que se aparezca. Llevo el teléfono a mi oficina y me siento en mi escritorio. Por segunda vez en pocos días, me han quitado todo lo que había logrado reunir. Lo único que me queda son los artículos de los periódicos que imprimí en la biblioteca, junto con la nueva línea de tiempo que estaba haciendo y algunas anotaciones. Miro los artículos con las fotos de las chicas y lo único que puedo pensar es en la confesión de su asesino. Estas jóvenes esperan que yo les haga justicia. Todavía hay esperanza para ellas. Es un tipo diferente de esperanza, pero prometo no abandonarlas.

Le devuelvo la llamada a Landry.

—Me estás ocultando algo, Tate.

—Te dije todo lo que sé.

—Pero no me diste todo lo que tienes.

—¿De qué estás hablando?

—Las cintas —aclara—. Falta una. Según el registro que llevaba el padre Julián, tú estás en esa cinta.

—Sí, vale, estaba. Y eso fue una confesión entre mi sacerdote y yo. Y por muy enfadado que intentes parecer, Landry, sabes que de ninguna manera te dejaría tener esa cinta.

—¿Por lo que había en ella? La fecha sugiere que fue alrededor del tiempo en que desapareció Quentin James. Esa sincronización sugiere un montón de cosas, Tate.

—¿Qué es lo que quieres, Landry? Tienes que estar llamándome para algo más que esto.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Casey Horwell?

—¿Qué? No sé. ¿Por?

—Anda, ¿cuándo?

—Ayer. Me pilló por sorpresa en mi casa. Quería acusarme de algunas cositas.

—¿Y eso fue todo?

—Sí, eso fue todo. ¿Por qué? ¿Debería encender las noticias y ver el reportaje? Sabes que es una jodida. La mayoría de lo que ella...

—Está desaparecida —me interrumpe.

—¿Desaparecida?

—Sí. Nadie la ha visto en doce horas.

—Eso no es suficiente para darla por desaparecida —replico—. Debe estar durmiendo la mona en algún sitio.

—Puede ser. Pero no pareces demasiado afectado.

—¿Afectado? ¿Por qué iba a afectarme? ¿Crees que le ha pasado algo?

—Su productora dijo que Casey contactó con ella anoche y le contó que estaba siguiendo una pista relacionada contigo. Y su cámara dijo que la amenazaste. ¿Volvió por tu casa anoche?

—Tú estuviste aquí anoche. ¿La viste?

—Después de que me fui.

—Apagué el móvil y me fui a la cama. Eso fue todo. Nunca supe nada de ella. Y no la amenacé. Le advertí sobre su fuente. Alguien le estaba dando información sobre el caso. Y hay una buena posibilidad de que sea el mismo alguien que me incriminó por homicidio. ¿No crees que es posible que el tipo haya querido atar otro cabo suelto? Después de todo, es lo que está haciendo, ¿verdad? Se deshizo del padre Julián, va tras su última hermana, y Horwell quedó atrapada en todo eso porque fue demasiado arrogante para darse cuenta de que la estaban engañando.

—Tal vez.

—Es más que un tal vez. Tienes que averiguar quién era su fuente.

—Su productora no lo sabía. O no quiso decírmelo.

—Es el mismo tío de la cinta. Lo percibes, ¿no? Lo percibes igual que yo. Sabes que eso fue lo que pasó.

—Vale, lo chequearé —contesta—. Pero necesito que hagas algo. Necesito que hoy te mantengas alejado de todo el mundo, ¿de acuerdo? De todo el mundo.

—¿Qué hay de Deborah Lovatt? Tienes que encontrarla.

—Lo sé, pero lo cierto es que todavía no sabemos si está desaparecida.

—¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo?

—No, no te estoy tomando el pelo.

—Lleva desaparecida más tiempo que Horwell.

—Antes de que te pongas mal, Tate, la estamos buscando. Y lo mejor que puedes hacer ahora mismo es no interferir.

Cuelga.

Me siento en la terraza, con la intención de poner un poco de distancia, incluso aunque solo sean treinta minutos y quince metros, entre mis notas y yo. Por alguna razón, todo lo que estoy descubriendo se está convirtiendo en ruido blanco. No puedo concentrarme en nada en particular y no recuerdo la última vez que me sentí así. Supongo que habría estado trabajando en un homicidio. Debió haber sido hace años. Mi vida era diferente y yo era diferente. Los nombres que provienen de las cintas, los extractos bancarios, las personas enterradas... hay hechos que por el momento no son hechos en absoluto sino formas que flotan en el fondo de mi mente sin lugar donde encajar, y cada pieza gira como un remolino demasiado lejos de mi alcance. Intento pensar en otra cosa, pero lo único que consigo es que las imágenes se muevan más rápido y no puedo hacer nada para detenerlas.

Vuelvo a la oficina y estudio a las chicas e intento filtrarlo todo de nuevo, pero lo que busco no parece estar aquí. Sobre todo, observo a Rachel. En cierto modo, ella es en quien más pienso. Ella es a quien vi adentro de un ataúd con el anillo de diamantes sucio junto a su mano. Su dolor es en el que más pienso. Sostengo su fotografía y estudio sus rasgos, y el ruido blanco que oía antes empieza a desaparecer.

Si Rachel hubiera sido la única muchacha asesinada, estaría considerando el caso de una forma muy distinta. Pero no lo fue. Sin embargo, fue la primera. Pienso en esto. Intento reducir el caso a lo básico. Todo esto comenzó el día que Rachel fue al funeral de su abuela. Su ida al cementerio fue el catalizador de todo lo que siguió. Algo debió pasar ese día.

Llamo a la señora Tyler y no suena molesta porque sea yo. En todo caso, parece contenta de que la haya llamado. En algún punto durante las últimas veinticuatro horas parece haber asimilado muchas cosas, intuye que la situación está cobrando impulso y quiere participar.

—El día del funeral de su madre —comienzo—, ¿hubo algo diferente? ¿Sucedió algo fuera de lo normal?

Se queda pensando, pero no se le ocurre nada.

—Ni siquiera sé qué debería intentar recordar.

—¿Alguien se acercó a Rachel? ¿O a usted?

Creo que alguien la reconoció ese día. Tal vez alguien le hizo alguna pregunta al respecto.

—Si fue así, nunca me contó nada.

Miro a las otras chicas y luego escondo las fotos y la información y trato de olvidarme de ellas por el momento y concentrarme solo en Rachel. Todo vuelve a ella y, lo que es más importante, a ese día. Si alguien se le acercó, pudo haber sido el padre Julián, o Bruce o Sidney Alderman. El resentimiento que Sidney Alderman albergaba contra el padre Julián por acostarse con su mujer lo convierte en un candidato probable. Podría ser que Sidney supiera mucho más sobre Julián de lo que el sacerdote esperaba. Podría ser que Sidney supiera de otras mujeres que también habían quedado embarazadas.

—Cuando usted asistía a la iglesia del padre Julián —sigo presionando—, al principio, ¿recuerda que alguna otra mujer estuviera embarazada?

—Mmm... No, que yo recuerde.

—¿Alguien con un niño muy pequeño?

—Mmm... sí, había una mujer: Fiona Chandler.

—¿Estaba casada?

—No. Lo estaba, pero su marido la dejó antes de que el bebé naciera. Fue algo horrible. Ella nunca habló de él y se volvió a casar unos años después.

—Cuénteme sobre sus esposos.

—No sé nada del primero. Como dije, ella nunca habló de él. El segundo marido, Alee, era muy agradable. Pero un día, hace diez años, se levantó y se desplomó en el suelo. Fue un ataque al corazón. Fiona nunca se casó de nuevo, fue muy triste. Bueno, todavía lo es. ¿Por qué... por qué me pregunta esto?

No contesto. Le doy unos segundos y ella lo entiende sin ayuda.

»Dios mío —exclama—. ¿Está... está sugiriendo que Stewart también embarazó a Fiona? ¿Qué el bebé era de él?

—Es posible.

—Oh no, oh no. —Empieza a llorar.

—Necesito encontrarla.

—Usted... usted no entiende —se lamenta—. No tiene ni idea.

—¿De qué está hablando?

Sus sollozos son cada vez más fuertes.

—Usted... Oh Dios mío —repite y es todo lo que puede decir, una y otra vez, en tanto las palabras se entremezclan con las lágrimas y los sollozos. Al final, apenas consigue serenarse lo suficiente para continuar—. Tiene que

saber algo —prosigue—. Ni siquiera sé cómo decirlo, pero... pero tiene que saberlo.

—Dígamelo.

Y lo hace, y de repente entiendo todo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Henry Martins. Hace ocho semanas, le pregunté a Patricia Tyler si conocía el nombre y me contestó que no. Si lo hubiera conocido, si hubiera sabido el nombre del esposo de Fiona Chandler, el que la dejó, entonces la mayor parte de esto podría haberse evitado. Nunca hubo ninguna razón para sospechar que existía un vínculo entre la chica muerta y el hombre al que pertenecía el ataúd en el que fue arrojada. Nada vincula a los otros... era solo una cuestión de enterrar chicas y usar los ataúdes de personas que acababan de morir, lo que facilitaba desenterrarlas. He pasado esas ocho semanas entre la muerte y el sufrimiento, pero ahora las cosas van a cambiar. Henry Martins fue el primer marido de Fiona Chandler. La abandonó cuando el padre Julián la dejó embarazada. Se mudó a un mundo diferente del de ella, conoció a otra mujer, se enamoró de una mujer que no lo engañaría... y tuvo una familia. Veintitantos años después, de pie ante su tumba, vi cómo sacaban su ataúd de la tierra.

—Oye, oye, ¿no puedes entrar aquí!

Las respuestas se me han venido encima y el ruido blanco ha regresado. Imágenes y palabras.

—¿Qué?

—A lo mejor eres tú el que está sordo. ¿Dónde carajo está?

—Se ha ido, tío.

Empujo a Cara de Tachuela contra la pared. Ha añadido un par de *piercings* a la colección desde la última vez que lo vi. Tengo ganas de hacerlo atravesar la pared y estrangular al flacucho hijo de puta, pero la ira que siento no es hacia él, es hacia mí mismo por haber sido engañado con tanta facilidad. Es hacia David por ser quien me ha engañado. Hace dos meses, su dolor era tan visible, tan insoportable, tan creíble. ¿Cómo demonios me dejé embaucar por esa actuación? Ni siquiera como policía me habría dado cuenta. Del mismo modo que no se dieron cuenta los otros policías que hablaron con él.

—¿Se ha ido? ¿A dónde?

—Se mudó. Hace unos días. Y me debe el alquiler.

Suelto a Cara de Tachuela. Se aleja de la pared del pasillo e hincha el pecho, como si intentara parecer más recio de lo que es, como si quisiera hacer parecer que está a cargo de la situación.

—¿Adónde se ha ido?

—¿Cómo coño voy a saberlo? —exclama, con tono más firme ahora que lo he soltado.

Lo empujo contra la pared de nuevo y me dirijo a la habitación de David. La última vez que estuve en este cuarto, parecía que hubiera explotado una bomba. Los muebles siguen aquí, pero todo lo demás ha desaparecido.

»Me dijo que me los quedara —explica—, pero tío, todo esto no vale una mierda.

—¿Alguna vez trajo a otras mujeres aquí?

—No. No ha estado con nadie desde... vale, desde que desapareció Rachel.

—Ya no está más desaparecida.

—Sí, me contó David.

Contemplo la habitación, pero no hay nada aquí que pueda ser útil. Levanto la cama. Busco en los cajones de la mesita de noche. Tiro de la esquina de la alfombra en caso de que este escondite sea más genético de lo que pensé en un principio, pero no hay nada.

»Estás destruyendo el lugar, tío.

—¿Estás seguro de que no está saliendo con nadie más?

Cara de Tachuela se encoge de hombros.

—No soy su madre, tío.

—Bueno, esperemos que ella sepa más que tú.

—Lo dudo. No ha hablado con ella desde que Rachel desapareció. Por lo que sé, la odia. Y cómo la odia, tío.

—Me pregunto por qué —aventuro, pero ya lo sé.

—Sí —dice él, intentando sonar como si también lo supiera, pero no tiene ni idea. Nadie podría saberlo.

—¿Cuándo se fue? —inquiero.

—Ya te dije, tío... hace unos días.

—¿Cuándo exactamente? ¿El martes? ¿El miércoles? ¿El jueves?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Tío, ni siquiera sé qué día es hoy.

Paso junto a él y empiezo a recorrer el resto de la casa.

»Oye, no puedes revisar todo —protesta.

—Entonces dime dónde está.

—No lo sé.

—Es tu amigo, ¿verdad?

—Me debe el alquiler.

—O sea que tú no le debes nada. Haz una conjetura. ¿A dónde crees que iría?

—Recuerdo que comentó algo sobre encontrarse con una mujer. Tenía una cita. Pero era una cita rara. Me acuerdo de eso.

—Si te pareció tan rara, ¿por qué carajo no recuerdas los detalles?

—Es que, tío, yo estaba... vale, estaba en un estado diferente.

—Estabas colocado.

—Por lo que recuerdo, sí.

—¿Puedes recordar su nombre? —pregunto.

—No. Tal vez. No lo sé.

—¿Podría haber sido Deborah?

—Sí, claro que sí. Pero también podría haber sido Susan. O Nicola.

—Eso es muy útil.

Cara de Tachuela se encoge de hombros.

—Es todo lo que sé, tío. Oye, si lo encuentras, dile que me debe el alquiler, ¿vale?

—Mira, esto es importante —enfático, y le doy una de mis tarjetas comerciales—. Si te llegas a acordar de algo, llámame.

—Sí, claro —responde y se guarda la tarjeta en el bolsillo. Calculo que en cinco minutos se olvidará de que está ahí.

—Vale, hagámoslo a tu manera —concedo—. ¿Tienes una tijera?

—Que te jodan, tío.

—No voy a cortarte. Si quisiera hacer algo divertido, te pegaría un tiro. Ahora, ¿una tijera? Vamos, tío, date prisa.

Se dirige a la cocina y reaparece unos segundos después. Meto la mano en el bolsillo y saco el dinero que me dio mi madre. Cuento dos billetes de cien dólares. Los corto con la tijera y separo los billetes en mitades. Le doy la mitad de cada billete, además de la tijera, y guardo las otras dos mitades.

—¿Qué carajo se supone que tengo que hacer con esto?

—Te ayudarán a pensar. Cuando se te ocurra algo útil, te daré el resto.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Me siento en el coche, pero no voy a ninguna parte. Pienso en Rachel Tyler y pienso en David Harding y me pregunto quién sintió más repulsión cuando descubrió la verdad. Por los años que estuvieron saliendo, no hay forma de que David o Rachel pudieran haber sabido que eran hermano y hermana. Mientras compartían la misma cama, mientras se abrazaban por las noches, mientras hablaban de sus sueños y sus miedos, no había forma de que hubieran podido saberlo.

«Rachel y David para siempre».

Esa era la inscripción en el anillo.

Entonces, de alguna manera, David se enteró. La verdad le dio náuseas. Le daría náuseas a cualquiera, y también enfadaría a cualquiera. Me pregunto si alguna vez supo que era capaz de reaccionar de esa forma, de sentir esa ira tan profunda. ¿La culpó a ella? ¿Se culpó a sí mismo? ¿O solo al padre Julián? David tiene su propio abismo, y tal vez ni siquiera lo sabía, no hasta ese día. Mató a Rachel porque no podía manejar el hecho de que su hermana era su amante. La mayoría de los hombres habrían sentido la misma ira, la misma vergüenza, el mismo dolor, pero ¿cuál es la reacción normal? ¿Seguir adelante, intentar olvidarlo? ¿No hablar nunca de ello, enterrar esos recuerdos y emociones tan profundo como puedan ser enterrados y no volver a mencionarlos? ¿O buscar un psicólogo, admitir que no fue culpa de ellos, procesarlo y procesarlo al punto en que se convierte en una más de tantas cosas, como olvidarte de presentar a tiempo tu declaración impositiva o derramar vino tinto sobre la alfombra?

La rabia de David lo llevó más allá de Rachel Tyler y hacia otras chicas que nunca había conocido, luego lo llevó a matar al padre Julián y a plantar el arma homicida en mi casa. Me eligió a mí porque me vio en los telediarios, pero el problema con David era que estaba atrapado en el mundo estudiantil, un mundo en el que se quedaba dormido todos los días, y se perdió el telediario de la mañana siguiente a mi accidente de coche. No sabía que tenía que sacar el arma homicida de mi garaje.

Empiezo a alejarme de la casa. Otras posibilidades comienzan a filtrarse en mis pensamientos mientras conduzco hacia la casa de Fiona Chandler.

—Nunca le dije quién era su padre —admite Fiona Chandler conmigo de pie en el vano de su puerta.

—O sea que su apellido de soltera es...

—Harding —contesta—. Luego pasó a ser Martins, y ahora es Chandler. Algunos buenos nombres y malos recuerdos.

Me invita a pasar y nos quedamos en el vestíbulo con la puerta abierta. La mujer aspira una profunda bocanada de humo de cigarrillo y lo lanza al aire, hacia el exterior. Una pequeña nube se forma en el aire frío y avanza despacio hacia mí.

—¿Cómo reaccionó David cuando le contó lo de su padre?

—Nunca se lo conté, no toda la verdad. Cree que Henry Martins es su padre. No sabe nada del padre Julián.

—Estoy bastante seguro de que sí.

—Es imposible. David ya estaba enfadado por muchas razones. No tuvo una vida fácil. Fue abandonado por dos hombres que nunca conoció. No necesitaba contárselo todo, así que solo le hablé de Henry. Le dije que Henry me dejó cuando estaba embarazada, pero nunca le dije que Henry no era su padre. Me preguntó si Henry pagaba la pensión alimenticia. Henry no lo hacía, y aunque el padre Julián se había ofrecido, nunca quise su dinero. Me había arruinado la vida y no quería tener ningún trato con él. Así que lo único que David sabía era que tenía un padre que no tenía ningún interés en él y que no contribuía a mantenerlo.

—¿Por qué seguía yendo usted a la iglesia si no quería tener ningún trato con el padre Julián?

La mujer se encoge de hombros.

—Sé que no tiene sentido. Es solo que, vale, seguía pensando que dejaría los hábitos por mí. Pero no lo hizo.

—¿Y nunca le contó a Patricia sobre su amorío con el padre Julián?

—No era el tipo de cosas que una iba contando por ahí —responde—. Tal vez sea así hoy en día, pero no en ese entonces.

—¿David encontró a Henry? ¿Habló con él?

—Quería hacerlo. Y eso lo enfureció más.

—¿A qué se refiere?

—Sucedió la misma semana que le hablé a David de él. Esas coincidencias, ¿vio? David quería visitar a Henry y hablar con él porque pensaba que Henry era su padre. Supongo que quería confrontarlo, pero nunca tuvo la oportunidad. Henry murió esa misma semana. Fue una horrible coincidencia y supongo que David se sintió abandonado de nuevo.

—¿Cuándo fue la última vez que vio usted a su hijo?

—Fui al funeral de la madre de Patricia. David fue conmigo, por supuesto. David y Raquel se conocían desde niños a través mío y de Patricia. Era una de esas relaciones que una había visto venir antes de que comenzara. En fin, creo que Rachel desapareció unos pocos días después. Fue más o menos alrededor de la fecha en que murió Henry, no recuerdo con exactitud los detalles. Yo llamaba a David, pero nunca quería hablar conmigo. Después de un tiempo, dejó de contestar mis llamadas. Y así fue pasando el tiempo. Para ser honesta, no sé qué ocurrió en realidad. La conmoción y la pérdida, supongo, pero una creería que en esos momentos es cuando la familia tiene que estar más cerca que nunca, ¿no?

Se queda mirándome como esperando algún tipo de confirmación y yo asiento con lentitud.

»David sufrió muchas pérdidas... perdió a Rachel y perdió a un padre que creía estar a punto de conocer. Y esas cosas parecieron separarnos. Créeme, lo intenté. De verdad lo hice. Pero hay un límite a lo que una puede hacer. David, vale, él tenía su propia vida. Tenía control de ella y yo no podía cambiar su forma de pensar. Es increíble. Hice lo mejor que pude pero, al final, no fue lo bastante bueno, y su rabia por haber sido abandonado se convirtió en rabia contra mí y, bueno... bueno, debería habérselo dicho antes. Si se lo hubiera dicho cuando era niño, tal vez... todavía pensaría en mí como su madre y no como un... No sé... un monstruo o una puta o una incubadora o lo que sea que piensa que soy.

Mi móvil empieza a sonar.

—Tengo que atenderlo —explico, y saco el teléfono del bolsillo—. Es importante.

Me alejo unos pasos de la puerta y abro el teléfono. No reconozco el número.

»¿Diga?

—Soy Oliver, tío.

—¿Quién?

—Oliver. Estuviste ahora en mi casa.

—¿Oliver? Ah, Cara de Tachuela.

—¿Qué?

—Nada.

—Tengo algo para ti.

—Sí, el dinero hace maravillas con la memoria, ¿verdad?

—¿Cómo sé que me lo vas a dar? —pregunta.

—¿Parezco el tipo de tío que te mentiría?

—Para serte franco, tío, pareces un cabrón capaz de cualquier cosa.

—Entonces deberías tenerlo en cuenta y contarme lo que has recordado.

—Vale, vale, tío, pero tienes que darme las otras mitades de los billetes.

—Te lo garantizo. Ahora cuéntame.

—Las quiero ahora.

—No, lo único que quieres ahora es no cabrearme.

—Vale, vale. Mira, David dijo algo raro el otro día. Quiero decir, puede que no signifique nada, pero esa chica con la que está saliendo. Como te dije, acaba de conocerla. Por eso me pareció un poco raro que dijera eso.

—No me has contado lo que dijo.

—Ah, sí, tío, tienes razón. Joder. A lo que me refiero es a que... ¿quién lleva a una persona que acaba de conocer a un funeral? Eso fue lo que dijo. Dijo que la iba a llevar a un funeral el domingo, pero eso es raro, ¿no? No hay funerales los domingos. Como sea, ahí es donde va a estar mañana, aunque no sé a qué funeral.

—Hoy es domingo.

—¿En serio? Ah, mierda, tío, ¡eso es increíble! ¿Igual me darás el dinero?

—No, porque no hay entierros los domingos.

—Joder, tío, por eso me sonaba tan raro. Pero eso fue lo que dijo.

—Entonces te equivocas. A menos que... —Levanto la vista hacia Fiona Harding—. Me tengo que ir —agrego, y el mensaje es tanto para ella como para Cara de Tachuela.

Me meto el móvil en el bolsillo y corro hacia el coche.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

—¿Por qué no puedo localizar a Schroder? —pregunto.

—Está ocupado, Tate —contesta Landry—. Está trabajando en un caso. Yo estaba por llamarte. ¿Dónde estás?

—Él lo hizo —afirmo—. David Harding mató a Henry Martins primero. Luego a Rachel. Luego a los otros.

—¿Qué demonios? ¿Estás bebiendo?

—Lo hizo, Landry. Lo hizo sin ninguna duda. Encontró a Henry Martins y lo cuestionó por haberse marchado, y cuando supo la verdad, cuando supo por Martins que su verdadero padre era el padre Julián, usó su educación universitaria y lo mató, pero primero consiguió la lista de nombres. Martins sabía de las cuentas bancarias de Julián. Así fue como Martins descubrió que Julián tenía esas aventuras amorosas. Hasta podría ser la razón por la que empezó a sospechar de su propia esposa. Conocía los nombres y se los dio a David antes de morir.

—¿Dónde estás?

—Escúchame, Landry. David Harding...

—No, escúchame tú. ¿Dónde carajo estás?

La ciudad está a oscuras. La capa de nubes es espesa, pero a cada poco asoma un destello de cielo y deja al descubierto un cuarto de luna o algunas estrellas antes de volver a cubrirse. Es noche de domingo y los habitantes de Christchurch se preparan para ver televisión en prime time antes de irse a dormir y arrancar la nueva semana.

»Contéstame, Tate. ¿Dónde demonios estás? —Por ahí.

—Te dije que te mantuvieras alejado. ¿Dónde está Horwell?

—¿Qué?

—Acaba de telefonar a su productora hace unos minutos. Lo tienes muy complicado.

—¿Qué?

—Tienes que venir a la comisaría. Detengo el coche y apago el motor.

—¿Qué demonios está pasando, Landry?

—Horwell hizo una llamada. De alguna manera recuperó su móvil. Dice que la secuestraste y que vas a matarla. Dijo que todo lo que sospechaba de ti era verdad y que lo descubriste. Dijo que tenía pruebas de que mataste a

Quentin James y a Sidney Alderman, y también al padre Julián. Y nos dio una ubicación.

—Eso es mentira.

—Ven a la comisaría —insiste.

—¿Has encontrado a Deborah Lovatt?

—Deja de complicarte las cosas.

—Es David Harding. Él está haciendo todo esto.

—Te equivocas con Harding. Soy bastante bueno para reconocer a un hijo de puta, Tate, y Harding ni siquiera se le acerca.

—¡El tipo es un sociópata! —replico—. Fue una actuación. Vamos, Landry, tienes que confiar en mí.

Arranco el motor y empiezo a conducir rápido. Doblo una esquina a demasiada velocidad y el coche de mi padre da un coletazo. Dejo caer el móvil de mi mano mientras recupero el control del vehículo.

—Joder —exclama Landry cuando vuelvo a coger el teléfono—. ¿A dónde estás yendo?

—¿Cuándo entierran al padre Julián? —pregunto.

—¿Qué? Lo enterraron hoy.

—Los domingos no hay entierros.

—Sí, vale, Dios o alguien hizo una excepción. Fue parte del servicio dominical. Era la iglesia de Julián, así que tenía cierta lógica que el funeral fuera hoy. Mira, Tate, necesitas calmarte y pensar en lo que estás haciendo. Hiciste daño a Horwell y...

—No tengo a Horwell, Landry. Te están utilizando, ¿no lo entiendes?

—¿Utilizando? Explícamelo.

—Averígualo tú mismo. Mira, estoy yendo a buscar a Deborah Lovatt. Sé dónde está. Está...

—Está en su casa, Tate. Pasó el fin de semana con su novio y se dejó el móvil. Está en su casa y hemos hablado con ella.

—¿Qué?

—Lo que sea que esté pasando, Tate, está pasando dentro de tu cabeza. Ahora escúchame, tienes que...

Pero no lo escucho. ¿Deborah está en su casa? No tiene sentido.

»... muy complicado —dice.

—¿Qué?

—Dije...

—No importa. Me tengo que ir —concluyo y cuelgo. Un momento después, mi teléfono empieza a sonar. Lo pongo en silencio y lo ignoro.

Si Deborah Lovatt está bien, ¿con quién se encontrará David hoy?

El cementerio ejerce una atracción magnética. Es tan fuerte que incluso si condujera toda la noche en la dirección contraria, de alguna manera acabaría aquí de nuevo. El lugar entero es una enorme sombra. Mis faros luchan contra la oscuridad mientras me interno en ella. No hay coches de policía aparcados en ninguna parte y me imagino que esto es parte del plan de David Harding. La noche del funeral de una víctima, la policía suele vigilar la tumba. Es el procedimiento estándar, porque a los asesinos les gusta regresar al lugar. Pero esta noche no. David Harding los ha llevado a todos en una dirección diferente, probablemente lo más lejos posible del cementerio. Nos está usando a Casey Horwell y a mí como cebo, y está funcionando.

El cielo está encapotado y la luna se oculta detrás de las nubes; cuando empiezo a correr hacia la iglesia, la lluvia comienza de nuevo como para despejar la noche. Imagino la conversación entre David y Henry y decido que debió haber empezado mal y debió haberse puesto peor. Solo puedo suponer que Henry fue la primera víctima de David. Me pregunto qué pensó, cómo se sintió, y si seremos parecidos en eso. Yo no sentí nada después de matar a Quentin James. O sea, no sentí ningún deseo de hacerlo de nuevo, aunque lo hice. Me pregunto si para David, la experiencia de matar a Henry Martins fue como sacarse una espina o si creó una pulsión.

Llego a la iglesia. No veo a nadie. No hay coches. Ni señales de vida. Pero hace ocho horas, las cosas eran diferentes. Hace ocho horas, retiraron la cinta policial de la capilla y los bancos se llenaron de gente. El padre Julián volvió a la iglesia por última vez para un último servicio. Amigos, familiares y feligreses rezaron por él. Cantaron, derramaron lágrimas y contaron historias, y colocaron recuerdos y fotografías sobre su ataúd. Algunos habrán sentido alivio. Ninguno de ellos conocía de verdad al hombre que estaban enterrando.

Entro de la misma manera que lo hice la otra noche y atravieso la capilla hacia el frente de la iglesia; la linterna encendida me muestra el camino. Parecería que todavía hubiera una presencia en el lugar, tal vez sea el padre Julián. Echo un vistazo al registro y descubro que ha sido actualizado con el funeral dominical del sacerdote. Estudio el mapa del cementerio e identifico la ubicación.

Llevo conmigo la pequeña linterna Maglite mientras camino entre los muertos y, de pronto, las imágenes de lo que ocurre en las películas de terror cuando personas como yo caminan por lugares como este parecen cobrar vida: las manos que asoman del suelo, los cadáveres en descomposición que

resurgen mientras sus dedos huesudos arañan la tierra que los ha mantenido cautivos. Me sacudo las imágenes y son reemplazadas por David Harding, un hombre mucho más aterrador y mucho más real.

Tardo diez minutos en llegar al otro lado del cementerio. Correr entre las lápidas y los árboles es como correr por un laberinto. Podría haber una docena de personas aquí y no las vería. Dada la cantidad de tiempo que he pasado en los últimos tiempos en el cementerio debería conocer el lugar como mi propio patio trasero, porque eso es en lo que se ha convertido. Tal vez si empezara a beber, tendría mejor memoria. La lluvia empieza a amainar y el suelo blando me chupa los pies. Cuando llego a la sección de parcelas que quiero, ni siquiera sé con certeza si estoy en el lugar correcto. Todo parece igual.

Empiezo a examinar las lápidas. Los nombres y las fechas se suceden y yo corro entre las tumbas mientras ilumino las inscripciones con la linterna. Cumpleaños, días de defunción, mensajes de los muertos, de los vivos, queridos por todos, por algunos, por pocos... se funden en uno a medida que avanzo y mis pies amenazan con resbalar en el césped a cada paso. Empiezo a buscar tierra recién removida.

Hay miles de tumbas aquí. Pero solo una que me interesa.

No tardo en darme cuenta de que estoy perdido. Árboles oscuros y tumbas oscuras y nada que me ayude a orientarme. Incluso cuando decido volver sobre mis pasos, no recuerdo dónde están. La tumba que busco podría estar en cualquier parte. La iglesia podría estar en cualquier parte.

Y entonces el mundo se precipita y mis pies ceden y de repente estoy cayendo. Dos metros hacia abajo para ser preciso. Consigo levantar un poco los brazos, pero no del todo, y mi cara golpea el borde opuesto de la pared de la tumba; mi cabeza se mueve con violencia hacia atrás, mi hombro choca contra el borde de la tapa del ataúd, una pierna entra en el ataúd y la otra se desvía contra la pared de tierra. Durante un instante, no puedo moverme mientras la oscuridad me envuelve. No tengo ni idea de lo que ha ocurrido. El mundo se ha oscurecido y mi mente da vueltas.

Con lentitud, empiezo a tomar conciencia de esta caída a dos metros del resto del mundo y no es agradable. Tengo una mano debajo que me presiona contra el pecho. Mi cara está apretada contra el borde del ataúd. Me las arreglo para rodar sobre un lado y, de pronto, la luz aparece de nuevo cuando mi cuerpo se aparta del haz de la linterna. La recojo.

Soy la única persona en la tumba. El ataúd está abierto, el forro rosa está limpio excepto por un poco de tierra, y húmedo. Y borroso. Todo el ataúd está borroso, y cuando extendiendo la mano hacia adelante y apunto la linterna hacia

él, veo que la mano y la linterna también están borrosas. Me toco la frente y mis dedos salen mojados de sangre.

Me agarro del borde del ataúd y trato de levantarme, pero mi mano se resbala y vuelvo a caer. Apago la linterna y dejo que la oscuridad se asiente sobre mí y, por un momento, he caído mucho más profundo que la profundidad del ataúd... en otro mundo donde jamás han llegado la luz ni la vida. Escucho la noche, pero no oigo nada, no al principio, pero luego detecto un murmullo suave. Desaparece, y empiezo a convencerme de que solo era el viento cuando empieza de nuevo. Enciendo la linterna un segundo para orientarme y luego voy hasta el final del ataúd y me paro sobre él; apoyo las manos en las húmedas paredes de la tumba para no perder el equilibrio. Pienso en Sidney Alderman y pienso en todos los hombres y mujeres policías que he conocido a lo largo de los años y en todos los polis en las películas y la televisión y los libros que dicen que nunca creen en las coincidencias. Pienso en Quentin James y pienso en el hombre en el que me convertí. Creo que todos esos policías que no creen en las coincidencias deberían vivir un poco más.

Levanto los brazos, los apoyo en el suelo y pateo la fría pared de tierra mientras trepo. Todos los días sobre la tierra son un buen día, dice el refrán, y de repente sé que quien lo inventó tiene toda la razón. Trato de escuchar otra vez el sonido, pero no oigo nada. Apunto la linterna hacia la lápida temporal e ilumino el nombre del padre Julián. No hay otras inscripciones... se reservan para la lápida definitiva.

Hay un montículo de tierra a un metro del ataúd. Una lápida grande justo delante debió impedirme que la viera antes. Me quedo pegado al suelo y observo a mi alrededor, pero lo único que veo son sombras oscuras a través de un paisaje cubierto de negro. Me arrastro junto a unas cuantas lápidas y luego me acuclillo.

Busco mi teléfono en el bolsillo, pero me doy cuenta de que se rompió cuando me caí. Tal vez Dios está tratando de decirme algo sobre los teléfonos móviles.

Me arrodillo y hago un esfuerzo por tratar de escuchar. Cierro los ojos y espero, y al cabo de unos segundos, el ruido vuelve, aunque solo por un instante, pero es suficiente para que pueda identificar la dirección.

Me alejo un poco de la tumba.

Saco la linterna del bolsillo. Hay una forma oscura en el suelo. Me agacho y enciendo la linterna. Una chica, tal vez adolescente o de unos veinte años, yace desnuda, con la piel manchada de barro. Tiene las manos atadas en la

espalda, y los tobillos también inmovilizados. Le han cubierto la boca con la misma cinta que han utilizado para amarrarla. La lluvia ha arrastrado la sangre desde un corte en su hombro hasta su pecho. Está temblando. Su rostro está tan pálido que parece como si su cuerpo se hubiera desangrado. Sus ojos oscuros me miran abiertos y asustados. Trata de alejarse. Lo único que ve es la linterna y me doy cuenta de que cree que yo soy quien le hizo esto. No tengo ni idea de quién es, qué hermana podría ser. Apago la luz y me quito la chaqueta para cubrirle el cuerpo. En ese momento, el sonido de un coche rompe el silencio.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

—No te preocupes, voy a sacarte de aquí, ¿vale?

La linterna sigue apagada, así que no puedo saber si ella parece creerme o no. Pero estoy seguro de que su mente se aferrará a la opción *o no* cuando le diga lo que va a suceder. Me he vuelto a poner la chaqueta.

»Te voy a dejar atada, ¿vale?

Empieza a gemir.

»Necesito que él piense que está a solas contigo.

Los faros del coche apuntan hacia mí y me agacho del otro lado de la lápida de donde yace la chica. El coche se detiene y me imagino que David acaba de arrojar al padre Julián al lago. David sigue la misma rutina, aunque él no la haya iniciado.

»Que no se dé cuenta, ¿vale? Si te deja hablar, no le digas nada. Tienes que estar tranquila. Soy un oficial de policía y te sacaré de esta situación, pero tienes que confiar en mí. Vas a estar bien, te lo prometo.

Las luces ya no se dirigen hacia mí sino a la tumba en la que caí. David las deja encendidas, pero apaga el motor. Sale del vehículo y atraviesa los haces de luz de los faros, y puedo ver que va vestido todo de negro. Quizá esté de luto por su padre. Algo más ha cambiado en él desde la última vez que lo vi, pero entonces me doy cuenta de que no es un cambio en absoluto, que el hombre que estoy viendo es el David Harding que ha sido durante los últimos dos años desde que descubrió que la mujer que amaba era su hermana. El hombre que vi hace dos meses era el impostor, el David Harding doliente que miraba con fijeza su anillo y parecía que le acababan de destrozar el corazón. Salgo de detrás de la lápida y me agacho detrás de otra a cinco tumbas de distancia.

David contempla el cementerio y me pregunto si me estará buscando. Hace una pausa cuando sus ojos se posan en la chica. Hay suficiente luz ambiente para que pueda verla. Se encoge de hombros como si quisiera deshacerse de un calambre en la mitad de la espalda y luego camina hacia ella. No lleva nada en las manos. Cuando la alcanza, se agacha.

—Esto no es culpa tuya —susurra—. En realidad, hay un único culpable, pero si te hace sentir mejor, ya ha pagado por sus actos.

La chica murmura algo. Hay suficiente luz para ver el miedo en su rostro. Suficiente luz para ver que no es la chica de las fotografías, no es Deborah. Tiene el pelo enredado y pegado a las mejillas. David se acerca más y se lo aparta.

»Tal vez te estés preguntando cómo soy capaz de hacer esto —continúa—, y a veces yo me pregunto lo mismo. Pienso mucho en eso, ¿sabes? Desde lo de Rachel. Ella también era tu hermana. Pienso en que las cosas podrían haber sido diferentes, pero ¿sabes qué? No son diferentes, ¿verdad? Son exactamente como son.

La toma de los brazos y empieza a arrastrarla hacia la tumba. La joven se desliza con facilidad sobre el suelo mojado. Todavía no tengo ni idea de quién es.

Trata de alejarse de él, pero está demasiado débil, tiene demasiado frío y es probable que esté demasiado aturdida para poder resistirse. Él la acerca a la tumba. La tiende junto al foso y se inclina sobre ella.

Empiezo a avanzar por el borde de la luz hacia él.

Los murmullos de la joven se hacen más fuertes.

»Sssh —la acalla—, sshh. Todo va a estar bien. Todo va a estar bien. Las cosas van a ser más fáciles para ti que para las demás.

Se baja la cremallera de la chaqueta y se la quita. Se desabrocha el cinturón y se lo quita de la cintura. Se desabrocha el botón de los vaqueros, se baja la bragueta y empieza a quitárselos.

Oye mis pasos cuando corro hacia él. Mira por encima del hombro, pero no puede moverse porque tiene los pantalones a media pierna y cuando lo golpeo, no está en posición de defenderse. Volamos dentro de la tumba y él aterriza pesadamente sobre el ataúd conmigo encima, igual que con Sidney Alderman. Se oye un fuerte crujido de huesos al romperse, pero si son míos, no siento nada.

No está oscuro aquí abajo como la última vez, y ahora conozco mejor la geografía del lugar, por lo que logro enderezarme antes de que él lo haga. Lo levanto de la parte delantera de la camisa y le doy un puñetazo tan fuerte como puedo, y esta vez el ruido de un hueso rompiéndose proviene de mi mano cuando impacta en un lado de su cara. Cae hacia atrás y yo empiezo a sacudir la mano, sin saber cuántos dedos acabo de romperme.

Me pongo de pie y retrocedo.

David Harding yace inconsciente, con el brazo torcido en un ángulo extraño y la cara ladeada en la esquina del ataúd.

Salgo del hoyo de la misma manera que lo hice la última vez, aunque ahora un poco más despacio y con mucho más dolor. La chica me mira con fijeza. Tiene una pequeña mancha de sangre en el ojo izquierdo, quizás por un vaso sanguíneo roto. Le quito la cinta de la boca y ella inhala profundo. Cojo mis llaves e intento usar la más larga para cortar la cinta adhesiva en sus muñecas, pero no sirve.

—¿D-dónde es... está? —pregunta. Le castañetean los dientes y sus ojos se mueven de un lado al otro como si estuviera drogada.

—Está todo bien —la tranquilizo.

—Él... él dijo lo mismo.

Intento levantar el borde de la cinta, pero tengo los dedos de una mano demasiado fríos y los de la otra, rotos.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Stacey.

—Escúchame, Stacey, todo va a estar bien. Me llamo Theo y estoy aquí para ayudarte. Solo tienes que esperar aquí unos segundos.

—No, no, no te vayas.

—Serán diez segundos.

—Por favor.

Me cuesta ignorar su llanto, pero lo hago. Abro la puerta del coche de David y abro la guantera. Encuentro una navaja que me facilita el trabajo con la cinta adhesiva.

La joven se sienta y se cruza de brazos.

—Vale, Stacey, esto es lo que quiero que hagas. Voy a ponerte de pie y llevarte al coche —le explico y me quito la chaqueta—. Está seco y calentito ahí adentro —prosigo y la envuelvo con la chaqueta—. Quiero que te vayas en el coche. Sabes conducir, ¿verdad?

—¿Adónde voy?

—Quiero que vayas a tu casa. Luego llama a la policía.

—Vale.

La ayudo a entrar en el coche. Se ciñe la chaqueta a su alrededor cuando se sienta. Me inclino y arranco el motor.

—Conduce con cuidado, Stacey. Estás muy conmovida, tienes que tener cuidado. ¿Crees que puedes conducir?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Hay otra mujer.

—¿Dónde está?

—Él la obligó a hacer una llamada telefónica. La hizo mentir sobre dónde estábamos.

—¿Dónde está, Stacey?

Empieza a llorar.

—Yo estaba muy asustada. No pude ayudarla. Quería hacerlo, pero no pude. No pude hacer nada.

—¿Dónde está? —insisto.

—La metió en el agua. Le ató algo alrededor de las piernas para que no pudiera nadar con todo ese peso. Se hundió. Se hundió muy rápido. Fue tan...

No termina la frase.

—Ponte el cinturón, Stacey.

—De acuerdo. —Responde como en modo automático—. ¿Tienes un móvil? Puedo llamar a la policía.

—No lo tengo encima. Si crees que no puedes conducir, entonces espera a la salida del cementerio.

—¿Por dónde es eso?

—Da la vuelta y regresa por donde vino él. Enseguida te darás cuenta de cómo seguir.

—De acuerdo.

—¿Y Stacey?

—Sí.

—Tómate tu tiempo. No hay prisa ahora. Tengo una promesa que cumplir.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

Tiene que haber una pala por aquí, pero no la veo. No quiero demorarme mucho buscándola, y después de alrededor de un minuto, decido que es suficiente. La noche está apacible, excepto por el viento que se arremolina entre los árboles y la lluvia que golpea el suelo.

Alumbro la tumba con la linterna y David está tendido en la misma posición en que lo dejé.

—Ey, ey, David, despierta. ¡Ey!

Recojo puñados de tierra y empiezo a tirárselos a la cara, con la esperanza de que recupere la consciencia, pero no lo hace. Me duele la mano del puñetazo que le di. Le arrojo más tierra. David emite un quejido. Parece medio dormido mientras intenta darse la vuelta dentro del ataúd. Las cosas se le complican un poco y se lleva una mano al rostro, y un momento después abre los ojos.

Los recuerdos deben irrumpir en su mente, porque ahora se sienta derecho. Tiene el brazo en un ángulo extraño y lo mira con una expresión desconcertada. Parece comprender lo que ha ocurrido justo cuando el dolor lo acomete.

Su rostro se tensa y trata de abrazarse el brazo herido con el sano.

—¿Qué coño? —exclama.

—¿Te acuerdas de mí? —pregunto.

Levanta la vista hacia mí y me alumbro con la linterna para que pueda verme bien.

—Oye, mira, tío, no quiero problemas —responde, como si fuera yo el que causara problemas y él estuviera de casualidad en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Déjate de gilipollices, David. No me engañarás dos veces.

—Ni siquiera te conozco —insiste, y hace dos meses, esta actuación podría haberlo ayudado a zafarse de cualquier situación. Pero aquí, ahora, en este momento, la máscara que usa para encajar y formar parte de la sociedad normal no le cubre los ojos.

—Sabes quién soy —preciso.

—¿Y qué pasa si lo sé?

—Si lo sabes, entonces sabes que estás en serios problemas.

—¿Y qué, vas a matarme ahora? ¿Ese es tu plan? —pregunta.

—Todavía no lo he decidido. Eso es lo más sincero que puedo ser. Verás, las últimas ocho semanas han sido difíciles para mí. Joder, los últimos dos años. Estoy tratando de sopesar todo, y la verdad es que no lo sé.

—Que te jodan. —Se pone de pie y empieza a mirar a su alrededor; es probable que esté tratando de decidir si puede trepar fuera antes de que yo lo alcance. Me pregunto cómo habrá sacado al padre Julián. No parece lo bastante fuerte para haber levantado tanto peso. Apunto la linterna al suelo y veo marcas de arrastre sobre el césped. Probablemente ató una cuerda alrededor del cuerpo y lo remolcó con el coche. Quizá lo remolcó hasta el lago.

—Dime por qué —le pido.

—Sácame de aquí, tío. El brazo me está matando.

—Háblame.

—No.

—Anda, dime por qué —exijo saber—. ¿Fue porque te gustaba follarte a tus hermanas? —pregunto, con la intención de provocarlo.

No contesta. Solo me mira.

»Por eso las violaste a todas, ¿verdad? Porque te encantaba.

—¿Cómo puedes saber nada de nada?

—Escuché las cintas, David. Sé que lo disfrutabas.

—Es muy sencillo para ti, ¿verdad? —Y aquí está David el tranquilo de nuevo. Y tal vez el verdadero vive en ambos mundos, en el del bien y el mal, la luz y la oscuridad, un hombre que mantiene el equilibrio de su vida entre crear una ilusión e interpretar a un monstruo—. Es fácil mirarme desde ahí arriba y juzgarme porque no eres tú el que tiene la cabeza llena de recuerdos asquerosos, no eres tú quien...

—Eres un chico enfermo al que dominó sus impulsos —lo interrumpo—. Esa parte la entiendo. Rachel no se merecía lo que le hiciste, de ninguna manera, pero al menos puedo entender por qué. Lo que no puedo entender es ¿por qué las *otras*? ¿Por qué matarlas?

—¿Por qué no?

Extiende la mano hacia el suelo sobre la tumba y me acerco. La aparta sin necesidad de que le aplaste los dedos.

—Cuando estuviste aquí hace dos años para el funeral de la abuela de Rachel, ¿qué pasó? ¿Quién habló con ella?

—No fue con ella.

—¿Fue contigo? ¿Alguien habló contigo? ¿Fue Sidney Alderman?

—Solo un viejo borracho que olía como si no se hubiera duchado en un mes. Lo mandé a la mierda. ¿Quieres saber lo que me dijo?

—¿Qué?

—Me dijo: «¿Qué se siente follarte a tu hermana, David? ¿Te calienta mucho?». Lo empujé y se rio de mí, como si estuviera orgulloso de eso. Le di un golpe y lo tiré al suelo.

Dejó de reírse, pero no había terminado. Agregó a: «¿Sabes quién es tu padre? ¿Sabes quién es el padre de ella? Averígualo, tío, averígualo. Y haz algo al respecto». Me alejé de él, pero no podía quitarme sus palabras de la cabeza. No era porque el tipo supiera quién era yo. Al día siguiente me enteré de quién era mi padre.

—Henry Martins te lo dijo.

Se echa a reír.

—Ese hijo de puta era tan malo como los otros. Me contó todo sobre el padre Julián y me dijo que yo no era el único. Ese sacerdote había estado durmiendo con sus parroquianas durante años. Le pregunté por Patricia Tyler. ¡Lo sabía, tío! La conocía. Volví al cementerio. Bruce era mi hermano. El viejo Alderman estaba arruinado por el alcohol, pero Bruce era un buen tipo. Un poco nervioso, pero un buen tipo. Y lo más cercano que tenía a una familia.

—¿Y tu madre? —pregunto.

—Me estás jodiendo, ¿verdad? Si no hubiera estado prostituyéndose por ahí, nada de esto habría pasado. Y yo habría tenido una vida normal.

—Ni siquiera habrías existido.

Se encoge de hombros, como si no importara.

»Cuando estabas solo en el funeral, ¿cómo supo Sidney Alderman quién eras?

—Yo qué sé. Supongo que reconoció a mi madre, y después tuve todas las pruebas que necesitaba.

—Le contaste a Rachel quién era su padre y la llevaste a verlo, ¿no es así?

—Ella lo confrontó y él lo admitió. La esperé afuera. Cuando me lo contó, sentí como si me hubieran golpeado en el estómago con un mazo. Caí de rodillas y vomité. Ella intentó consolarme pero me aparté. No quería estar cerca de ella. Le dije que me dejara en paz, pero ella quería hablar. Lo cierto es que no pudo, porque yo tenía mis manos alrededor de su garganta. Había dejado de respirar y todavía no podía soltarla. Pensarás que estoy mintiendo. Pensarás que planeaba matarla si lo que ese viejo borracho había dicho era

cierto, pero no fue así. Nunca hubo un plan. Todavía estábamos en el cementerio cuando ocurrió. Incluso podía ver la iglesia.

La lluvia se intensifica y me pregunto si se estará acumulando dentro del ataúd o empapando la madera. Tengo las manos en los bolsillos —la derecha me está empezando a doler— y me pongo a caminar alrededor de la tumba. David se gira en el ataúd para seguirme con la vista.

—¿Y las demás? —pregunto.

—¿Qué pasa con ellas?

—¿Por qué las mataste?

—Eran mis hermanas. Supuse que si podía pasar una vez, podría volver a pasar.

—Eres un puto mentiroso. Ya habías matado a Henry Martins, lo que significa que ya sabías la verdad antes de llevar a Rachel a hablar con el padre Julián. Eso significa que lo pensaste bastante. Significa que la certeza de que estabas con tu hermana creció como un cáncer dentro de tu cerebro y la única forma de extirparlo era matar a Rachel. La llevaste a ver al padre Julián sabiendo que no volvería a ver a nadie nunca más. Una vez que supiste quiénes eran las otras chicas, no había ninguna posibilidad de que salieras sin querer con una de ellas. Las mataste porque lo disfrutabas. ¿Y la chica de esta noche? Ni siquiera es una de tus hermanas, ¿verdad? No puedes parar.

Se encoge de hombros.

—¿Y qué importa?

—Porque estabas hablando con ella como si lo fuera. Eso demuestra lo mal que estás de la cabeza. ¿Pero por qué yo? ¿Por qué intentar incriminarme a mí por lo del padre Julián?

—Tú mataste a mi hermano.

—Se suicidó.

Pienso en las últimas palabras de Patricia Tyler, en la promesa que quiso que le hiciera. El último mes ha estado lleno de promesas incumplidas. Pienso en el hombre que una vez fui, en el hombre en que me convertí cuando bebía, el hombre en el medio y el hombre que soy ahora. ¿Cuál de ellos es el verdadero yo? Podría seguir hablando hasta que llegue la policía, o llevarlo yo mismo a la comisaría. Eso me daría puntos en mi favor. Encerrarán a David y hay pruebas suficientes para mantenerlo encerrado durante mucho tiempo, pero mucho tiempo en este sistema de justicia son solo diez o quince años. ¿Es eso realmente justicia? Ni siquiera tendrá cuarenta años cuando salga. Dudo que eso parezca justicia a ninguna de las chicas. O a Patricia Tyler. ¿Puede este chico enfermo redimirse en diez años? ¿Es posible la redención?

»Iremos a la comisaría —digo.

—Vete a la mierda.

—Es la única opción.

Se queda callado mientras lo piensa.

—Vale, pero vas a tener que ayudarme a salir de aquí. Tengo el brazo roto.

—No intentes nada.

—No lo haré.

Cierro los ojos. Pienso en Emily. Pienso en todas las chicas muertas. Pienso en una promesa que hice. Me agacho y extendo la mano. Él la toma y tira hacia abajo, y entonces caigo, igual que he estado cayendo desde el día que llevé a Quentin James al bosque. Dejé que sucediera, y sabía que sucedería, y cuando aterrizo encima de él mi cara no registra la sorpresa que él esperaba ver. Su plan, su único plan, tirar de mí y que me rompiera la cabeza contra el ataúd o me rompiera el cuello, no ha funcionado. Se da cuenta y comprende su error.

La sangre cubre mi mano. Está caliente y pegajosa y espesa, y odio sentirla. Cuando la aparto, dejo en el pecho de David la navaja que cogí de su coche. David mueve un brazo y se la quita como si algo acabara de picarle, y luego se queda observándola como si no tuviera ni idea de lo que es. Me mira con fijeza, con la cara pálida y manchada de sangre y de lágrimas. Su boca se abre y se cierra, pero no puede decir nada; su boca forma una O, pero no emite nada. Este chico solitario que descubrió quién era e hizo pagar al resto del mundo por eso. Respira con dificultad hasta que las respiraciones se vuelven cada vez más suaves. La navaja cae de su mano.

Se hunde de nuevo mientras muere delante de mí. Me limpio la mano en el forro empapado del ataúd antes de salir. Me siento en el suelo y me apoyo en la lápida; contemplo el cielo, en busca de un resquicio entre las nubes, una pausa en la lluvia, deseando más que nada poder tomarme una copa ahora mismo.

No estoy seguro de cuánto tiempo pasa antes de que llega la policía, pero todavía estoy sentado aquí cuando lo hacen. Tres días sobrio y más seguro que nunca de que ahora sé exactamente quién soy.

Agradecimientos

Esta versión para EE.UU. es un poco diferente de la versión que se publicó en Nueva Zelanda en 2008: se ha retocado y mejorado un poco y tiene unas cinco o seis mil palabras más. Tengo que dar las gracias a un equipo genial por cuidar de mis libros, el equipo de Atria. Me gustaría empezar por agradecer a Judith Curr, Mellony Torres, Emily Bestler, Janice Fryer, Lisa Keim, Daniella Wexler, Isolde Sauer, Anne Spieth y Gillian Cowin. Y, por supuesto, a mi editora Sarah Branham, quien ha logrado que este libro sea más apasionante y mejor que el original; no solo le estoy eternamente agradecido, sino que me siento muy afortunado de contar con su apoyo.

También debo agradecer por contar con la mejor agente del mundo: Jane Gregory, de Gregory & Company. Jane ha cambiado mucho mi vida en los últimos años. Vaya mi reconocimiento también por su fantástico trabajo a Claire Morris y Linden Sheriff, colaboradoras de Jane. Y luego está Stephanie Glencross, que sin lugar a dudas es una de las editoras más talentosas con las que he trabajado. Soy un hombre afortunado de contar con ella también.

Y, por supuesto, gracias de nuevo a todos los que han disfrutado de los libros, a los que envían correos electrónicos alentadores, a los que publican mensajes geniales en Facebook, a los que asisten a las firmas de los libros... ustedes son la razón por la que hago lo que hago y lo he dicho antes y lo diré de nuevo, ustedes son la razón por la que sigo intentando que ocurran cosas malas (pero solo en los libros... lo prometo).



PAUL CLEAVE, nació en Christchurch, Nueva Zelanda, el 10 de diciembre de 1974.

Es conocido por sus novelas de intriga y misterio, logrando un gran éxito de ventas tanto en su país como en Alemania. Desde siempre quiso ser escritor. A los 19 años escribió su primera novela, que no piensa sacar del cajón, y a los 24 empieza a trabajar en *The Cleaner* y *The Killing Hour*.

Un año más tarde deja su trabajo, después de siete años, y se dedica en pleno a la escritura. Sin ningún ingreso se enfrenta a la decisión de buscar un nuevo trabajo o vender su casa, y... vende su casa para continuar escribiendo.

En 2006 publicó su primera novela, *The Cleaner*, y en 2007 es éxito de ventas a nivel internacional. Se tradujo a varias lenguas. Su novela *El coleccionista*, la primera traducida al castellano, le consagró como uno de los escritores de *thrillers* más interesantes de la actualidad.

Ha logrado el premio neozelandés Ngaio Marsh Award (*Blood Men*), el festival Saint-Maur a la novela criminal del año en Francia, y es candidato en los Estados Unidos a los premios Edgar Award y Barry Award y también en Australia a Ned Kelly Award (por *The Cleaner*). Casi todas sus novelas ocurren en su ciudad natal, repartiendo su residencia entre esta y Europa.